
¡UN CEO
para mí!
MARCOS A.C.

¡UN CEO *para mí!*

MARCOS A.C.

¡UN CEO *para mí!*

MARCOS A.C.

Primera edición.

¡Un CEO para mí!

©Marcos A.C.

©julio, 2024.

©imagen por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

¡Un CEO para mí!

©Marcos A.C.

©julio, 2024.

©imagen por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo

Capítulo 1



Una sonrisa más, otra pose, las últimas fotos y…

—Perfecto, Lara, hemos terminado —dijo Andrés, el fotógrafo de la firma para la que me tocaba trabajar hoy.

Lara, ese era mi nombre; veintiséis años, mi edad, y de profesión, modelo.

Desfiles, campañas publicitarias, presentaciones de nuevas colecciones en fiestas, todo lo que pudieras imaginar que era el trabajo de una modelo, eso hacía yo.

Y es que desde bien pequeña eso de ponerme a hacer pase de modelos con la ropa que me compraba mi madre, m había gustado. Por no hablar de las veces que vi a las profesionales del modelaje en las pasarelas de más renombre, luciendo los diseños de grandes de la moda, y diciéndole a mi hermana mayor, Elvira, que yo quería se como ellas.

Mis padres nunca nos cortaron las alas a ninguna de las dos, ellos eran médicos de vocación, al igual que lo fueroı sus padres, pero jamás nos impusieron seguir sus pasos. Jesús y Minerva, que así se llamaban, a sus sesenta y seis años estaban jubilados y disfrutando de la vida.

Elvira sí siguió con la tradición familiar, estudió medicina y acabó la carrera de ginecología con la nota más alta de su clase, hoy en día contaba con su propia consulta y le iba muy bien.

Estaba divorciada desde hacía seis años, se casó a los veintiocho con un compañero suyo de universidad que se graduó en cirugía con el que llevaba saliendo cuatro años, pero todo acabó en el momento que él conoció a una enfermera del hospital en el que trabajaba.

Decían que nos parecíamos mucho, pero claro que había algunas diferencias. Ella era castaña, como nuestro padre, y con los ojos azules de nuestra madre; yo, en cambio, era una versión joven de nuestra madre, rubia y de ojos azules. Una muñequita, según solía decir mi padre

Desde el divorcio se había centrado en el trabajo, salía a cenar con la enfermera que trabajaba con ella y que se hicieron muy amigas; o conmigo, con mi mejor amigo Fran, que era estilista, y con Rosa, mi agente.

Fue con dieciocho años cuando me decidí a presentarme a un *casting*, después de hacerme un *book* de fotos en un estudio y que quedaron muy profesionales, y tuve la suerte de que me cogieran para ese anuncio. Era de un perfume para hombres, en total éramos siete chicas las que salíamos en él acompañando al modelo masculino, por el que en aquel entonces se interesaban todas las grandes firmas de ropa y perfumes, y desde ese primer anuncio me llamaron para muchos otros.

Di con una agente que era un amor, en aquellos momentos tenía treinta años y la habían despedido de su agencia porque una modelo, que se las daba de súper estrella, dijo que no la quería cerca, así que se lo montó por su cuenta.

Iba a los *castings* con su tarjeta de presentación, su mejor sonrisa y la misma ilusión que yo por conseguir un trabajo. Fue mirarnos a los ojos y supe que tenía que contar con ella.

Llegamos a un acuerdo esa misma tarde después de tomarnos un café y charlar, y para cuando quise darme cuenta al cabo de una semana me había conseguido tres trabajos de lo más jugosos para los que yo sola no habría tenido opciones.

Solía decir que eso de haber trabajado para aquella agencia de modelos le abrió muchas puertas, y eso me ayudó en mis inicios, hasta que ambas nos hicimos nuestro propio nombre y las firmas la llamaban para contratarme.

Ocho años después, seguíamos trabajando juntas y era como otra hermana mayor para mí.

Entré en el cuartito que me habían asignado para cambiarme de ropa y mientras me quitaba el vestido, entró Rosa

—Han quedado unas fotos preciosas —dijo con su habitual sonrisa.

Morena, con unos impresionantes ojos grises y metro sesenta y dos, Rosa era una preciosidad que, si hubiera querido, podría haberse dedicado al mundo de la moda desfilando para los grandes diseñadores, pero era un tanto tímida y vergonzosa y lo suyo era estar detrás y no delante de las cámaras.

—Esos jardines han ayudado mucho —contesté cogiendo el pantalón vaquero que me daba.

—Sí, de eso no hay duda, pero vaya, que la modelo se ha hecho con la cámara. —Rio.

—Mira que te gusta hacerme la pelota, Rosa. —Volteé los ojos.

—Hombre, para que no me des billete de ida y sin retorno, que me quedo sin este trabajo y me hundes, es que me hundes.

—¿Cómo iba a despedirte, tonta? Si no fuera por ti, no habría llegado tan lejos.

—Anda, anda. Te lo he dicho un millón de veces, Lara. Naciste para esto, la cámara siempre te ha adorado y eres toda una profesional, tienes elegancia y estilo natural y sí, habrías llegado donde hubieras querido tú sola, o con cualquier otro agente.

—Pero te encontré a ti. —Le di un beso en la mejilla—. Me voy que llego tarde a la consulta y mi hermana me mata.

—Venga, corre, y dale un beso de mi parte.

—Vale. —Salí del cuartito y mientras iba por el pasillo me despedía de todos con los que me cruzaba.

Subí al coche y me adentré por las calles de mi querida Córdoba para llegar a la clínica de Elvira, era un chollo tener una ginecóloga en la familia porque se amoldaba a mis agendas que daba gusto.

Aparqué en la misma puerta, toda una proeza sin duda, y entré dos minutos antes de la hora de mi cita.

—Hola, Sofía —saludé a la chica de la recepción y me sonrió.

—Hola, Lara. Tu hermana está terminando y enseguida te hace pasar.

Asentí, me senté en la pequeña salita de espera que tenía, y saqué el móvil para echar un vistazo a las redes, pero vi que tenía un mensaje de Fran.

Con su metro ochenta, su cabello negro y esos ojos marrón chocolate que tenía, era un hombre de lo más atractivo pero además de ser mi mejor amigo, también compartía el buen gusto por los hombres, puesto que desde que tenía quince años supo que le gustaban los chicos.

Fran: *Buenos días, mi petarda favorita. Más vale que no hayas hecho planes para mañana por la noche, porque tengo dos invitaciones para la fiesta de disfraces de una de mis clientas. La da todos los años, al parecer, y es por una causa benéfica para recaudar dinero para los niños del ala de oncología del hospital. Le he dicho que iría con mi mejor amiga modelo y se ha entusiasmado. Si tienes algo para subastar, esa mujer te hace la ola. Te veo esta tarde para ir a buscar nuestros disfraces.*

—Lara. —Miré hacia el pasillo y vi a Carmen, la enfermera—. Puedes pasar.

Guardé el móvil de nuevo en el bolso mientras me levantaba, fui hacia el pasillo y Carmen me llevó a la segunda sala donde mi hermana atendía a sus pacientes, tenía dos para ello.

Como siempre, me quité los pantalones y las braguitas, cogí la sábana con la que cubrirme, saqué el móvil del bolso y me recosté en la camilla para responder a Fran mientras esperaba a mi hermana.

Lara: *Hola, petardo. Te recojo en el salón y vamos al centro comercial, allí hay una tienda donde podemos encontrar algo para mañana. En cuanto a lo de subastar… Deja que piense a ver qué tengo por casa y después te cuento. Te dejo que no tardará en venir Elvira a ver mis partes más íntimas. Un beso.*

Justo acababa de teclear antes de enviar el mensaje, cuando se abrió la puerta y entró mi hermana.

—¿Por qué cada vez que entro en la consulta te encuentro con el móvil en la mano? —preguntó.

—Será porque tardas mucho en venir a atender, voy a pensar seriamente en poner una reclamación a esta clínica —contesté.

—Y tendrás los santos ovarios de hacerle eso a tu hermana mayor. —Arqueó la ceja.

—Hombre, si no me atiendes bien…

—Hija de la gran fruta. —Me tiró el bolígrafo a la cara y lo esquivé de milagro.

—Oye, oye, cuidado que me gano la vida con esta preciosa cara de ángel.

—La madre que te parió.

—La misma que la tuya, muy guapa ella. —Sonreí.

Elvira resopló mientras reía, y acercó el taburete para ponerse los guantes y colocarse en posición, lista para explorar mi zona íntima.

—¿Qué tal la sesión? —preguntó mientras hurgaba, como si nada, como si no tuviera la mano dentro de la vagina de su hermana pequeña.

—Bien, he visto un poco por encima algunas fotos, pero han quedado preciosas. Esos jardines eran perfectos para los vestidos —contesté.

—Mañana comemos en casa de mamá.

—Lo sé, no me he olvidado. ¿Tienes planes para la noche?

—Sí, voy a cenar con Carmen. ¿Y tú?

—Pues me ha dicho Fran que le ha invitado una clienta a una fiesta de disfraces mañana, así que hemos quedado esta tarde para ver de qué nos vestimos.

—¿Aceptáis propuestas?

—Depende. —Reí—. Todavía me acuerdo cuando nos propusiste disfraces para mi fiesta de cumpleaños.

—Sabes que siempre me ha gustado Pocahontas, y vosotros fuisteis ideales ese año. Pero ahora os pega más una angelita y Lucifer. —Me hizo un guiño.

—Tendré en cuenta tu recomendación.

—Por aquí todo bien. No dejes las pastillas, ¿sí?

—Tranquila, que no las dejo. —Sonreí.

Me pasaba como a ella, tenía trastornos menstruales desde jovencita y la visita de nuestra amiga la pelirroja en ve de una vez al mes, había veces que se presentaba cada dos. Por suerte, las pastillas que me recetó para regularla me iban como anillo al dedo y ahora sí tenía el control de mis periodos con un calendario y todo.

Después de vestirme nos despedimos quedando el vernos al día siguiente en casa de nuestros padres, y cogí el coche para ir a por comida mexicana para llevarme a casa, me apetecía una quesadilla y unos tacos.

Una vez en casa y mientras comía, buscaba ideas para disfraces de parejas, pero algo me decía que acabaríamos escogiendo los que Fran dijera, solo esperaba que no me hiciera vestir de angelita sexy.

—¿Aceptáis propuestas?

—Depende. —Reí—. Todavía me acuerdo cuando nos propusiste disfraces para mi fiesta de cumpleaños.

—Sabes que siempre me ha gustado Pocahontas, y vosotros fuisteis ideales ese año. Pero ahora os pega más una angelita y Lucifer. —Me hizo un guiño.

—Tendré en cuenta tu recomendación.

—Por aquí todo bien. No dejes las pastillas, ¿sí?

—Tranquila, que no las dejo. —Sonreí.

Me pasaba como a ella, tenía trastornos menstruales desde jovencita y la visita de nuestra amiga la pelirroja en vez de una vez al mes, había veces que se presentaba cada dos. Por suerte, las pastillas que me recetó para regularla me iban como anillo al dedo y ahora sí tenía el control de mis periodos con un calendario y todo.

Después de vestirme nos despedimos quedando el vernos al día siguiente en casa de nuestros padres, y cogí el coche para ir a por comida mexicana para llevarme a casa, me apetecía una quesadilla y unos tacos.

Una vez en casa y mientras comía, buscaba ideas para disfraces de parejas, pero algo me decía que acabaríamos escogiendo los que Fran dijera, solo esperaba que no me hiciera vestir de angelita sexy.

Capítulo 2



Vivía en un pisito pequeño y coqueto que, para mí sola, era más que suficiente.

Contaba con salón y cocina tipo americano, dormitorio principal con cuarto de baño, habitación pequeña, que usaba para cuando Fran quería pasar un sábado conmigo, y un aseo en el pasillo.

No tenía terraza, pero el pequeño balconcito que había en el salón, a mí me daba la vida, pues, como tenía la suerte de vivir en una calle donde había varios árboles a ambos lados, me daban una buena sombrita en el balcón para tomarme un café allí, como era el caso.

Estaba a punto de recoger para irme, cuando me llamó mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, mi niña. ¿Cómo fue la sesión?

—Muy bien, no tardarás en ver los vestidos en prensa. —Sonreí.

—Deseando estoy, con lo que presumo yo de mi hija pequeña.

—Presumes de las dos, mamá, que eso de tener una hija con la carrera de medicina acabada, te hace hincharte como un pavo.

—Os quiero a las dos por igual, y sí, presumo de las dos que para eso soy vuestra madre. No te olvides que mañana comemos aquí.

—No me olvido, no, tú tranquila.

—¿Y la revisión?

—Todo en orden. —Sonreí—. Si hubiera algo, sabes que Elvira no se andaría con rodeos.

—Vale, hija. Nos vemos mañana entonces. Te quiero.

—Y yo, mamá. Adiós.

Colgué, entré en casa y tras lavar mi taza favorita de café, cogí el bolso y las llaves del coche para ir a ver a Fran.

En cuanto puse el motor en marcha y se encendió la radio, la voz de Maluma con ese tema que, a mí, me venía de perlas en ese momento de mi vida.

«Hawái de vacaciones, mis felicitaciones. Muy lindo en Instagram lo que posteas, pa' que yo vea…»

Pues sí, yo era como Maluma en esa canción, y llevaba viendo los últimos tres meses las fotos de mi ex con su nueva novia, esa por la que me dejó a mí, y con la que decía que era todo perfecto, maravilloso y un amor de los de verdad.

Vamos, que los tres años que estuvo conmigo solo le sirvieron para hacerse un nombre en el mundo de la moda, hasta que lo consiguió y aspiró a algo más, como salir con la actriz del momento.

Pobrecilla, que a mí ella me daba pena porque estaba convencida de que le haría lo mismo que a mí, cuando consiguiera más fama le acabaría dando la patada.

Como decía mi hermana, que había vivido lo mismo que yo, el karma acabaría haciendo su trabajo.

Llegué al salón de belleza de Fran y ya estaba saliendo, despidiéndose de las chicas y chicos que trabajaban con él.

—¡Ole, ole y ole las mujeres guapas! —gritó al verme y sonreí.

—Anda, sube, loco.

—Loco me llama, hay que ver lo que tiene que aguantar uno —suspiró.

—Las cosas por su nombre, Fran, que, si estás como un cencerro, te lo digo y punto.

—Sí, sí, tolón, tolón. ¿Dónde me llevas?

—Al centro comercial, te lo dije esta mañana. Por cierto, ¿cuándo tendrás el coche nuevo? —Curioseé.

—Pues eso quisiera saber yo, que estoy desesperado ya. Dos meses para que me lo entreguen, que digo yo, ¿lo traen costaleros en procesión desde China? Por mi madre que es lo único que se me ocurre.

—Igual han tenido problemas.

—Es que me llevan diciendo eso dos meses, pero bien que me cobraron ya la entrada y he pagado dos cuotas.

—¿Tú estás seguro de que has comprado un coche y no un avión? Que esos tardan en fabricarlos.

—Un coche, y normalito, que no vuela como el *Batmóvil*, vamos. Me dijo ayer el del concesionario que para el miércoles que viene lo tengo aquí, a ver si es verdad.

—Seguro que sí.

Llegamos al centro comercial y fuimos a la tienda donde sabía que podríamos encontrar los disfraces perfectos para la fiesta, dado que tenían de todo y la calidad de los trajes y vestidos era impresionante.

—¿Qué tal de agente y chica Bond? —dije cuando entramos, yendo hacia la zona de esmoquin.

—Muy serio para mí.

—Pues nada, tú de Fofito y yo de trapecista.

—¡Hala! Mira que eres antigua. —Volteó los ojos.

—Antigua, y tengo cuatro años menos que tú, qué valor. —Resoplé.

Seguimos mirando mientras íbamos diciendo opciones, pero, para ir de Aladdin y Jasmine, yo era demasiado rubi y no me apetecía ponerme una peluca.

Hasta que me decanté por vestirme de dama de la alta sociedad en la Edad Media, con uno de esos vestidos de escote generoso, de un bonito color azul celeste con ribetes plateados del que me enamoré nada más verlo.
Y aquello desató la locura de mi amigo.

—¡Aaaahhhh! Ya lo tengo, ya lo tengo ¡ya lo tengo! —gritó en el pasillo que tenía a mi espalda.

—¿Qué has encontrado? —pregunté, y no tardó en aparecer unos segundos después.

—Soy el Capitán Jack Sparrow —dijo, imitando bastante bien la voz del personaje—. Es perfecto, tú parecerás Elizabeth Swann.

—Madre mía, estás loco.

—Pero voy a ir ideal. —Me hizo un guiño.

Además de los trajes, nos hicimos con un montón de complementos, en su caso incluidas las botas de pirata, y salimos cargados con varias bolsas.
Fuimos a una de nuestras cafeterías favoritas y pedimos café y crepes con Nutella.

—Mañana vienes al salón a prepararte —dijo cuando nos trajeron el pedido—. Y salimos directos desde allí.

—Mañana como en casa de mis padres así que llevaré todo en el coche para ir directa allí. Y hasta la fiesta conduces tú, que yo voy a tener que sentarme en la parte de atrás con ese vestido.

—De Capitán de los piratas, a chófer en Córdoba, pobre Jack. —Volteó los ojos y me eché a reír.

—¿Quién es la que da la fiesta?

—Una exmodelo, en su época por lo que me contó fue de lo más famosa. Lleva retirada unos veinte años. Entonces, ¿qué tienes que puedas subastar?

—No te lo vas a creer cuando te lo diga.

—A ver, sorpréndeme.

—El colgante que me regaló en innombrable en mi cumpleaños antes de que supiera que era un cerdo asqueroso.

—¿Ese que te dije un millón de veces que vendieras?

a

—Ese. —Sonreí—. No necesito el dinero, Fran, y si alguien lo compra y el dinero va a tan buena causa, yo, feliz.

—Desde luego, no podría ir a mejor causa ese dinero. Y dime, ¿sigues mirando sus redes?

—No —mentí.

—A otro con ese cuento, bonita. ¿Cuántas veces lo miraste anoche? Porque ahora está en Hawái con la susodicha. Como ella está rodando allí una nueva peli. —Cogió un trozo de crepe y se lo llevó a la boca.

—Que les vaya muy bien, en serio. Solo espero que a ella no le haga lo mismo que a mí, que se lo hará en cuanto le den un papel en alguna serie o algo. Es lo que busca, estoy segura. —Me encogí de hombros.

—Mira, cariño, que le den, y mucho. Ya se dará cuenta de lo que ha perdido, y será tarde.

—Desde luego, porque yo con él no vuelvo ni loca, vamos.

—Y que no te dejo yo que vuelvas con un idiota como ese, que no te merece. —Me dio un beso en la mejilla—. Con lo que tú vales, mereces un príncipe de verdad.

—¿Un Will Turner? —Reí.

—Obvio, porque este Jack Sparrow juega en otra liga.

Terminamos de tomarnos el café y los crepes y le llevé a casa. Fran vivía en un apartamento justo encima de su salón, por lo que no tenía que desplazarse mucho ni darse grandes madrugones para llegar al trabajo, como él decía, se caía de la cama al trabajo directamente.

Quedamos en que nos veríamos a las seis y media allí al día siguiente para que sus chicas me arreglasen mientras otras le preparaban a él, y me fui para casa.

Una vez que llegué, y tras dejar todo lo de mi disfraz en la habitación de invitados, me preparé una ensalada con aguacate para la cena y mientras comía eché un vistazo en el móvil a los estilismos del personaje de Elizabeth Swann para ver cómo podían maquillarme y peinarme. Hice varios pantallazos y dejé el móvil en la mesa.

Recogí, me preparé un té y fui a acomodarme en el sofá para ver una película que habían estrenado hacía unos días y me había llamado la atención.

Yo era una romántica, eso que quedase por delante, pero también me gustaban las películas policíacas y esta lo era.

Además, el protagonista era el actor que tanto le gustaba a mi hermana desde que empezó su carrera y, a sus casi cincuenta años, aún estaba muy bien.
Hice una foto a la pantalla cuando apareció él y se la mandé a mi hermana, que no tardó en responder diciendo que ella también estaba viéndola.

Sabía que, siendo tan fan de él, no se la perdería.

Cuando acabó dos horas después me fui a la cama, ya que al día siguiente tocaba hacer la compra en el súper ante de ir a comer con mi adorada familia.

—Y que no te dejo yo que vuelvas con un idiota como ese, que no te merece. —Me dio un beso en la mejilla—. Con lo que tú vales, mereces un príncipe de verdad.

—¿Un Will Turner? —Reí.

—Obvio, porque este Jack Sparrow juega en otra liga.

Terminamos de tomarnos el café y los crepes y le llevé a casa. Fran vivía en un apartamento justo encima de su salón, por lo que no tenía que desplazarse mucho ni darse grandes madrugones para llegar al trabajo, como él decía, se caía de la cama al trabajo directamente.

Quedamos en que nos veríamos a las seis y media allí al día siguiente para que sus chicas me arreglasen mientras otras le preparaban a él, y me fui para casa.

Una vez que llegué, y tras dejar todo lo de mi disfraz en la habitación de invitados, me preparé una ensalada con aguacate para la cena y mientras comía eché un vistazo en el móvil a los estilismos del personaje de Elizabeth Swann para ver cómo podían maquillarme y peinarme. Hice varios pantallazos y dejé el móvil en la mesa.

Recogí, me preparé un té y fui a acomodarme en el sofá para ver una película que habían estrenado hacía unos días y me había llamado la atención.

Yo era una romántica, eso que quedase por delante, pero también me gustaban las películas policíacas y esta lo era.

Además, el protagonista era el actor que tanto le gustaba a mi hermana desde que empezó su carrera y, a sus casi cincuenta años, aún estaba muy bien.
Hice una foto a la pantalla cuando apareció él y se la mandé a mi hermana, que no tardó en responder diciendo que ella también estaba viéndola.

Sabía que, siendo tan fan de él, no se la perdería.

Cuando acabó dos horas después me fui a la cama, ya que al día siguiente tocaba hacer la compra en el súper antes de ir a comer con mi adorada familia.

Capítulo 3



Llegué a casa de mis padres a la una y media, y vi que el coche de Elvira ya estaba allí.

Aquella era la casa en la que había nacido y donde me crie hasta independizarme con veintidós años, donde pasé los momentos más felices de mi infancia y la tristeza del primer desamor.

Fran es hijo de los mejores amigos de mis padres, se conocían de toda la vida y a pesar de ser cuatro años menor que él, desde bien pequeña, se convirtió en mi mejor amigo.

Sus padres fallecieron hacía ya casi ocho años en un accidente, pero seguía teniendo el cariño y apoyo incondicional de los míos.

La casa era toda en una sola planta, tenía tres habitaciones, salón y cocina amplios, aseo y dos cuartos de baño, y lo mejor, un precioso jardín con piscina donde siempre que podíamos nos dábamos un bañito.

—Hola, papá —saludé cuando me abrió la puerta.

—Hola, hija. —Me dio un abrazo y un beso antes de entrar—. Tu madre y tu hermana están en la cocina.

Asentí y fui hacia allí, donde me recibió el delicioso olor de la paella de mi madre.

—Eso huele que alimenta —dije.

—Hola, cariño.

—Hola, mamá.

Al igual que mi padre, me besó y abrazó antes de seguir preparando el postre, su famoso flan de chocolate.

—Hermana, ¿qué tal la película anoche? —Sonreí.

—Muy bien.

—¿Fuiste al cine, hija? —Curioseó mi madre.

—No, me quedé en casa.

—Ah.

—Sale esta noche con Carmen, lo miso ligan y todo —dije mientras cogía un trocito de queso.

—Salimos para divertirnos, no para ligar. —Volteó los ojos.

—Y haces bien, hija —le dijo mi madre—. Si el amor llama a tu puerta, bien, si no, ya lo hará.

—O a la ventana, que tampoco vamos a quedarnos solo con la puerta.

—¿Tú qué tal vas de amores, Larita? —preguntó mi hermana con la ceja arqueada.

—Igual que tú, sin que se deje ver. —Reí—. Pero tampoco busco, como tú.

—Ay, mis niñas, qué mala suerte habéis tenido en el amor.

—Nos teníamos que haber consagrado al Señor —dijo Elvira.

—Tampoco es eso, Elvira, hija, que yo quiero nietos.

—Tardaban en salir los nietos. —Di una palmada—. Voy a poner la mesa.

—Eso, vete y déjame sola con la charla —protestó mi hermana.

Cogí los platos y cubiertos y fui al salón a poner la mesa, allí estaba mi padre leyendo las noticias en su Tablet.

Le rodeé con ambos brazos por los hombros y le di un beso en la mejilla.

—¿Cómo va el colesterol? —Me interesé.

—Controlado. —Sonrió haciéndome un guiño.

—Me alegro.

Volví a la cocina a por los vasos y ahí seguía mi madre, hablando de los nietos que tenía una de las vecinas, todos

muy pequeños, muy guapos y simpáticos.

—Mamá, tus nietos van a ser mucho más guapos que los de la vecina, ya verás —le aseguré—. No hay más que verte a ti, que eres el molde del que nacimos nosotras.

—Yo estoy pensando en ser madre soltera —dijo mi hermana, y mi madre y yo la miramos—. Soy ginecóloga y sé por experiencia que aún estoy en la edad, así que. —Se encogió de hombros.

—Pues yo te apoyo, hermana, y si quieres te acompaño a la clínica.

—He dicho que lo estoy pensando, no que vaya a ir mañana mismo. —Rio.

—Vale, pero cuando decidas ir, cuenta conmigo.

—Hija, decidas lo que decidas, tu padre y yo te apoyaremos en todo. —Le dio un beso y ella sonrió.

Terminó de cortar el pan, cogí la bebida y lo llevamos al salón, donde nos sentamos a esperar a que mi madre llegara con la paella.

No le faltaba nada, tenía su marisquito rico, y yo me estaba excediendo porque seguía una dieta muy saludable, pero la paella de mi madre no había manera de que me la saltase.

Mientras comíamos nuestros padres nos dijeron que ya tenían reservado un viaje con esos amigos y antiguos compañeros de trabajo para ir a Roma, querían conocer El Vaticano y algunas otras zonas cercanas.

Le preguntaron a Elvira cuándo cogería sus vacaciones de verano, puesto que estábamos ya en la segunda semana de junio, y dijo que, para la primera quincena de agosto que Carmen iba a la boda de una prima que vivía en Madrid.

—Por cierto, Lara, ¿de qué os disfrazáis al final? —me pregunto mi hermana.

—¿Disfrazaros? ¿Quiénes? —Curioseó mi madre.

—Fran y yo —contesté—, vamos esta noche a una fiesta de disfraces que es benéfica, le invitó una clienta ayer. Y no te lo vas a creer, Elvira. —Reí.

—¿De angelita y Lucifer?

—No. Yo escogí un vestido de época, así como de la Edad Media, y dado que él va a ir de Jack Sparrow, se supone que yo soy Elizabeth.

—Oye, pues a él le pega el personaje. Está igual de loquillo que el pirata.

—Yo es que me lo imagino corriendo como él, y me da, te juro que me da. En el coche tengo mi disfraz y todos los complementos, que me pidió que fuera a su salón a prepararme, igual que él.

—Pues quiero fotos.

—Y yo, y yo —dijo mi madre.

—En cuanto nos caractericemos, os las mando.

—Y en la fiesta, hija, no me seas rancia.

—Vale, mamá, en la fiesta también me las pensaba hacer, solo era para abrir boca con esas fotos. Rancia, me dice con lo majísima que soy.

—Voy a por el flan —dijo mi hermana.

—Y yo a preparar café. —Me levanté a la vez que ella y entre las dos recogimos la mesa.

Guardamos todo en el lavavajillas y noté a mi hermana un poquito diferente, pero igual era cosa mía. En el momento en el que se le cayó al suelo el cucharón, y la escuché suspirar, supe que no eran imaginaciones, le pasaba algo.

—Elvira, ¿estás bien?

—Ni bien, ni mal, un poco preocupada.

—¿Por qué?

—La madre de Carmen, sabes que tiene diez años menos que mamá —asentí—. Pues le han encontrado un bulto en el pecho, y…

—No me digas que es maligno.

—Sí.

—Ay, pobre Carmen.

—Le he dicho que se coja unos días, que no se preocupe, así que Sofía me echará una mano en la consulta. No sé siquiera si irán a la boda de su prima. Me dijo que quieren intervenirla en un par de semanas.

—¿Solo del bulto?

—O de la mama completa, no está segura. Depende de lo que diga el médico.

—¿Vas a salir con Carmen esta noche al final?

—Sí, me dijo que quería estar un poquito distraída.

—Pues dale un abrazo fuerte de mi parte cuando la veas, ¿sí?

—Claro, cariño. —Sonrió—. Así que, Fran va a ir de pirata.

, —Y no de uno cualquiera, que lleva todos los completos

—Desde luego que la diversión la tienes asegurada con él.

—No te quepa duda, tenías que haber estado ayer conmigo cuando encontró el disfraz, qué manera de chillar de emoción. —Reí.

—Me lo imagino, ¿igual que cuando encontró la camiseta que tanto tiempo llevaba buscando?

—Igual. —Reí.

—Es un loco encantador.

Cuando terminó de hacerse el café lo llevamos al salón junto con el flan, y después de tomarlo, mi hermana y yo salimos al porche de la casa a sentarnos en el sofá como solíamos hacer cuando vivíamos con ellos.

Nos pasábamos horas allí simplemente viendo el agua de la piscina meciéndose, o escuchando los pajarillos que se quedaban en la sombra del árbol cantando.

Después de tomarnos un vaso de limonada fresquita que nos sacó mi padre, me despedí de ellos y cogí el coche para ir al salón de belleza de Fran.

No abría los sábados por la tarde, pero le iba a pedir a algunas de sus chicas que se quedaran haciendo horas extra para prepararnos.

Pasé antes por la cafetería de al lado, cogí varios cafés y donuts y entré en el salón cagadita como si fuera uno de los pajes de los Reyes Magos.

—Ya estoy aquí, traigo café y donuts —dije al entrar.

—Esa es mi chica, trayendo azúcar para endulzarnos la tarde. —Fran me dio un beso y empezamos a repartir cafés.

Nos lo tomamos mientras les enseñaba las fotos que guardé la noche anterior y decidíamos de qué modo peinarme y maquillarme.

Fran iba a llevar una peluca que había comprado esa mañana y ya la tenían más o menos lista.

Desde luego que a él no le iba a reconocer nadie, con todos los complementos que iba a llevar.

s

—Ya estoy aquí, traigo café y donuts —dije al entrar.

—Esa es mi chica, trayendo azúcar para endulzarnos la tarde. —Fran me dio un beso y empezamos a repartir cafés.

Nos lo tomamos mientras les enseñaba las fotos que guardé la noche anterior y decidíamos de qué modo peinarme y maquillarme.

Fran iba a llevar una peluca que había comprado esa mañana y ya la tenían más o menos lista.

Desde luego que a él no le iba a reconocer nadie, con todos los complementos que iba a llevar.

Capítulo 4



Cuando las chicas de Fran terminaron de arreglarnos, me quedé sin palabas al ver a mi mejor amigo.

—*Milady* —dijo haciendo una reverencia.

—Por Dios, eres igualito que Johnny Deep en la película. No te falta detalle, hijo. —Reí.

—Solo uno, la botella de ron —contestó levantando el dedo—. Pero ya me tomaré alguna copa en la fiesta. Tú estás que rompes, chica. —Me cogió la mano para hacerme girar ante él—. Preciosa, divina, sensual y sexy, esta noche ligas. —Me hizo un guiño.

—Por Dios. —Volteé los ojos—. No me veo los pies, tengo los pechos casi en el cuello.

—Es lo que tienen esos vestidos, querida.

—Las chicas han hecho un trabajo impecable. —Me eché un vistazo en el espejo—. El maquillaje, el peinado, parezco una dama de la alta sociedad.

—Ellas solo han realzado aún más tu belleza.

—Vamos a hacernos unas fotos, que mi madre y mi hermana querían vernos.

Fran le pidió a una de las chicas, que estaban terminando de recoger todo, que nos hiciera algunas fotos, y posamos los dos junto a las plantas que tenía como decoración en un rincón del salón.

Nos despedimos de ellas poco después y salimos para ir a coger mi coche. Me senté en la parte de atrás y Fran se quitó el sombrero de pirata para conducir mejor, era un hombre alto y si se lo dejaba, acabaría dando con el pico en el techo.

—Dice mi hermana que parece que hemos posado para el póster de una película. —Reí mientras leía.

—Piratas de Córdoba y los fantasmas de la facultad de Derecho. Ya tenemos título para la película que nos hará

ganadores de un Oscar.

—No sé yo. —Reí—. Acaba de enviarme un audio mi madre —dije mientas lo reproducía.

—Pero qué guapos mis niños. Parecéis dos actores de verdad. Eso sí, llevas mucho escote, hija. ¿No has cogido una rebequita? Bueno, divertíos, os quiero.

Nos echamos a reír al escucharla, mi madre no cambiaría nunca, para todo había que tener una rebequita por si acaso. Bueno, así eran todas las madres en realidad.

Llegamos al hotel donde se celebraba la fiesta, uno de los más lujosos, situado a las afueras de la ciudad. Un chico abrió la puerta para ayudarme a salir mientras Fran dejaba que otro se hiciera cargo del coche para aparcarlo.

—Gracias. —Sonreí al bajar y ya estaba Fran allí esperando, ofreciéndome su brazo.

Me agarré a él y fuimos hacia la entrada siguiendo a algunos invitados a la fiesta, y sí, los distinguimos por sus disfraces.

Salimos al jardín del hotel que estaba iluminado por bombillitas con forma de estrella colgadas en guirnaldas que iban de un árbol a otro. Había mesas altas repartidas por todo el lugar, cubiertas de manteles blancos y con un centro de mesa de preciosas y pequeñas flores color violeta, y dos barras de bar alargadas con un par de camareros atendiendo en cada una de ellas.

De fondo sonaba música, esa que se mezclaba con el murmullo de los invitados, muchos de ellos hablando en grupos, otros en pareja.

—Mira, allí está la anfitriona —me dijo Fran señalando hacia una zona en la que había una mujer de la edad de mis padres junto a un par de chicas jóvenes en el lugar donde había varios objetos que seguramente fueran para subastar.

Al acercarnos, comprobé que aquella mujer de cabello negro y ojos marrones que Fran me había dicho que fue modelo tiempo atrás, seguía conservando una belleza exquisita.

—Alicia —la llamó él, y la mujer nos miró sonriendo.

—¡Fran, querido! —dijo con una sonrisa genuina mientras se acercaba para saludarle.

—¿Cómo me has reconocido?

—Oh, por favor, siempre tuve un oído finísimo, y tu voz es inconfundible. —Le dio un par de besos—. Pero no, no pareces tú, estás hecho todo un pirata.

—Era la intención. —Sonrió—. Soy el Capitán Jack Sparrow, *milady.* —Hizo una referencia.

—Pues desde luego, que no te extrañe si te piden fotos o un autógrafo. ¿Y esa hermosa joven es tu amiga, la modelo?

—Sí. —Sonrió orgulloso—. Alicia, ella es Lara.

—Encantada de conocerla, señora.

—Llámame Alicia, por favor. —Me dio un par de besos—. No imaginas cómo presume Fran de ti, querida. Y lo mucho que te quiere. —Acarició mi mejilla—. Claro que no es para menos, eres preciosa.

—Tuve un buen molde, como dice mi padre. Mi madre era una belleza.

—¿También se dedicaba al mundo de la moda?

—No, ella y mi padre eran médicos.

—Entonces tenemos suerte de que un ángel como tú, nos deleitara con su belleza.

—Gracias.

—No te has acostumbrado a los halagos, te ruborizas con facilidad.

—Ese es su encanto, Alicia —dijo Fran.

—He traído algo para subastar. —Abrí el bolso y saqué la cajita, que le entregué a Alicia.

—Oh, querida, no era necesario.

—Si puedo aportar mi granito de arena en una buena causa como esta, lo aporto. —Sonreí.

—Es precioso, ¿de verdad que quieres desprenderte de él?

—Sí, sí quiero.

—Es el ultimo regalo que le hizo su ex —dijo Fran—. La dejó por una actriz, una historia un poquito larga.

—Que estaré encantada de escuchar. Y sí, querida, desprenderte de esto es lo mejor que puedes hacer. Ana. —Se giró llamando a una de las chicas—. Cataloga esto para la subasta, por favor.

—Ahora mismo, Alicia.

—Bien, ¿os apetece una copa? —nos preguntó a Fran y a mí mientras me agarraba del brazo.

—La duda ofende, Alicia, todo pirata quiere una botella de ron —contestó Fran.

—¿Siempre es así de gracioso? —Sonrió, mirándome.

—Y peor.

—Será que te aburres conmigo —protestó volteando los ojos.

—No creo que se aburra, no. —Rio Alicia.

Nos llevó hasta una de las barras, pedimos una copa de vino para cada uno y se quedó allí hablando con nosotros, contándonos lo más interesante de algunos de los invitados, y por un momento sí que me sentí como una dama de la alta sociedad de otra época en el típico corrillo de cotilleos.

Hasta que una mujer se acercó a nosotros y Alicia le presentó a Fran, de quien al parecer le había estado hablando

Sonreí alejándome un poco y dejando que hablaran, si algo había notado en Alicia era que mi mejor amigo le gustaba y le caía bien, algo así como si fuera un sobrino.

Muchos de los invitados me miraban, algunos sonreían y les devolvía el gesto, incluso un par de mujeres hicieron que me detuviera al reconocerme y hablamos unos minutos.

Llegué a la barra para dejar mi copa, ya vacía, y pedí otra que no tardó en servirme el camarero.

Giré para ir a buscar a Fran y a punto estuve de chocar con el fantasma de la ópera, y no era una broma, no, que el hombre que tenía delante iba disfrazado así.

Traje negro, chaleco granate, camisa blanca y el pañuelo negro en el cuello a modo de corbata, con esa media máscara blanca en el lado derecho de su rostro.
Era alto, diría que sobre el metro ochenta y cinco, cabello negro y ojos verdes.

—Lo siento, no quería asustarte —dijo con una voz rasgada y masculina.

—Y yo no te había visto, casi choco contigo. —Sonreí—. Por suerte no ha sido así, porque nuestros disfraces habrían quedado hechos un desastre —dije levantando la copa de vino.

—Para ser un disfraz, se te ve cómoda con ese vestido.

—Eso es porque soy modelo y estoy acostumbrada a caminar con todo tipo de ropa.

—¿Modelo?

—Sí.

—¿Uno de esos ángeles de Victoria's Secret?

—No —reí—, pero sí he desfilado en lencería —murmuré y noté que me sonrojaba, momento en el que él arqueó la ceja que tenía a la vista—. Mi nombre es Lara, por cierto. —Le tendí la mano—. Aunque según mi mejor amigo, esta noche soy Elizabeth Swann, futura pirata. —Reí.

—Encantado de conocerte, Lara. —Cogió mi mano y se la acercó a los labios para dejar un beso en ella mientras me miraba fijamente.

—¿Y tu nombre?

. —Ese, al igual que la leyenda que me rodea, es un misterio para muchos.

—Así que eres un hombre misterioso.

—Tal vez sí, tal vez no.

—Vale. —Sonreí—. Si me disculpa, señor Misterio, acabo de ver a mi amigo. Un placer conocerle.

Me aparté de él y fui hacia donde estaba Fran, que parecía buscarme, aunque la verdad es que le veía muy bien acompañado. Estaba con un chico joven, alto, moreno y con los ojos marrones, con un traje negro, pajarita del mismo color y camisa blanca.

—Ah, aquí estás. —Sonrió al verme—. ¿Dónde te has metido la última hora?

—Pues paseando, sonriendo, hablando con unas señoras muy majas que me han reconocido, y haciéndome con otra copa de vino.

—Lara, él es David, el hijo menor de Alicia. También es modelo.

—Encantada. —Sonreí.

—Mi madre se quedó corta al decir que eras preciosa —dijo tras darme un par de besos.

—Muchas gracias por el piropo.

—Vais ideales los dos. —Nos señaló a Fran y a mí—. Yo opté por ser James Bond.

—Un agente muy atractivo, desde luego —respondí—. El caso es que tu cara me suena.

—Pues no he salido en ese programa a cantar.

—Pero te he visto en la televisión, estoy segura de ello.

—Alguna noticia del corazón han contado sobre mí, sí, pero la mayoría mentira. Aunque tal vez te suene por ser l imagen de la firma de mi familia.

—Sí, de eso es. No hace mucho que has presentado la nueva colección de ropa masculina, ¿verdad?

—Hace un mes, sí. Ahora están con la nueva colección de ropa femenina.

—Seguro que será un éxito, como todas las demás.

Alicia se acercó a nosotros sonriendo, se colgó de mi brazo y dijo que iban a empezar con la subasta.

—¿No ha llegado tu hermano? —le preguntó a David.

—No, y dudo que venga, mamá.

—Este hijo mío, siempre evitando estas fiestas —Alicia suspiró y sonreí cuando me miró—. Seguro que, si hubiera tenido hijas, me acompañarían a todos los sitios.

—Yo es que debo de ser invisible —dijo David, haciéndonos reír.

—Mi niño, tú eres y serás siempre quien consuele mis penas. —Le acarició el brazo—. Pero has salido a tu hermano, un libertino que no sienta cabeza.

—Mamá, sabes que no ha aparecido el hombre que me vuelva loco.

Acababa de dar un sorbo a mi copa y comencé a toser, momento en el que Fran me dio unos leves golpecitos en la espalda.

—Querida, ¿estás bien? —preguntó Alicia, visiblemente preocupada.

—Sí, sí, es que yo no sabía que David…

—¿Qué soy gay? —Sonrió—. De ahí que muchas de las noticias que se cuentan en presa, sean mentira.

—Todavía recuerdo cuando me dijo que no le gustaban las chicas, bueno, a mí y a su padre. —Sonrió ella—. Y como le dijo mi difunto esposo, mientras te quiera bien, qué más nos da a nosotros que sea una chica o un chico. Quince años han pasado desde entonces.

—Siento haber reaccionado así, pero he visto tantas fotos tuyas con modelos femeninas en las que se rumoreaba que parecías tener un nuevo amor, que no esperaba escuchar eso.

a—Querida, de lo que veas u oigas, cree siempre la mitad, de la mitad, seguro que esas otras tres cuartas partes son mentira —me aconsejó Alicia—. Y ahora sí, vayamos a que empiece la subasta.

Fuimos hacia donde tenían todo lo que iban a subastar, Alicia echó un último vistazo y tras despedirse de nosotros, subió a la tarima donde había un atril con un micrófono.

—Buenas noches a todos, y gracias por asistir una vez más a la subasta benéfica en favor del ala de oncología infantil del hospital. —Sonrió—. Como bien sabéis, hace veinte años que organizo estas galas, los mismos que hace que perdí a mi segundo hijo —dijo con tristeza, y miré a David, que me dedicó una leve sonrisa de tristeza.

»Mi pequeño tenía catorce años, y no pudo ganar la batalla, pero nunca se dio por vencido. Por eso, la mejor manera de honrarle fue creando la asociación que lleva su nombre y recaudar fondos para esos niños que luchan, día a día, como pequeños guerreros y guerreras para convertirse en adultos fuertes y valientes. Y ahora sí, vamos a empezar con la subasta de esta noche. La primera pieza es nada más y nada menos que…

Alicia siguió hablando, pero yo me centré en David, quien bebía de su whisky.

—Lamento mucho vuestra pérdida —dije.

—Gracias, preciosa. Lo pasamos mal todos, yo era el pequeño y no me contaban mucho. Lucas tenía catorce años y nuestro hermano mayor estaba muy unido a él.

—Para tu madre debió ser horrible —dijo Fran.

—Sí, por eso dejó su carrera como modelo. Pero salió adelante, dijo que aún le quedaban dos hijos por los que luchar y no iba a darse por vencida. Aunque algunos años después perdiera a mi padre.

Miré a Alicia y cuando nuestras miradas se encontraron, sonrió. La subasta seguía en marcha y cada uno de los artículos por los que pujaban obtenían una buena cantidad.

—Mi hijo mayor no ha podido acompañarnos —dijo entonces Alicia—, pero ha querido aportar su granito de

arena, como cada año, con un diseño único y exclusivo de la firma. —Miró hacia la derecha y una de las chicas apareció con un maniquí que lucía un precioso vestido azul por el que comenzaron a pujar.

Conocía la firma de la familia de Alicia, esa que su marido fundó hacía ya cincuenta años, cuando era un joven de veinticinco al que le gustaba el diseño de la alta costura y creó verdaderas exquisiteces que hoy en día, aún se conservaban en museos de todo el mundo, pues habían sido utilizados por actrices en algún momento de su carrera.

Y los que diseñaba el mayor de los hijos, que se puso al mando de la firma cuando falleció su padre, a la misma edad que tenía él, hacía ya trece años, eran igual de espectaculares.

—La última pieza de la subasta de esta noche ha sido algo que no sabía que iban a entregarme —dijo, y sabía que era mi colgante.

—Disculpe, señorita. —Miré hacia mi izquierda y vi a Ana, la chica a la que Alicia le había dado mi collar.

—¿Sí?

—Alicia quiere que suba con ella, y que lleve puesto el colgante.

—¿Qué? No, no, no puedo.

—Mi madre no va a aceptar un no —dijo David sonriendo.

Acompañé a la chica hacia donde estaba el colgante, ese que juré que no volvería a ponerme nunca, me lo puso ella y fui hasta la tarima para subir con Alicia.

—Muchos de ustedes conocerán a esta hermosa joven. Ella es Lara, una de las modelos de más talento que hay actualmente en nuestro país, y ha donado la pieza que lleva al cuello y pueden ver en las pantallas. —Miramos hacia su izquierda y podía verse el colgante.

Era de oro, como una gargantilla, y tenía tres pequeñas estrellas en color azul celeste colgando, una a cada lado y otra que lo hacía de una pequeña cadenita y llegaba hasta el canalillo de mi escote.

—Mis chicas han buscado esa pieza y sí, puedo asegurarles que es única, y es de uno de los mejores diseñadores de joyas de París. Recuerden que están pujando para una buena causa. —Sonrió, y empezó a decir cantidades.

Finalmente, se lo quedó una mujer que dio una cantidad que no pensé que llegaran a ofrecer por esa gargantilla, pero al menos el dinero iría a una buena causa. Gracias por eso al miserable de mi ex.

Cuando bajé de la tarima con Alicia, que volvió a agarrarse a mi brazo, y llegamos hasta donde estaban Fran y

David, me dio las gracias por haber colaborado.

—Si hay fotos de esta noche, al capullo de tu ex le va a dar un infarto cuando lo vea. Todavía me acuerdo de que te pidió que se lo devolvieras —dijo Fran.

—Si le da un infarto que le reanime su nueva novia —contestó Alicia, y me eché a reír.

Me gustaba esa mujer, se parecía mucho a mi madre, tal vez algún día pudieran conocerse

David, me dio las gracias por haber colaborado.

—Si hay fotos de esta noche, al capullo de tu ex le va a dar un infarto cuando lo vea. Todavía me acuerdo de que te pidió que se lo devolvieras —dijo Fran.

—Si le da un infarto que le reanime su nueva novia —contestó Alicia, y me eché a reír.

Me gustaba esa mujer, se parecía mucho a mi madre, tal vez algún día pudieran conocerse

Capítulo 5



Regresaba al jardín después de entrar al cuarto de baño, y debía decir que las mujeres de aquella época sufrían una odisea para hacer sus cosas, menos mal que era verano y no llevaba medias, que solo me habría faltado eso.

Fui a la barra a por una copa tras ver que Fran estaba charlando de lo más animado con David, y nada más dar el primer sorbo, noté una presencia a mi espalda y vi una mano en la barra.

—Un whisky, por favor —pidió el dueño de aquella voz que había escuchado poco antes, y le miré por encima de hombro—. Nos volvemos a ver. —Sonrió.

—¿No será que me está persiguiendo? —Arqueé la ceja.

—No, pero no le voy a negar que la he estado observando toda la noche —contestó mirándome tan fijamente que comenzó a ponerme nerviosa—. ¿Puedo preguntarle algo?

—Le ahorraré la pregunta, no, no estoy casada, y tampoco prometida. El pirata con el que he venido es mi mejor amigo, solo eso.

—Es bueno tener esa información, pero no iba a preguntar por ello. Sino por la pieza que ha donado para la subasta.

—Ah, eso. —Me encogí de hombros—. Un regalo que ya no necesito.

—¿Un antiguo amor?

—Exacto, un idiota que ahora se las da de feliz con su nueva novia.

—Hay quien no sabe valorar a quien tiene al lado.

—No debía ser tan valiosa para él, qué le vamos a hacer. Pero ya lloré suficiente, y ahora gracias a ese regalo y a que me dejó, el ala de oncología del hospital tiene un poquito más de dinero.

—Brindo por ello, entonces. —Chocó su vaso de whisky con mi copa de vino y ambos dimos un sorbo.

—¿Va a seguir sin decirme su nombre, señor Misterio? —pregunté, y me alejé un poco de él, que no tardó en seguirme, y comenzamos a ir hacia la zona más tranquila del jardín.

—Tengo el nombre de un santo —dijo cuando llegamos a un banco.

—Me lo va a poner difícil, entonces. Vale. —Volteé los ojos.

—¿Está disfrutando de la velada?

—Sí, esos canapés que han ido ofreciendo, están deliciosos. ¿Usted ha venido solo?

—Sí.

—No le he visto hablando con nadie.

—He hablado antes con usted, y ahora también.

—Con nadie, a excepción de conmigo —añadí.

—No suelo relacionarme demasiado en estos eventos.

—¿Antisocial? —Arqueé la ceja.

—Discreto. —Sonrió—. Muchas de esas personas hablan de sus trabajos, sus amistades, el fin de semana que pasaron en Grecia, Italia, Saint Tropez o las reuniones comerciales que han tenido con otros importantes empresarios. Como dice mi madre, ya trabajo demasiado y en estos eventos no quiero hablar de negocios.

—Así que tiene madre, ya sé algo más de usted.

—¿Planeas tutearme en algún momento de la noche, Lara? —Arqueó la ceja y escuchar de nuevo mi nombre con su voz, hizo que algo en mi vientre pareciera girar.

—Si no sé su nombre, ¿cómo quiere que le llame?

—Buen punto. —Sonrió.

Miré hacia donde estaban todos los invitados, charlaban, sonreían y algunos incluso se habían animado a bailar. Sonreí al ver a Fran sacando a bailar a Alicia, aquel era un contraste de lo más extraño. Un pirata bailando con la que podría ser una de las chicas Bond del cine.

—¿Te apetece bailar? —me preguntó.

—Oh, no, no.

—Vamos, baila conmigo —dijo poniéndose en pie al tiempo que me ofrecía su mano.

Dejé mi copa de vino a un lado del banco, tal como había hecho él con su vaso de whisky, acepté su mano y nos alejamos de él unos pasos para bailar siguiendo la música que escuchábamos a lo lejos, era una melodía de esas que mezclaba varios instrumentos, pero no había letra, solo era música.

Mi mirada se encontró con la suya, sonreí y la aparté puesto que me estaba sonrojando.

Noté su mano subiendo desde la cintura, tocando despacio mi espalda, y eso hizo que me pusiera aún más nerviosa, y cuando sentí las yemas de sus dedos en la zona desnuda de piel que quedaba descubierta, me estremecí.

Su tacto era suave, cálido, y cuando subió hasta alcanzar mi nuca, le miré de nuevo.

—Estás un poco tensa, tienes el cuello bastante rígido —dijo y comenzó a masajearlo.

—Bueno, quizás es por las sesiones de esta semana.

—¿Has tenido muchas?

—Varias, sí. —Sonreí.

—Dicen que soy bastante bueno con los masajes.

—¿Sus amantes, señor Misterio? —Curioseé.

—Ellas tampoco se han quejado. —Sonrió.

—Múltiples amantes, un dato más que añadir a mi lista sobre usted.

—¿Múltiples? —Se echó a reír—. ¿Por qué crees que tengo tantas?

—Es usted un hombre apuesto, alto, con buen físico y unos bonitos ojos. Dudo mucho que pase sin compañía femenina más de una semana.

—¿Y si bajo la máscara oculto un rostro deformado, como el auténtico fantasma de la ópera?

—No lo creo.

—Pero ¿si así fuera? No tendría múltiples amantes.

—Aunque solo hubiera estado con cinco mujeres, señor Misterio, eso ya serían múltiples amantes. —Sonreí.

—¿Cuántos caballeros han pasado por sus aposentos, mi joven dama de los piratas?

—Una pregunta muy poco decorosa, señor. Y no voy a contestar.

Él sonrió, y siguió mirándome de ese modo que conseguía que mis nervios fueran en aumento.

No, bajo la máscara de su disfraz, si la quitaba, no encontraría un rostro desfigurado ni mucho menos.

Sentía curiosidad por ver cómo era, porque por más que intentaba imaginarlo, no lo conseguía, y me gustaría no solo saber su nombre, sino también si le había visto antes en alguna parte.

La música acabó y comenzó otra, haciendo que nosotros nos quedáramos allí bailando en silencio mientras él seguía masajeándome el cuello, algo que debía admitir me estaba sentando bien pues lo notaba algo menos tenso.

—Debería volver a la fiesta, mi amigo se estará preguntando qué hago aquí en las sombras con un hombre.

—Puede asegurarle que no la he tocado más de lo necesario.

—Le aseguro que eso le iba a disgustar más que si le dijera que he estado haciendo manitas. —Volteé los ojos—. Cree que necesito un buen revolcón.

Me observó con los ojos brillantes, y noté que algo parecía empezar a cobrar vida bajo sus pantalones, momento en el que me aparté definitivamente.

—Ha sido un placer bailar con usted, señor Misterio. Que le vaya bien. —Sonreí.

—El placer ha sido mío, Lara. —Volvió a decir mi nombre con ese tono de voz rasgada y sensual mientras me cogía la mano y se la llevaba a los labios para besarla—. Cuídate.

—Usted también.

Me alejé de él y regresé a la zona donde estaban los demás invitados, hasta encontrar a Fran que estaba con David

—¿Con quién estabas allí en lo oscuro, pecadora? —me preguntó mi mejor amigo.

—Con el fantasma de la ópera.

—Vale, ¿el nombre?

—No lo sé, no me lo ha dicho. —Me encogí de hombros.

—¿Has estado como una hora allí hablando con un hombre y no sabes cómo se llama? Dime que al menos te ha metido mano —protestó, y David acabó por atragantarse con el sorbo de whisky que había dado.

—Disculpa al capitán Jack Sparrow, David —le dije dándole unos golpecitos en la espalda—. Es bruto como él solo, el muy jodido.

—No cambies de tema, Lara.

—A ver, Fran, que no he hecho nada más que hablar, es un hombre bastante discreto.

—O un psicópata.

—¿En serio, Fran?

—Te lo dije antes cariño, Piratas de Córdoba y los fantasmas de la facultad de Derecho.

David empezó a reírse a carcajadas, y no tardamos en unirnos Fran y yo a él.
Desde luego que mi amigo estaba loco, como para que le encerraran, vamos.

Alicia se unió a nosotros poco después, y tras una última copa de vino dije que era tiempo de irme a casa. Fran asintió, pero sabía que él lo estaba pasando bien y no quería fastidiarle la noche.

—Hemos venido juntos, y juntos nos vamos. Teniendo tu coche aquí no vas a irte en taxi —argumentó.

Nos despedimos de Alicia y David, y ella me pidió que intercambiáramos los números de teléfono porque le gustaría tomar café conmigo, y a mí que me llevara a ver a esos niños que pasaban sus días en el hospital.

Fran volvió a ponerse a los mandos del coche y me llevó a casa, cuando me dejara él cogería un taxi para ir a la suya.

—Gracias por invitarme a la fiesta —dije cuando bajamos del coche.

—Ha estado bien.

—Lo dices porque el hijo de Alicia te ha gustado. —Sonreí.

—No, no.

—Dilo con más convicción, Fran, que no te lo crees ni tú. —Reí.

—Vale, puede que me haya gustado un poquito.

—Yo diría que mucho, que nos conocemos.

—En persona impone más, es como más… varonil.

—Tenéis la misma edad, pero creo que él sería el adulto de la relación.

—¿Qué relación, ni relación? Que le acabo de conocer.

—Ajá, sí. —Sonreí—. A ver si me dices lo mismo dentro de unas semanas —me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla—. Buenas noches, pirata.

—Capitán Jack Sparrow, señorita —me corrigió levantando el dedo.

—Adiós, capitán.

—Descansa, cariño.

Entré en el edificio y cogí el ascensor para ir hasta casa, donde iba a quitarme los tacones y el vestido, y a respirar aliviada. En serio, el vestido era una virguería, pero tras mucho tiempo con él puesto, sentía que me faltaba el aire

Y entonces pensé en el señor Misterio.

¿Quién sería ese hombre?

—Lo dices porque el hijo de Alicia te ha gustado. —Sonreí.

—No, no.

—Dilo con más convicción, Fran, que no te lo crees ni tú. —Reí.

—Vale, puede que me haya gustado un poquito.

—Yo diría que mucho, que nos conocemos.

—En persona impone más, es como más… varonil.

—Tenéis la misma edad, pero creo que él sería el adulto de la relación.

—¿Qué relación, ni relación? Que le acabo de conocer.

—Ajá, sí. —Sonreí—. A ver si me dices lo mismo dentro de unas semanas —me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla—. Buenas noches, pirata.

—Capitán Jack Sparrow, señorita —me corrigió levantando el dedo.

—Adiós, capitán.

—Descansa, cariño.

Entré en el edificio y cogí el ascensor para ir hasta casa, donde iba a quitarme los tacones y el vestido, y a respirar aliviada. En serio, el vestido era una virguería, pero tras mucho tiempo con él puesto, sentía que me faltaba el aire.

Y entonces pensé en el señor Misterio.

¿Quién sería ese hombre?

Capítulo 6



Lunes, semana nueva, y comienzo de rutinas diarias.

Tras ponerme la ropa de deporte y correr por el barrio media hora, disfruté de una ducha de lo más reparadora y me preparé el desayuno. Café, zumo, tostadas de aguacate y una manzana.

Si algo llevaba a rajatabla era eso de comer saludable, pero no me privaba tampoco, de vez en cuando, de algo de comida grasienta, como lo llamaba Fran. Nuestro menú favorito: una hamburguesa con queso, beicon y patatas fritas.

Estaba desayunando en el balcón, echando un vistazo a las redes, y sí, sin poder evitar mirar las de mi ex, cuando me saltó una notificación de nuevo mensaje.

Al ver el nombre del remitente, por Dios que a punto estuvo de caerme de culo de la silla, porque no me podía creer que el mismísimo Nicolás Durán, dueño de la firma de ropa más prestigiosa de España y con relevancia en todo el mundo, me estuviera escribiendo.

Y sí, Nicolás Durán era hijo de Alicia, la simpática y elegante mujer que hizo de anfitriona en la fiesta de la noche del sábado.

¿Por qué me escribiría él personalmente? ¿Y qué quería?

Abrí el mensaje y leí, temblando aún por la sorpresa.

«Señorita Lara, ante todo disculpe el atrevimiento de escribirle personalmente. Como dueño de una de las firmas de ropa más importantes del país, me gustaría concertar una cita con usted, en mis oficinas, esta misma mañana. Conozco su trayectoria, sus excelentes trabajos, y estaría interesado en mantener una conversación con usted. Si no tiene una agenda demasiado apretada, hoy la espero en mi despacho a las once y media.
Reciba un cordial saludo. Nicolás Durán»

Que alguien me pellizcara para que me pudiera despertar del sueño que, sin lugar a duda, debía estar teniendo.

—¡Ay, joder! —grité al notar un poco de café caliente en el muslo, por lo que no, no estaba soñando.

Ese mensaje era tan real como la quemadura que acababa de sentir.

En cuanto me acabé el café, recogí y fui a ver qué me ponía, Nicolás Durán me conocía, pero, aun así, quería causarle una buena impresión.

Acabé escogiendo una falda negra y una camisa sin mangas en rosa pastel, con los zapatos también negros.

Me alisé un poco más el pelo, apliqué maquillaje en tonos naturales con un *gloss* de labios rosa que me encantaba y cogí el bolso y las llaves del coche para ir hacia las oficinas de la firma.

Ni siquiera había necesitado que me la diera, puesto que en Córdoba todo el mundo sabía dónde estaban ubicadas.

Conduje hasta allí hecha un flan, nerviosa como ni siquiera recordaba haber estado en alguno de los primeros *castings* a los que iba en busca de una oportunidad de trabajo.

No había llamado a Rosa ni tampoco a Fran, pero es que no pensé en hacerlo, solo quería prepararme y llegar a tiempo a la cita, antes incluso, para relajarme unos instantes, si es que eso era posible, que lo veía una tarea bastante difícil.

Aparqué a unos metros de la entrada principal, tenía aún veinte minutos hasta la hora a la que me había citado, y me senté en la terraza de la cafería que había justo al lado, donde pedí un café.

Lo tomé mientras miraba las redes de la firma, las fotos de David, hermano menor de Nicolás Durán, posando con los trajes de la nueva colección de ropa masculina.

Tal vez había sido él, o incluso Alicia, quien le había hablado de mí y por eso quería conocerme, pero no lo sabría hasta que no estuviera delante de él y me dijera para qué quería reunirse conmigo.

Estuve tentada de enviar un mensaje a Fran para contárselo, pero no lo hice, ya hablaría con él después, porque conociendo a mi mejor amigo como le conocía, empezaría a gritar y a decir de todo, lo que conseguiría ponerme aún más nerviosa.

Caminé hacia el edificio de la firma, entré, los de seguridad me saludaron y fui hacia la mesa de recepción donde me identifiqué y la chica que estaba allí me dijo que subiera a la última planta en el ascensor de la derecha para llegar al despacho del señor Durán.

Sonreí dándole las gracias y seguí sus indicaciones, pulsando el botón del décimo y último piso.

Comprobé en el espejo que mi ropa, maquillaje y peinado estaban perfectos, y cogí aire poco antes de que llegara

a mi destino.

Al salir al rellano vi a una morena sentada en una mesa hablando por teléfono, por lo que esperé a que terminara.

—Buenos días, ¿tenía cita con el señor Durán? —me preguntó sonriendo, y le devolví el gesto.

—Sí, soy Lara.

—Deme un momento que compruebo que no esté hablando por teléfono —contestó cogiendo el auricular—. , Señor Durán, está aquí la señorita Lara. —Unos instantes de silencio—. Por supuesto, señor. —Colgó—. Puede pasar.

. —Gracias.

Caminé hacia la puerta, esa de madera negra que resaltaba ante el gris claro de las paredes y los muebles de un blanco impoluto, di un par de golpecitos y esperé a que me dieran paso desde el interior.

Cuando escuché la voz del hombre tras la puerta, abrí y entré.

—Buenos días, señor Durán —saludé a la imponente figura que había frente al ventanal, tras el escritorio de madera caoba.

Nicolás Durán era alto, tenía un cuerpo atlético y podía dar fe de que los trajes a medida le sentaban de muerte, amoldándose perfectamente a sus brazos y piernas.

Tenía el cabello negro y por lo que recordaba de las revistas, sus ojos eran verdes.

En el momento en el que se giró, noté cómo los ojos se me iban abriendo poco a poco, como a cámara lenta, al ve al hombre que tenía delante con la máscara del fantasma de la ópera. Aquello debía ser una broma.

—Hola, Lara. —Sonrió, y ahora que no tenía una puerta gruesa de madera entre nosotros, la reconocí de la noche de la fiesta.

—No puede ser —dije—. ¿Tú? —Fruncí el ceño—. O sea, no. Tú no eres el señor Misterio de la otra noche. Quiero decir, usted no puede ser…

—Sí, sí lo soy —contestó mientras se quitaba la máscara, dejando a la vista su rostro, mostrando que era mucho más atractivo en persona de lo que se veía en fotos.

—¿Por qué me escribió usted?

—¿Vas a seguir sin tutearme ahora que sabes quién soy?

—Precisamente por eso, señor Durán.

—Nico, por favor, llámame Nico.

—¿Por qué me has escrito tú, personalmente, si hay gente en la firma que se encarga de esas cosas?

—Pensé que si te escribía yo personalmente, en vez de que alguno de los responsables se pusiera en contacto con tu agente, no podrías rechazar mi petición para venir.

—A ver, ¿quién en su sano juicio que se dedique a la moda, rechazaría una petición de la firma Durán?

—En ese caso, espero que no rechaces la oferta que voy a hacerte.

—Mientras no sea algo indecente. —Me encogí de hombros.

—Es muy decente, te lo aseguro.

—Bien, y ¿qué es?

—Quiero que seas la imagen de mi nueva colección de ropa femenina.

De entre todas las propuestas que podría haber esperado de Nicolás Durán, dueño de la firma de ropa que todo el mundo conocía desde que su padre la fundó, años atrás, esa era la que menos se me habría pasado por la cabeza.

—¿Quieres que yo sea la imagen de la nueva colección?
r

—Eso he dicho.

—Pero, tienes muchas modelos que lo han sido otras veces…

—Te quiero a ti —me cortó, acercándose hasta donde me había quedado parada, estupefacta, al ver que era el hombre misterioso de la fiesta de disfraces.

—Me halagas, pero tengo que pensarlo. Tengo que hablar con mi agente, ver los otros acuerdos.

—Entiendo. La propuesta está sobre la mesa, cuando tomes una decisión —cogió una tarjeta de la mesa y me la entregó—, llámame a ese número, es mi móvil personal.

—Claro —respondí cogiéndola.

—Lara, ha sido un placer volver a verte. —Se llevó mi mano a los labios y, sin apartar la mirada de mis ojos, la besó.

—Adiós, Nico.

—Adiós, Lara.

Salí del despacho aún alucinando, me despedí de la secretaria y entré en el ascensor. ¿De verdad Nicolás Durán quería que yo fuera la imagen de su colección?

Nada más salir a la calle cogí el móvil del bolso y mientras iba hacia el coche le mandé un mensaje a Fran.

Lara: *Café en diez minutos. Voy para allá.*

Respondió con un «ok» y no hizo preguntas, de sobra sabía que, cuando le decía eso, era porque tenía que hablarle de algo que me había pasado.

Eso sí, estaba segura de que cuando se lo contara, se iba a quedar tan alucinado como yo seguía.

Y no era para menos, porque que el mismísimo Nicolás Durán te quisiera como su modelo estrella… era algo que ocurría pocas, muy pocas veces.

—Lara, ha sido un placer volver a verte. —Se llevó mi mano a los labios y, sin apartar la mirada de mis ojos, la besó.

—Adiós, Nico.

—Adiós, Lara.

Salí del despacho aún alucinando, me despedí de la secretaria y entré en el ascensor. ¿De verdad Nicolás Durán quería que yo fuera la imagen de su colección?

Nada más salir a la calle cogí el móvil del bolso y mientras iba hacia el coche le mandé un mensaje a Fran.

Lara: *Café en diez minutos. Voy para allá.*

Respondió con un «ok» y no hizo preguntas, de sobra sabía que, cuando le decía eso, era porque tenía que hablarle de algo que me había pasado.

Eso sí, estaba segura de que cuando se lo contara, se iba a quedar tan alucinado como yo seguía.

Y no era para menos, porque que el mismísimo Nicolás Durán te quisiera como su modelo estrella… era algo que ocurría pocas, muy pocas veces.

Capítulo 7

La verdad era que seguía como en una nube, sorprendida por el hecho de que el «inalcanzable Nicolás Durán», como le llamaban en algunas revistas, se hubiera puesto en contacto conmigo directamente.

Llegué a la calle de Fran, aparqué frente a la puerta del salón y bajé con una sonrisa de oreja a oreja. Le vi dentro hablando por teléfono, di un par de golpecitos y cuando miró, sonrió diciéndome con la mano que le diera un minuto.

Mientras le esperaba, aproveché para enviarle un mensaje a mi hermana diciéndole que fuera a comer a casa de nuestros padres, siempre que recibía una oferta con una firma importante, se lo contaba a ellos. También llamé a mi madre.

—Hola cariño —me saludó.

—Hola, mamá. ¿Qué tenías pensado hacer hoy de comida?

—Estoy terminando de preparar ensaladilla, y tengo unos filetes de esos jugosos que te gustan con pimientos. ¿Vas a venir?

—Sí, y Elvira también, tengo que hablar con vosotros.

—Vale, mi niña, os veo luego entonces.

—Adiós, mamá.

Colgué y justo en ese momento salió Fran.

—¿Crisis o buenas noticias? —preguntó dándome un beso.

—Buenas noticias. —Sonreí.

Siempre que le mandaba ese mensaje a Fran, era por alguno de esos motivos, y no era de extrañar que preguntara

ahora, dado que la última vez que lo recibió, fue cuando rompí con mi ex. Mejor dicho, cuando me dejó.

Fuimos hacia la cafetería, nos sentamos en una de las mesas libres de la terraza y pedimos un par de cafés y unas tostadas.

—Y bien, ¿qué buenas noticias son esas? —preguntó cuando nos quedamos solos de nuevo.

—Recibí un mensaje de la firma Durán esta mañana —respondí, y abrió los ojos con sorpresa.

—¿La firma de la familia de Alicia?

—Ajá. Pero no me escribió uno de los responsables, sino que lo hizo el dueño.

—Espera, ¿me estás diciendo que Nicolás Durán, dueño heredero y CEO de la firma Durán, te escribió estaba mañana?

—Sí. Quería que fuera a sus oficinas, y lo hice.

—¿Y?

—¿Recuerdas al hombre misterioso con el que hablé en la fiesta de Alicia?

—El que dijiste que iba disfrazado de fantasma de la ópera y no te dijo el nombre —asentí.

—Pues era él, Nicolás Durán.

—¡Qué me estás contando! —gritó.

—Así me quedé yo, petrificada en su despacho cuando le vi y se quitó la máscara.

—Pero si David dijo que su hermano no había ido a la fiesta.

—Supongo que no les dijo que iba a asistir, no hemos hablado mucho de esa noche.

—¿Y de qué habéis hablado?

—Me ha hecho una propuesta. —El camarero nos trajo los cafés y las tostadas, y sonrió tras dejarlos en la mesa antes de irse—. Quiere que sea la imagen de su nueva colección de ropa femenina.

—¿En serio?

—Sí.

—Le habrás dicho que sí.

—Que lo pensaría.

—Tienes que decirle que sí, Lara, una oportunidad así no se vive dos veces en la vida. Y menos si es el propio Nicolás Durán el que hace la oferta. Su firma es la llave al éxito, que ya tienes mucho, pero esto —sonrió—, esto sería como un billete a la Luna, preciosa.

—Sé que es una oportunidad única, pero esa firma…

—Esa firma es como cualquier otra, Lara, y tú puedes con eso y con más, ya lo sabes.

—Voy a hablar luego con mis padres y mi hermana.

—Te van a decir lo mismo que yo. —Sonrió.

—Si es así, no podré rechazar la propuesta.

—No deberías, no.

—Bueno, cambiando de tema, ¿qué tal con David? Os vi bastante cómodos en la fiesta.

—No pensé que fuera gay, pero cuando le vi en persona, alguna cosita noté, y mira, ya sabes que mi radar no falla Y me ha invitado a salir a cenar. —Sonrió.

—Ojalá el mío para detectar capullos fuera tan bueno. —Volteé los ojos.

—Yo tampoco detecté que tu ex lo fuera, nos engañó a todos.

Asentí, y nos tomamos aquel desayuno antes de volver al salón. Me quedé allí con Fran revisando el almacén y apuntando en una lista los productos que me iba diciendo que tenía que pedir, y a la hora de cierre nos despedimo quedando en que le diría lo que había decidido, pero para ese momento estaba segura de que los dos teníamos más o menos claro la respuesta que iba a darle a Nicolás Durán.

Cuando llegué a casa de mis padres ya estaba Elvira allí, fue ella quien me abrió y preguntó qué había pasado para que les reuniera a todos allí.

—Qué impaciente has sido siempre, hermana. —Reí.

—Habló «Miss Paciencia». —Volteó los ojos—. ¿O tengo que recordarte que mamá tenía que esconder muy bien tus regalos de cumpleaños cuando eras pequeña porque los buscabas por toda la casa?

—Nunca supe dónde los guardaba. —Fruncí el ceño.

—Así de bien los escondía. —Rio.

Entramos en la cocina, abracé y besé a mis padres, y ayudé a Elvira a poner la mesa mientras ellos terminaban de preparar los pimientos.

En cuanto nos sentamos a la mesa, les puse al corriente de lo que había pasado esa mañana, así como de que la fiesta de disfraces del viernes la organizó la viuda del fundador de la firma Durán, fiesta a la que Nicolás Durán acudió de incógnito.

—¿Y el dueño quiere que seas la imagen de su nueva colección? —preguntó mi madre.

—Sí.

—Entonces vio algo en ti esa noche —dijo mi hermana.

—Conoce mis trabajos —contesté.

—Tienes que decirle que sí, cariño. —Miré a mi padre—. Esa firma es una de las más importantes, conocida en todo el mundo, y aunque tú ya tienes un nombre en la industria de la moda, ser la imagen de la nueva colección de Durán es un paso aún más grande.

—Sí, hermanita, te llevará mucho más alto de lo que ya estás. Muchas otras firmas con las que aún nos has trabajado se pelearán por conseguirte. —Sonrió.

—Ni que fuera un tesoro. —Reí.

—Para nosotros lo eres, que no se te olvide, hija —dijo mi madre.

Comimos dejando atrás el tema de mi propuesta, ellos habían dado su opinión, como siempre que les contaba algo al respecto, y ahora me dejaban pensarlo sola, algo así como una jornada de reflexión antes de las votaciones, podríamos decir.

Le pregunté a mi hermana por la madre de Carmen, sonrió y dijo que tenían cita con el médico al día siguiente, que estaban las dos un poco asustadas pero que si la sometían a cirugía podría llevar una vida normal, con algunas recomendaciones para que todo fuera bien.

Mi madre nos estuvo hablando de la hija de otra de las vecinas, que se casó un año atrás con su novio de toda la vida con el que se fue a vivir a New York porque a él le trasladaron allí, y él acababa de pedirle el divorcio a ella.

Según nos contó, eso de que el amor se acabara en el momento de que aparecía una tercera persona, era algo de lo más común últimamente.

Terminamos de comer, preparé el café mientras mi hermana recogía la mesa, y tras tomarlo nos despedimos, ella debía regresar a la clínica y yo me iba a casa.

En cuanto entré en mi rincón, en mi lugar de paz y tranquilidad, cogí la Tablet y eché un vistazo a las anteriores colecciones de la firma Durán.

Todas las modelos femeninas eran muy conocidas cuando fueron imagen de la firma, yo tenía un nombre en esta industria como decía mi familia, pero no se hablaba de mí de manera internacional, era algo solo a nivel nacional.

No, no era un rostro tan conocido como habían sido todas ellas, pero ¿no era algo bueno para mí? Sin duda era una gran oportunidad para que otras firmas me conocieran y se fijaran en mí, y que el nombre Durán en la lista de firmas con las que había trabajado daba un nivel más alto a mi currículum.

Después de pasar los últimos minutos con el móvil en la mano, pensando en si mandarle un mensaje o no, finalmente escribí:

Lara: *Buenas tardes, señor Durán. Soy Lara, y me gustaría que me recibiera mañana en sus oficinas para hablar de la propuesta que me ha hecho hoy. Si le parece bien, estaré allí a la misma hora que nos hemos visto esta mañana.*

Dejé el móvil en la mesa mientras seguía mirando en la Tablet, esta vez, todas esas colecciones masculinas de las que David Durán, hermano pequeño de Nicolás, había sido imagen.

Me llegó un mensaje al móvil y dudé, nerviosa, si cogerlo o no, ¿y si su propuesta ya no estaba en la mesa como había dicho?

Nicolás: *Buenas tardes, Lara. Me parece bien, no tengo reuniones mañana a esa hora, así que te agendo a ti. Y más vale que me tutees, o nos vamos a llevar muy mal.*

Sonreí al leer eso último, y es que a pesar de esa apariencia algo seria que mostraban sus fotos en la prensa, Nicolás Durán parecía ser un hombre bastante simpático.

Volví a dejar el móvil en la mesa, apagué la Tablet y fui a prepararme una ensalada ligera para cenar mientras veía alguna película antes de acostarme.

Capítulo 8



Una hora, llevaba una hora mirando entre toda la ropa que tenía que ponerme.

Hasta que finalmente me decanté por unos pantalones grises con una tela con caída y fresquita, ideal para la época veraniega en la que estábamos, una camiseta de raso blanca y tirantes finos, y los zapatos de tacón negro.

Media hora después estaba lista y saliendo por la puerta de mi edificio para ir a las oficinas de la firma Durán.

Cogí el coche y me dirigí hasta ellas donde llegué cinco minutos antes de lo previsto, así que aproveché para enviarle un mensaje a Rosa y pedirle que nos viéramos en la cafetería de su casa una hora más tarde, no era mucho tiempo el que pensaba estar con Nicolás Durán.

Entré en las oficinas, y la misma chica de la recepción del día anterior me dijo que podía subir puesto que el señor Durán me estaba esperando, y cogí el ascensor para ir hasta la última planta.

Comprobé mi ropa, el maquillaje y el peinado, y cerré los ojos unos instantes para tomar aire y calmar los nervios estaba a punto de aceptar lo que, sin duda, era una grandísima oportunidad para mí.

En el momento en el que puse un pie fuera del ascensor me miró la secretaria, que sonrió al reconocerme.

—El señor Durán la está esperando —dijo—, puede pasar.

—Gracias. —Sonreí de vuelta.

Caminé hacia la puerta, di un par de golpecitos y abrí cuando la voz, la masculina y rasgada voz de Nicolás me dio paso.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, Lara. —Sonrió poniéndose en pie, caminó hacia mí y nos saludamos con un apretón de manos—. Me alegró que me escribieras. ¿Quieres tomar algo? ¿Café, té, agua…?

—No, gracias, estoy bien así.

—Bien, siéntate por favor. —Señaló una de las sillas que había frente a su escritorio.

Una vez nos acomodamos los dos, Nicolás cruzó las manos colocándolas sobre el escritorio.

—Si estás aquí es porque has considerado mi propuesta —dijo, y asentí—. Y ¿ha sido para bien?

—Acepto la propuesta, pero quiero las condiciones de nuestro acuerdo por escrito, tengo que hablar con mi agente dado que estos temas los suelen hablar directamente con ella.

—Claro, no hay problema, pero estoy seguro de que de ambas comprobaréis que son unas buenas condiciones. No solo miro por mi firma cuando cuento con una modelo para las nuevas colecciones, sino también por la modelo en cuestión.

—Es bueno saberlo, pero como digo, todos los asuntos pasan por mi agente, ella debe dar el visto bueno.

—Es comprensible, los agentes cobran por su trabajo. —Sonrió—. Tengo redactado un borrador —dijo mientras tecleaba en su ordenador—. Por supuesto, si veis algo que no os parezca bien, queréis cambiar o añadir cualquier cosa, podéis hacerlo.

Asentí y esperé a que imprimiera el documento y me lo entregara.

—Cualquier duda que tengas —dijo mientras lo cogía— puedes llamarme y lo hablamos.

—Se lo haré a saber a mi agente.

—No, no he dicho que ella pueda llamarme, sino que tú me llames —aclaró sin apartar la mirada de mí, dejando claro que no quería hablar con ella, sino conmigo.

—Bien, si hay cualquier punto que ella no vea bien, te lo haré saber —asintió, y me puse en pie para marcharme —. Estamos en contacto…

—Nico —se adelantó a hablar antes de que yo le llamara señor Durán mientras arqueaba la ceja.

—Nico —respondí, giré y fui hacia la puerta.

Salí del despacho despidiéndome de la secretaria y subí en el ascensor donde eché un vistazo rápido a las condiciones que ofrecía la firma Durán.

No es que fueran buenas, es que eran buenísimas.

Había sido imagen en nuevas colecciones para un par de firmas durante tres años seguidos, y aunque las condiciones que me ofrecieron eran buenas, estas eran aún mejores.

Caminé hacia la calle, subí al coche y lo puse en marcha para ir a ver a mi amiga y agente, quien estaba segura de que no se acabaría de creer que la firma Durán me hubiera hecho aquella propuesta.

En el momento en el que la vi sentada en la terraza de la cafetería, sonreí. Rosa parecía vivir pegada a la Tablet desde que trabajaba conmigo, siempre mirando lo mejor para mí.

Cogí los documentos y bajé del coche para encontrarme con ella.

—Hola —saludé.

—Ay, hola, cielo, no te había visto. —Sonrió poniéndose en pie para darme un par de besos—. ¿De qué querías hablar?

—Me han hecho una propuesta, y aquí tengo las condiciones —contesté levantando los documentos.

—¿Una propuesta? —Frunció el ceño—. ¿Quién? Todas las firmas se ponen en contacto conmigo.

—Bueno, verás…

Le conté lo de la fiesta de disfraces a la que asistí, que conocí a la viuda del fundador de la firma Durán, así como a su hijo menor, y a un hombre misterioso que no me quiso dar su nombre en ningún momento de la noche.

Después de decirle que el dueño de la firma me escribió directamente y que resultó ser ese hombre de la fiesta, estaba con la boca abierta y tan inmóvil en la silla que parecía una de esas figuras de un museo de cera.

—Rosa, hija, di algo que te has quedado muda.

—Es que no sé qué decir, Lara. Pocas veces, por no decir ninguna, el mismísimo Nicolás Durán se fija en una modelo para las nuevas colecciones. De eso se encarga otra persona, no él, por lo que está claro que ese hombre vio algo en ti la noche que os conocisteis. Por cierto, que en las fotos que vi en vuestras redes estabais increíbles. Fran parecía Johnny Deep. —Sonrió.

—No sé qué vería, pero por lo que he leído en las condiciones —se las puse delante—, no escatima en nada con esta nueva colección.

Rosa cogió los papeles y empezó a leer, a cada punto nuevo que veía abría un poco más los ojos o dejaba escapar un leve sonido de sorpresa. Cuando terminó de revisarlos y me miró, supe cuál iba a ser su respuesta.

—Dile que aceptas todo, Lara, esta es una oportunidad inmejorable.

—Lo sé. —Sonreí mientras ella leía de nuevo sin parar de sorprenderse.

Como dije al verlas por encima, aquellas condiciones eran buenísimas, y es que no todas las firmas cuando escogían a una modelo para su nueva colección de ropa le aseguraban que en la siguiente, también sería ella la imagen. Por no hablar del dinero, de las pasarelas a las que asistiría y de alguna que otra alfombra roja de la moda a la que pocas modelos tenían acceso de la mano de una firma de renombre.

El porcentaje que le podía dar a Rosa por este trabajo sería mucho mayor que el de otras veces, algo que estaba deseando poder hacer ya que ella se movía cada día para conseguirme los mejores trabajos.

—Desde luego, Lara, que esta es una oportunidad única en la vida —me dijo y asentí.

—Lo sé, y te voy a ser sincera, estaría loca si la rechazara, pero aún no sé por qué me la hizo a mí, si su madre o su hermano, que son quienes mejor me conocieron, tuvieron algo que ver.

—Cielo, sea como sea, bienvenido es. —Sonrió—. Sabes que esto puede abrirte muchas otras puertas, ¿verdad? Las de esas firmas que dijeron que no eras tan conocida como para trabajar para ellos, por todos esos que aseguraban que no llegarías lejos.

»Mírate ahora, no solo estás en un punto alto de tu carrera, sino que el mismísimo Nicolás Durán, heredero y CEO de la firma más importante de este país de manera internacional, se ha fijado en ti y te quiere para su nueva colección. Eso es un zasca en muchas bocas. —Volvió a sonreír.

—Sé que es una oportunidad inmejorable, y es mía. Porque la voy a aceptar.

—Me alegra escuchar eso.

Nos quedamos allí hablando un poco más, Rosa me dijo que no había nada que cambiar o añadir a esas condiciones que Nicolás me había dado, y que aunque fuera a aceptarlas que no le diera una respuesta inmediata, sino que esperara un poco, no fuera a pensar que estaba desesperada por ese suculento contrato.

Acabamos decidiendo que le daría la respuesta al día siguiente, quedando en visitar sus oficinas el jueves para firmar las condiciones.

Mi madre solía decir que las oportunidades, los trenes que se nos presentarían a lo largo de nuestra vida, lo harían en el momento más adecuado para nosotros, ni antes, ni después, sino cuando tenían que hacerlo.

Y esa, la que tenía en mis manos en el momento en el que entré en mi casa, no podía haber llegado en un momento mejor.

Iba a prepararme la comida cuando me llegó una notificación en las redes, al abrirla vi que era un mensaje de mi ex en el que me reprochaba que hubiera preferido subastar aquella gargantilla que me regaló en vez de devolvérsela, ni siquiera me molesté en responder. Había sido un regalo suyo, sí, pero era mío y podía hacer con él lo que me viniera en gana.

Devolvérselo no fue nunca una opción, ni mucho menos, porque me acabé enterando de que lo quería para dárselo a ella, algo que me parecía rastrero y lamentable.

Yo había hecho algo bueno con ese regalo, pues entregarlo a la subasta para conseguir dinero para los niños del ala de oncología del hospital mediante la fundación que llevaba el nombre del hijo de Alicia fue lo mejor que pudo haber hecho.

Dejé el móvil en la encimera y me preparé la comida, esa que tomé en el salón antes de revisar la agenda con las sesiones de fotos que tenía en esas semanas.

Iba a prepararme la comida cuando me llegó una notificación en las redes, al abrirla vi que era un mensaje de mi ex en el que me reprochaba que hubiera preferido subastar aquella gargantilla que me regaló en vez de devolvérsela, ni siquiera me molesté en responder. Había sido un regalo suyo, sí, pero era mío y podía hacer con él lo que me viniera en gana.

Devolvérselo no fue nunca una opción, ni mucho menos, porque me acabé enterando de que lo quería para dárselo a ella, algo que me parecía rastrero y lamentable.

Yo había hecho algo bueno con ese regalo, pues entregarlo a la subasta para conseguir dinero para los niños del ala de oncología del hospital mediante la fundación que llevaba el nombre del hijo de Alicia fue lo mejor que pude haber hecho.

Dejé el móvil en la encimera y me preparé la comida, esa que tomé en el salón antes de revisar la agenda con las sesiones de fotos que tenía en esas semanas.

Capítulo 9



Tal como acordé con Rosa, la mañana anterior le envié un mensaje a Nicolás para decirle que nos veríamos hoy en sus oficinas a la hora de las dos veces anteriores, contestó que le parecía bien y no hizo preguntas, por lo que sabía que todas las que tuviera me las haría hoy.

Al igual que en los dos encuentros anteriores, me puse ropa formal para causar una buena impresión. Llevaba una falda lápiz azul marino, una camisa blanca sin mangas y los zapatos de tacón. Esa mañana me recogí el cabello en una coleta alta y me apliqué un *gloss* labial rojo que solía usar a menudo.

Salí con tiempo suficiente de casa y cuando llegué a las oficinas aproveché esos quince minutos que aún tenía para tomar un *cappuccino* en la terraza de la cafetería que había al lado.

Mi madre me llamó justo cuando acababa de dar el primer sorbo.

—Hola, mamá.

—Hola mi niña. ¿Ya has hablado con el señor Durán?

—No, aún no, estoy tomando un café, he llegado pronto.

—No estés nerviosa, hija, que esto es como en otras ocasiones, y como te dijimos, si quiere contar contigo para su nueva colección, es que ha visto algo en ti.

—No estoy nerviosa, tranquila. —Sonreí.

—Me alegra escuchar eso. Te ha ofrecido unas condiciones muy buenas —se las mostré el día anterior a los tres —, es una gran oportunidad, cariño.

—Lo sé mamá, sobre todo por lo difícil que es acceder a esa firma.

—Te dejo entonces, que vaya bien.

—Adiós mamá.

—Adiós hija.

Sonreí mientras guardaba el móvil de nuevo en el bolso pensando en mi madre. Ella fue quien me dio ese último empujón que me faltaba para ir al primer *casting*, diciéndome que si no hacía eso que más me gustaba, jamás sería feliz, y qué razón tenía.

Me acabé el café y fui hacia las oficinas de la firma Durán, me acerqué a la chica del mostrador de recepción, sonrió al verme y me permitió el acceso hasta la última planta, donde Nicolás Durán me esperaba.

En cuanto salí del ascensor me recibió la bonita sonrisa de la secretaria, quien me dijo que pasara al despacho, cosa que hice tras los dos golpecitos de costumbre y escuchar la voz del hombre que estaba al otro lado de la puerta.

—Lara, me alegro de verte otra vez —dijo él sonriendo.

—Buenos días, Nico. —Estreché su mano.

—Siéntate, por favor.

Tomé asiento frente a él, dejé los papeles con las condiciones de mi contrato sobre el escritorio, y le miré directamente a los ojos.

—¿Vio tu agente las condiciones?

—Sí, me reuní con ella para verlas.

—¿Y bien?

—No vamos a hacer cambios, ni añadir nada, estamos de acuerdo con lo que me ofreces.

—Esas son buenas noticias. —Sonrió—. Aquí tengo los originales, ya están firmados por mí, solo falta que los firmes tú —dijo sacando una carpeta del cajón de su escritorio y poniéndola frente a mí.

La abrí, cogí el bolígrafo que me ofrecía y firmé en las hojas que él ya había firmado.

—Bienvenida a la firma Durán, Lara.

—Gracias.

—Vamos, te mostraré la zona de diseño para que veas algunas de las piezas de la nueva colección —dijo poniéndose en pie, así que hice lo mismo.

Salimos del despacho y fuimos hasta el ascensor, donde una vez entramos, Nico pulsó el botón de la cuarta planta

a El camino lo hicimos en silencio pero por el rabillo del ojo podía verle.

Con ese porte serio, pero elegante, las manos en los bolsillos del pantalón y las piernas ligeramente separadas, dejando claro que era un hombre que no solo imponía con su presencia, sino que mostraba autoridad.

Cuando las puertas se abrieron vi un montón de gente trabajando en sus mesas: con bocetos de diseños, con telas, incluso con maniquís que llevaban algunos de los vestidos más bonitos que había visto hasta el momento.

En cuanto vieron al jefe todos se pusieron superserios y saludaron de manera educada a Nico al pasar por delante de ellos. A mí me llevó hasta el final de un largo pasillo y abrió una puerta donde encontré varios diseños.

—Esta es parte de la nueva colección —dijo al cerrar la puerta.

Los maniquís que había ante mis ojos llevaban vestidos, conjuntos de falda o pantalón y camisa, *outfits* pensados para cualquier ocasión o momento del día, desde un sencillo día de trabajo, a una cena o fiesta.

En la nueva colección predominaban los colores cálidos, los tonos pastel que tan bien casaban con el negro y el azul marino, ambos de lo más versátiles en el mundo de la moda.

—Son exquisitos —dije tras verlos todos.

—Aún faltan, como he dicho, esto es solo una parte.

—¿Cuándo crees que estará completa? —Curioseé.

—Con todo el equipo trabajando, la próxima semana. Después haremos la presentación, con un desfile en el que, obviamente, tú serás la estrella —contestó a mi espalda, y al mirar por encima del hombro vi que le tenía tan cerca como en la noche de la fiesta, cuando pidió el whisky la segunda vez que se acercó a mí.

—Seguro que va a ser un éxito. —Sonreí—. Tus diseños siempre lo son.

—Gracias. —Sonrió—. Vamos, hay alguien a quien quiero que veas.

Salimos de aquella habitación, regresamos por el pasillo hasta el ascensor y pulsó el botón de la séptima planta. Una vez que llegamos y las puertas se abrieron, me llegó el barullo de voces de todos los que había en aquella sala.

Fotógrafos, maquilladores, modelos masculinos y femeninos por todas partes, y de entre todos ellos un hombre que destacaba más que el resto, no solo por su altura sino porque tenía el mismo porte que Nico.

.

En cuanto me vio, sonrió y dejó el set de fotografía para venir hacia mí.

—Lara, qué alegría verte —me dijo David dándome un abrazo.

—Lo mismo digo.

—Si está aquí es porque va a ser la nueva imagen de la firma, ¿no, hermano? —le preguntó a Nico, que asintió.

—Así es, va a ser la imagen de la nueva colección, y de la próxima.

—Me alegra oír eso. —Volvió a sonreír—. Cuando Nico me dijo que te había hecho la propuesta, esperé que la aceptaras.

—Me ha hecho esperar demasiado para llegar a esto, pero ya no puede echarse atrás —dijo Nico.

—Tampoco es que fuera a hacerlo, mi agente y mi familia me internarían en un psiquiátrico por rechazar una oportunidad como esta. Por no hablar de Fran. —Sonreí.

—Él habría sido el primero en internarte, te lo aseguro —dijo David—. Pero en serio, me alegra que estés aquí, ¿sabes que haremos varias sesiones de fotos juntos?

—No, no tenía ni idea.

—Pues sí, aprovecharemos el tirón de la nueva colección femenina para promocionar de nuevo la masculina, siempre lo hemos hecho así.

—En ese caso, estaré encantada de trabajar contigo, David.

a

—¿Bromeas? Soy yo el que está encantado con la idea. Eres una de las modelos más bonitas que he tenido el placer de conocer, y lo digo en todos los sentidos, preciosa, porque hay modelos que son guapas y atractivas, pero tienen un alma negra y llena de envidias para con otras mujeres.

—David, tenemos que seguir. —Escuchamos que decía el fotógrafo.

—El deber me llama. —Se encogió de hombros—. Me ha gustado volver a verte, preciosa. —Me dio un abrazo— Nos vemos por aquí. Adiós.

—Adiós. —Sonreí.

—Aquí es donde harás muchas de las sesiones de fotos —dijo Nico—, otras serán en exteriores que solemos utilizar.

—Vale.

—Ven, te llevaré a conocer otro departamento imprescindible para nuestra firma. —Me cogió de la mano y sentí como una leve descarga, miré hacia ese punto y volví a mirar a Nico, pero él seguía caminando hacia el ascensor sin soltarme.

Entramos y fuimos hasta la segunda planta, donde los bocetos y las telas cobraban vida de manos de costureras y costureros que no paraban sus máquinas hasta acabar la pieza que tenían entre manos.

Nico me dijo que allí, y en la tercera planta, se confeccionaban todas las prendas que vendía la firma, y desde las propias oficinas las distribuían a tiendas de todo el mundo.

—Era algo que hacía mi padre y yo seguí sus pasos. No contratamos a empresas externas para la confección, sino que tenemos nuestro propio personal. La firma Durán es auténtica cordobesa desde que la prenda no es más que un boceto. ¿Tienes planes para comer? —preguntó cuando acabamos con la visita a esa planta, donde estuvimos como una media hora caminando entre máquinas de coser.

—No, la verdad es que no tengo.

—Entonces ya los tienes, preciosa. —Hizo un guiño y me llevó de nuevo hacia el ascensor.

—Adiós. —Sonreí.

—Aquí es donde harás muchas de las sesiones de fotos —dijo Nico—, otras serán en exteriores que solemos utilizar.

—Vale.

—Ven, te llevaré a conocer otro departamento imprescindible para nuestra firma. —Me cogió de la mano y sentí como una leve descarga, miré hacia ese punto y volví a mirar a Nico, pero él seguía caminando hacia el ascensor sin soltarme.

Entramos y fuimos hasta la segunda planta, donde los bocetos y las telas cobraban vida de manos de costureras y costureros que no paraban sus máquinas hasta acabar la pieza que tenían entre manos.

Nico me dijo que allí, y en la tercera planta, se confeccionaban todas las prendas que vendía la firma, y desde las propias oficinas las distribuían a tiendas de todo el mundo.

—Era algo que hacía mi padre y yo seguí sus pasos. No contratamos a empresas externas para la confección, sino que tenemos nuestro propio personal. La firma Durán es auténtica cordobesa desde que la prenda no es más que un boceto. ¿Tienes planes para comer? —preguntó cuando acabamos con la visita a esa planta, donde estuvimos como una media hora caminando entre máquinas de coser.

—No, la verdad es que no tengo.

—Entonces ya los tienes, preciosa. —Hizo un guiño y me llevó de nuevo hacia el ascensor.

Capítulo 10



Fuimos caminando desde las oficinas a un restaurante que había al final de la calle. Nada más ver a Nico, uno de los camareros se acercó a nosotros y nos llevó a una de las mesas que había en la zona de terraza cubierta.

—¿Qué desean beber, señor Durán? —preguntó mientras nos entregaba una carta a cada uno.

—Vino blanco.

—Enseguida —asintió.

El restaurante era de lo más elegante, con paredes en color burdeos y negras, suelos grises y mantelería blanca. Decoraban las paredes algunas fotos antiguas de diferentes lugares emblemáticos de España, así como columnas hasta media altura de la pared, quedando sobre el fondo negro, con jarrones de cristal con flores de varios colores.

Eché un vistazo a la carta y tras mucho pensar, decidí pedir una ensalada y el pescado de la casa, lo había visto en una de las mesas y tenía una pinta buenísima.

Después de hacer nuestro pedido, y al quedarnos solos, le hice a Nico esa pregunta que me rondaba la cabeza desde que había descubierto que él era el hombre con el que estuve hablando en la fiesta de Alicia.

—¿Por qué no me dijiste en la fiesta quién eras?

—Ya tardabas en hacerme esa pregunta —contestó cogiendo su copa y dando un sorbo.

—Tu madre y tu hermano dijeron que no habías ido.

—No sabían que estaba allí.

—¿Y por qué no? —Fruncí el ceño.

—Las pocas veces que he asistido a una de las fiestas de mi madre, he tenido que pasarme casi toda la noche evitando que me acorralen algunas mujeres interesadas en mi apellido.

—Conmigo hablaste en dos ocasiones, y la segunda fuiste tú quien me buscó.

—Te vi hablando con mi madre, y te aseguro que le caíste bien, igual que a mi hermano. Él sabe que fue en la fiesta donde te conocí, le pregunté por ti, aunque como te dije, sé mucho sobre tu trayectoria como modelo, y tuve que confesar. Me dijo que no podía haber hecho mejor elección para mi nueva colección de ropa femenina.

—Podrías haberme dicho quién eras, no me caracterizo por ser una mujer que busca atenciones de un hombre, o que mendiga un trabajo como modelo para una firma de renombre.

—Nunca creí que lo fueras, pero, si le decías a tu amigo o mi hermano que hablabas conmigo, aunque pensaras que nadie estuviera escuchando, podrían haberte oído y muchos me buscarían para una tediosa conversación.

—El vestido que donaste para subastar, era precioso —dije cambiando de tema.

—A ti te habría sentado bien. —Sonrió.

—Ya nunca lo sabremos, lo tiene una mujer que no ha tardado en lucirlo en una nueva cena benéfica en Madrid. Lo sé porque el otro día mirando las redes de la firma vi que la había etiquetado la noche del martes.

—Lo vi, pero si soy sincero, no lo luce como debería.

—Señores. —Miramos al camarero que llegaba con mi ensalada y con sus tostas de queso y salmón.

—Gracias —dijimos al unísono cuando dejó ambos platos ante nosotros.

Tras el primer bocado, Nico se interesó por mi historia, por cómo llegué a ser modelo, y durante una hora estuvimos hablando de todo lo que había vivido hasta llegar donde estaba.

—La gargantilla que ofreciste para la subasta, era una pieza demasiado bonita para desprenderse de ella —dijo mientras comíamos el segundo plato.

—Como te comenté en la fiesta, fue un regalo de alguien que ya no está en mi vida.

—Cierto, un antiguo amor.

—Mi ex, para ser exactos. —Sonreí.

—Debió de ser una ruptura poco amistosa, si decidiste no querer ver más ese regalo.

—Digamos que me estuvo engañando durante un tiempo con otra, y ahora presume con ella en unas fotos de lo

más idílicas en Hawái.

—No me digas que tu ex es el nuevo novio de la actriz que está rodando una película en aquella isla.

—El mismo.

—Su agente se puso en contacto con mi firma hace un par de años para pedir trabajo, obviamente no se lo dimos.

—Si en algo se caracteriza la firma Durán —dije—, fue en que escoge a sus modelos sin que estos pidan trabajo o lleven su currículum.

—Veo que sabes mucho sobre mi empresa. —Sonrió mientras se llevaba un pedazo de carne a la boca.

—En la industria de la moda, muchos sabemos sobre tu empresa.

—Me alegro de que accedieras a ser la imagen de esta nueva colección. Te he visto en diferentes revistas de moda, incluso en algunos desfiles, y tienes algo que poca gente en nuestro mundo tiene.

—¿Qué tengo, según tú, que me diferencia de otras y otros modelos? —Curioseé.

—Además de elegancia y seguridad cuando caminas, tu sonrisa es natural no solo ante la cámara, sino también cuando desfilas. Muchas modelos lucen sus mejores y más falsas sonrisas para el trabajo. Y tienes luz, Lara, una luz especial.

—Me vas a sacar los colores. —Incliné la cabeza y miré a mi plato evitando sus ojos, el modo en el que me miraba me ponía de lo más nerviosa.

—No deberías sonrojarte por un halago sincero. Pero te ves muy bonita con las mejillas de ese tono rosado. —Sonrió y no tuve más remedio que hacer lo mismo.

Por suerte pasamos a hablar un poco de trabajo, me dijo que me enviaría un mensaje para decirme el día y la hora que debía ir a las oficinas para que me tomaran medidas, quería que confeccionaran algunas de las prendas de la nueva colección a medida para mí, para las sesiones de fotos y el desfile de la presentación que, esperaba, pudiera llevarse a cabo el sábado por la noche de la siguiente semana.

—Tienes un equipo que seguro es de lo más aplicado y competitivo. —Sonreí—. Tendrán todas las prendas listas para entonces. ¿Sabes dónde harás desfile?

—En el hotel de la fiesta de mi madre, creo que los jardines son perfectos para hacer la presentación.

—Yo también lo creo. Tal vez podrían decorarlos con pequeños farolillos en el suelo, una alfombra blanca por la

que caminar las modelos, música de fondo, fotos de tamaño grande con algunos de tus vestidos más elegantes de otras colecciones. —Miré hacia la pared del salón del restaurante y sonreí—. ¿Qué tal unas columnas con jarrones de flores? —Miré a Nico, tenía los ojos muy abiertos mientras me observaba— Olvídalo, estaba soñando despierta.

—No, no, es perfecto —dijo cogiéndome la mano por encima de la mesa—. No sabía cómo hacer la presentación, y me has dado la mejor idea. Mañana se lo diré al equipo encargado de ello, para que vayan buscando lo necesario.

—En serio, Nico, que yo no…

—Tú has tenido una visión maravillosa para la presentación, ahora sí que será todo un éxito. —Me hizo un guiño y sonreí.

Cuando acabamos de comer y el camarero nos preguntó si íbamos a tomar postre, me pedí uno que estaba hecho con bizcocho, fresas y nata con sirope por encima, y tenía una pinta buenísima, también pedimos café.

Después de la comida, y quedando de nuevo en que me diría cuándo me esperaba en las oficinas para tomarme medidas, me acompañó al coche y nos despedimos, Nico me di un beso en la mejilla que no me esperaba en absoluto.

—De verdad que es un auténtico placer contar contigo como imagen de la nueva colección, Lara —dijo con la mano aún en mi hombro, esa mano grande y fuerte que me quemaba en la piel.

—Estoy muy agradecida, Nico, esta es sin duda una oportunidad de esas que pasan muy pocas veces en la vida. —Sonreí—. Espero tu llamada, adiós.

—Adiós.

Subí al coche, me cerró la puerta y esperó allí hasta que lo puse en marcha y me fui.

Nicolás Durán tenía fama de hombre serio y distante, además de un mujeriego empedernido que no quería ni oír hablar del compromiso. Pero en las distancias cortas, al menos conmigo, así como con sus empleados y su hermano, era un hombre bastante simpático.

Por lo menos sonreía, no estaba como decían en algunas de las revistas, serio y enfadado como si tuviera un gran palo pegado.

Capítulo 11



Después de una sesión de fotos un poquito agotadora que se prolongó más de lo esperado la mañana anterior, pasé el viernes por la tarde en casa disfrutando de la tranquilidad que me rodeaba.

Pero era sábado, y tras una limpieza general a mi coqueto y encantador piso de soltera, como decía Fran, esa misma mañana, ahora tocaba salir a vivir la noche con mi hermana mayor.

Me había puesto un bonito vestido de lo más vaporoso en color blanco, mis cuñas altas que eran de lo más cómodas, y llevaba el pelo recogido en un moño de estilo *boho*.

Cogí el coche y fui hacia la casa de mi hermana, siempre llegaba con tiempo suficiente para ayudarla a arreglarse.

Ella vivía en un piso cerca de su clínica, tenía dos dormitorios, salón, cocina, cuarto de baño y una terracita donde habíamos pasado muchas noches tomando copas después de cenar allí.

Cuando llamé al portero, me abrió sin preguntar a sabiendas de que era yo quien llegaba.

—Hola, hermana —saludé entrando en su habitación, donde la encontré en ropa interior mirando en el armario.

—Hola.

—¿Estás buscando un tesoro, o algo así? —Reí.

—No, algo que ponerme.

—Claro, que como no tienes ropa. —Volteé los ojos—. Anda, déjame a mí.

Me quedé frente al armario de mi hermana mayor y eché un vistazo. Ella siempre había tenido mucho gusto vistiendo, pero desde que se divorció de aquel idiota, lo que predominaban eran los pantalones vaqueros. Aunque incluso a eso yo podía sacarle mucho partido.

Escogí uno de esos vaqueros ajustados y un jersey de lino en color rosa pastel con el hombro derecho caído, y

unos zapatos de tacón negro. En cuanto terminó de vestirse, me incliné para subirle un poco el dobladillo de los vaqueros, de modo que se le vieran los bonitos tobillos que tenía.

—Estás impresionante, hermana. Esta noche ligas. —Le hice un guiño y se sonrojo al tiempo que sonreía.

—No lo veo tan claro, Lara.

—Venga, siéntate que te hago una coleta alta —le pedí llevándola hasta la cómoda.

Ya estaba maquillada, y con el *eyeliner* que usaba resaltaba el color de sus bonitos ojos.

Terminé de peinarla y estábamos listas para salir a cenar.

Fuimos en mi coche, cuando salíamos juntas no tomábamos más de una copa o dos de vino y un *gin-tonic* en algún bar de la zona, además me solía quedar a dormir en su casa para no coger el coche tan de noche.

Salimos de casa y fuimos directas al restaurante de Mariana, una antigua compañera de instituto de Elvira a la que siempre le gustó el mundo de la cocina y no paró hasta que puso su restaurante con comidas de todo el mundo.

—Aquí estás mis clientas favoritas. —Sonrió al vernos.

—Hola, Mariana —saludamos.

—Bienvenidas. ¿Mesa para dos, como siempre?

—Sí, por favor —respondí.

—Hoy os aconsejo la terraza, es mucho más tranquilo allí. Tengo una despedida de solteras en el salón, y las chiquillas están desatadas. —Rio.

—Perfecto.

Nos llevó hasta la terraza y, tras acomodarnos en la mesa, pedimos vino y pasamos los siguientes minutos decidiendo de qué parte del mundo sería la cena esa noche.

Finalmente pedimos arroz frito, comida asiática, un plato de pasta de la bella Italia, ambos para compartir, y para acabar una deliciosa carne a la brasa al estilo americano.

—¿Qué tal te fue ayer la sesión de fotos? —preguntó.

—Bien, un poco agotadora pero quedaron unas fotos preciosas.

—¿Y qué hay de la firma Durán? Ya eres su nueva imagen, ¿no?

—Sí, el jueves firmamos el acuerdo. Tengo que ir a las oficinas cuando me avise Nico para que me tomen medidas y puedan confeccionar algunos de los diseños para mí.

—¿Ya le tuteas? —Sonrió.

—No me queda otra, él insistió en ello. —Me encogí de hombros y di un sorbo al vino.

Nos trajeron el arroz y comenzamos a disfrutar de aquel primer plato mientras me ponía al día sobre la salud de la madre de Carmen. No tardarían en intervenirla, y por lo que le había comentado ella, el médico aconsejó que sería mejor extirpar el pecho, no solo el bulto que le encontraron.

Era una pena que aquella enfermedad no tuviera piedad de nadie.

El móvil de mi hermana empezó a sonar con una notificación de mensaje y al cogerlo se disculpó puesto que tenía que responder.

La vi sonreír de un modo que pocas veces había visto y eso me hizo pensar que pudiera tratarse de un hombre, algo que me sorprendería y gustaría a partes iguales después de tantos años sin pareja.

—Ya está, perdona. —Sonrió mientras lo dejaba de nuevo en el bolso.

—¿Quién era? ¿Algún hombre del que quieras hablarme? —Curioseé mientras me llevaba un bocado de pasta a la boca.

—No, es una paciente.

—¿Desde cuándo tus pacientes te escriben un sábado a las diez de la noche? —fruncí el ceño.

—Esta es diferente. Es una joven de dieciocho años embarazada que no tiene una madre a quien consultarle dudas.

—¿Es huérfana? ¿No tiene familia? Perdona que sea tan cotilla pero tu clínica es privada y de pago.

—Sí tiene familia, bueno al menos tiene a su padre.

—Cuéntame más.

—Paula, que así se llama, como te he dicho tiene dieciocho años y está embarazada de dos meses, se enteró el me

pasado y el novio no quiere saber nada, al parecer es un universitario de veintidós años que quiere llegar a ser un gran arquitecto. Alan, su padre, tiene cuarenta y cinco años y está divorciado, la madre vive en Alemania con su nuevo marido y no tiene ninguna relación con Paula.

»La pobre estaba tan perdida —sonrió—, algo normal siendo adolescente y primeriza en cuestión de embarazos. Le dijo a su padre que quería tener el bebé y él la apoya. Va a sacarse la carrera la universitaria de Derecho, igual que hizo él, y está decidida a ser madre y abogada le pese a quien le pese. Lejos de convencer a su hija de que un bebé le arruinaría la vida, quiere ser abuelo.

—Vaya, eso es admirable.

—Sí. El caso es que me ofrecí para responder dudas, para darle consejos o para hablar si tan solo era eso lo que necesitaba. Y compartimos gustos en cuanto a cine, me ha escrito mandándome una foto con un cuenco de palomitas en su regazo y la imagen de una comedia romántica de fondo.

—No imagino a mamá desentendiéndose de nosotras, la verdad.

—Pues no, pero la madre de Paula parece ser que nunca quiso tener hijos. Se quedó embarazada con veinte años, la tuvo a los veintiuno recién cumplidos, y con treinta dijo que esa no era la vida que había soñado. Le pidió el divorcio a Alan, y unos meses después conoció al secretario del embajador español en Alemania, se casó con él un año después y no han vuelto a saber nada de ella, ni quieren, obviamente.

—Es una pena, un hijo siempre es la mayor alegría para los padres.

—No para todos, por lo que se ve. Paula creyó que su novio se lo tomaría bien, pero ya ves. —Se encogió de hombros.

—¿Y el padre de la chica qué opina de que vayas a ser algo así como su Wikipedia de la maternidad? —Sonreí.

—Al principio intentó convencerla para que no me molestase con esas cosas, pero cuando le aseguré que no era molestia y que estaría encantada de ayudarla y aconsejarla, tan solo sonrió.

—Bueno, me alegra saber que el día que yo vaya a ser mamá, contaré también con tu sabiduría y tus consejos, no solo con los de mamá. —Reí.

—Qué morro tienes, hermanita —suspiró.

Tras la cena y un delicioso postre de tarta de tres chocolates, nos despedimos de Mariana y fuimos al local de moda de la zona a tomarnos un *gin-tonic*.

Allí mi hermana no dudó en hacernos algunas fotos juntas, incluso esas en las que, como ya era bastante habitual en nosotras, poníamos muecas.

Y entonces empezó a sonar *Flowers*, de Miley Cyrus, esa canción que pegó tan fuerte y que dejaba claro que si alguien no te quiere era mejor dejar que se alejara.

Y sí, no había nada mejor que las conversaciones conmigo misma, contarme cosas que solo yo entendía y salir a cenar y bailar, quererme más y mejor de lo que él nunca me quiso, tal como decía la canción.

Lloré durante días, pero las lágrimas de dolor se acabaron en cuanto entendí que estaba mucho mejor sola que con una persona que nunca me amaría como de verdad merecía.

—Lara, ¡cuánto tiempo! —Me giré al escuchar una suave voz a mi espalda.

—¡Alexandra! Por Dios, pero si hace como mil años que no te veo. —La abracé.

—Tanto no, exagerada. —Rio—. Estás preciosa, ¿cómo te va?

—Bien, sigo con las sesiones de fotos, los desfiles…

—Me alegro.

—¿Y tú qué tal? ¿Cuándo has vuelto de Londres?

—La semana pasada, Después de tres años lejos de casa ya echaba de menos a los míos. Por suerte, mi agente sigue en contacto con las agencias con las que trabajaba antes de marcharme, así que, tengo algunos trabajos para la próxima semana.

—Eso es fantástico. Me alegro de volver a verte, a ver si quedamos para tomar café y ponernos al día.

—Sí, eso sería genial, necesito una cara conocida con la que salir por la ciudad. Las amigas que tenía están casadas, algunas tienen hijos, e incluso se han mudado.

—Apúntame tu número —le pedí entregándole mi móvil—, y te llamo un día de estos para vernos.

—Perfecto. —Sonrió mientras tecleaba—. Me ha encantado verte, en serio. —Nos dimos un nuevo abrazo—. Vuelvo con mi agente antes de que se vuelva loco buscándome. Adiós.

—Adiós.

—Esa chica me suena —dijo mi hermana cuando nos quedamos solas de nuevo.

—Es Alexandra, también es modelo. Nos conocimos en uno de mis primeros *castings* y nos hicimos amigas,

hicimos varias sesiones y desfiles juntas.

—Ay, sí, es verdad. La chica que se fue a Londres con un contrato de una de las firmas de joyería más prestigiosa para ser su imagen durante dos años.

—Esa misma. —Sonreí—. Lo que no sé es que habrá hecho durante el último año, pero me alegro de que esté de vuelta, seguro que coincidimos en algunos trabajos.

—Es maja, por lo poco que he visto.

—Sí, lo es. Tiene mi edad y con esa melena pelirroja y los ojos verdes, siempre llamó la atención de muchas firmas. Es lo que tiene ser hija de una irlandesa preciosa, que heredó su belleza.

—Oye, que tú eres mucho más guapa.

—Lo dices porque eres mi hermana mayor.

—Pues sí, lo soy, pero no por eso lo digo. Sabes que has triunfado desde que empezaste en la industria de la moda, así que no te menosprecies más.

—Vale, vale. —Reí.

Seguimos pasando allí la noche, entre bailes y con nuestra copa, y pasada la medianoche decidimos regresar a su casa donde me quedaría a dormir.

Me gustaba salir con ella, pasar tiempo con mi hermana y hacer que se distrajera durante unas horas, olvidando que una vez tuvo un marido que la engañó, y haciendo que desconectara del trabajo.

Y tal vez eran solo imaginaciones mías, pero… ¿era una sonrisa y un sonrojo lo que había vito en su rostro al hablar de ese tal Alan?

Quién sabe, tal vez mi hermana tenía una nueva ilusión.

hicimos varias sesiones y desfiles juntas.

—Ay, sí, es verdad. La chica que se fue a Londres con un contrato de una de las firmas de joyería más prestigiosa para ser su imagen durante dos años.

—Esa misma. —Sonreí—. Lo que no sé es que habrá hecho durante el último año, pero me alegro de que esté de vuelta, seguro que coincidimos en algunos trabajos.

—Es maja, por lo poco que he visto.

—Sí, lo es. Tiene mi edad y con esa melena pelirroja y los ojos verdes, siempre llamó la atención de muchas firmas. Es lo que tiene ser hija de una irlandesa preciosa, que heredó su belleza.

—Oye, que tú eres mucho más guapa.

—Lo dices porque eres mi hermana mayor.

—Pues sí, lo soy, pero no por eso lo digo. Sabes que has triunfado desde que empezaste en la industria de la moda, así que no te menosprecies más.

—Vale, vale. —Reí.

Seguimos pasando allí la noche, entre bailes y con nuestra copa, y pasada la medianoche decidimos regresar a su casa donde me quedaría a dormir.

Me gustaba salir con ella, pasar tiempo con mi hermana y hacer que se distrajera durante unas horas, olvidando que una vez tuvo un marido que la engañó, y haciendo que desconectara del trabajo.

Y tal vez eran solo imaginaciones mías, pero… ¿era una sonrisa y un sonrojo lo que había vito en su rostro al hablar de ese tal Alan?

Quién sabe, tal vez mi hermana tenía una nueva ilusión.

Capítulo 12



Me levanté por el delicioso aroma a café recién hecho que me llegaba desde la cocina.

Tras desperezarme en la cama, me levanté y fui hacia allí.

—Buenos días, hermana —dije abrazándola desde atrás y dándole un beso en la mejilla.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

—Siempre duermo bien en tu casa.

—Y te despiertas en cuanto hueles el café, lo tuyo es un misterio. —Rio—. Lleva la bandeja a la terraza, enseguida voy con el café.

Cogí la bandeja donde estaban las tostadas, la mantequilla y la mermelada, el queso de untar y las lonchitas de pavo, así como el zumo, y lo llevé a la terraza donde me senté a esperar a mi hermana, que llegó poco después con las dos tazas de café.

Se sentó a mi lado y comenzamos a desayunar mientras charlábamos de los planes para ese domingo.

—Voy a ir a comer con Carmen y su madre, le llevo unas pastas que a ella le encantan y así le damos un poquito de ánimo —dijo tras dar un bocado a su tostada.

—Yo voy a llamar a Fran, que anoche salió con David Durán. —Di un sorbo al café.

—¿Fran salió con el hermano de la firma Durán? Espera, ese es el que es modelo, ¿no?

—Ajá. Y la imagen oficial de la firma. —Sonreí.

—¿Desde cuándo sale Fran con él?

—Pues desde esta semana. —Reí—. Le conoció en la fiesta de disfraces, y parece que se llevan bien.

—No sabía que ese chico era gay.

—Ni nosotros, con todas las noticias que se han dicho de él y sus posibles conquistas.

—Y tanto, todavía recuerdo aquella que fue tan sonada, la de la modelo italiana de hace un año.

—En esa incluso hablaron de boda, hasta que él dijo que solo se trataba de una buena amiga a la que daba apoyo después de la ruptura con su novio.

—La prensa del corazón a veces inventa muchas cosas —suspiró.

—Para vender más revistas, tener más audiencia en televisión, ya sabes cómo es eso.

Mi móvil sonó con un nuevo mensaje y entré al salón a cogerlo pensando que podría ser Fran, pero fue el nombre de Nico el que vi en la pantalla.
Imaginé que sería para decirme cuándo debía ir a las oficinas a que me tomaran medidas.

Nicolás: *Buenos días, Lara. Me preguntaba si aceptarías una invitación a comer conmigo.*

—Ah, pues no es para lo que yo pensaba —dije en lo que creí era un susurro, pero mi hermana me escuchó.

—¿El qué?

[1]—Oh, nada, es que… Me ha llegado un mensaje de Nico, creí que sería para decirme el día que tenía que ir a que me tomaran medidas, pero no es por eso por lo que me has escrito.

—¿Entonces?

—Me invita a comer, pero no sé cuándo.

—Pues pregúntale, hija mía, pero vamos, igual quiere que comas hoy con él.

—¿Cómo va a querer comer hoy? Es domingo.

—¿Y? A ver si te crees que él los domingos no come, hace ayuno o algo así. —Volteó los ojos.

Le respondí preguntando que cuándo quería que comiéramos, y efectivamente mi hermana mayor tenía razón.

—Hoy —leí—, me invita a comer hoy.

—¿Ves cómo yo tenía razón? Dile que sí, total, no tienes otros planes. —Sonrió.

Lara: *Me parece bien, ¿dónde nos vemos? Y no me digas que me recoges, voy con mi coche.*

Me respondió con la dirección de un restaurante que estaba en el centro y acordamos vernos a las dos allí.

Mientras terminábamos de desayunar mi hermana sonreía mucho, le pregunté qué era tan gracioso y se limitó a decir que nada, cosa que no me creía.

Después de ayudarla a recoger me vestí y fui a mi casa a darme una ducha y cambiarme de ropa. Me puse unos vaqueros, una camiseta fina y las cuñas, mientras me maquillaba llamé a Fran.

—Hola, hola —respondió de lo más cantarín.

—Qué feliz te noto. —Sonreí—. ¿Pasó algo anoche que deba saber?

—¿Aparte de que tuve una cena divertida y que estuvimos tomando un par de copas? No, nada más.

—¿Seguro? Porque no me creo que hayas dormido solo.

—Pues créetelo, niña, he dormido solo en mi cama, y no por falta de ganas de tener compañía, te lo aseguro. David tenía una sesión de fotos a primera hora y se fue temprano a casa. Y tú, ¿qué hiciste anoche?

—Salí con Elvira, y me encontré con Alexandra.

—¿Tu amiga la modelo?

—Sí, ha vuelto de Londres. Tengo que quedar con ella algún día para tomar café.

—¿Qué haces hoy? ¿Vienes a comer conmigo?

—Si me lo hubieras dicho antes, sí, pero ya tengo planes.

—¿Con quién, petarda?

—Con Nico.

—¿Quién es Nico? —preguntó.

—Nicolás Durán, que me pidió que le llamara Nico.

—Anda, ya tenéis esas confianzas y todo, qué rápida va la cosa. —Rio.

—No seas tonto, es que no quiere que le llame señor Durán. Me ha invitado a comer y como no tenía otros planes

—Pues haces bien, cariño, tampoco es malo que salgas a comer con el jefe, porque más o menos es tu jefe.

—Podría verse así, sí. —Sonreí.

—Bueno, entonces me toca quedarme en casa pudriéndome del asco viendo alguna comedia romántica. Perfecto —suspiró en plan dramático—. Diviértete, ¿vale?

—Vale. Mañana me paso por el salón y tomamos café.

—Eso me gusta más, así me cuentas qué tal la comida con el señor Durán. Adiós, preciosa.

—Adiós, loco.

Colgué, y tras comprobar que estaba lista, cogí el bolso y las llaves del coche para salir de casa.

Conduje hasta el centro, y una vez que localicé el restaurante, fui hasta la entrada donde un empleado de lo más sonriente me abrió la puerta y se hizo cargo del coche tras entregarme una ficha con un número que guardé en el bolso.

Al entrar me recibió una melodía de lo más suave, de esas que daba paz. Las paredes eran blancas y estaban decoradas con cañas de bambú pintadas en verde y siluetas de algunos pájaros volando.

—Buenas tardes, señorita. ¿Tiene reserva? —me preguntó una chica morena sonriendo.

—Hola. Sí, me está esperando el señor Durán.

—Oh, perfecto. —Sonrió—. Por favor, acompáñeme.

La seguí por el salón, donde ya había varias mesas con clientes disfrutando de la comida, y al fondo encontré a Nico sentado tomando una copa de vino mientras miraba algo en su móvil.

—Señor Durán, su acompañante —dijo la chica, y él me miró.

—Gracias, Sandra. —Se puso en pie, y con esos vaqueros, el polo y las deportivas, debía decir que se veía guapísimo, sin duda la ropa era de su firma—. Lara, me alegro de verte. —Sonrió al tiempo que se inclinaba para darme un beso—. Por favor. —Retiró la silla, como todo un caballero, y la señaló para que me sentara.

—Gracias —contesté mientras me sentaba.

. Cuando lo hizo, él de nuevo cogió la botella de vino y llenó mi copa, esa que no tardé en coger y dar un sorbo, pues ese hombre me ponía bastante nerviosa.

—Me he tomado la libertad de pedir la comida por los dos, espero que no te importe.

—Oh, no, tranquilo.

—Bien. —Sonrió—. No creí que fueras a aceptar mi invitación.

—Es solo una comida, y ya que vamos a trabajar juntos, no veo por qué no debería haber venido.

—Me alegra escuchar eso.

—Señor Durán. —Un camarero se acercó con una bandeja de mariscos que dejó en el centro de la mesa—. Que aproveche, señores.

—Gracias —contestamos al unísono.

Había una gran variedad de marisco a la plancha y comenzamos a disfrutar de él mientras hablábamos de trabajo.

Me dijo que había hablado con las modistas de la firma y querían que fuera a tomarme medidas el martes, le comenté que tenía una sesión de fotos por la mañana y me aseguró que no había ningún problema en que fuera po la tarde a las oficinas.

—En cuanto tengamos el calendario de sesiones, desfiles y eventos para promocionar la nueva colección, le diré a Rosa que amolde el resto de trabajos a la agenda que tenga con tu firma —le aseguré cuando el camarero retiró la bandeja de marisco ya vacía.

—Bien, y si alguna vez no puedes cuadrar ambas citas, me lo dices y no hay problema por cambiar una sesión de fotos nuestra.

—No será necesario —sonreí—, Rosa es buena en su trabajo y no suele recibir negativas para cuadrar bien las agendas con varias firmas.

—¿Desde cuándo es tu agente? —Curioseó.

—Desde que empecé en este mundo, hace ya ocho años. Nos encontramos mutuamente, y fue lo mejor que pudo pasarme.

—Es bueno contar con alguien que mire por ti, en esta industria a veces se da con personas que miran más por sus propios intereses.

—Rosa no, te lo aseguro.

Nos dejaron el segundo plato, que no era otro que pato asado a la naranja y estaba delicioso, y al igual que había ocurrido mientras degustábamos el marisco, Nico estuvo muy pendiente de mí, muy simpático e incluso juraría que coqueteando conmigo.

No había momento en el que le mirara y tuviera sus ojos fijos en los míos, y me miraba tan intensamente que conseguía que me pusiera nerviosa, tanto como nunca antes me había puesto ante los escrutadores ojos de un hombre.

Pedimos tarta de limón para el postre y un café, y mientras hablábamos de, no sé muy bien qué, pero que me había hecho reír como una tonta, Nico me cogió de la mano por encima de la mesa.

—Me encantas, Lara —dijo serio, mirándome fijamente—. Tu sonrisa me encanta, es preciosa, perfecta. Estoy deseando hacer la primera sesión de fotos contigo.

—¿Estarás presente en ella? —pregunté mirando nuestras manos, esas que Nico mantenía unidas mientras acariciaba la mía con el pulgar.

—Siempre estoy presente en las sesiones de fotos, o al menos en las que puedo.

r

—Para dar el visto bueno en cada toma, seguro. —Sonreí.

—Sí. —De nuevo su sonrisa de medio lado—. David no lo aguanta, pero es lo que hay. El resto de los modelos no se queja.

—¿Cómo iban a quejarse? Eres el jefe allí. —Volteé los ojos.

—¿Podrías recordarle eso a mi hermano? Creo que a veces se le olvida —suspiró.

—¿Y tener un conflicto con él? No, gracias.

—Vaya, veo quién es tu favorito entonces. —Entrecerró los ojos.

—Yo no he dicho eso.

—¿Así que soy yo el favorito?

—Tampoco he dicho que lo seas tú. —Reí.

—Acabaré siéndolo. —Hizo un guiño y noté que me sonrojaba.

Ese hombre era sexy en todos los sentidos, y empezaba a darme cuenta de que tenerle cerca, era peligroso, muy peligroso para mí.

Después de un segundo café y que pagara la cuenta salimos del restaurante, habíamos tenido una larga sobremesa pero relajada y divertida. De nuevo pensaba en esas palabras que decían sobre él en la prensa y no podía estar más en desacuerdo.

Nicolás Durán no era tan serio como todos pensaban, tenía un lado divertido a pesar de que no se lo mostrara a todo el mundo.

Cuando trajeron nuestros coches nos despedimos en la puerta con un beso y quedamos en vernos el martes en las oficias.

—Estoy deseando volver a verte —dijo mientras me miraba fijamente—. Adiós, Lara.

—Adiós, Nico —me despedí entrando en mi coche y él cerró la puerta.

Conduje de vuelta a casa, y tanto en ese corto trayecto como el resto de la tarde sentada en mi sofá, pensé en él.

En el modo en el que me miraba, en lo que ahora sí sabía que habían sido tonteos y coqueteos por su parte durante toda la comida, y en que supondría toda una aventura evitar un acercamiento con ese hombre.

Porque no solo era atractivo, algo que era más que evidente, sino también simpático y una persona con la que se podía hablar de todo, cualidades que siempre busqué que tuviera un hombre.

Cuando Fran supiera que Nicolás Durán era el hombre que cumplía con todas ellas, diría que estaba perdida y no le faltaría razón para esa tajante afirmación.

—Tampoco he dicho que lo seas tú. —Reí.

—Acabaré siéndolo. —Hizo un guiño y noté que me sonrojaba.

Ese hombre era sexy en todos los sentidos, y empezaba a darme cuenta de que tenerle cerca, era peligroso, muy peligroso para mí.

Después de un segundo café y que pagara la cuenta salimos del restaurante, habíamos tenido una larga sobremesa pero relajada y divertida. De nuevo pensaba en esas palabras que decían sobre él en la prensa y no podía estar más en desacuerdo.

Nicolás Durán no era tan serio como todos pensaban, tenía un lado divertido a pesar de que no se lo mostrara a todo el mundo.

Cuando trajeron nuestros coches nos despedimos en la puerta con un beso y quedamos en vernos el martes en las oficias.

—Estoy deseando volver a verte —dijo mientras me miraba fijamente—. Adiós, Lara.

—Adiós, Nico —me despedí entrando en mi coche y él cerró la puerta.

Conduje de vuelta a casa, y tanto en ese corto trayecto como el resto de la tarde sentada en mi sofá, pensé en él.

En el modo en el que me miraba, en lo que ahora sí sabía que habían sido tonteos y coqueteos por su parte durante toda la comida, y en que supondría toda una aventura evitar un acercamiento con ese hombre.

Porque no solo era atractivo, algo que era más que evidente, sino también simpático y una persona con la que se podía hablar de todo, cualidades que siempre busqué que tuviera un hombre.

Cuando Fran supiera que Nicolás Durán era el hombre que cumplía con todas ellas, diría que estaba perdida y no le faltaría razón para esa tajante afirmación.

Capítulo 13



Habíamos estado toda la mañana con la sesión de fotos de una de las firmas de trajes de baño con la que trabajaba todos los veranos y cuando acabamos, Rosa y yo nos fuimos a comer juntas para hablar de las otras firmas.

—Esta semana no tienes más sesiones —dijo cuando nos sentamos después de pedir una botella de agua bien fría.

Las sesiones de fotos con la ropa de baño se hacían todos los años en casa de la dueña de la firma, ya que tenía una preciosa y amplia piscina, y eso de pasarme varias horas al sol, acababa por dejarme más agotada que el hecho de posar.

—Esta tarde me toman medidas en la firma Durán —le recordé.

—Ajá, lo tengo agendado. ¿Sabes ya cuándo harán la presentación de la nueva colección?

—Seguro no lo sé, pero, según me dijo, para esta semana tendría todos los diseños terminados de confeccionar.

—Entonces posiblemente la organice para la próxima semana. El lunes, tal vez el martes.

—Por cierto, y cambiando de tema porque no viene a cuento. —Sonreí—. ¿Te acuerdas de Alexandra?

—La modelo que era amiga tuya.

—Sí.

—Claro, muchas firmas la querían como imagen, pero firmó en exclusiva para esa firma de joyas.

—Pues ha regresado de Londres, la vi el sábado por la noche.

—Tenía contrato para dos años, ¿no?

—Sí, pero ha estado allí durante tres años. Imagino que encontraría alguna firma con la que trabajar este último.

—Seguro que pronto la veremos en algunas sesiones, muchas de las firmas con las que trabajas, también contaron con ella durante muchos años.

—Eso me dijo, que su agente aún conservaba muchos de esos contactos.

—Pues me alegro de que esté de vuelta, era la única modelo que me caía bien de todas con las que has trabajado. Ella no iba en busca de más de lo que tú tuvieras, todo lo contrario a esas otras arpías, que serían capaces de hacerte vudú con tal de sacarte de las pasarelas un tiempo.

—Madre mía, Rosa, ni que fueran descendientes de la bruja de Blair. —Reí.

—Parientes cercanas, estoy segura.

El camarero se acercó a tomarnos nota y ambas pedimos una ensalada y el pescado al horno.

Mientras comíamos me estuvo hablando de las peticiones que habían hecho algunas de las firmas para sesiones de fotos, y tenía ya agendadas tres para la semana siguiente.

Cuando acabamos nos tomamos un café y preguntó si quería que me acompañara a las oficinas de la firma Durán.

—No hace falta, Rosa. —Sonreí—. Vete a casa y descansa un poco, solo van a tomarme medidas para confeccionar los diseños.

—Vale, vale, veo que ya eres una niña grande. —Rio—. Eso, o que hay algo con el señor Durán que no me estás contando.

—¿Qué va a haber? Solo existe entre nosotros una relación comercial. Anda, deja de imaginar cosas. Nos vemos.

—Adiós, cielo. —Nos despedimos con un abrazo y fui a coger el coche para ir hacia las oficinas de la firma Durán.

Esperaba ver algún diseño más de los que formaban parte de la nueva colección, y es que la ropa que diseñaba y confeccionaba esa firma era espectacular.

Muchas de las actrices de todo el mundo tenían, al menos, un vestido de Durán.

Llegué a las oficinas y como de costumbre, la recepcionista sonrió al verme, cuando me acerqué dijo que me estaban esperando en la sexta planta.

Subí en el ascensor, comprobé mi aspecto y tras retocarme un poco el cabello, salí hacia el rellano cuando se abrieron las puertas.

—Tú debes de ser Lara —me dijo una mujer alta, de cabello castaño y ojos verdes con una falda lápiz gris marengo y una bonita blusa de color champán sonriendo delante de mí.

—Sí, soy Lara.

—Soy Jimena, socia de Nicolás. —Me tendió la mano y se la estreché—. Bienvenida a la firma. Desde luego estoy de acuerdo con él, eres preciosa y serás una gran imagen para nosotros.

—Gracias. —Me sonrojé.

—Ven, Lupe está esperándonos —dijo con un leve gesto de cabeza para que la siguiera.

Caminaba con una elegancia que, cualquiera que la viera, pensaría que era modelo. Llegamos hasta el final de aquel largo pasillo y entramos en una sala donde una mujer con un bonito color de piel café, cabello negro largo y ojos marrones, sonrió al verme.

—Tremenda mujer esta que tenemos acá —dijo Lupe con un acento indiscutiblemente cubano—. *Mija* eres relinda. Ese jefe nuestro tiene buen ojo, Jimena.

—Desde luego con ella ha dado en la diana —contestó Jimena—.Lara, ella es Lupe, va a ser tu modista personal. Nadie más, salvo ella, te tomará medidas y ajustará los arreglos necesarios que después deban hacer las costureras

—Encantada de conocerte, Lupe. —Sonreí.

—Relinda y educada. Lástima que yo ya esté casada —dijo mientras miraba a Jimena, a quien vi voltear los ojos.

—No estamos casadas, Lupe.

—Vivimos juntas, eso ya es como un compromiso oficial, *miamol*.

—No la hagas caso, a veces es exasperante. —Sonreí al escuchar a Jimena.

—Y aun así, me ama, no puede vivir sin mí —me murmuró ella.

—Lo que tengo que aguantar —suspiró, y no pude evitar echarme a reír.

—Vamos, relinda, quítate la ropa, necesito que te quedes solo con la interior para tomarte bien todas las medidas —me pidió y asentí.

Fui detrás del biombo a denudarme, dejé allí la ropa y regresé con ellas.

—He visto cientos de modelos a lo largo de los años que llevo trabajando como modista en esta firma, y te aseguro que ninguna como tú. Tienes un cuerpo perfecto para este trabajo.

—Tengo las caderas un poquito más grandes que otras modelos. —Sonreí.

—Ay, *mija*, esas caderas son perfectas. Como diría mi difunta abuela, Diosito me la cuide. —Se santiguó—. Esas caderas son magníficas para tener un par de hijos.

—Que no te escuche mi madre decir eso nunca, que está desenado que la hagamos abuela mi hermana o yo.

—Palabrita de Lupe que no diré nunca nada. Vamos, empecemos pues.

Me subí a la tarima que me indició Lupe y ella comenzó a tomar medidas con su cinta métrica como toda una profesional.

Era joven, quizás de la edad de Fran, y aunque Jimena también se veía joven, calculaba que tendría la edad de mi hermana.

Ellas seguían hablando de su relación conmigo como si me conocieran de toda la vida, cosa que agradecí, y en algunos momentos incluso acabé riéndome por las ocurrencias de la cubana.

Cuando se abrió la puerta y miré, noté que me sonrojaba de pies a cabeza al ver a Nico entrando en ese momento, justo cuando yo no llevaba nada más que mi conjunto de ropa interior negro de encaje.

Y él, impecable, como siempre, con un traje azul marino, la camisa en un tono más claro y la corbata también en marino. No podía estar más guapo.

Si en ese instante me ofrecieran la famosa capa de la invisibilidad de Harry Potter, la cogería encantada.

Que sí, como modelo estaba más que acostumbrada a que la gente me viera en ropa interior cuando posaba para alguna de las firmas con las que trabajaba, pero no era lo mismo, en ese momento no lo era por dos motivos.

Primero, el hombre que tenía delante me ponía nerviosa y me hacía sentir cosas que estoy segura no debería, y, segundo, Nico me observaba fijamente, y por un segundo juraría que su mandíbula se apretaba y su pecho subía y bajaba demasiado rápido.

—Ah, Nicolás, no te esperaba —dijo Jimena.

—Quería saber cómo iba todo —contestó sin apartar la vista de mí, haciendo que bajo su atenta mirada, me sintiera más desnuda que nunca.

—Va todo bien, jefe, Lara es una modelo de lo más obediente —le respondió Lupe, sin dejar de anotar en su libreta.

—Tengo a un par de costureras esperando sus medidas para confeccionar algunos vestidos.

—Se las llevaré en cuanto termine Lupe —le aseguró Jimena—. ¿Ya están todos los diseños acabados?

—Faltan dos por confeccionar, estarán listos mañana. ¿Has hablado con los del hotel? —Por fin miró a su socia y ella asintió.

—Sí, y con los del cáterin, la floristería, los músicos y la empresa de iluminación. Tendrán todo listo para el lunes

—Bien, no quiero que nada salga mal, esta nueva colección tiene que ser un éxito.

—Lo será, Nicolás, como todas. —Sonrió Jimena.

—Hemos acabado, *mija.* —Miré a Lupe que me sonrió—. Debes tener una fila de hombres queriendo ser tu amorcito.

—No, no lo hay. —Reí.

—¿De mujeres, entonces?

—No. Desde que mi exnovio me engañó con otra, no he querido saber nada de los hombres.

—Claro, sabía que me sonaba tu cara —dijo Jimena, y la miré—. ¿Tu ex es el que está con esa actriz de telenovelas?

—Ese es, sí.

—Se le echaron encima todos los de la prensa por lo que te hizo.

—Bueno, eso de que saliera a la luz la grabación en la que me confesaba que solo salía conmigo para hacerse un nombre en el mundo de la moda, no gustó demasiado.

—Una filtración muy oportuna. —Rio Jimena.

—¿Verdad? —Sonreí, dado que esa filtración la llevó a cabo mi querida Rosa.

—Dame las medidas, Lupe, voy a entregárselas a las costureras.

—Yo voy a vestirme —dije bajando de la tarima, y cuando pasé por delante de Nico, noté que me estremecía bajo su atenta mirada.

Mientras me vestía escuchaba a Lupe hablando con él, asegurándole que iba a ser la mejor de las modistas para mí.

—Me ha encantado conocerte, Lupe —le dije al salir.

—Y a mí, nos vemos otro día, *mija*.

Asentí con una sonrisa y abrí la puerta para salir, y vi que Nico me seguía.

—Ven, te llevaré a ver los demás diseños de la colección —dijo cogiéndome la mano, y me estremecí un poco más.

El camino hasta la sala donde me llevó el día que firmé, lo hicimos en silencio, y yo no dejaba de pensar en la vergüenza que había sentido al tenerle allí mientras solo llevaba ropa interior.

Entramos y me quedé fascinada con esos nuevos diseños que habían ido añadiendo para la colección.

—Has dicho que aún faltaban —dije.

—Dos —asintió—. Pero tranquila, que para la presentación del lunes estarán listos.

—Son preciosos, Nico. Desde luego tienes un gusto exquisito.

—Gracias. —Le noté muy cerca y sentí el aroma de su perfume—. ¿Tienes planes para esta noche?

—No, salvo ver alguna película mientras me como un sándwich vegetal sentada en el sofá de mi casa —respondí mirándole por encima del hombro.

—En ese caso, permíteme cambiarte esos planes. —Sonrió.

—¿Qué me propones?

—Cenar en uno de los mejores sitios donde comer *pescaíto* frito.

—Pero no mucho, que eso luego se me va a las caderas, y ya son demasiado anchas para lo que deberían.

—Tus caderas son perfectas, Lara —susurró con una mano sobre mi cadera, y sentí que me faltaba el aire—. ¿Nos

vamos?

—Claro. —Sonreí.

Fuimos hasta el ascensor y allí me preguntó si había ido en coche, a lo que dije que sí, pero que estaba bien aparcado en la calle. Asintió y me llevó hasta el aparcamiento del edificio, donde subimos al suyo, un coche elegante y de estilo deportivo en color negro.

Lo puso en marcha y salimos de allí, mientras yo pensaba si aquello era una buena idea, o me estaba metiendo en un terreno peligroso y demasiado pantanoso con ese hombre.

vamos?

—Claro. —Sonreí.

Fuimos hasta el ascensor y allí me preguntó si había ido en coche, a lo que dije que sí, pero que estaba bien aparcado en la calle. Asintió y me llevó hasta el aparcamiento del edificio, donde subimos al suyo, un coche elegante y de estilo deportivo en color negro.

Lo puso en marcha y salimos de allí, mientras yo pensaba si aquello era una buena idea, o me estaba metiendo en un terreno peligroso y demasiado pantanoso con ese hombre.

Capítulo 14



Llegamos al bar y sonreí, puesto que no era uno de esos restaurantes que rezumaban lujo y ornamentación en cada rincón.

Era un bar típico cordobés con barriles de vino como mesas con taburetes altos en la parte de la sala, igual que en la zona de terraza.

Estaba lleno, apenas se veían mesas libres pero tuvimos la suerte de sentarnos en una de las terrazas.

—Este sitio no lo conocía —dije sonriendo.

—¿No? —Frunció el ceño y negué— Pues es raro, la verdad, es famoso por su *pescaíto* y sus raciones de patatas bravas.

—Me estás picando para que coma mucho más de la cuenta, que te veo venir. —Le señalé.

—No, no, solo te informo.

—Buenas noches, señores —dijo un camarero la mar de saleroso dejando un par de copas ante nosotros—. ¿Qué va a ser?

—Una botella de vino blanco, una ración de *pescaíto* y unas bravas —contestó Nico.

—Marchando entonces.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunté cuando nos quedamos solos.

—Sobre todo algún domingo con mi hermano. De aquí nos vamos comidos. —Rio.

—No me extraña, ¿las raciones son así de grandes? —Curioseé al ver a una camarera dejar una de cada en una de las mesas de al lado.

—Sí.

—Pero si de ahí comen cuatro personas.

—A más tocamos, que solo somos dos.

—Qué bobo eres. —Sonreí.

—Aquí está el vino y un aperitivo para ir abriendo boca, señores. —El camarero dejó la botella y un plato con jamón y picatostes que tenía una pinta buenísima.

No me pude resistir y cogí un poquito, estaba riquísimo.

—Entonces, ¿ya has mando que confeccionen la ropa para mí? —pregunté.

—Sí, y aunque tendrás toda lista para las sesiones de fotos, por el momento van a confeccionar los que quiero que uses en el desfile de presentación.

—No desfilaré sola, imagino. —Curioseé dando un sorbo a mi copa.

—No, te acompañarán las modelos con las que cuento siempre.

—De acuerdo. —Sonreí.

Poco después nos trajeron las raciones y, aunque me parecieron demasiado grandes para dos personas, se me hizo la boca agua.

Mientras hablábamos de los diseños, esos que debía admitir me tenían enamorada y estaba deseando poder llevar, Nico se mostró muy cercano y cariñoso todo el tiempo.

Estaba sentado a mi derecha y no dejaba de cogerme la mano, acariciarme la mejilla e incluso colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja que parecía estar un poquito rebelde y se me salía del moño que me había hecho después de acabar la sesión de fotos.

Por no decir que me miraba con esos ojos que tenía cuando me vio en ropa interior, esos brillantes y cargados de lo que, o mucho me equivocaba por culpa del vino, o era deseo.

Y noté que me sonrojaba simplemente con imaginarme en ropa interior ante él mientras me tocaba.

—¿Estás bien? —me preguntó acariciándome la mejilla— Tienes unos colores ahora mismo, que pareces Heidi.

—Pues será por el vino, que está muy bueno y dulzón, y entra solo.

—Seguro que es por el vino. —Sonrió.

Me miraba con tanta intensidad que me sentía abrumada, de verdad, y es que hacía tanto que no me miraba ningún hombre con ese deseo que veía en sus ojos…

—Quizás piensas que soy un atrevido —dijo acercándose aún más, y tragué saliva para pasar el nudo que se estaba formando en mi garganta—. Pero ahora mismo te besaría —susurró mirándome fijamente a los labios.

—¿Por qué lo harías?

—Porque esa boca que tienes me lleva tentando desde la noche que te conocí, preciosa.

Y de manera inocente sin ser consciente de ello, me pasé la lengua por los labios y mordisqueé el inferior, algo que hizo que los ojos de Nico se oscurecieran un poquito.

—Te invito a una copa en mi casa —propuso.

—Yo creo que aquí estamos bien —respondí.

—Allí estaremos mejor, te lo aseguro. —De nuevo una caricia en mi mejilla, y no sabría bien decir cómo, pero acabé asintiendo para ir a su casa a tomar una copa.

Nico sonrió, nos levantamos y fuimos hacia la barra donde encontró al camarero que nos había atendido y le pidió la cuenta. Cuando pagó, entrelazó nuestras manos y salimos para ir de regreso a su coche.

Condujo con la mano en mi rodilla, dando algún que otro ligero apretón en ella, y yo sentía que cada vez me ponía más nerviosa.

Cuando llegamos a las afueras, a la zona residencial donde se encontraban las casas más lujosas, paró ante una puerta negra que comenzó a abrirse tras pulsar un botón en el mando que tenía colocado en el parasol.

Entramos y condujo unos metros hasta la puerta del garaje, que ya estaba abierta, y aparcó mientras ambas se cerraban.

Bajamos y me llevó hacia el interior de la casa por una puerta que la conectaba con el garaje.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó mientras me iba guiando por el pasillo hasta llegar al salón.

—Vino, vino estará bien.

—Vino será. —Sonrió.

Me dio un beso en la comisura de los labios y fue hasta el mueble bar que había en el salón, donde tenía una pequeña nevera con algunas botellas de vino. Descorchó una y sirvió dos copas.

Miré a mi alrededor y la sobriedad que se veía, con paredes blancas, muebles y sofás negros y esos suelos en madera oscura, no dejaba lugar para la duda sobre que era la casa de un hombre.

Dimos un sorbo y me llevó hasta el jardín trasero, donde tenía un porche de lo más completo, con barbacoa incluida, y una piscina con una barra de bar al lado y varias tumbonas.

—Aquí en verano tienes que estar de lujo —dije tras dar otro sorbo.

—No se está mal, no. —Me acarició el costado mientras permanecía a mi espalda y podía notar su pecho subiendo y bajando.

—Está bueno el vino.

—Es uno de mis favoritos, con ese toque afrutado y dulce que lo hacen un tinto exquisito.

—Estoy de acuerdo. —Sonreí al tiempo que le miraba por encima del hombro. Y en qué momento lo hice.

Me encontré con la mirada con Nico, esa que parecía traspasar mi alma y saber lo que pensaba, lo que deseaba en ese instante.
Se inclinó acortando la distancia y acabé sintiendo sus labios sobre los míos.

Eran suaves, carnosos y cálidos, pero estaban ligeramente fríos por el vino.

Sentí su lengua abriéndose paso entre mis labios y le di el permiso que al parecer este nombre no parecía necesitar, era como si Nico quisiera besarme y, simplemente, lo estuviera haciendo.

Noté que daba un leve apretón en mi cadera mientras me acercaba hacia él, siendo consciente de que esa parte de su entrepierna comenzaba a cobrar vida.

Gemí con aquel beso y unos segundos después Nico se apartó, mirándome directamente a los ojos.

—Quiero más que un simple beso esta noche, Lara —murmuró, tragué para deshacerme del nudo en la garganta, y mientras notaba cómo todo mi cuerpo se estremecía, asentí.

Nico entrelazo de nuevo nuestras manos, entramos en la casa y tras dejar las copas en la mesa del salón, me llevó

hacia el pasillo donde estaban las escaleras para ir a la planta de arriba.

Su habitación estaba al fondo, y cuando abrió la puerta, fui recibida por el aroma de su perfume, ese que parecía estar impregnado en cada uno de los rincones de aquella estancia.

Cerró la puerta, me hizo girar entre sus brazos y volvió a besarme mucho más ferozmente esa vez.

Sus labios se apoderaron de los míos en un beso donde alternó algunos leves mordisquitos en el labio inferior antes de volver a llevar su lengua al encuentro de la mía haciéndose con el control.

Había algo en Nico que me hacía pensar que no era un hombre tranquilo en el sexo, de esos sutiles y delicados co sus compañeras de cama.

Desabrochó uno a uno los botones de mi camisa y la dejó caer al suelo, abandonó mis labios y comenzó a besarm el cuello hasta alcanzar mis pechos.

Sin delicadeza alguna, bajó la tela de sujetador que cubría el pecho izquierdo y comenzó a besarlo, morderlo y lamer el pezón de tal modo que no solo me estaba excitando más a cada segundo, sino que me hacía gemir y agarrarme a su cabello con fuerza.

Pasó a profesarle las mismas atenciones al otro pecho, igual de intensas, igual de rudas y excitantes, y no tardó en quitarme el sujetador despojándome así de otra prenda más.

Se deshizo de su chaqueta, la corbata y la camisa con movimientos rápidos y apresurados, siguió con los pantalones y me quitó los míos llevándose con ellos las braguitas.

Allí, arrodillando ante mí, mirándome fijamente, me separó las piernas y no tardó en hundir el rostro entre ellas.

Gemí al notar su lengua entre los labios vaginales, lamiendo una y otra vez mientras me mantenía sujeta por las caderas evitando que me apartara.

El sonido de mis gemidos rompía con el silencio que nos rodeaba, y mientras él seguía lamiendo y llevándome a ese momento que, debía decir, era inminente, enloquecía un poco más a cada segundo que pasaba.

Apoyé ambas manos en sus hombros, me estremecí, comencé a temblar y ser consciente de que me acercaba sin poder frenar, y cuando me atravesó el orgasmo agarré con tanta fuerza sus hombros que juraría que había clavado en ellos mis uñas.

y

Cuando liberé el que sin duda había sido el mejor orgasmo de mi vida en meses, Nico se apartó tras besarme el vientre, se incorporó y me cogió en brazos para apoyarme en la pared, donde comenzó a penetrarme fuerte y rápido, llegando a lo más profundo de mi cuerpo mientras me besaba con intensidad y rudeza.

Entraba y salía una y otra vez, una y otra vez sin parar, mis gemidos eran amortiguados por sus besos y mi cuerpo temblaba lleno de deseo y placer.

Comenzó a moverse más y más deprisa, llenándome por completo, abriéndose paso entre los músculos de mi vagina, esos que se contraían alrededor de su miembro duro y erecto, buscando una nueva liberación.

Liberación que no tardó en llegar, como tampoco lo hizo la suya, pues al notar que mi cuerpo se disponía a sucumbir de nuevo al placer y al clímax que se acercaba apresuradamente, comenzó a moverse más y más rápido, entrando fuerte y de manera contundente llenando mi ser de él.

Nos corrimos con fuerza, con esa misma intensidad que habíamos sentido mientras compartíamos un momento de deseo, placer y lujuria en su habitación, y cuando liberamos el éxtasis a gritos, Nico apoyó la frente en mi hombro mientras jadeaba, al igual que yo, en busca de ese aire renovador para nuestros pulmones.

—Creo que mañana voy a tener moratones en varias partes de la zona trasera de mi cuerpo —dije acariciando su cabello.

—¿Quieres tenerlos también en la zona delantera? —Arqueó la espalda.

—No sé cómo podría ser eso posible.

—Si te doy pequeños mordisquitos, si succiono en ciertas zonas…

—Ah, no, chupetones no me hagas que me paso la vida cambiándome de ropa delante de otras personas.

—Mientras me asegures que solo yo seré el que te vea completamente desnuda, y te haga gemir y gritar de placer.

—¿Posesivo, señor Durán?

—Mucho, preciosa, con lo que quiero que sea mío, soy muy posesivo. —Me besó de nuevo y sentí que esas palabras se alojaban en un lugar de mi mente.

Noté que se movía y no tardé en sentir la seda de la ropa de la cama acariciando mi cuerpo.

Aquella noche no había hecho más que empezar, no necesité que me lo dijera, y tampoco que me invitara o me pidiera que me quedara con él, pues con sus actos ya lo estaba diciendo.

Hacía meses que no estaba con un hombre, y como si la meta de Nico fuera resarcirme y darme esos orgasmos que me había perdido en ese tiempo, estuvo haciéndome gemir y gritar durante horas, tantas, que cuando quisimos darnos cuenta eran las cuatro de la madrugada.

Laxa, sonriente y satisfecha, así acabé quedándome dormida con él abrazándome por la espalda.

Laxa, sonriente y satisfecha, así acabé quedándome dormida con él abrazándome por la espalda.

Capítulo 15



Desperté sin saber muy bien dónde estaba, hasta que noté el perfume de Nico.

Giré en la cama y estaba sola, no tardé en verle salir del cuarto de baño, con una toalla enrollada en las caderas y secándose el pelo con otra.

—Buenos días, preciosa. —Sonrió.

—Buenos días.

—Me visto y bajamos a desayunar —dijo apoyándose en la cama para besarme.

—Vale.

Le vi entrar en el vestidor, que era como una pequeña habitación, y me levanté para vestirme. Necesitaba una ducha pero ya me la daría tranquilamente en casa.

—Puedes ducharte si quieres. —Me giré a mirarle.

—Tranquilo, en cuanto llegue a casa. Por cierto, tienes que decirme la dirección para pedir un taxi.

—Nada de taxis. —Se acercó mientras se abrochaba la camisa—. Yo te llevo a casa. —Y me dio otro beso en los labios.

Terminamos de vestirnos y bajamos a la cocina donde estaba servido el desayuno, miré a Nico con el ceño fruncido y él sonrió.

—¿Lo has preparado tú? —pregunté mientras nos sentábamos en los taburetes de la isla.

—Sí, bajé antes de ducharme.

—No me digas que se te da bien la cocina —dije cogiendo una tostada.

—Digamos que me defiendo. —Se encogió de hombros.

Nos tomamos el café con las tostadas y el zumo, y Nico estuvo de lo más cariñoso conmigo todo el tiempo.

Me cogía la mano, la acariciaba, se la acercaba a los labios para besarla; me acariciaba la mejilla e incluso me dio algún que otro apretón en el muslo sin dejar de mirarme con esa intensidad que le caracterizaba.

Después del desayuno me llevó a casa y quedamos en vernos en las oficinas, le habían llamado para decirle que tenían dos de mis trajes confeccionados y quería hacer una primera sesión de fotos, por lo que enviaría un taxi a recogerme en una hora puesto que mi coche estaba allí aparcado.

Mientras me duchaba recordé todo lo vivido con Nico durante la noche, ese primer beso que sabía que acabaría llegando, y el deseo que vi en su mirada mientras me observaba.

Estaba terminando de arreglarme cuando me llegó un mensaje de Fran.

Fran: *Buenos días, cariño. ¿Cómo se presenta el día?*

Lara: *Buenos días. Pues estoy terminando de prepararme para ir a la firma Durán para una primera sesión de fotos. No tardará en llegar el taxi.*

Fran: *¿Taxi? ¿Se te ha estropeado el coche? Y hablando de coche, esta tarde me dan el mío.*

Acabó su mensaje con uno de esos GIF de «Aleluya» que me hizo reír.

Lara: *Ya era hora, porque se estaba haciendo de rogar. Mi coche está aparcado en las oficinas, anoche lo dejé allí.*

Me iba a llamar, lo sabía, y no terminé esa cuenta regresiva desde cinco cuando empezó a sonar mi móvil.

—¿Por qué dejaste el coche allí? —preguntó nada más descolgué.

—Porque fui a cenar con Nico, se nos hizo tarde y…

—Alto ahí, señorita —me cortó—. Fuiste a cenar y se os hizo tarde. Si no me equivoco es que acabaste en su cama.

—Sí. —Sonreí.

—Tienes mucho que contarme, por lo que veo. Te quiero en el salón en cuanto acabes la sesión de fotos. Y no te

atrevas a dejarme esperando.

—Vale, iré a verte después. —Reí.

—Más te vale. Adiós, cariño.

—Adiós.

Cogí el bolso y las llaves, salí de casa y bajé a la calle a esperar el taxi, ese que no tardó ni cinco minutos en aparecer.

Sonreí al subirme y ni falta hizo que le diera la dirección, que ya sabía ese buen hombre dónde debía llevarme, y cuando llegamos, me dijo que la carrera estaba pagada. Todo un detalle por parte de Nico, sin duda.

Entré en las oficias y la chica de recepción me dijo que estaban esperándome en la séptima planta. Sonreí, caminé hacia los ascensores y subí.

Me distraje echando un vistazo a las redes, no quería ver nada de mi ex pero aún me aparecían publicaciones suyas y claro, ya que había saltado…

Ahí estaba él, posando en una bonita playa de Hawái con su novia, los dos en traje de baño y con gafas de sol, sonriendo como si estuvieran posando para un anuncio de pasta de dientes.

Cuando el ascensor avisó de que habíamos llegado, guardé el móvil con un suspiro y salí, ese bullicio de la primera vez que estuve en la séptima planta del edificio volvió a recibirme.

—Ay, *mija*, aquí estás —dijo Lupe sonriendo al verme—. Vamos, vamos a la salita a que te cambies. —Me eché reír porque ni tiempo me dio a saludarla a ella o a alguien de los que había por allí, directamente tiró de mí para llevarme por el pasillo.

Paró frente a una puerta en la que había una plaquita con mi nombre y me quedé sin palabras, eso quería decir que tendría mi propio vestuario.

Al entrar vi los dos vestidos de cóctel colgados en el perchero, uno en azul y otro en rojo. Lupe me ayudó a cambiarme, y tras ponerme el primero, con esa caída en la falda, la suavidad de la tela, quedé más enamorada aún de las prendas de la firma Durán, esas que había visto miles de veces en revistas y televisión, así como en la tienda que había en la ciudad, pero nunca me había probado nada.

—Estás preciosa, *mija* —dijo sonriendo.

Salió al pasillo para avisar a la estilista de que podía entrar, y la chica me maquilló y peinó acorde con ambos

vestidos.

En cuanto terminó, fui hacia la zona donde hacían las fotos y allí me fue dando instrucciones el fotógrafo para que posara.

Llevábamos media hora trabajando cuando vi llegar a Nico, sonreí notando cómo me sonrojaba cuando me hizo un guiño y traté de centrarme.

—Esa sonrisa es perfecta, Lara —me dijo Víctor, el fotógrafo, que seguía disparando su cámara.

Tras unos minutos más de sesión con ese primer vestido, Lupe me acompañó a mi vestuario para ayudarme con el otro, el rojo, que no podía gustarme más.

De tirantes anchos, escote en forma de 'V' y espalda al aire, una cinta ancha a modo de cinturón y la falda con un vuelo de lo más sensual.

Regresé a la zona donde estaba Víctor y allí vi a Nico, apoyado en una mesa con los tobillos cruzados y las manos en los bolsillos mientras me observaba con ese brillo en los ojos.

Deseo y lujuria, eso era lo que veía en ellos.

Al igual que con el primer vestido, Víctor fue haciéndome fotos y más fotos, pidiendo que posara de esta manera, ahora mirando hacia la izquierda, derecha, y sonreí cuando, sin querer, crucé miradas con Nico.

—Fantástica, esa sonrisa es simplemente fantástica —dijo y volví a sentirme una tonta porque era una sonrisa provocada por Nico.

a

Cuando acabamos, cuarenta y cinco minutos después, regresé al vestuario con Lupe y me ayudó a quitarme el vestido, dejándome sola para que me cambiara.

Escuché que volvía a abrirse la puerta unos segundos después de que se fuera, y creí que era ella.

—¿Se te ha olvidado algo, Lupe? —pregunté girándome, y vi a Nico.

Echó la llave en la puerta sin apartar la mirada de mí, que tan solo llevaba las bragas, puesto que el vestido no a permitía usar sujetador, y en unos pocos pasos le tenía delante, besándome con urgencia.

Sus manos se posaron en mis pechos, esos que masajeaba con desesperación, pellizcándome los pezones y tirando de ellos de tal modo que gemí en su boca.

Estaba excitándome como la noche anterior, notaba el modo en el que mi zona más íntima le reclamaba, y cuando

me estremecí entre sus manos Nico deslizó una de ellas por mi vientre hasta colarla por las braguitas.

Gemí de nuevo, agarrándome a su camisa con fuerza, y comencé a moverme cuando sentí su dedo penetrándome.

Estaba perdida, dejándome llevar por el deseo y la locura que ese hombre provocaba en mí, y en el momento en el que sus labios abandonaros los míos para besarme el cuello y apoderarse de los pechos, lamiendo y mordisqueando ambos pezones, mis gemidos dejaron de ser sutiles para convertirse en gritos.

—Nico. —Jadeé, y noté que me quitaba las braguitas y separaba mis piernas.

Me agarré con fuerza a la mesa que tenía detrás cuando comenzó a lamer mi zona, deslizando la lengua entre mis labios vaginales con esa destreza que ya conocía.

Sus manos seguían sobre mis pechos, y cada vez que pellizcaba ambos pezones y tiraba de ellos, yo gemía más fuerte.

Por suerte, en la zona de fotografía tenían música y no podrían escucharme, porque justo en ese instante grité mientras me corría.

Nico subió dejando un camino de besos por mi erizada y sensible piel mientras liberaba su miembro, me besó con rudeza antes de hacerme girar y quedar de espaldas a él, elevó mis caderas y me penetró de una certera y profunda embestida.

Comenzamos a movernos al unísono, Nico me sostenía con una mano en la cadera y notaba cómo se agarraba con fuerza, clavando los dedos en mi piel.

Volví a estremecerme y sentí que él también se acercaba al momento de liberarse.

Aumentó el ritmo, entraba y salía mucho más rápido y fuerte, y cuando sentí que me mordía sutilmente el cuello, ambos nos dejamos ir por el deseo y la lujuria liberando el clímax.

Jadeantes, con la respiración entrecortada y notando mi cuerpo tembloroso, ambos nos miramos y volvió a besarme.

—Podrían habernos escuchado —dije.

—No lo han hecho. —Me hizo un guiño y me dio un último beso antes de retirarse—. ¿Comemos?

—No puedo, he quedado con Fran —respondí mientras buscaba mi ropa para vestirme.

—Vale, ya nos veremos entonces. —Otro beso y le vi ir hacia la puerta para marcharse.

¿Qué acababa de hacer? ¿En qué pensaba? No había pensado, esa era la cuestión, simplemente me había dejado llevar por el momento, sin más.

Terminé de vestirme, deshice el moño que me había hecho la estilista para la sesión de fotos y tras un arreglo rápido, salí despidiéndome de todos y esperando que nadie se diera cuenta de lo que había hecho en mi vestuario con su jefe.

Cogí el coche y me fui hacia el salón de Fran, donde lo encontré terminando de peinar a una clienta, sonrió al verme y en cuanto acabó, se despidió de sus empleados y salimos para ir a la cafetería conmigo.

—Había pensado solo en un café, pero creo que vamos a comer juntos —dijo tras pedir los cafés—. Porque tienes mucho que contarme, ¿verdad?

—Sí. —Sonreí.

—Bien, empieza, y por favor, no omitas ningún detalle, quiero saber cómo es ese hombre en la cama.

—¿Solo en la cama? —Arqueé la ceja.

—¿Dónde más lo hicisteis, niña?

—Hace apenas media hora, en el vestuario donde me cambio de ropa para las sesiones en las oficinas de la firma.

—Oh, Dios mío, eres una pequeña viciosilla del sexo —murmuró y me eché a reír—. Vale, quiero saberlo todo, todo y todo, no te dejes nada.

—Mira que eres cotilla. —Sonreí.

—No sé de qué te sorprendes. —Se encogió de hombros.

Le conté todo, sin omitir detalle, como él quería, y sí, acabamos comiendo juntos y despidiéndonos después de una sobremesa que se prolongó hasta bien entrada la tarde.

¿Qué acababa de hacer? ¿En qué pensaba? No había pensado, esa era la cuestión, simplemente me había dejado llevar por el momento, sin más.

Terminé de vestirme, deshice el moño que me había hecho la estilista para la sesión de fotos y tras un arreglo rápido, salí despidiéndome de todos y esperando que nadie se diera cuenta de lo que había hecho en mi vestuario con su jefe.

Cogí el coche y me fui hacia el salón de Fran, donde lo encontré terminando de peinar a una clienta, sonrió al verme y en cuanto acabó, se despidió de sus empleados y salimos para ir a la cafetería conmigo.

—Había pensado solo en un café, pero creo que vamos a comer juntos —dijo tras pedir los cafés—. Porque tienes mucho que contarme, ¿verdad?

—Sí. —Sonreí.

—Bien, empieza, y por favor, no omitas ningún detalle, quiero saber cómo es ese hombre en la cama.

—¿Solo en la cama? —Arqueé la ceja.

—¿Dónde más lo hicisteis, niña?

—Hace apenas media hora, en el vestuario donde me cambio de ropa para las sesiones en las oficinas de la firma.

—Oh, Dios mío, eres una pequeña viciosilla del sexo —murmuró y me eché a reír—. Vale, quiero saberlo todo, todo y todo, no te dejes nada.

—Mira que eres cotilla. —Sonreí.

—No sé de qué te sorprendes. —Se encogió de hombros.

Le conté todo, sin omitir detalle, como él quería, y sí, acabamos comiendo juntos y despidiéndonos después de una sobremesa que se prolongó hasta bien entrada la tarde.

Capítulo 16



La tarde anterior había estado escribiéndome con Alexandra, y como me dijo que tenía hoy todo el día libre, le propuse quedar a tomar café.

Mi mañana había estado ajetreada con una sesión de fotos que tenía Rosa agendada, pero la tarde era en exclusiva para mí.

Acababa de llegar a la cafetería donde me vería con Alexandra, me senté en la terraza que estaba a la sombra y hacía un poco de fresquito, y pedí un café helado.

No tardó en llegar la pelirroja con su habitual sonrisa.

—Dime que no llevas mucho esperando —dijo cuando me puse en pie y nos dimos un abrazo y un par de besos a modo de saludo.

—Tranquila, unos minutos, el tiempo de sentarme y pedir. —Sonreí.

—¿Qué has pedido? —preguntó mientras nos sentábamos.

—Un café helado.

—Qué buena idea, yo voy a pedir otro.

Y lo hizo en cuanto la camarera llegó con el mío. No tardaron en traerle el suyo y fue cuando empezamos a ponernos al día de todo.

—¿Te han cogido en alguna de las firmas con las que trabajabas antes de irte?

—Sí. —Sonrió—. Dos de ellas, de hecho. Las personas que se encargaban de escoger a las modelos en esos entonces siguen siendo las mismas, así que no han dudado en que firme un contrato con ellos.

—¿Solo dos?

—Es lo que hay. —Se encogió de hombros—. Pero al menos no voy a dejar de trabajar.

—¿Qué tal te fue en Londres?

—Genial, esos dos años con la firma de joyas fueron estupendos, hasta que acabé el contrato y escogieron a otra modelo, pero bueno, tuve la suerte que un diseñador de ropa, amigo del joyero, me contrató para ser una de sus modelos en desfiles, así que. —Sonrió—. Fue un buen año ese también, por eso no volví aquí. Bueno, por eso, y porque tenía un amor londinense.

—Vaya, eso sí que me interesa. —Di un sorbo a mi café.

—No hay mucho que contar, fue algo casi fugaz. Nos conocimos tres meses antes de que acabara mi contrato con la firma de joyas, comenzamos a vernos, salíamos a cenar, estábamos bien, y seguimos así durante ocho meses, justo en el momento en el que me dijo que tenía que dejarme porque se casaba a final de ese mes.

—No. —Se me abrieron los ojos ante aquellas palabras.

—Sí. —Sonrió con tristeza—. No me parecía mal que no quisiera que nos vieran muy a menudo juntos, a fin de cuentas, yo soy modelo y si hay un cotilleo sabes que eres el foco de atención durante semanas.

—Lo sé —suspiré.

—Él era, bueno, sigue siendo, porque están todos vivos. —Sonrió—. Es hijo de un importante empresario, y claro el matrimonio es de interés comercial.

—Lo siento mucho, Alexandra.

—No te preocupes, hay más hombres en el mundo. —Sonrió.

—Eso dijo Rosa cuando se acabó mi relación con mi ex.

—Por nosotras —levantó el café y yo hice lo mismo—, porque, aunque trataron de rompernos, no lo lograron.

—Bien dicho. —Sonreí y dimos un trago a nuestros cafés.

Me estuvo diciendo que tenía varias sesiones de fotos para la siguiente semana, solo tenía libre el fin de semana si su agente no agendaba alguna más.

—Y tú qué, ¿cuántas sesiones hay a la vista? —Curioseó.

—Pues esta mañana tuve una, mañana en principio, no. —Sonreí—. Pero el lunes, si todo va como debe, tengo la presentación de la nueva colección de la firma Durán.

—Estás de broma. —Me miró sorprendida y sonreí.

—No, no es broma. La semana pasada se pusieron en contacto conmigo y me ofrecieron ser su imagen para esta y la próxima colección de ropa femenina.

—Por Dios, Lara, eso sí que es un trampolín para futuros trabajos. No es lo mismo poner modelo de trajes de baño del súper, que imagen de la firma Durán. —Sonrió.

—Alexandra, lo de los trajes de baño del súper fue hace mil años. —Reí.

—¿Tanto? —Frunció el ceño—. Chica, qué despacio se me pasa el tiempo entonces.

—Ya veo.

—Sea como sea, me alegro por ti, esa sí que es una oportunidad que nadie debe dejar pasar.

—Oye, sé que la firma trabaja con varias modelos de manera regular, ¿y si yo…?

—No —me cortó mientras negaba—. No, Lara, no sigas.

—No sabes lo que iba a decir.

—Oh, sí, sí que lo sé. Estás pensando en hablar con ellos para que me den un trabajo, ¿a que sí?

—¿Te recuerdo gracias a quién conseguí el trabajo con esa firma de cosméticos? —Arqueé la ceja.

—Lara, yo me iba a Londres y tenía que dejar a alguien que me supliera de la mejor manera.

—Y deberías haber hablado con ellos para volver a ser su imagen.

—Tú eres perfecta.

—Y tú para Durán, también. Dame un momento —dije levantando el dedo y saqué el móvil del bolso para marcar el número de Nico.

—Hola, preciosa.

—Hola. Una pregunta, ¿tienes a todas las modelos para el desfile de presentación de la nueva colección?

—Tengo a varias, sí, ¿por qué?

—¿Conoces a Alexandra Sinclair? —le pregunté, dado que mi amiga usaba el apellido de su madre en el mundo de la moda.

—Creo recordar que es la que se fue a Londres.

—Ha vuelto, es mi amiga y me gustaría que estuviera entre las modelos de la firma.

—Lara, por Dios, no —me dijo ella y le quité importancia con la mano.

—Era un modelo con clase.

—Lo sigue siendo —argumenté.

—Está bien, dile que se pase mañana a primera hora por las oficinas y hable con Jimena, será parte de las modelos del desfile y tras él, veremos si se queda.

—Genial, gracias. —Sonreí.

—Esto merece una sesión de besos.

—Sí, sí, habla con mi agente.

—Lara —protestó.

—Adiós. —Canturreé, y Nico se echó a reír.

—No me puedo creer que hayas hecho eso —dijo Alexandra cuando colgué—. ¿Con quién has hablado?

—Con alguien que tiene mano en el departamento de contratación. Tienes que ir mañana a primera hora y preguntar por Jimena, seguro que te tomarán medidas y verán qué prendas te van mejor para el desfile de presentación. Y que te quedes a trabajar con la firma, es más que posible después de esa noche.

—Lara, te das cuenta de lo que has hecho, ¿verdad?

—¿Ayudar a una amiga?

—No. —Sonrió—. Darme la oportunidad de que todo el mundo me tenga en cuenta otra vez, es como si el haberme ido unos años fuera, hubiera hecho que mi carrera como modelo no importase.

—¿Otro café helado? Para celebrar que vamos a desfilar y deslumbrar juntas en unos días.

—Venga, total, un día es un día. —Rio—. Ya quemaré mañana todo el azúcar corriendo antes de ir a las oficinas de Durán.

Llamamos a la camarera, le pedimos otros dos cafés helados y seguimos allí charlando sobre sus años en Londres. Decía que le había servido como experiencia, que disfrutó de su estancia allí pero que echó de menos a sus padres y todas esas cosas que podía hacer aquí, que allí no.

Por no hablar del clima, que, aunque le hubiera gustado esos días fresquitos, no había nada como poder disfrutar de una tarde de paseo por Córdoba, y tomar un café sentada en una terraza como en este momento, puesto que allí muchos de los días tenía que quedarse en el aparamento debido a las lluvias.

—Y no es lo mismo un café sentada junto a la ventana viendo llover, que así, en la terracita con el buen día que hace y este airecito que acaricia la cara y da la vida. Vamos, como comparar el jamón ibérico con el chóped, lo mismito.
s

Me eché a reír, porque esa era la Alexandra que yo conocía, la que te sacaba carcajada tras carcajada sin el más mínimo esfuerzo.

—¿Otro café helado? Para celebrar que vamos a desfilar y deslumbrar juntas en unos días.

—Venga, total, un día es un día. —Rio—. Ya quemaré mañana todo el azúcar corriendo antes de ir a las oficinas de Durán.

Llamamos a la camarera, le pedimos otros dos cafés helados y seguimos allí charlando sobre sus años en Londres. Decía que le había servido como experiencia, que disfrutó de su estancia allí pero que echó de menos a sus padres y todas esas cosas que podía hacer aquí, que allí no.

Por no hablar del clima, que, aunque le hubiera gustado esos días fresquitos, no había nada como poder disfrutar de una tarde de paseo por Córdoba, y tomar un café sentada en una terraza como en este momento, puesto que allí muchos de los días tenía que quedarse en el aparamento debido a las lluvias.

—Y no es lo mismo un café sentada junto a la ventana viendo llover, que así, en la terracita con el buen día que hace y este airecito que acaricia la cara y da la vida. Vamos, como comparar el jamón ibérico con el chóped, lo mismito.

Me eché a reír, porque esa era la Alexandra que yo conocía, la que te sacaba carcajada tras carcajada sin el más mínimo esfuerzo.

Capítulo 17



Había quedado con Fran para salir a cenar esa noche de viernes, y estaba en la calle esperando a que llegara, por fin tenía su nuevo coche e íbamos a estrenarlo.

En cuanto escuché el sonido de un claxon y miré, le vi saludándome con la mano.

—Ha costado, pero ya tengo coche —dijo cuando subí.

—Menos mal, porque se ha hecho de rogar más que yo. —Reí—. ¿Dónde vamos?

—A un restaurante nuevo que me ha recomendado una clienta, es un asiático en el que dice que cenas sentada en cojines delante de una mesa baja.

—Un asiático, me apetece mucho.

Condujo mientras me preguntaba por el trabajo, le hablé de la sesión de fotos que había tenido esa mañana, algo de última hora y urgente para una de las perfumistas con las que trabajaba, y salió el tema del desfile y Alexandra

Se alegró de que le hubiera conseguido a ella aquel trabajo con la firma Durán y sabía que habiendo hablado con Nico directamente, Alexandra sería una de las modelos fijas.

Llegamos al restaurante y una camarera, de lo más simpática, nos llevó hasta el reservado que teníamos, pues allí todo eran pequeñas o grandes salas de reservados para disfrutar de una velada tranquila.

Pedimos vino blanco, además del típico saque, langostinos y verduras en tempura, sushi, rollitos primavera y tallarines con pollo.

—Bueno, ¿qué tal con David? No me has contado nada —dije tras dar un sorbo a mi copa.

—Bien —sonrió—, es un hombre muy agradable.

—Pero ¿os habéis…?

—Sí, me he acostado con él. ¿O es que te crees que me ha llevado a su casa para enseñarme la colección de Playmobile que tiene?

—¿Tiene una colección de Playmobile? —Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¡No, por Dios! Era una manera de hablar, Lara, hija.

—Ah, vale, vale. —Reí—. Entonces, ¿estáis bien?

—Hemos congeniado mucho, sí. Compartimos gustos también, en música, cine, moda. —Rio.

—Hombre, si no compartís gustos en moda, tú me dirás. —Volteé los ojos.

—David es perfecto, Lara, perfecto.

—Fran, no te hagas ilusiones que ya sabes lo que pasó la última vez —le pedí cogiéndole la mano.

—Tranquila, que está todo controlado. Él es distinto, te lo aseguro. Tiene mi edad, pero es muy maduro, es casi como si tuviera los años de Nico. Es un hombre de pies a cabeza y que sabe lo que quiere en una relación.

—Me alegro de escuchar eso, de verdad. —Sonreí.

En ese momento entró la camarera empujando un carrito con toda nuestra comida, la fue dejando en la mesa y sonrió al marcharse.

.

Le hice una foto a la mesa con todo servido y la subí a mis redes etiquetándole a él con un texto.

«Por muchas noches como esta, mi niño»

Me encantaba pincharle llamándole así en las redes, decía que, de niño no tenía nada y que si no fuera gay ya haría años que me lo habría demostrado.

Hablamos de ese par de hermanos que parecían tenernos locos a los dos, y disfrutamos de aquella deliciosa comida mientras compartíamos esas risas que nunca nos faltaban.

Para cuando pedimos el postre, unos mochis rellenos de mango, de fresa y de limón que estaban riquísimos, ya andábamos pensando en dónde ir a tomar una copa para acabar esa noche de viernes.

Después de que pagara, porque se negó a que lo hiciéramos a medias, cogimos el coche y fuimos a uno de nuestros locales favoritos.

Al entrar, como siempre fuimos recibidos por esa música de ritmos latinos que nos hacía mover las caderas como si hubiéramos nacido en el mismísimo Puerto Rico, precisamente de donde era Chayanne, quien sonaba en ese momento en todo el local con su canción *Bailando bachata*.

«Somos la copa y el vino. Tú y yo vamos juntos desde que nos vimos. Subimos, bajamos, lloramos, reímos…»

Fran me tenía pegada a él, con una de las rodillas entre mis piernas, meciéndonos en esa danza tan particular.

Cuando escuchamos aquella canción por primera vez, la hicimos parte de la banda sonora de nuestra vida, y no, no éramos y nunca seríamos pareja, pero siempre estaríamos el uno para el otro, y si teníamos que llorar, lloraríamos, y si teníamos que reír, pues… reiríamos.

Cuando acabó la canción Fran me pasó el brazo por los hombros, me dio un beso en la sien y fuimos hacia la barra donde pedimos un par de *gin-tonics* y allí nos quedamos.

Una tras otra bailamos todas las canciones que iban sonando, y alguna que otra, incluso las cantábamos, como esos amantes despechados que una vez fuimos por culpa de nuestros ex.

Estábamos con la segunda copa, cuando vi aparecer a David que me hizo un gesto con el dedo en los labios de que no dijera nada, así que sonreí con disimulo mientras daba un sorbo a mi copa.

Le tapó los ojos a Fran con ambas manos y él se sobresaltó.

—Que no veo —dijo.

—¿Pero sabes quién soy? —preguntó David.

—Eh… ¿Felipe?

—¿Felipe? —Frunció el ceño destapándole los ojos y le miró.

—El rey Felipe, que tiene un algo que me pone tonto. Yo creo que es por la perilla y las canas.

—Vas a tener que dejarte canas, David. —Reí.

—Sí, porque lo de la perilla va en camino —me respondió.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a tomar algo con unos amigos, pero ellos se iban, y os he visto y me he dicho, no se ha acabado la noche

todavía, Davicito. —Nos hizo un guiño—. ¿Qué estáis tomando?

—*Gin-tonic* —contestó Fran.

—*Gin-tonic* será, pues —llamó a la camarera y se pidió uno—. ¿Cómo van los nervios del estreno, preciosa? —me preguntó cuando le dieron su copa.

—Bien, casi no tengo. —Reí.

—Eso está bien, a fin de cuentas, es un desfile como otro cualquiera. Nico me ha pedido que desfile contigo, justo al final.

—¿Al final? —Fruncí el ceño.

—Sí, por lo que sé llevarás un vestido de lo más elegante y quiere que yo salga contigo con uno de los trajes de la colección masculina.

—Qué emoción, mi mejor amiga y mi chico como un par de miembros de la realeza, anda que no voy a disfrutar viéndoos —dijo Fran—. Pero, a ver, una cosa, ¿no se supone que el diseñador es el que cierra el desfile con las modelos?

—Sí, y mi hermano saldrá cuando nosotros estemos al final de la pasarela, esperándole allí.

—Ah, vale, ya pensé que me quedaba con las ganas de verle desfilando.

—Bueno, desfilar… no desfila. —Rio—. Más que nada porque no sabe, es como bailar, lo hace con dos pies izquierdos.

—Oye, que tu hermano bailó conmigo y no se le daba nada mal.

—Pero estoy seguro de que se le da mejor bailar horizontalmente en una cama. —Me hizo un guiño.

—Uy, y de pie con ella contra la pared, o apoyada en una mesa —dijo Fran, haciendo que tosiera al notar que me atragantaba con el sorbo que acababa de darle a mi copa.

—La madre que te parió, Fran —le reñí dándole un manotazo en el hombro.

—Oye, cuidado con la mano que para lo chica que eres, la tienes muy larga —se quejó, y empezamos a reírnos.

—A diferencia de ti, no quiero saber lo que hace mi hermano con ella —le dijo David a Fran mientras me señalaba.

—Mejor, mejor, porque es un escándalo, vamos —contestó Fran.

—¿Y lo que hacemos nosotros no? —Arqueó la ceja.

—Yo sí que no quiero saberlo, chicos. —Reí.

Y así pasamos el resto de la noche los tres, entre risas y copas hasta que Fran me llevó a casa con David siguiéndonos para irse luego a la suya a dormir con él.

—Mejor, mejor, porque es un escándalo, vamos —contestó Fran.

—¿Y lo que hacemos nosotros no? —Arqueó la ceja.

—Yo sí que no quiero saberlo, chicos. —Reí.

Y así pasamos el resto de la noche los tres, entre risas y copas hasta que Fran me llevó a casa con David siguiéndonos para irse luego a la suya a dormir con él.

Capítulo 18



Estaba tomándome un café en el balconcito de mi casa, cuando me llegó un mensaje de Nico.

Nicolás: *Buenos días, preciosa. ¿Cómo se presenta el sábado?*

Sonreí, dejé la taza en la mesa y comencé a teclear mi respuesta.

Lara: *Buenos días, señor Durán. De momento tranquilo, disfrutando de un café con la compañía de los pájaros cantores que hay en las ramas de los árboles.*

Nicolás: *¿Qué dije sobre lo de llamarme señor?*

Lara: *Es que me gusta buscarte la lengua.*

Y acompañe mi texto con un emoji sacando la lengua.

Nicolás: *¿Y qué tal si me la buscas mejor? Te invito a pasar el fin de semana en mi casa.*

Tragué saliva y noté que me ponía nerviosa, nada nuevo, debía admitir. Irme a pasar el fin de semana con Nico er volver a caer entre sus sábanas. O en cualquier otro lugar de la casa.

Cuando quise darme cuenta estaba tecleando que sí, que me iba a con él.

Nicolás: *Tienes veinte minutos para bajar, estoy aparcado en tu puerta.*

Abrí los ojos al leer aquello y me asomé por el balconcito, y efectivamente vi el coche de Nico frente a la puerta de mi edificio.

Recogí la taza, fui a darme una ducha rápida y me vestí a toda prisa con unos *shorts* vaqueros, una camiseta de tirantes y las deportivas. Metí ropa en una bolsa de deporte y tras coger las llaves de casa y el bolso, bajé a la calle, donde le encontré esperando mientras miraba el reloj.

—Te han sobrado veinte segundos —dijo mirándome—. Eso es rapidez.

—Soy modelo, te recuerdo que vamos un poquito justas de tiempo a la hora de cambiarnos de ropa.

—Es verdad. —Me dio un beso en los labios—. Estás muy guapa.

—Gracias —dije cuando me abrió la puerta para entrar en el coche.

Condujo hasta un mercado que había cerca de su casa donde compró carne y pescado frescos, así como verduras, y regresamos al coche para ir hasta a su casa.

Le ayudé con las compras y me dijo que iba a preparar un pescado al horno para comer ese día con unas patatas y verduras de acompañamiento que me iba a chupar los dedos.

—Así que, después de todo, sí que eres un cocinillas. —Sonreí mientras me disponía a trocear las verduras como me había pedido.

—No se lo digas a mi madre, que lleva años insistiendo para que le cocine algo.

—¿Y no lo has hecho? Eso es de ser un mal hijo. —Le señalé con el cuchillo en la mano.

Sonrió y siguió preparando el pescado mientras charlábamos y tomábamos una copa de vino.

Cuando lo tuvimos todo listo y el pescado en el horno, me rodeó por la cintura y se apoderó de mis labios.

—Delicioso —dijo mirándome fijamente a los ojos.

a—Es un buen vino, sí. —Sonreí.

—No me refería al vino, y lo sabes.

—Oh. —Me hice la inocente y sonrió de medio lado.

—¿Qué pasa si decido tomar un poco más? —preguntó bajando uno de mis tirantes, acariciándome el hombro cor el dorso del dedo y haciendo que me estremeciera.

—¿Aquí?

—Sí. —Me miró y sus ojos brillaban con tanta intensidad, que supe que no tenía escapatoria.

Volvió a besarme y poco después me quitó la camiseta y el sujetador, sus labios se apoderaron de mis pechos con

avidez, lamiendo y mordisqueando mis pezones de ese modo tan lujurioso y excitante que me hacía gemir y enloquecer de placer.

No tardó en quitarme en los pantalones y las braguitas y, una vez desnuda ante él, me sentó en la isla de la cocina, hizo que me recostara en ella y separó mis piernas para comenzar a lamer sin piedad alguna.

Masajeaba uno de mis pechos mientras su lengua seguía deslizándose entre mis labios vaginales con esa destreza que me había mostrado otras veces, y sentí su dedo penetrándome con fuerza.

No me reprimí ni un instante, gemí y grité con tanta fuerza que quizás me hubiera escuchado algún vecino, pero sabía que no era algo posible dado que entre una casa y otra había distancia más que de sobra por los jardines de estas.

Me corrí apenas unos instantes después, momento en el que Nico se desabrochó los pantalones y me penetró con fuerza.

Comenzó a moverse rápido, entrando una y otra vez mientas ambos jadeábamos ante lo que sentíamos, y me llevó a un nuevo orgasmo instantes después.

Besó mi vientre cuando se retiró y me quedé mirándole mientras se arreglaba la ropa.

—¿Me has invitado para esto? —Arqueé la ceja.

—No solo para esto. Pero debo admitir que eres toda una tentación para este pobre mortal.

—Mientras no pienses en tenerme desnuda por la casa todo el fin de semana, no está mal.

—No me des ideas. Aunque… —Me miró entrecerrando los ojos.

—No —le advertí—. Olvida lo que sea que estés pensando. Quita esa idea de tu cabeza.

—No sabes lo que iba a decirte.

—Si conlleva que yo esté desnuda por la casa, no.

—Con camiseta, una de las mías que es grande y te servirá de vestido. Nada más que mi camiseta. —Sonrió al tiempo que elevaba ambas cejas.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente. Enseguida vuelvo. —Me hizo un guiño y salió de la cocina dejándome allí sentada en la isla.

Cuando regresó lo hizo con una camiseta negra que, efectivamente, me servía de vestido.

Me la puse y así estuve terminando de preparar el postre, un arroz con leche que le dije que me salía muy bueno y con el que él sí que se iba a chupar los dedos.

Me quitó la camiseta cuando dejamos el arroz enfriándose, se desnudó él y me llevó a la piscina para darnos un baño. Debía admitir que nadar desnuda era una sensación única, sentir el agua acariciando todo tu cuerpo sin una sola barrera que se lo prohibiera, era increíble.

Tomamos el sol en una de las tumbonas, aunque decir que era eso lo que estábamos haciendo era faltar a la verdad, porque sí, nos daba el sol y nuestros cuerpos se habían secado tras el baño, pero…

¿Acaso ese hombre tenía un imán que no dejaba de atraerme constantemente para dejar que me sedujera?

Porque allí mismo, en la tumbona, sucumbí a sus encantos y su insaciable apetito sexual, y volvió a llevarme al orgasmo dos veces más.

Entramos en la casa y vi en el reloj del salón que eran las tres, momento más que perfecto para disfrutar de ese delicioso pescado al horno que olía que alimentaba.

Lo tomamos en el porche acompañado de un vino blanco afrutado que estaba buenísimo, pero el pescado sin duda alguna era el plato estrella.

—Pues sí, eres un buen cocinero. Se lo tengo que decir a tu madre…

—No se te ocurra, que entonces me deja sin sus táperes.

—O sea, que es por eso por lo que no cocinas para ella. Qué fuerte, señor Durán, no me esperaba eso de usted.

—Sigue llamándome señor, preciosa, y te juro que haré honor a esa manera de dirigirte a mí.

—¿Y qué haría, señor Durán?

—Atarte a mi cama, azotarte con una fusta y follarte hasta que no puedas más —dijo con el semblante serio y esa voz autoritaria que me hacía estremecer—. Te has excitado.

—No —mentí cogiendo el vino.

—¿Seguro? —Llevó la mano entre mis piernas, deslizó el dedo y me penetró con facilidad, básicamente porque ese hombre me tenía en un estado semipermanente de excitación cuando estaba cerca de mí— ¿Has terminado? —

Miró mi plato vacío sin dejar de penetrarme, y gemí.

—Falta el postre. —Jadeé.

—Tú vas a ser mi postre, preciosa. —Me besó y no tardó en cogerme en brazos.

Me llevó directa a su habitación, entramos en el cuarto de baño y tras abrir el grifo de la ducha, nos metimos bajo el agua disfrutando de un agradable momento de caricias y besos.

Cuando terminamos, y tras secarnos, me dejó recostada y desnuda en la cama mientras regresaba al cuarto de baño, de donde salió unos minutos después con un gel en las manos.

—¿Para qué es?

—Para darte un masaje —contestó mientras subía a la cama y se colocaba de rodillas entre mis piernas.

Vertió un poco de gel con aroma a lavanda sobre mi vientre y tras dejar el bote a un lado comenzó a extenderlo con ambas manos muy despacio.

Subió hasta mis pechos y los cubrió con el gel, masajeando lentamente y con delicadeza. Volvió a bajarlas por todo el cuerpo, cubriendo cada centímetro de piel que encontraban a su paso, lo que hacía que me fuera relajando más con cada segundo que pasaba.

Tenía los ojos cerrados cuando terminó, estaba tan relajada que no quería abrirlos. Noté que me besaba en los labios y poco después sentí su mano cogiéndome la muñeca. Miré y vi que también cogía la otra, pasando a inmovilizarlas con una corbata.

—¿Qué haces?

—Atarte a la cama. —Sonrió.

—No te atrevas.

—No voy a hacer nada que no te dé placer, Lara, te lo aseguro.

Me besó y se levantó de la cama, llevando mis manos al cabecero donde ató la corbata con mis manos ya inmovilizadas.

Le vi sacar algo del cajón de la cómoda y regresó con un pequeño aparato con forma de medio círculo. No tardó en introducirme una parte en la vagina y situar la otra sobre mi clítoris.

Lo activó con un mando y aquello empezó a vibrar de tal modo, que sentí que me podría correr antes de lo que imaginaba.

Y mientras tenía ese aparatito dándome placer, Nico se inclinó para lamer y mordisquear mis pezones, tirando de ellos y haciéndome gemir y gritar sin parar.

Pero todo era por la vibración que sentía en mi zona, esa que me llevaba de cabeza al mundo de los orgasmos.

Noté que aumentaba la intensidad de la vibración y eso fue como empezar a descorchar una botella de champán, sabía que no iba a tardar en sucumbir a lo que mi cuerpo pedía a gritos.

Cuando empecé a correrme sin poder evitar gritar con todas mis fuerzas, Nico retiró el vibrador y me penetró con fuerza de una certera estocada.

Se movía sosteniéndome por las caderas, llevando mis piernas alrededor de su cintura, entrando y saliendo una y otra vez, una y otra vez, prolongando mi orgasmo hasta que se unió a mí.

Nos corrimos tan fuerte e intensamente que nuestros gritos resonaron en cada una de las paredes de la habitación.

En cuanto todo acabó, Nico se dejó caer sobre mi cuerpo, jadeando y en busca de aire, acariciándome el cuello hasta que buscó mis labios y los besó con avidez, como si fuera el agua que un sediente buscaría en mitad del desierto.

Liberó mis muñecas y nos quedamos allí en la cama, acariciándonos y besándonos, hasta que el deseo nos asaltó de nuevo y volvimos a dejarnos llevar por la pasión enredados en aquellas sedosas sábanas.

No salimos de la habitación hasta la hora de la cena, momento en el que Nico preparó una ensalada y, esa vez sí, pudimos tomarnos el postre que dejamos olvidado en la nevera al mediodía.

Yo seguía caminando por su casa en camiseta y sin más ropa que eso, mientras él llevaba un bóxer y nada más.

Después de la cena nos tomamos una copa de vino en el porche, sentados en el balancín, y mientras contemplábamos la noche él me acariciaba el brazo distraídamente.

—¿A cuántas mujeres has traído a pasar el fin de semana a tu casa, y has cocinado para ellas? —pregunté, porque me podía la curiosidad.

—¿De verdad quieres saberlo? —Me miró y asentí, por mucho que su respuesta pudiera dolerme—. Eres la primera —contestó sin apartar los ojos de los míos, como si de ese modo me estuviera mostrando que decía la verdad, se inclinó y me besó en los labios—. Y espero que seas la única —añadió mientras me sostenía la barbilla

Tragué saliva y di un sorbo a mi copa de vino porque no sabía qué responder a eso.

Seguimos allí en silencio disfrutando de la noche hasta que nos acabamos la copa, momento en el que decidimos volver a la cama.

¿Para dormir, pensáis? Pues no, aunque sí, pero eso fue después, mucho después, de que me llevara de nuevo al cielo entre besos y orgasmos de lo más placenteros, porque ese hombre tenía algo que me hacía querer más y más de él, que me seducía y hacía volverme completamente loca.

Tragué saliva y di un sorbo a mi copa de vino porque no sabía qué responder a eso.

Seguimos allí en silencio disfrutando de la noche hasta que nos acabamos la copa, momento en el que decidimos volver a la cama.

¿Para dormir, pensáis? Pues no, aunque sí, pero eso fue después, mucho después, de que me llevara de nuevo al cielo entre besos y orgasmos de lo más placenteros, porque ese hombre tenía algo que me hacía querer más y más de él, que me seducía y hacía volverme completamente loca.

Capítulo 19



Cuando desperté no estaba en la habitación, por lo que me levanté y, tras ponerme la camiseta, bajé a la cocina donde encontré a Nico preparando el desayuno.

—Buenos días —saludé y se giró a mirarme.

—Buenos días, preciosa. Iba a ir a despertarte ahora.

—Pues ya ves que no hace falta. —Sonreí y me acerqué a besarle—. Soy como un reloj, tengo la hora cogida para abrir los ojos.

—¿Aunque hayas dormido poco? —Sonrió al tiempo que arqueaba la ceja.

—Aun así. ¿Te ayudo?

—Ya está todo, siéntate.

Me acomodé en uno de los taburetes altos en la isla y no tardó en acercarse con un par de tazas de café. Cogí la mía y di el primer sorbo, ese que cada mañana me devolvía a la vida, y le vi ir a por el resto del desayuno.

Tostadas, pavo, queso fresco, aguacate, mantequilla, mermelada, zumo y un cuenco con fruta troceada.

—Si las demás mujeres hubieran sabido que las deleitarías con estos desayunos después de una noche de sexo, estoy segura de que habrían querido venir. De hecho, se habrían peleado por hacerlo —dije antes de dar un bocado a mi tostada.

—No habrían tenido posibilidades —contestó tras dar un sorbo a su café.

—¿Por qué no traes aquí a tus conquistas?

—Porque este es mi espacio, mi lugar sagrado por así decirlo. Para esos encuentros hay hoteles. —Se encogió de hombros.

—¿Y por qué estoy yo aquí?

—Quería pasar el fin de semana contigo.

—Ajá. —Di otro bocado a la tostada—. Y… ¿por qué tienes aceite para masajes y un vibrador pequeño?

—Tengo un par de ellos más, y uno es más grande. —Elevó ambas cejas.

—Reitero mi pregunta, ¿por qué los tienes?

—Me gusta usarlos. —Se encogió de hombros.

—¿Y sales con ellos de casa para llevarlos a los hoteles? —Curioseé.

—No, voy a hoteles donde me los proporcionan. Los que tengo aquí, David me aconsejo comprarlos. Según dijo, uno nunca sabe cuándo va a llevar a alguien a casa.

—Pero tú no traes aquí a tus conquistas —repetí sus palabras.

—Siempre hay una primera vez.

Seguimos desayunando y me dijo que hoy comeríamos la carne que compró el día anterior, tenía pensado hacerla en la barbacoa y acompañarla con unas patatas asadas y una sala barbacoa muy suave que preparaba para bañar la carne antes de hacerla.

La verdad es que se me hacía la boca agua con solo escucharle. Y sí, ese hombre era todo un experto en la cocina por mucho que no quisiera admitirlo.

Después de desayunar salimos a darnos un baño en la piscina, nuevamente desnudos como la mañana anterior, y allí en el agua comenzó a besarme y tocarme de ese modo que solo él sabía hasta hacerme excitar y desear más y más de él.

Me sentó en el borde de la piscina donde daba la sombra y comenzó a lamer toda mi zona con esa lengua juguetona que no se detenía en ningún momento, todo lo contrario, cuando tenía ocasión se movía más y más deprisa.

Me penetró con un par de dedos sin dejar de lamerme y me corrí gritando, agarrándome con fuerza al borde de la piscina. Cuando mi orgasmo llegó a su fin me cogió en brazos, rodeó su cintura con mis piernas y comenzó a penetrarme sin piedad, fuerte y profundo mientras me sostenía con fuerza por las nalgas.

Nos besábamos, me mordisqueaba el labio, el cuello, el hombro, y mis gritos eran cada vez más y más fuertes.

Hizo que ambos alcanzáramos de nuevo el orgasmo unos minutos después y nos quedamos unidos y besándonos hasta que decidimos salir a relajarnos en la tumbona.

Su móvil empezó a sonar y me dejó allí disfrutando del sol acariciando mi cuerpo desnudo para ir a responder.

Tardó en volver y cuando lo hizo parecía un poco más serio que antes de irse.

—¿Preparamos la carne? —preguntó sin un ápice de sonrisa.

—Claro. —Sonreí yo, porque quería que él hiciera lo mismo, pero no lo hizo.

Entramos en la casa, me puse la camiseta y le ayudé a preparar todo. Desde la llamada apenas hablaba más de cinco palabras seguidas, y a duras penas me contó el secreto de su salsa barbacoa.

Cuando la carne y las patata estuvieron listas, sacó una botella de vino al porche y comimos allí, más callados que habladores, y eso me hacía pensar en qué sería lo que le habrían dicho, o quién le había llamado, para dejarle así y que no se mostrara tan cariñoso y tierno como de costumbre.

Después de comer tomamos café y, bueno, estar con él en ese estado me incomodaba, me daba la sensación como si yo le molestase, como si sobrara en su casa, así que le dije que tal vez era mejor que me fuera a casa, con la excusa de que al día siguiente sería el desfile de presentación de su nueva colección por la noche y quería descansar.

—Como quieras —fue su respuesta, y el poco interés que mostró ante mis palabras, fue lo que me alentó a levantarme e ir a darme una ducha rápida y vestirme para marcharme.

No sabía su dirección así que pedí un taxi utilizando la ubicación para que viniera a recogerme. Por suerte, no tardaría más de diez minutos en llegar, tiempo que estuve metida en la habitación, rodeada por su perfume y con los recuerdos de todo lo vivido esos dos días.

Bajé de nuevo con mis cosas, salí al porche y él estaba allí tomándose un whisky.

—Ha llegado mi taxi —dije y me miró con el ceño fruncido, poniéndose de pie.

—Pensaba que iba a llevarte yo.

—No, no te molesto más.

—Lara, tú no…

—Nos vemos mañana en el desfile, adiós.

Me giré y fui hacia la puerta de la casa, salí a la calle y no tardó en abrirme las puertas correderas desde el interior
Allí estaba mi taxi, subí, le di la dirección de mi casa y ni siquiera miré hacia la de Nico para ver si estaba observándome.

No sabía qué era lo que había pasado en esa llamada para que su actitud cambiara conmigo, pero no creía merecer
esos gestos tan inexpresivos y desinteresados.

Cuando entré en mi casa dejé todo en la habitación, cogí una tarrina de helado de chocolate y menta que me encantaba, y me senté en el sofá a ver alguna de esas comedias románticas que siempre acababan bien.

Podría haber llamado a Fran para hablar, decirle lo que había pasado, pero no quería molestarle, pues seguramente
él sí estuviera disfrutando de esa tarde de domingo con su nuevo amor.

¿Y qué era lo que esperaba yo de Nico? No éramos nada, no me había prometido nada y, tal vez, nunca fuéramos
nada.

Suspiré, y me dediqué el resto de la tarde y hasta la hora de la cena, a disfrutar del amor de unos personajes que se
habían conocido de un modo de esos que hacían suspirar, se habían ido enamorando poco a poco y sin darse cuenta, y él le había pedido matrimonio a los pies de la Torre Eiffel iluminada, en la noche parisina.

—Nos vemos mañana en el desfile, adiós.

Me giré y fui hacia la puerta de la casa, salí a la calle y no tardó en abrirme las puertas correderas desde el interior. Allí estaba mi taxi, subí, le di la dirección de mi casa y ni siquiera miré hacia la de Nico para ver si estaba observándome.

No sabía qué era lo que había pasado en esa llamada para que su actitud cambiara conmigo, pero no creía merecer esos gestos tan inexpresivos y desinteresados.

Cuando entré en mi casa dejé todo en la habitación, cogí una tarrina de helado de chocolate y menta que me encantaba, y me senté en el sofá a ver alguna de esas comedias románticas que siempre acababan bien.

Podría haber llamado a Fran para hablar, decirle lo que había pasado, pero no quería molestarle, pues seguramente él sí estuviera disfrutando de esa tarde de domingo con su nuevo amor.

¿Y qué era lo que esperaba yo de Nico? No éramos nada, no me había prometido nada y, tal vez, nunca fuéramos nada.

Suspiré, y me dediqué el resto de la tarde y hasta la hora de la cena, a disfrutar del amor de unos personajes que se habían conocido de un modo de esos que hacían suspirar, se habían ido enamorando poco a poco y sin darse cuenta, y él le había pedido matrimonio a los pies de la Torre Eiffel iluminada, en la noche parisina.

Capítulo 20



Lunes, y había estado nerviosa todo el día, hasta ese momento.

Bueno, incluso ahora lo estaba y mucho más que el resto del día, puesto que apenas quedaban unos minutos para comenzar con el desfile para presentar la nueva colección de ropa femenina de la firma Durán.

Lupe estaba conmigo, terminando de ayudarme a ponerme el primer vestido con el que saldría a los jardines del hotel. Alexandra también estaba, con una de las modistas asignada para ella sola, poniéndose un conjunto de lo más elegante para esos días de trabajo.

Al igual que muchas otras chicas lucían sus prendas con elegancia y una gracia inmejorable.

—Estás preciosa, *mija* —me dijo Lupe con una sonrisa en los labios.

—Y de los nervios también.

—Cosas del estreno. —Me acarició el brazo.

Fue a comprobar que los otros vestidos con los que desfilaría estaban listos, y aproveché para echarme un vistazo en el espejo.

Llevaba un vestido largo, pero no hasta el suelo, sino hasta la mitad de los gemelos, era de color rosa pastel con u cinturón negro ancho que hacía juego con los topitos de la falda.

Tacones negros altos, el cabello recogido en una coleta y un maquillaje elegante y sutil con un bonito color rosa de labios.

Aquel diseño era una preciosidad.

Jimena entró para decirnos que debíamos ir saliendo y comenzaron a hacerlo las otras chicas, incluida Alexandra, que me dio un abrazo diciéndome que estuviera tranquila que iba a salir todo genial.

Yo era la última en salir en las tres tandas, y cuando vi que las primeras en haber desfilado regresaban, fui hacia la salida y sonreí al ver que estaba todo el jardín lleno de gente admirando los diseños y hablando entre ellos sobre cada prenda.

Vi a Fran y David en una de las mesas altas con Alicia, sonreían mientras tomaban una copa de vino y deseé poder salir pronto para reunirme con ellos.

Pero no vi a Nico, y debía decir que desde que me fui de su casa el día anterior, no había tenido noticias suyas.

Respiré hondo cuando Jimena me dijo que era mi turno, y salí con paso firme, elegante y seguro a caminar por aquella improvisada pasarela.

El jardín estaba precioso, tal como yo le había dicho a Nico que podía decorarlo para la ocasión, y sonreí al pasar por delante de los invitados.

Cuando miré a Fran me hizo un guiño y mi sonrisa se amplió aún más, llegué al final de la pasarela, hice un giro con la mano en la cintura, y retomé el camino de vuelta.

Entré en la sala rápido para cambiarme y ya estaba Lupe esperándome con el segundo vestido, uno en color negro largo hasta los tobillos, sin tirantes, escote en forma de corazón y la espalda al aire.

Volví a la pasarela cuando Jimena me indicó que saliera, y de nuevo la gente sonreía admirándome, hablando sobre el elegante diseño que lucía.

Cuando entré por segunda vez a la sala para cambiarme, ya estaba David esperando pues me iba a acompañar con el traje que él llevaba.

El vestido era rojo, con un tirante ancho en el hombro derecho, largo hasta el suelo puesto que arrastraba un poco la tela, con una apertura en el lateral izquierdo que mostraba la pierna cuando caminaba.

—Por ti me haría hetero —dijo David al verme—. Estás espectacular.

—No seas tonto. —Reí—. Y gracias por el piropo.

—A mi hermano le vas a volver loco con ese vestido —susurró en mi oído.

—No lo creo.

—¿Qué pasa? ¿Me he perdido algo? Según tenía entendido te iba a invitar a pasar el fin de semana en su casa.

—Y estuve, sí, pero… No sé qué pasó después de una llamada que recibió, estuvo diferente, yo me sentí

incómoda y me marché a casa.

—¿Sabes quién le llamó?

—No, y tampoco me interesa.

—Chicos, os toca —dijo Jimena.

—Vamos, preciosa, brilla como solo tú sabes. —David me hizo un guiño, me dio un beso en la mejilla y salimos a la pasarela.

Caminaba a su lado colgada de su brazo, y tal como dijo Fran, parecíamos una pareja de la realeza asistiendo a alguna fiesta.

Fotos y más fotos de la prensa acreditada, cuchicheos de los asistentes, sonrisas dirigidas a nosotros, y llegamos a final, donde nos detuvimos esperando a Nico.

—Damas y caballeros, es un placer tener con nosotros a Nicolás Durán, diseñador y CEO de la firma Durán —dijo el hombre que estaba al lado de los músicos.

Nico salió por donde habíamos salido nosotros para desfilar, sonrió ante las cámaras y los asistentes, y caminó hasta nosotros con esa elegancia que le caracterizaba.

—Cuidado no te vayas a caer, preciosa —murmuró David a mi lado mientras aplaudíamos a su hermano.

—¿Por qué?

—Por el charquito de babas que se está formando a tus pies.

—Serás. —Sonreí.

Nico llegó hasta nosotros, se dio un afectuoso abrazo con su hermano y se inclinó para besarme en la mejilla.

—Estás impresionante, Lara —susurró antes de apartarse, y vi el mismo fuego en su mirada que durante el fin de semana y cada vez que me tenía cerca.

Ambos hermanos me ofrecieron su brazo para caminar por la pasarela de vuelta hacia la sala, y una vez allí, todas las chicas me felicitaron y halagaron.

Nico se quedó hablando con algunos periodistas y yo me fui con David a la mesa en la que nos esperaban Fran y Alicia.

—Dios mío, estás que rompes, cariño —dijo Fran dándome un abrazo—. Lara, esta noche, sin duda, ha sido tu noche.

—Mañana no se hablará de otra cosa, querida. —Alicia sonrió y me dio un abrazo—. Eres la mejor imagen que ha tenido esta firma en años.

—Vaya, gracias —comentó David—. Y eso que, para las madres, sus hijos siempre son los mejores.

—No me seas envidioso, David —le riñó ella—. Pero no me negarás que tengo razón. Esta mujer es la mejor modelo femenina que hemos tenido en la firma.

—Desde que tú desfilabas con los diseños de papá, sí, estoy de acuerdo.

—Ahora me hace la pelota, eso es que quiere que le dé algunos táperes de comida —me dijo Alicia con un suspiro, y nos echamos todos a reír.

Cogimos una copa de vino cada uno cuando pasó una camarera con la bandeja por nuestro lado, y nos quedamos allí charlando. Noté una mano en mi espalda desnuda y me estremecí a sabiendas de que era Nico.

—Hijo, el desfile ha sido un éxito.

—Gracias, mamá. Pero el mérito es de las modelos.

—No lo jures, hermano, que, si hubiéramos tenido que ponernos nosotros esos vestidos… —dijo David elevando ambas cejas.

—Tú estás mejor con traje, te ves más sexy y apetecible —le contestó Fran.

—Mira que me gusta a mí este chico para ti, hijo. —Alicia se colgó del brazo de Fran.

—¿Mi clienta favorita convertida en mi suegra? Eso es un sueño, Alicia.

—Otro hijo más, qué ilusión. ¿Tendré una hija pronto también, Nico? —Curioseó ella al ver que su hijo mayor estaba muy cerca de mí y no retiraba la mano de mi espalda.

—Mamá —protestó Nico.

—Siempre igual —dijo ella.

Se acercaron a pedirle a Nico unas fotos y también quisieron que posáramos David y yo con él, así que lo hicimos

y poco después le pidieron una nueva entrevista a la que accedió.

David y Fran se fueron hacia la barra para pedir un whisky, y yo me quedé con Alicia en la mesa.

—Lara, me gustaría que me acompañaras un día al hospital a conocer a algunos de los niños que están allí —dijo poco después.

—Me encantaría. —Sonreí.

—Bien, pues cuando tú quieras, me avisas para agendarlo.

—Claro, cuenta con ella.

—Alicia, me alegra verte tan guapa como siempre —le dijo un hombre alto y elegante.

—Siempre tan adulador, Guillermo. —Sonrió ella.

—¿Tienes un momento? Me gustaría comentarte algo.

—Por supuesto. Discúlpame, querida, enseguida vuelvo.

—Tranquila, de aquí no voy a moverme. —Sonreí.

La vi alejarse y me quedé allí sola tomando mi vino, hasta que Nico se acercó a mí y volvió a acariciarme la espalda.

—Vámonos —me pidió mirándome fijamente a los ojos—. Ya hemos cumplido por esta noche.

—¿Ya se te ha pasado lo que fuera que te ocurría ayer?

—¿A qué te refieres?

—Cambiaste, después de esa llamada…

—No era culpa tuya, y siento haber estado así. Me di cuenta cuando te marchaste. Lo siento mucho, preciosa. —Se inclinó y sus labios quedaron a escasos centímetros de los míos—. Vámonos, quiero, necesito estar contigo, Lara.

Y como si no existiera nada ni nadie más a nuestro alrededor en ese momento, dejé de escuchar la música, el murmullo de voces de los invitados, las risas de algunas de las modelos, y solo podía vernos a Nico y a mí en aquel bonito e iluminado jardín.

—¿Por qué necesitas estar conmigo, Nico? —pregunté.

—Porque no puedo estar lejos de ti, preciosa. Y quiero besarte, y lo haría ahora mismo sin importar nada de lo qu dijeran mañana de nosotros, pero no quiero ponerte en un aprieto. Así que vámonos, vámonos a mi casa y deja qu te bese, preciosa, deja que te acaricie y te haga arder de deseo.

¿Qué respuesta le podía a dar a eso? Con palabras ninguna porque no podía hablar, por lo que tan solo asentí.

Nico dejó la mano en la parte baja de mi espalda y así me condujo hasta la salida del hotel, donde subimos a su coche para irnos a casa.

—¿Por qué necesitas estar conmigo, Nico? —pregunté.

—Porque no puedo estar lejos de ti, preciosa. Y quiero besarte, y lo haría ahora mismo sin importar nada de lo que dijeran mañana de nosotros, pero no quiero ponerte en un aprieto. Así que vámonos, vámonos a mi casa y deja que te bese, preciosa, deja que te acaricie y te haga arder de deseo.

¿Qué respuesta le podía a dar a eso? Con palabras ninguna porque no podía hablar, por lo que tan solo asentí.

Nico dejó la mano en la parte baja de mi espalda y así me condujo hasta la salida del hotel, donde subimos a su coche para irnos a casa.

Capítulo 21



Después del desfile y pasar la noche con Nico, donde volvió a ser el hombre atento, pícaro y juguetón que tan bien conocía, le martes tuve una sesión de fotos por la tarde con una de las firmas de cosmética con las que trabajaba y por la noche volvió a llevarme a su casa.

No sabía que pasó en esa llamada, ni tampoco quería saberlo, era asunto suyo y nada más, tan solo le pedí que no me volviera a hacer sentir incómoda y que molestaba por lo que fuera que le pasaba, que, si no quería mi compañía, no tenía más que decírmelo y me iría sin más. Sin preguntas, sin escenas, sin reproches.

Y aunque me dijo que no esperaba que volvieran a dejarle tan mal con una llamada, eso no podríamos saberlo, así que mejor evitar pensar en ello.

Mañana de miércoles en las oficinas de la firma Durán, y tenía por delante una sesión de fotos con todos y cada uno de los diseños de la nueva colección que había sido presentada y que fue, como todas las demás colecciones de la firma, un éxito.

En las revistas de moda, así como en los programas de televisión donde tenían una sección dedicada a ello, halaban los nuevos diseños de Nicolás Durán y comentaban la magnífica puesta en escena para la presentación.

Algunos periodistas hablaban sobre el espectacular escenario en el que se enmarcaba el desfile, el talento de las modelos y ese caminar, seguro, firme y elegante que las caracterizaba.

Estaba poniéndome el segundo conjunto, un pantalón de traje con una camisa color beige, de esos que la colección tenía para los días de oficina de una mujer, y Lupe no dejaba de hablar de lo bien que había salido el desfile.

También me habló de Alexandra, con quien dijo que estuvo charlando después del desfile y que le parecía una chica encantadora.

—Jimena me dijo que vendrá mañana para una sesión de fotos con uno de los modelos masculinos, quieren darle un poco de visibilidad.

—Eso es genial, me alegro mucho por ella. Desde que regresó de Londres solo ha empezado a trabajar con dos de

las antiguas firmas con las que estaba antes.

Terminé de arreglarme y salí para seguir con las fotos. Víctor era un encanto, y me tenía mucha paciencia cuando no quedaba mi pose perfecta para una foto concreta.

La colección tenía un total de doce *outfits* diferentes, así que aquella fue una mañana de lo más intensa, cambiándome no solo de ropa y zapatos sino de peinado, por suerte el maquillaje que me habían aplicado era perfecto para todos ellos.

Y cuando al fin terminamos las fotos con ese último vestido con el que cerré el desfile de presentación la noche del lunes del brazo de David, llegó Nico y noté que me estremecía.

Bastaba que ese hombre estuviera en la misma sala que yo para que mi cuerpo reaccionara sin que ni siquiera me hubiera tocado.

—¿Ya habéis terminado, Víctor? —le preguntó.

—Sí, tengo varias fotos de cada diseño, voy a escoger las mejores y se las mando a Jimena.

—Bien. Jimena.

—¿Sí?

—Quiero fotos de varios de los diseños en cada una de nuestras tiendas, alterna como mejor veas como hiciste con la colección masculina.

—Me pongo a ello en cuanto las tenga.

—Perfecto —asintió y me miró a mí—. ¿Tienes un momento? Me gustaría hablar contigo.

—Claro —respondí.

—*Mija*, ¿te ayudo a cambiarte primero? —me preguntó Lupe, y miré a Nico.

—Ve a cambiarte, te espero aquí.

Asentí, y fui con Lupe hacia mi sala privada de vestuario. Cuando entramos, la vi sonreír con disimulo, hasta que tuve que preguntarle qué ocurría.

—Saltan chispas, *mija*, eso pasa. —Sonrió más ampliamente.

—¿Qué dices? —Fruncí el ceño.

—Entre tú y el señor Durán, saltan chispas, muchas de hecho.

—Eso son imaginaciones tuyas, Lupe —dije mientras me deshacía el moño para cepillarme el pelo.

—*Mija*, sé lo que he visto. No puedes negar lo evidente, si hasta él te mira con unos ojitos… Lara —me acarició la espalda y apoyó ambas manos en mis hombros mientras nos mirábamos a través del reflejo del espejo—, a mí me pasó con Jimena, y aunque las dos quisimos evitarlo, nos fue imposible. Era como si un imán nos hiciera acercarnos constantemente. Y tranquila, que no diré nada.

Salió y terminé de arreglarme para ir a la sala a darle el encuentro a Nico, quien estaba hablando con Víctor y viendo las fotos en la cámara.

—¿De qué querías hablar? —le pregunté cuando me vio llegar.

—Vamos a mi despacho. —Posó la mano en la parte baja de mi espalda y sentí un escalofrío, era inevitable no hacerlo cada vez que ese hombre me tocada, del modo que fuera.

Entramos en el ascensor y, cuando las puertas se cerraron, se abalanzó sobre mí como si de un depredador cazando a su presa se tratase, apoderándose de mis labios en un beso rudo y urgente, necesitado, que no dudé en corresponder.

—Te he echado de menos, preciosa —murmuró mirándome fijamente.

—Pero si estuve contigo anoche. —Sonreí.

—Qué le voy a hacer, nunca me saciaré de ti.

El ascensor avisó de que habíamos llegado a la última planta, salimos y tras saludar a su secretaria, que estaba recogiendo sus cosas para ir a comer, entramos en el despacho.

—Nos han invitado a David y a mí a la presentación de un nuevo perfume femenino en Roma de una firma para las que mi hermano es imagen, y me gustaría que nos acompañaras.

—¿Yo? —Fruncí el ceño—. Pero no soy imagen de esa firma.

—Eres imagen de mi firma, y me gustaría hacer fotos allí con algunos de los diseños de la nueva colección, fotos tuyas con David.

—¿Cuándo es?

—Este fin de semana. Salimos el viernes por la mañana y regresamos el martes, por la tarde estaríamos de vuelta.

—Tengo que hablar con Rosa, no sé cómo tengo la agenda, si hay alguna sesión para los días que no estaré.

—Entonces, ¿vendrías?

—Bueno, es por trabajo, a fin de cuentas, imagino que querrás que luzca uno de los vestidos de gala en esa presentación.

—El segundo que llevaste en el desfile, de hecho.

—Vale. Pues déjame que hable con Rosa, y si tengo alguna sesión le pediré que la cambie a otro día.

Nico asintió y dio un par de pasos hacia mí, sostuvo mi barbilla con dos dedos y se inclinó para besarme.

Rodeó mi cintura con el otro brazo pegándome aún más a él y profundizó el beso, ese que me hizo perder toda capacidad de raciocinio.

—Debería irme —dije cuando llevó sus labios a mi cuello para besarlo.

—Yo creo que estamos bien aquí.

—Nico, puede entrar alguien y…

—No va a entrar nadie, Lara. Es la hora de comer y estamos solos en el edificio. ¿Sabes lo que significa eso, preciosa? —preguntó mientras me bajaba los tirantes de la camisa que llevaba.

—Qué. —Jadeé.

—Que vas a ser mi plato principal, y el postre.

No tardó en cogerme en brazos y llevarme hasta el escritorio, donde me sentó y bajó por completo mi camisa dejándola enrollada en mi cintura.

Retiró la tela del sujetador que cubría mis pechos y se lanzó con avidez y deseo a ellos, lamiendo y mordiendo los pezones mientras sus manos se deslizaban por la piel de mis muslos.

No tardó en subir la tela de la falda de tal modo que mi zona íntima quedó expuesta para él, me quitó las braguitas y se sentó en su sillón para lamer a conciencia esa parte sensible y ya excitada de mi cuerpo.

Ni siquiera le costó llevarme al orgasmo, lo hizo con esa habilidad y destreza que le caracterizaban y grité mientras mantenía mis manos enredadas en su cabello.

Se levantó liberando su miembro erecto del confinamiento de sus pantalones, y me penetró con fuerza mientras yo le rodeaba por los hombros con ambos brazos, dejando que me llenara de él hasta lo más profundo de mi ser.

Jadeábamos, gemíamos y gritábamos con cada embestida, cada vez que mi cuerpo se estremecía al notar ese placer entre mis piernas, placer que Nico no dudaba en incrementar mientras lamía y mordía mis pechos, excitándome aún más y haciendo que le pidiera más.

Quería que me penetrara más rápido, más fuerte, más profundo, y lo hizo.

Me cogió en brazos sin romper la unión de nuestros sexos y, tras hacer que mi cuerpo quedara contra la pared como aquella primera noche en su casa, siguió entrando y saliendo con un ritmo rápido y fuerte que nos llevó a ambos al orgasmo unos minutos después.

Cerré los ojos y apoyé la frente en su hombro mientras recuperaba el aliento, notando el cuerpo tembloroso debido al placer y al deseo que sentía por él.

Me besó antes de dejarme en el suelo, entramos en el cuarto de baño que tenía en su despacho y tras adecentarnos tanto como pudimos, entrelazó nuestras manos para llevarme al ascensor.

Salimos del edifico y fuimos a comer juntos, momento en el que me habló del viaje a Roma y de algunos de los lugares donde le gustaría hacernos las fotos a David y a mí, esos para los que Jimena debía pedir permisos especiales dado que muchos eran de interés turístico.

Ni siquiera le costó llevarme al orgasmo, lo hizo con esa habilidad y destreza que le caracterizaban y grité mientras mantenía mis manos enredadas en su cabello.

Se levantó liberando su miembro erecto del confinamiento de sus pantalones, y me penetró con fuerza mientras yo le rodeaba por los hombros con ambos brazos, dejando que me llenara de él hasta lo más profundo de mi ser.

Jadeábamos, gemíamos y gritábamos con cada embestida, cada vez que mi cuerpo se estremecía al notar ese placer entre mis piernas, placer que Nico no dudaba en incrementar mientras lamía y mordía mis pechos, excitándome aún más y haciendo que le pidiera más.

Quería que me penetrara más rápido, más fuerte, más profundo, y lo hizo.

Me cogió en brazos sin romper la unión de nuestros sexos y, tras hacer que mi cuerpo quedara contra la pared como aquella primera noche en su casa, siguió entrando y saliendo con un ritmo rápido y fuerte que nos llevó a ambos al orgasmo unos minutos después.

Cerré los ojos y apoyé la frente en su hombro mientras recuperaba el aliento, notando el cuerpo tembloroso debido al placer y al deseo que sentía por él.

Me besó antes de dejarme en el suelo, entramos en el cuarto de baño que tenía en su despacho y tras adecentarnos tanto como pudimos, entrelazó nuestras manos para llevarme al ascensor.

Salimos del edifico y fuimos a comer juntos, momento en el que me habló del viaje a Roma y de algunos de los lugares donde le gustaría hacernos las fotos a David y a mí, esos para los que Jimena debía pedir permisos especiales dado que muchos eran de interés turístico.

Capítulo 22



Había quedado con Alicia para ir al hospital.

Era jueves por la tarde y había estado por la mañana en dos sesiones de fotos que Rosa tenía agendadas para el viernes, pero que adelantó dado que me iba a Roma con Nico y David.

Había pasado por una tienda de juguetes y cogí algunos puzles y juegos de mesa para los niños, así como libros para colorear, lapiceros y algunos cuentos.

Cuando Alicia me vio aparecer en la puerta del hospital cargada con tantas bolsas, se llevó la mano a la frente.

—Pero ¿es que te has encontrado con los Reyes Magos, querida? —preguntó sonriendo.

—No, que todavía deben estar organizando su viaje. Solo quería traer algo para los niños.

—Ay, Lara, eres un amor. —Le brillaron los ojos mientras me acariciaba la mejilla—. Subamos.

Entramos en el hospital y Alicia saludó a las enfermeras del mostrador de información. Nos dirigimos hacia la zona de ascensores para subir al ala de oncología infantil.

Me fue hablando de los niños, de esos que apenas tenían unos meses de vida y vivían en una habitación de hospital con sus padres, en los que llevaban varios años allí y no sabían lo que era ir a la escuela o jugar en un parque.

Aunque por suerte contaban con una zona infantil que habían acondicionado en una terraza exterior, cubierta, eso sí, para que los niños fueran allí a ver el sol y sentir el césped durante unos breves instantes.

Cuando salimos del ascensor sonreí al ver las paredes, blancas típicas de un hospital, sí, pero con murales de un bosque encantado, lleno de hadas, setas que simulaban ser casas, duendes sonrientes, elfos, pájaros, ardillas, y muchos otros animales.

Si no fuera porque había médicos y enfermeras por los pasillos, así como almacenes con medicamentos y demás

utensilios para el hospital, bien podría parecer que aquello era una guardería.

Alicia fue hacia uno de los mostradores y habló con una mujer que debía tener unos cincuenta años, era morena y tenía una sonrisa de lo más amable.

—Están todos esperando en la sala de juegos —le dijo, y Alicia asintió.

—Vamos, querida. —Se colgó de mi brazo y me llevó hasta la sala donde escuchamos algunas risas.

Al entrar me impactó ver a una docena de niños sentados en el suelo, algunos padres en sillas y sofás, muchos de ellos con sus bebés en el regazo, y un par de payasos haciendo globos con formas.

Les preguntaban a los niños qué querían que hicieran y ellos, con una destreza que ya quisiera yo, los hacían. Porque no todo el mundo podría hacer a Simba, el gran rey león adulto, con globos amarillos y naranjas simulando ser su melena.

Los hacían y dejaban colocados en una mesa donde había muchos otros animales, incluso algunas princesas Disney. Desde luego que tenían un talento impresionante.

Cuando terminaron, se despidieron de los niños entregándoles unos caramelos y prometieron volver la semana siguiente.

—Vienen todos los jueves —me dijo Alicia mientras uno de ellos cargaba en brazos a una niña de unos dos años y le hacía cosquillas que le arrancaban una sonrisa—. La asociación que fundé se encarga de pagar a quienes vienen a entretenerlos, hay cuentacuentos, actores de marionetas, esos dos payasos, y tenemos un mago. —Sonrió.

—Eso es admirable, Alicia.

—También hay algunos maestros que son voluntarios y vienen por las tardes a enseñarles matemáticas, lengua, historia. Se divierten con esas clases y les hace sentirse niños normales, dentro de la situación en la que están.

—¿Y sus padres? ¿Cómo lo llevan?

—Como pueden —suspiró—. Muchos padres trabajan, o tienen otros hijos que cuidar, suelen venir algunas tardes pero sobre todo pasan con los niños los fines de semana. Sé por lo que están pasando, yo lo viví durante años con mi hijo Lucas, y procuro que estos niños y sus familias tengan todo lo que necesiten.

»No todos tienen una economía boyante, y con el dinero que se recauda en la asociación les ayudamos con parte de los gastos médicos. Ojalá pudiera hacer mucho más por estas familias —dijo con la voz ligeramente entrecortada.

—Haces mucho más de lo que otras personas harían, Alicia. Eres una gran mujer. —Le acaricié el brazo.

Los dos payasos pasaron por nuestro lado y tras saludarnos, se marcharon. En el momento en el que los niños vieron a Alicia, se desató la locura.

—¡Abuela Alicia! —gritaron todos, y sonreí al verla a ella tan feliz de que la llamaran así.

—Mis niños, pero qué altos estáis todos ya desde que no os veo.

—Pero si hace solo dos días de eso —contestó entre risas un niño que debía tener siete años, con unos bonitos ojos miel.

—Pues en dos días habéis crecido.

Los padres se acercaron a saludarla y ella cogió en brazos a sus bebés, dándoles besos y achuchones mientras se le iluminaban los ojos.

Muchas miradas furtivas, tanto de padres como de niños, se dirigían a mí, hasta que sonreí acercándome a ellos.

—Ah, se me olvidaba presentaros a esta hermosa joven que ha venido a conoceros —dijo Alicia cogiéndome del brazo—. Ella es Lara, es modelo, y trabaja para la firma de mis hijos.

—¿Eres modelo? —preguntó una niña de unos seis años, rubia, a juzgar por el poquito pelo que le veía, y con unos bonitos ojos verdes.

—Sí, preciosa —respondí.

—Es muy guapa, a que sí, mami —dijo otra niña un poquito más mayor.

—Sí que lo es, cariño.

Alicia me presentó a los padres que había allí, así como a los niños, y empecé a sacar los regalos que había comprado.

Algunos cogieron puzles para ir a una de las mesas a hacerlos, otros escogieron los libros para colorear, un par de ellos se decantaron por unos juegos de mesa y los demás cogieron los cuentos.

Estuvimos hablando con esos padres que estaban allí, Alicia se interesó por todos los niños así como los adolescentes que también estaban hospitalizados, esos que se quedaban en sus habitaciones estudiando, escuchando música o viendo la televisión.

Y me fijé en esa preciosa niña de ojos verdes que no dejaba de mirarme, sentada en un sofá junto a un niño de

cabello castaño y esos mismos ojos que ella tenía. Debían ser hermanos, pero él no parecía estar enfermo. Me acerqué a ellos, la niña sonrió mientras le daba golpecitos en la pierna a él, y me senté en el suelo frente a ellos con las piernas cruzadas al estilo indio.

—Hola —saludé—. ¿Cómo os llamáis vosotros?

—Yo soy Lucía, tengo seis años, y él es Darío, mi hermano mayor, que tiene ocho.

—Encantada de conoceros. —Les tendí la mano, y ambos me la estrecharon—. ¿Qué estáis leyendo?

—La isla del tesoro —contestó él—. Yo le leo a Lucía y ella ve los dibujos.

—Sé leer, pero no tan rápido como él. Y me gusta que él lo haga, pone esas voces de pirata serio —dijo la pequeña tratando de imitar la voz de un hombre, y me eché a reír.

—Eso es genial. Yo tengo una hermana mayor y cuando era pequeña, también me gustaba que me leyera cuentos.

—¿Tienes hijos?

—Lucía, no seas cotilla —la regañó Darío.

—Lo siento —murmuró ella avergonzada inclinando la cabeza.

—Ey, preciosa, no hagas eso. —Le sostuve la barbilla—. No te pongas tan seria que te pones fea.

—¿Soy guapa? —preguntó.

—Mucho. Eres preciosa.

—Tienes un pelo muy bonito —me dijo, y noté esa tristeza en su voz.

—Seguro que tú también lo tendrás algún día. —Sonreí—. Y con respecto a tu pregunta, no tengo hijos, pero me gustaría tenerlos en un futuro.

—¿Nos lees? —me preguntó quitándole el cuento al hermano.

—Claro.

Y me quedé allí con ellos leyendo, haciendo como Darío, poniendo voz de pirata serio y haciendo que ambos rieran a puras carcajadas.

Ese par de hermanos tenía algo, algo que me había hecho conectar con ellos de inmediato.

—Hora de cenar, niños —dijo Alicia cuando vio a una de las enfermeras llegar.

—Vamos, Lucía, hay que irse a la habitación. —Darío se levantó del sofá y le tendió la mano a su hermanita.

—Tú te vas después, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Sí, pero mañana me vuelven a traer para que pase el día contigo.

—¿Y tú vendrás mañana también, Lara? —Me miró con los ojos cargados de esperanza.

—No, preciosa, mañana me voy unos días de viaje por trabajo. Pero te prometo que en cuanto pueda, vuelvo a veros. —Le hice un guiño.

—Vale. —Sonrió.

—Toma Darío, para que se lo sigas leyendo mañana. —Le di el cuento.

—Gracias.

—¿Te puedo dar un beso?

—Claro que sí, preciosa. —Me incliné, y esa niña adorable y encantadora, me dio un beso muy fuerte en la mejill al mismo tiempo que me abrazaba.

—Adiós, Lara —dijo agitando su manita cuando se iba de la mano de su hermano mayor.

Se me hizo un nudo en la garganta, porque a pesar de que Darío no era más que un niño de ocho años, parecía tener una década más.

—Son huérfanos. —Me giré al escuchar a Alicia—. Sus padres fallecieron cuando ella tenía tres años y él cinco. El año pasado a Lucía le diagnosticaron la enfermedad y desde entonces, está aquí. Darío no la deja sola, vive en el orfanato pero le permiten venir cuando no está estudiando para hacer compañía a su hermanita pequeña. Si la adopción de unos hermanos ya es algo que no muchos padres quieren, imagina si uno de ellos está en la situación de Lucía.

—Son un amor. —Sonreí—. No deberían pasar por esto, ninguno de esos niños debería.

—No, no deberían, pero la vida a veces golpea así de duro, querida. ¿Volverás otro día?

—Por supuesto que sí, Alicia, siempre que pueda, vendré.

—Eres admirable, Lara.

—¿Necesitas más voluntarios para la fundación? Porque estoy segura de que a mis padres les gustaría aportar un granito de arena, como fuera.

—Y a mí me encantaría conocer a tus padres, querida. —Sonrió—. Ahora vamos, es hora de irse.

Nos despedimos de los médicos y enfermeras, así como de los padres a los que había conocido, y dejamos el hospital.

La acompañé al taxi que la llevaría a casa y quedamos en hablar en cuanto pudiera y volver a vernos, puesto que David le había dicho que nos íbamos con Nico a Roma.

Cogí el coche y conduje a casa de mis padres, donde cenaría también mi hermana y les hablaría de mi viaje.

a

—Por supuesto que sí, Alicia, siempre que pueda, vendré.

—Eres admirable, Lara.

—¿Necesitas más voluntarios para la fundación? Porque estoy segura de que a mis padres les gustaría aportar un granito de arena, como fuera.

—Y a mí me encantaría conocer a tus padres, querida. —Sonrió—. Ahora vamos, es hora de irse.

Nos despedimos de los médicos y enfermeras, así como de los padres a los que había conocido, y dejamos el hospital.

La acompañé al taxi que la llevaría a casa y quedamos en hablar en cuanto pudiera y volver a vernos, puesto que David le había dicho que nos íbamos con Nico a Roma.

Cogí el coche y conduje a casa de mis padres, donde cenaría también mi hermana y les hablaría de mi viaje.

Capítulo 23



Elvira me abrió la puerta y nos abrazamos con una sonrisa, fuimos a la cocina donde estaban nuestros padres y empezaron las preguntas.

—¿Qué es eso de que te vas a Roma? —preguntó mi madre.

—Pues eso, mamá, que me voy a Roma por trabajo, con la firma Durán —contesté cogiendo una oliva—. Han invitado a los hermanos Durán, a la presentación de un perfume, una de las firmas de las que el pequeño es imagen, y Nico quiere que los acompañe para hacer fotos por allí con sus diseños.

—Pues eso está muy bien, cariño —dijo mi padre dándome un beso en la mejilla.

—¿Cuándo os vais? —Curioseó mi hermana.

—Salimos mañana por la mañana y regresamos el martes.

—Ya nos enviarás alguna foto. —Sonrió mi madre—. Y si ves al Santo Padre, pídele una.

—Mamá, ese hombre no sale así como así del Vaticano —dijo Elvira volteando los ojos.

—O sí, quién sabe, igual se baja a dar un paseíto por la plaza.

—Claro, en chándal y sin faldones que es más cómodo —suspiró mi hermana.

—Bueno, bueno, eso nunca se sabe.

Sonreí al escuchar a mi madre y cogí otra oliva antes de ir a poner la mesa para la cena.

Había preparado un salmorejo, que estaba deseando tomar, y una tortilla de patatas con pimientos que olía que alimentaba.

Mi padre troceó un pan de pueblo de esos que aguantaban varios días en casa, y nos sentamos a la mesa a disfruta

de esa cena familiar como cuando vivíamos Elvira y yo con ellos.

Les hablé del hospital, de la visita que había hecho a esos niños con Alicia y de esos dos hermanitos que me habían conquistado desde el primer momento.

Comenté con ellos si estarían interesados en colaborar con la asociación de algún modo, tal vez yendo por las tardes para hacerles compañía mientras sus padres trabajaban y leerles algún cuento.

—Mi niña, pues sí que me gustaría, sí —dijo mi madre con una bonita sonrisa—. ¿Y dices que la madre de Nico quiere conocernos?

—Sí, y ya te digo que si vais al hospital solo para estar con esos pequeños, le va a encantar. Pues la llamo ahora a ver si podéis veros mañana y habláis con ella.

—Perfecto, mi niña.

Mis padres y mi hermana no fueron al desfile, y no porque no les hubieran invitado, sino porque decían que era una noche en la que se congregaría mucha prensa, gente importante y ellos no se sentían cómodos.

Una vez asistieron a uno, la prensa me vio con ellos y en cuanto supieron que eran mis padres fueron a hacerles preguntas. Mi madre se sintió incómoda y decidió marcharse a casa. Desde entonces se limitaban a ver esos desfiles en la televisión o en las revistas cuando hablaban de moda.

Terminamos de cenar, recogimos mi hermana y yo como siempre, y mientras ella preparaba el café, yo sacaba los platos y cucharas para la tarta de queso que había preparado mi madre para el postre.

—¿Qué tal la madre de Carmen? —le pregunté.

—La operan el lunes, y, finalmente, han confirmado que le extirpan el pecho.

—Vaya, lo siento.

—Sí, es una pena, pero está hecha a la idea y dice que mejor eso, que no haberse tenido que ir de este mundo ante de tiempo.

—Pues sí. ¿Cómo lo lleva Carmen?

—Bien, le da mucha fuerza y ánimo a su madre.

—Eso es bueno, que no la deje sola en momentos como este.

r

—Y tú, ¿qué te cuentas?

—Qué me cuento de qué.

—Pues con Nico, que le tuteas mucho. —Sonrió cogiendo las tazas para el café.

—Es lo que él me pidió, que le tuteara.

—Cariño, ¿te gusta ese hombre?

—¿Por qué dices eso? —Fruncí el ceño.

—Porque te sonrojas cuando hablas de él.

—Es guapo, sí.

—No he preguntado eso.

—Vale, sí, me gusta.

—¿Y ha pasado algo entre vosotros?

—Algo.

—Ten cuidado, ¿vale? —me pidió cogiéndome del brazo— No quiero que te vuelvan a hacer daño.

—Lo tendré, pero no le digas nada a mamá, no sea que vaya a hacerse ilusiones que no debe.

—¿Tú no te las has hecho?

—No, ni tampoco quiero.

s—Si alguna vez necesitas hablar, aquí estoy.

—Lo sé.

Regresamos al salón para tomar la tarta y el café con nuestros padres y cuando acabamos, me despedí de ellos para irme a casa a terminar de preparar la maleta.

De camino llamé a Alicia, le di el número de mi madre para que hablara con ella y quedaran para conocerse y que

pudieran ir al hospital cuando quisieran.

En cuanto aparqué en mi calle llamé a Fran, con quien no había podido quedar porque había tenido que asistir a un evento como estilista.

—Hola, preciosa.

—Hola, guapetón. —Sonreí.

—¿Ya tienes lista la maleta?

—En ello estoy, voy a subir a casa y a terminarla.

—Tienes que traerme un recuerdo de Roma, no te olvides.

—Sí, sí, tranquilo, un imán para la nevera de esos del Coliseo.

—Qué mala amiga, ¿un triste imán me vas a traer? Tendrás valor de hacerle eso a tu mejor amigo.

—Y tanto que sí, ¿o crees que llevo el baúl de la Piquer para el viaje? Que voy con una maleta normalita para cuatro días.

—Ah, y no te va a caber en la maleta una camiseta de Roma, además de un imán y alguna otra cosa de recuerdo, ¿no? Vale, vale, ya me pedirás un recuerdo cuando me vaya de viaje de luna de miel a Las Maldivas.

—¿No te has casado todavía y sabes dónde vas a ir de luna de miel?

—Por supuesto, a una playa idílica donde tomar el sol y tener sexo en el mar con mi marido.

—Por favor, ahórrate los detalles.

—Bueno, vamos a lo importante. ¿Has metido lencería sexy en esa maleta que vas a llevar?

—¿Y por qué tendría que ser sexy? Si no se ve.

—Para cuando te desnudes delante del mayor de los Durán, obviamente. ¿O me vas a decir que estaréis cinco días en Roma y no dormiréis juntos? Porque eso no te lo crees ni tú, vaya.

—Es una malísima idea que te cuente todas mis intimidades, que lo sepas.

—No lo es, porque yo después te doy ideas geniales, y lo sabes.

—Acabo de entrar en casa, voy a quitarme los zapatos y a terminar mi maleta. Nos vemos a la vuelta.

—Sí, sí, para que me des el imán del Coliseo donde ponga Roma, todo un detalle —suspiró.

—Adiós, Fran.

—Adiós, cariño.

Colgué y mientras iba a la habitación, me llegó un mensaje de Nico para decirme que me recogería a las siete y media de la mañana en mi casa para ir juntos al aeropuerto.

Le respondí diciéndole que estaría lista a esa hora y le di las buenas noches antes de terminar de guardar lo que iba a llevarme al viaje.

Estaba deseando llegar a Roma, un lugar que me gustaba y al que siempre había querido ir y conocerlo. Sabía que ese era un viaje de trabajo, pero no quitaba que, mientras hacíamos las sesiones de fotos, disfrutara de toda la belleza que me rodeara.

En cuanto la maleta estuvo lista me di una ducha, preparé la ropa para vestirme por la mañana y nada más ponerme el pijama, me metí en la cama.

Me costó conciliar el sueño, no solo por el viaje, sino porque iba a hacerlo con Nico y sabía que allí, donde nadie nos conocía, cuando no nos viera su hermano ni el fotógrafo o los estilistas que iba a llevar para las sesiones, podría cometer la locura de dejarme llevar y abrazarle, cogerle de la mano o besarle si me apetecía.

Aunque de verdad que esperaba poder controlar mis impulsos, por muy difícil que fuera, dado que, estando juntos en un mismo lugar, era algo de lo más peligroso, no solo para mí.

—Acabo de entrar en casa, voy a quitarme los zapatos y a terminar mi maleta. Nos vemos a la vuelta.

—Sí, sí, para que me des el imán del Coliseo donde ponga Roma, todo un detalle —suspiró.

—Adiós, Fran.

—Adiós, cariño.

Colgué y mientras iba a la habitación, me llegó un mensaje de Nico para decirme que me recogería a las siete y media de la mañana en mi casa para ir juntos al aeropuerto.

Le respondí diciéndole que estaría lista a esa hora y le di las buenas noches antes de terminar de guardar lo que iba a llevarme al viaje.

Estaba deseando llegar a Roma, un lugar que me gustaba y al que siempre había querido ir y conocerlo. Sabía que ese era un viaje de trabajo, pero no quitaba que, mientras hacíamos las sesiones de fotos, disfrutara de toda la belleza que me rodeara.

En cuanto la maleta estuvo lista me di una ducha, preparé la ropa para vestirme por la mañana y nada más ponerme el pijama, me metí en la cama.

Me costó conciliar el sueño, no solo por el viaje, sino porque iba a hacerlo con Nico y sabía que allí, donde nadie nos conocía, cuando no nos viera su hermano ni el fotógrafo o los estilistas que iba a llevar para las sesiones, podría cometer la locura de dejarme llevar y abrazarle, cogerle de la mano o besarle si me apetecía.

Aunque de verdad que esperaba poder controlar mis impulsos, por muy difícil que fuera, dado que, estando juntos en un mismo lugar, era algo de lo más peligroso, no solo para mí.

Capítulo 24



Puntual como un reloj Nico llegó a recogerme, ya estaba esperándole en la puerta de casa y me ayudó a guardar la maleta en su coche.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días. —Me dio un beso en los labios y abrió la puerta para que me sentara—. ¿Y David?

—Yendo ya para Sevilla, de donde sale nuestro vuelo.

—¿Víctor y la estilista van con él?

—No, van por separado.

—De acuerdo, pues mientras tú conduces, yo voy a echar una cabecita, que anoche me costó un poquito dormirme.

—¿Nervios por el viaje?

—Podríamos decir que sí. —Sonreí.

—Duerme tranquila, te aviso cuando lleguemos. —Volvió a besarme y puso el coche en marcha para ir hacia Sevilla.

No sabría decir si era porque tenerle cerca me dio esa paz para dormir, o por el vaivén del coche circulando, pero caí en un sueño profundo poco después de que de que emprendiéramos el camino a Sevilla.

Y sí, Nico me despertó cuando llegamos, una vez que aparcó el coche.

Bajamos y cargando con nuestras maletas, fuimos hacia el interior donde me dijo que estarían esperándonos los demás.

Con lo que no contaba yo era con ver allí a mi mejor amigo, sonriendo de oreja a oreja.

—Pero bueno, ¿qué haces aquí? —pregunté abrazándole.

—Era una sorpresa, por eso no te vi anoche. Nico me pidió que os acompañara en calidad de estilista.

—¿En serio? —Miré a Nico y asintió—. Gracias.

—Imaginé que querrías a alguien de confianza para ayudarte con los cambios de ropa y demás. Lupe no podía dejar las oficinas estos días, hay varias sesiones de fotos con otras modelos y va a ayudarlas.

—Pues me ha hecho mucha ilusión verle aquí.

—Víctor ha ido a por un café —dijo David.

—Yo necesito otro, que me acabo de despertar. —Sonreí.

—Sabía que no ibas a dormir mucho anoche por los nervios, cariño. —Fran me pasó el brazo por los hombros mientras caminábamos hacia la cafetería—. Pero ¿y lo bien que lo vamos a pasar en Roma?

—Eso espero. —Le di un beso en la mejilla.

Saludamos a Víctor cuando llegamos a la cafetería y nos sentamos en una de las mesas a tomar el café antes de abordar nuestro vuelo. Ese que, cuando pregunté, tanto a David como a Víctor les pareció gracioso.

—¿Por qué os reís? —Fruncí el ceño.

—Porque mi hermano es un capullo —contestó David—. Vamos en el avión de la firma.

—¿Un vuelo privado?

—Ajá.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Otra sorpresa? —Arqueé la ceja mirando a Nico.

—Exacto. —Sonrió—. Y si hemos terminado, podemos ir hacia la zona donde está nuestro avión.

Y así lo hicimos, caminamos por el aeropuerto hasta la zona donde nos esperaba una azafata de lo más sonriente.

Abrió las puertas que daban a un pasillo largo para darnos paso y continuamos hasta llegar a la salida, donde había un chico bastante simpático que nos dio los buenos días y nos acompañó hasta el avión.

Era un *jet*, de esos amplios donde había una sala con asientos de lo más cómodos con mesas delante, cuarto de baño y una habitación.

Nos acomodamos mientras el chico y un compañero se encargaban de llevar nuestros equipajes a un cuarto dedicado a ello, y una azafata preguntó si queríamos desayunar cuando estuviéramos en el aire, a lo que todos dijimos que sí.

El comandante nos dio los buenos días y pidió que nos abrochásemos los cinturones pues pronto despegaríamos. Y así fue, unos minutos después comenzamos a rodar por la pista y cuando quisimos darnos cuenta, sobrevolábamos Sevilla.

La azafata nos sirvió un desayuno de lo más completo, lo tomamos mientras Víctor le preguntaba a Nico por los permisos para hacer las sesiones de fotos y dijo que los llevaba todos.

Mientras él trabajaba en su portátil, yo me puse a escuchar música, y en algún momento del vuelo me debí quedar dormida. Cuando desperté fue porque Nico me avisó de que íbamos a comer, dado que aquel era un vuelo que duraría unas seis horas, y cuando llegáramos iríamos directos al hotel.

Después de comer también eché una cabezadita, como decía mi padre, y es que parecía que arrastraba algo del cansancio de las sesiones de fotos que había hecho esos días, por no hablar de los nervios por el desfile del lunes.

Y al fin llegamos a Roma, sonreí al ver el paisaje que nos recibía y tras quitar el modo avión del móvil, les mandé un mensaje a mi madre y hermana para que supieran que habíamos llegado bien.

Desembarcamos con nuestras maletas y tras cruzar el aeropuerto, salimos a la calle donde nos esperaba una furgoneta para llevarnos a los cinco al hotel.

Yo iba viendo todo el paisaje, disfrutando de lo que me rodeaba y con una sonrisa en los labios, pues estaba en Roma, esa ciudad que tantas veces dije que quería conocer.

Llegamos al hotel y decir que era como un palacio, era quedarme corta.

La fachada exterior era de un tono amarillo pastel muy suave donde los ladrillos más oscuros resaltaban al igual que los marcos de los amplios ventanales.

Entramos y el vestíbulo era impresionante, con suelos de mármol, paredes grises y muebles de madera oscura, grandes lámparas colgando del techo y jarrones antiguos decorando cada rincón.

Hicimos el registro y la primera llave que entregaron fue la de Víctor, que subió para dejar todo el equipo de fotografía que llevaba en el maletín rodando, además de su maleta.

David y Fran compartirían una *suite*; y Nico y yo, otra.

Subimos en el ascensor hasta la última planta, la sexta del edificio, y cada pareja fue a su correspondiente *suite*.

Cuando entré en la nuestra me quedé mirándolo todo.

Era preciosa, con las paredes blancas, los muebles negros, una mesa con dos sillas frente al ventanal donde podía imaginarme desayunando, un mueble bar, un sofá con una mesa de café delante y una gran televisión.

Nico me llevó hasta la habitación y me enamoré al instante de la cama, situada en el centro y con un bonito dosel.

En el cuarto de baño teníamos ducha y *jacuzzi*, y sonreí pensando en que allí me daría un baño relajante después de las sesiones de fotos.

—¿Te gusta? —me preguntó rodeándome por la cintura y besándome el cuello desde atrás.

—Sí, es todo precioso —contesté mirándole por encima del hombro.

—Va a ser un viaje inolvidable. —Sonrió y me besó en los labios—. Vamos a salir a echar un vistazo por esta zona y tomar un café, ¿te apetece?

—Claro.

—Avisa a mi hermano y a Fran, le voy a decir a Víctor que nos vemos mañana a primera hora en la cafetería para desayunar antes de irnos.

—¿No nos acompaña ahora?

—No, me dijo que iba a visitar los lugares donde haremos las fotos para ver los mejores encuadres.

—Vale. —Sonreí, y cogí el móvil para llamar a Fran, con quien quedé en vernos en la entrada.

Diez minutos después, estábamos los cuatro en la puerta del hotel mirando a ver dónde podíamos ir a tomar un café, y por suerte había una cafetería en esa misma calle, justo frente a una placita pequeña y coqueta con una fuente donde no dudé en pedirle a Fran que me hiciera una foto para enviársela a mis padres y hermana.

Pregunté por esos lugares donde haríamos las sesiones de fotos, pero Nico dijo que no lo sabría hasta que llegáramos a ellos, por lo que decidí no insistir más.

Nos tomamos el café, que estaba buenísimo, y paseamos por la zona adentrándonos en un precioso jardín donde

comenté que, de noche, seguro que quedarían unas fotos preciosas.

David estuvo de acuerdo conmigo y Nico dijo que podríamos hacer algunas.

Y tanto paseamos que se nos echó la hora de cenar encima, por lo que entramos en la primera pizzería que encontramos.

—Está buenísima —dije tras dar el primer bocado.

—*Pizza* auténtica italiana, preciosa —contestó David.

—Nada que ver con las del súper, desde luego —dijo Fran.

—No, con esas no, pero con las de la pizzería que hay en mi calle, sí —Fran asintió a mis palabras pues él la conocía—. Su sabor es muy parecido, es una pizzería italiana de verdad, sus dueños son nietos de un napolitano que se mudó a Córdoba siguiendo a la española que conoció durante unas vacaciones de ella.

—Lo que hace el amor, ¿eh? Llevar a un napolitano a tierras cordobesas. —Rio Fran.

—El amor es capaz de conseguir que una persona enamorada, mueva cielo y tierra si es necesario para estar con quien ama —dije.

—Las personas normales sí, porque luego está el capullo de tu ex.

—Ni me lo recuerdes, Fran. —Reí.

—No, mejor que no, que lo mismo nos sienta mal la *pizza*. ¿Queréis tomar después una copa? He visto un local bastante agradable cuando salimos del hotel.

—Por mí sí, pero solo una y nos vamos pronto a la cama, que mañana tenemos la primera sesión.

—A sus órdenes, jefa. —Fran hizo el habitual saludo militar y le di una leve colleja.

Desde luego que a loco no le ganaba nadie, pero tampoco cambiaba a mi mejor amigo por nada del mundo. Él era el que mejor me conocía de esa mesa, además de yo misma.

Nico me cogió la mano y tras un leve apretón se la acercó a los labios para dejar un beso en ella. Sonreí, me hizo un guiño y pensé que eso era lo que quería en mi vida, tenerle a él, así como tenía a Fran, y que me comprendiera y llegara a conocerme tanto como me conocía él.

Pero era realista, y como le dije a mi hermana Elvira, no iba a hacerme ilusiones con una posible historia de amor

porque tal vez esto no durara tanto como yo pudiera pensar.

No, me limitaría a vivir el presente y dejarme llevar por el destino.

porque tal vez esto no durara tanto como yo pudiera pensar.

No, me limitaría a vivir el presente y dejarme llevar por el destino.

Capítulo 25



Bajamos a la cafetería del hotel a desayunar y allí estaban Fran y David sentados en una de las mesas, nos unimos a ellos y no tardó en aparecer Víctor.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —respondimos todos al unísono.

—He dejado el equipo de fotografía en recepción —dijo mientras se sentaba.

—Bien, David y Lara subirán antes de irnos a por la ropa que van a ponerse hoy para la sesión, y Fran, tú coge tu maletín también.

—De acuerdo.

—¿Dónde vamos a ir hoy? —Curioseé cogiendo mi taza de café.

—A la *Escalinata* en la Plaza de España. —Sonrió.

—Ahí es donde hacen muchos de los desfiles —comentó Fran—. Cariño, van a quedar unas fotos preciosas.

Asentí, y es que me apetecía mucho posar en aquel lugar tan bonito de Roma.

Terminamos el desayuno y tal como dijo Nico, fuimos todos a recoger nuestras cosas para esa primera sesión.

Nos encontramos unos minutos después en la entrada, y la misma furgoneta que nos había recogido en el aeropuerto, estaba esperándonos en la calle para llevarnos a la *Escalinata*.

Nico había reservado una habitación en uno de los hoteles cercanos a ella para que David y yo pudiéramos vestirnos y que Fran hiciera su magia, así que allí nos encontrábamos en ese momento.

El vestido que iba a usar para esa primera sesión era el azul con el que desfilé la noche de la presentación de la

colección, y Fran me hizo un elegante recogido lateral adornado con unas pequeñas perlas, a juego con un collar que había llevado Nico como complemento al vestido para las fotos.

Tras maquillarme en tonos suaves y naturales, me puse los zapatos y estaba lista para ir hacia la calle, al igual que David que llevaba un elegante traje negro con camisa azul claro y corbata del mismo tono que mi vestido.

—Vaya pareja de guapos tengo delante —dijo Fran con una sonrisa.

Bajamos y al vernos, Nico sonrió. Víctor no tardó en hacer una primera foto y fuimos hacia la famosa *Escalinata*, ese majestuoso lugar que había sido escenario de algunas películas del cine.

La escalera comenzaba, o terminaba si la observabas desde abajo, en la iglesia de la Trinità dei Monti, y a los pies de la escalera había una bonita fuente que también sería escenario de nuestras fotos.

Víctor nos pidió que posáramos en la parte más alta, con la iglesia a nuestra espalda, y poco a poco fuimos bajando por uno de los laterales.

—Sonreíd, chicos. David, acércate más a ella, pasa tu brazo por sus hombros. Ajá, sí, perfecto, justo así. Un momento chicos que hago un par más… Listo.

La escalera se dividía en tres zonas de peldaños, una a cada lado y otra central, y David y yo posamos en cada una de esas zonas y de tantas maneras como a Víctor se le pasaban por la cabeza.

—Eso es, así —dijo mientras disparaba el flash una y otra vez—. Una mirada sensual, Lara, sonríe… Perfecto. —Sonrió mirándonos—. Jefe, es la mejor pareja que ha tenido David en años.

—Ejem, ejem. —Carraspeó Fran con la ceja arqueada.

—En las sesiones de fotos, quería decir. —Rio Víctor.

—Ah, bueno.

—En serio, Fran, no tienes remedio. —Reí.

Seguimos con la sesión y vi que Nico no dejaba de mirarme, sonreí mientras me colocaba un mechón de pelo que había escapado del recogido tras la oreja, y escuché el disparador de la cámara haciendo varias fotos.

—Me encanta esa sonrisa, Lara —me dijo Víctor, y me pidió que posara mirando con disimulo hacia David, a quien también captó en la foto pues se había colocado en ese momento a unos pasos de mí.

Había posado para varios fotógrafos a lo largo de mi carrera, pero debía admitir que con Víctor me sentía mucho

más cómoda que con todos los demás.

Una de las fotos que hizo fue desde lejos, con la fuente entre él y nosotros, y quedó preciosa con todo lo que nos rodeaba.

También me pidió que me sentara en la fuente, e hizo una foto mientras yo tocaba el agua y se veía también mi reflejo. Quedó muy bonita.

Hicimos varias tomas, y cuando se acercó un policía para hablar con Nico, le mostró los permisos y este asintió.

Víctor le pidió a David que posara solo y tomó algunas fotos suyas, después me tocó a mí sola e hizo lo mismo.

Habían quedado todas de lo más bonitas y cuando íbamos de regreso al hotel, donde teníamos reservada la habitación para cambiarnos, se le ocurrió que podíamos hacer algunas fotos en la terraza de la cafetería de ese mismo hotel.

Nico habló con el gerente y estuvo encantado de poder ofrecernos ese sitio para unas fotos que quedaron de lo más elegantes y bonitas, mientras David y yo tomábamos una copa de vino.

Y es que la terraza era un escenario precioso, perfecto incluso, pues tenía mesas y sillas antiguas, así como varias jardineras de flores y algunos arbustos que quedaban de fondo.

Una vez terminamos, subimos a cambiarnos de ropa y David me ayudó a deshacer el peinado y cepillarme el pelo para recogerlo en una coleta alta.

—Han quedado unas fotos preciosas, cariño —me dijo mientras terminaba de peinarme.

—Sí, la verdad es que sí. —Sonreí—. Es muy fácil trabajar con ellos, David es un compañero perfecto para posar y Víctor, es un encanto. No pierde los nervios como muchos otros fotógrafos los han perdido.

—Porque es un profesional y sabe que sois personas, no robots que os movéis de manera automática.

—Chicos, ¿estáis listos? —preguntó David asomando la cabeza por la puerta del baño donde estábamos nosotros.

—Sí, ya salimos —contesté.

—Os espero abajo. —Hizo un guiño y se fue.

—Me gusta para ti. —Sonreí.

—Toma, y a mí también me gusta para mí.

—En serio, Fran, le veo un buen hombre.

—Lo es, cariño.

Bajamos y Nico nos esperaba en la calle junto a la furgoneta, regresamos a nuestro hotel y, tras dejar las cosas en las habitaciones, fuimos a comer al restaurante donde nos deleitaron con una lasaña que estaba buenísima.

Charlamos sobre dónde serían las siguientes sesiones de fotos y, dado que nos íbamos el martes, las haríamos el lunes. Una de ellas sería en la Plaza de Popolo, y la otra, en la Fontana di Trevi.

Estaba deseando conocerla, esa famosa fuente era uno de los lugares más visitados de Roma durante todo el año, y todos querían una foto en ella.

—¿A qué hora era la fiesta de esta noche, hermano? —le preguntó David a Nico.

—A las nueve y media, dan un cóctel como cena.

—O sea, que nos vamos a las nueva de aquí, ¿no?

—Sí.

—Perfecto, porque me voy a echar una siesta larga antes de ducharme. Nos vemos esta noche. —Hizo un guiño y se levantó nada más terminarse en café.

Fran le siguió y Víctor no tardó mucho en irse a su habitación.

—Y tú, ¿vas a echarte una siesta larga también? —me preguntó Nico mirándome con esos ojos cargados de deseo

—No es mala idea.

—Yo tengo otras ideas en mente.

—Miedo me das. —Sonreí.

—En serio, Fran, le veo un buen hombre.

—Lo es, cariño.

Bajamos y Nico nos esperaba en la calle junto a la furgoneta, regresamos a nuestro hotel y, tras dejar las cosas en las habitaciones, fuimos a comer al restaurante donde nos deleitaron con una lasaña que estaba buenísima.

Charlamos sobre dónde serían las siguientes sesiones de fotos y, dado que nos íbamos el martes, las haríamos el lunes. Una de ellas sería en la Plaza de Popolo, y la otra, en la Fontana di Trevi.

Estaba deseando conocerla, esa famosa fuente era uno de los lugares más visitados de Roma durante todo el año, y todos querían una foto en ella.

—¿A qué hora era la fiesta de esta noche, hermano? —le preguntó David a Nico.

—A las nueve y media, dan un cóctel como cena.

—O sea, que nos vamos a las nueva de aquí, ¿no?

—Sí.

—Perfecto, porque me voy a echar una siesta larga antes de ducharme. Nos vemos esta noche. —Hizo un guiño y se levantó nada más terminarse en café.

Fran le siguió y Víctor no tardó mucho en irse a su habitación.

—Y tú, ¿vas a echarte una siesta larga también? —me preguntó Nico mirándome con esos ojos cargados de deseo.

—No es mala idea.

—Yo tengo otras ideas en mente.

—Miedo me das. —Sonreí.

Capítulo 26



Llegamos al hotel donde se iba a hacer la presentación del perfume, y en cuanto la prensa acreditada vio aparecer a David, comenzaron a hacer fotos y a pedirle que posara, para lo que él no dudó en cogerme de la mano y llevarme a su lado.

Me había puesto el vestido azul con el que habíamos hecho las fotos esa mañana y David llevaba el mismo traje, con una camisa blanca y la corbata en el azul de mi vestido, como por la mañana.

No pararon de decir lo elegantes que íbamos y la pareja tan bonita que formábamos. Todo por nuestra parte eran sonrisas, posados, la mano de David en mi cintura, y Nico sonriendo mientras nos veía.

—Si nos disculpan, vamos a saludar al anfitrión y tomar una copa —dijo David a los periodistas, y todos asintieron y nos dieron las gracias por pararnos.

—Bueno, eso de que nos hemos parado —murmuré cuando regresábamos con Nico y Fran—. Te han abordado y tú me has arrastrado.

—No pensarías que iba a posar solo, vamos. Eres la mejor pareja que he tenido en años.

Me eché a reír y él me dio un beso en la mejilla que no pasó desapercibido para las cámaras, pues algunos flashes vi cerca nuestro.

—Parecéis los Pitt-Jolie, en serio —dijo Fran—. Guapos, elegantes, sonrientes, y captando la atención de todas la cámaras.

—Solo nos faltan los chiquillos al lado. —Rio David—. Pero no te pongas celoso, que esta noche soy solo tuyo.

Fuimos por el hotel hacia la sala donde nos indicó uno de los empleados que tendría lugar la presentación, y una vez allí, mezclados con otros modelos, con empresarios y algunos de los diseñadores de ropa y joyas más importantes del mundo, cogimos una copa de vino de la bandeja de una camarera que pasó por nuestro lado.

Noté la mano de Nico en la parte baja de mi espalda y no tardó en deslizarla hacia la cintura del costado derecho,

le miré por encima del hombro y sonrió.

—Eres la mujer más deslumbrante de la sala —dijo.

—Porque el vestido es tuyo. —Sonreí.

—No solo es por eso, eres preciosa, Lara.

—Nicolás Durán. —Nos giramos al escuchar la voz de un hombre llamándole.

—Jean Devereux. —Sonrió Nico—. Me alegra verte por aquí.

—Nunca pierdo la ocasión de asistir a estos eventos. Hay que tener buena relación con otros diseñadores y perfumistas, como es el caso. Veo que estás muy bien acompañado esta noche. —Me miró con la ceja ligeramente arqueada, de arriba abajo, como si me estudiara.

—Jean, ella es Lara, la imagen de mi nueva colección femenina.

—Sí, lo vi en la prensa. Un éxito el desfile, por cierto. Señorita, es un placer conocerla. —Me cogió la mano y dejó un breve beso en el dorso.

—Igualmente, señor Devereux. Soy una fan incondicional de su perfume, *Noir.* —Sonreí refiriéndome a ese que había sacado hacía un par de años y que aún era todo un éxito entre las mujeres de todas las edades, por su frescura y esos tonos y matices afrutados.

—Además de hermosa, tiene buen gusto. No la dejes escapar, Durán. —Le señaló con el dedo—. Voy a saludar a otros invitados, espero volver a veros esta noche.

—Desde luego —contestó Nico, y tras un leve asentimiento, Jean Devereux se fue.

Era un perfumista francés que, con la misma edad que Nico, tenía una fama mundial que rivalizaba con muchos s otros, incluido el anfitrión de la noche, Enrico Mancini.

Quien, por cierto, estaba a solo unos pasos de nosotros, y fuimos a saludarle al ver que David se acercaba a él con Fran.

—David Durán, mi hombre favorito. —Sonrió extendiendo los brazos para darle unas palmadas en la espalda—. Me alegra verte aquí esta noche, y con tu hermano.

—Enrico, gracias por invitarnos —dijo David.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Eres imagen de mi firma, no iba a dejarte fuera de este evento. Y a tu hermano tampoco. Nicolás, es un placer recibirte en mi casa.

—El placer es mío de poder asistir, Enrico. Ella es Lara, imagen de mi nueva colección.

—Oh, sí, lo vi en prensa. Señorita Lara, es usted deliciosamente exquisita. Me gustaría contar con usted para alguno de mis nuevos perfumes femeninos.

—Sería un placer, señor Mancini. —Sonreí.

—Señores, señorita —nos miró a los cuatro—, disfruten de la noche. Tengo invitados a los que saludar.

Se fue y nos quedamos allí los cuatro tomando la copa de vino. Muchos de los diseñadores que estaban allí como invitados nos miraban, o más bien, me miraban a mí, y yo no podía evitar sonrojarme un poco.

Fran se dio cuenta y cuando Nico se giró a saludar a un diseñador de joyas de Nueva York, se acercó a mí pasándome el brazo por los hombros.

—Estás en tu salsa, cariño.

—¿Qué dices? No lo estoy. —Sonreí—. He ido a muchas presentaciones, pero no estoy acostumbrada a que los diseñadores me observen tanto.

—Eso es porque estás radiante, brillante, espectacular.

—Pelota. —Le di un golpecito en el pecho.

—No lo pienso yo solo, que tu chico te mira a ti, aunque hable con ese vejestorio. —Solté una leve risa y a punto estuve ahogarme con el sorbo de vino.

—No le llames así, por Dios.

—¿Tú le has visto? Debe tener como mil años, si lleva ayudante para andar.

—Mira que eres exagerado, Fran. —Reí.

—Vale, solo quería hacerte reír, así que, misión cumplida. —Me hizo un guiño.

—Disculpe, señorita. —Miré al hombre que se había acercado a nosotros, y resultó ser un fotógrafo—. ¿Me permitiría hacerle unas fotos con el señor Durán? —Miró a David.

—Oh, sí, claro. —Sonreí, y los dos posamos para el fotógrafo.

Teníamos la suerte de que todos los presentes, diseñadores y prensa acreditada, hablaban en un perfecto castellano, al igual que nosotros nos defendíamos a las mil maravillas con el inglés, que era un segundo idioma para todos.

Gracias ello, Fran, David y yo estuvimos hablando con varios diseñadores y modelos con las que él había coincidido en algunos eventos, y me presentaba como su nueva mejor amiga, a lo que tanto las modelos femenina como los masculinos, se reían.

Y llegó el momento de que Enrico Mancini presentara su nuevo perfume femenino. Entregó una pequeña cestita con muestras del perfume, así como de la crema corporal a cada una de las mujeres asistentes.

La modelo posaba con el mismo vestido con el que aparecía en las fotos, y todos aplaudieron al ver el anuncio qu sería emitido al día siguiente en todas televisiones del mundo.

Olía bien, era suave y con algún toque de coco, me había parecido distinguir.

Había perdido de vista a Nico durante ese tiempo, y cuando por fin lo encontré, sonrió al verme y se acercó hacia donde estábamos nosotros.

—¿Todo bien, preciosa? —preguntó acariciándome la mejilla, y sonreí.

—Sí —contesté, perdida en sus bonitos ojos verdes.

—¿Has comido algo?

—Ajá, algunos canapés, no te preocupes.

—Entonces creo que podemos retirarnos y dejar que mi hermano disfrute siendo un poquito más el centro de atención. —Sonrió.

—Vale, estoy deseando quitarme los zapatos —murmuré, y él soltó una carcajada que hizo que todas las miradas se centraran en nosotros.

—Vaya, si es el mismísimo Nicolás Durán —dijo una voz de mujer a su espalda, y vi que Nico fruncía el ceño.

Cuando se giró y pude verla, me encontré con un rostro conocido, pero no sabía exactamente dónde la podía habe visto antes.

Era alta, morena y con los ojos marrones, tenía una cara fina y delicada, pero su mirada… Su mirada parecía

ocultar algo.

—Susana, ¿qué haces aquí? —le preguntó él.

—Me han invitado como modelo de la firma de Mancini, ¿o has olvidado que el año pasado fui su imagen para el perfume? —contestó ella, y entonces caí en por qué me sonaba tanto.

Susana era modelo, tenía treinta y dos años y había desfilado para la firma Durán en varias ocasiones, de hecho, y si no me fallaba la memoria, seguía siendo una de sus modelos.

—No sé por qué te sorprende verme, en cambio a mí me ha sorprendido ver que asistías, y no conmigo precisamente. —Me miró a mí y lo hizo con bastante desagrado, la verdad.

—Ella es la imagen de la nueva colección.

—Sí, sí, ya sé. —Le quitó importancia con la mano—. Cuando hay una nueva colección llevas a la modelo a todo lados luciendo los diseños. Aun así, podíamos haber venido las dos.

—Susana.

—Tranquilo, no vamos a hacer un escándalo aquí. Ya hablaremos en las oficinas —le dijo mientras pasaba la mano por su pecho, y me miró con una sonrisa de lo más diabólica— que tenemos más privacidad —susurró volviendo a mirarle a él, y se notaba que estaba coqueteando.

Nico hizo que se apartara de él y ella me miró con el mismo desprecio que había mostrado antes, se giró y comenzó a caminar hacia donde estaba Enrico Mancini.

—¿Nos vamos? —me preguntó Nico.

—¿Por qué me miraba con ese desprecio?

—Ya la has oído, no la invitó mi firma a venir —contestó colocando la mano en la parte baja de mi espalda—. No hagas caso, preciosa, sabe de sobra que la modelo que es imagen de la nueva colección es la que nos acompaña a David y a mí a los eventos y presentaciones. ¿Estás lista para irnos?

—Sí, voy a avisar a los chicos.

—Mientras, yo iré buscando un taxi, te veo en la puerta.

Asentí, y mientras él iba hacia la calle, busqué a David y Fran para avisarles, y no andaban muy lejos de nosotros.

—¿Qué ha dicho Susana? —preguntó David con el ceño ligeramente fruncido.

—Estaba molesta porque no la invitasteis a venir.

—Lo que no entiendo es qué hace ella aquí.

—Dice que la ha invitado Enrico.

David frunció aún más el ceño y miró a Fran, que negó ligeramente con la cabeza, pero no sabía por qué.

—Nico quiere que nos vayamos ya —dije—. No os importa, ¿verdad?

—No, preciosa. —David me acarició la mejilla al tiempo que sonreía—. Vete con mi hermano y descansa. Lo has hecho muy bien esta noche. —Se inclinó y me dio un beso en la frente.

—Adiós, cariño. —Fran me abrazó y me despedí de ellos.

Al ir hacia la entrada del hotel me encontré con Enrico Mancini, a quien felicité por su perfume y le dije que lo iba a comprar en cuanto encontrara una perfumería, y me dio las gracias por haber asistido.

Salí a la calle y Nico me esperaba junto a un taxi, sonrió al verme y abrió la puerta para que entrara.

El camino al hotel lo hicimos en silencio, con las manos entrelazadas eso sí, y él acariciándome el interior de la muñeca.

Me parecía estar como en una nube con él, que me miraba embelesado y con ese brillo en los ojos que dejaban claro que me deseaba tanto como yo a él.

Cuando llegamos al hotel y entramos en el ascensor, noté su mano en mi espalda acariciándola despacio, con suavidad, y en el momento en el que salimos en la planta donde estaba nuestra *suite*, volvió a cogerme de la mano para llevarme hasta ella.

Cruzamos la puerta sin decir una sola palabra, me fue guiando hasta la habitación y una vez en ella, comenzó a besarme el cuello mientras bajaba la cremallera del vestido.

Cerré los ojos y noté que me estremecía, la tela cayó al suelo, alrededor de mis pies, y Nico me acarició los hombros bajando por los brazos hasta cogerme las manos, esas que llevó hacia arriba y dejó alrededor de su cuello.

Sentí el dorso de sus dedos acariciándome los costados y no tardó en masajear mis pechos, acariciándolos al igual que los pezones, esos que pellizcó despacio haciendo que gimiera.

Bajó una de sus manos en una lenta y suave caricia por mi vientre, la introdujo por la tela de las braguitas y volví a gemir cuando deslizó el dedo entre los labios vaginales, acariciando el clítoris de ese modo lento y perverso que solía utilizar.

Grité cuando me penetró y me moví hacia atrás, rozando su miembro duro con la parte baja de mi espalda.

Nico me mordisqueó el cuello, pasó la lengua por él y sostuvo mi barbilla con la otra mano para hacer que le mirara.

Me besó con rudeza y comenzó a penetrarme más rápido hasta que sucumbí a mis deseos, y los suyos, y grité liberando mi orgasmo.

—Eres increíble, preciosa. —Me miró fijamente—. Increíble y perfecta.

Al segundo siguiente estaba cogiéndome en brazos y recostándome en la cama, me quitó las braguitas y se desnudó ante mi atenta mirada, colocándose de rodillas entre mis piernas y penetrándome mientras me miraba a los ojos al tiempo que me acariciaba la mejilla.

Cerré los ojos cuando le noté completamente dentro de mí, y por un instante, sentí que eso no iba a ser solo sexo, sino que había algo más en ese momento que Nico y yo estábamos compartiendo.

Nos besamos, y durante el resto de la noche, me hizo suya varias veces, hasta el amanecer.

Bajó una de sus manos en una lenta y suave caricia por mi vientre, la introdujo por la tela de las braguitas y volví a gemir cuando deslizó el dedo entre los labios vaginales, acariciando el clítoris de ese modo lento y perverso que solía utilizar.

Grité cuando me penetró y me moví hacia atrás, rozando su miembro duro con la parte baja de mi espalda.

Nico me mordisqueó el cuello, pasó la lengua por él y sostuvo mi barbilla con la otra mano para hacer que le mirara.

Me besó con rudeza y comenzó a penetrarme más rápido hasta que sucumbí a mis deseos, y los suyos, y grité liberando mi orgasmo.

—Eres increíble, preciosa. —Me miró fijamente—. Increíble y perfecta.

Al segundo siguiente estaba cogiéndome en brazos y recostándome en la cama, me quitó las braguitas y se desnudó ante mi atenta mirada, colocándose de rodillas entre mis piernas y penetrándome mientras me miraba a los ojos al tiempo que me acariciaba la mejilla.

Cerré los ojos cuando le noté completamente dentro de mí, y por un instante, sentí que eso no iba a ser solo sexo, sino que había algo más en ese momento que Nico y yo estábamos compartiendo.

Nos besamos, y durante el resto de la noche, me hizo suya varias veces, hasta el amanecer.

Capítulo 27



Nico me despertó con unas caricias en la espalda, abrí los ojos y le vi a mi lado, con el codo apoyado en la almohada, sonriendo.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días.

—¿Qué te parece si vamos a pasear juntos por Roma? —preguntó sin dejar de acariciarme la espalda mientras recorría mi cuerpo con la mirada— O, podemos quedarnos aquí todo el día, sin salir de la cama. —Se inclinó y comenzó a besarme el hombro.

—No, no, mejor salimos. —Me levanté y corrí hacia el cuarto de baño para darme una ducha.

Una no viajaba todos los días al lugar que tantas veces había querido conocer, y a Nico le podría disfrutar en cualquier otro momento.

Cuando terminé de ducharme y regresé a la habitación vi que Nico había ido a la parte del salón de la *suite*, fui hasta allí solo con el albornoz y lo encontré junto al ventanal con la mesa del desayuno servida.

—Qué buena pinta tiene todo. —Sonreí.

—Tú estás mucho mejor. —Me rodeó por la cintura y se inclinó para besarme.

Permití ese momento, pues era tierno y dulce, no buscaba nada más que eso, besarme sin más.

Nos sentamos y contemplé las vistas de Roma desde allí, momento en que cogí mi taza de café e hice una foto para subir a mis redes dando los buenos días.

Mientras desayunábamos me preguntó si había algo en especial que me gustaría conocer, y dado que quería ver tantas cosas y no sabría por dónde empezar, le dije que me dejaba llevar por él y que me sorprendiera con esos rincones de Roma que quisiera mostrarme.

Sonrió, me dio un beso y tras tomarse el café fue a ducharse mientras yo terminaba de tomarme el mío.

Me llegó un mensaje de mi hermana y se me dibujó una sonrisa.

Elvira: *Buenos días, cariño. ¿Qué tal está yendo el viaje? He visto un par de artículos en Internet sobre la presentación a la que fuiste anoche, estabas guapísima, y muchos de los periodistas lo dicen. No le has pasado desapercibida a la prensa, que hablan de la mejor elección de la firma Durán para ser su imagen, en años. Disfruta de los días que te quedan, hermanita. Te quiero.*

Lara: *Buenos días, hermana. Está yendo todo genial. Ayer por la mañana hicimos una sesión en la Escalinata, y quedaron unas fotos preciosas. Mañana haremos el resto, ahora Nico me lleva a pasear por Roma. Creo que me estoy enamorando de él, y eso me da miedo.*

Elvira: *Mi niña, es normal que sientas miedo, tu última relación no salió como esperabas, pero no todas van a ser igual, cariño. No pienses en ello, simplemente deja que todo fluya. Y sí, sé que vas a decirme que yo debería hacer lo mismo, así que te ahorro el mensaje. Estoy disfrutando de la compañía de Alan, y hasta ahí puedo decirte. Diviértete en tu paseo por Roma, hermanita.*

Sonreí, porque si había alguien que mereciera ser feliz y amada, esa era mi hermana mayor.

Terminé mi café y fui a vestirme mientras Nico seguía en el cuarto de baño. Me puse unos vaqueros cortos, una camiseta con el hombro caído y las deportivas, si iba a pasear por Roma debía ir cómoda.

Estaba recogiéndome el pelo en una coleta alta cuando salió él, usando solo una toalla, y ese torso desnudo que parecía llamarme a gritos.

Sonrió de medio lado de ese modo tan pícaro como si supiera lo que estaba pensando, y se quitó la toalla dejándola caer para quedarse completamente desnudo.

Evité mirarle más, y él se echó a reír mientras cogía su ropa del armario.
Vaqueros, un polo y las deportivas, y en cinco minutos estaba listo para que nos fuéramos.

Salimos a la calle y comenzaos a caminar sin un rumbo fijo, hasta que llegamos a una tienda de alquiler de Vespas, me miró, sonrió, y elevó ambas cejas.

—¿Qué está pensando, señor Durán? —pregunté arqueando la ceja.

—Que vamos a conocer Roma en una Vespa. —Se inclinó y me dio un beso en los labios.

Entró en la tienda y poco después salió con la llave de una de esas motos y dos cascos, me entregó uno, y tras

ponérnoslos, subimos a la Vespa y se echó a las calles de Roma.

Iba agarrada a su cintura, con la cabeza apoyada en la espalada y los ojos cerrados, sintiendo el aire de la libertad.

—Estamos llegando al Coliseo —dijo, y abrí los ojos al tiempo que me apartaba de él para mirar al frente.

Efectivamente, el Coliseo romano, una de las siete maravillas del mundo, se alzaba ante nosotros a lo lejos. Nos fuimos acercando a él y Nico lo bordeó por completo para permitirme admirar la grandiosidad de aquella construcción milenaria donde cerca de sesenta mil personas asistían a esas peleas de gladiadores o recreaciones de batallas, aunque también eran testigos de la ejecución de prisiones por parte del emperador de turno.

Tras verlo exteriormente desde la Vespa, Nico paró para bajar y nos tomamos algunas fotos, muchas de ellas me las hizo a mí sola posando con aquel monumento de fondo, y decidió que entráramos a verlo, dado que a esa hora de la mañana, y para suerte nuestra, no había mucha cola esperando para poder visitarlo.

Y sí, al estar en el interior del Coliseo, la mente te hacía retroceder esos más de dos mil años en el tiempo, imaginando cómo fueron esas peleas de gladiadores.

Tras la visita por el interior del Coliseo, volvimos a echarnos a las calles de Roma paseando en la Vespa y llegamos al Arco de Constantino, erigido en conmemoración de la victoria de Constantino I El Grande en la batalla del Puente Milvio, cuya altura de veintiún metros y los veintiséis de ancho, impresionaban.

Al igual que en el Coliseo, Nico aparcó la moto y nos acercamos a verlo, disfrutando de la majestuosidad de la construcción y de los bajorrelieves que lo decoraban por todos los lados.

También nos hicimos algunas fotos antes de continuar con nuestro paseo en Vespa.

En ese camino pasamos por delante de uno de los edificios más modernos y famosos, el Monumento a Vittorio Emanuele II, el primer rey de Italia.

Nos detuvimos a admirar el Teatro Marcelo, uno de los edificios más grandes de la Roma Imperial que el propio Julio César ordenó construir poco antes de que lo asesinaran. Fue uno de los teatros más grandes de la época, y guarda un gran parecido con el Coliseo, dado que se inspiraron en él para construirlo.

Entrelazó nuestras manos y caminamos hasta llegar al Barrio Judío, donde paseamos disfrutando de sus callejuela adoquinadas desde el Pórtico de Octavia, donde nos hicimos algunas fotos, continuamos por la Gran Sinagoga y l preciosa Fuente de las Tortugas para acabar el recorrido en la plaza Largo di Torre Argentina, una importantísima zona arqueológica de Roma donde se encontraban los restos de cuatro templos, así como del Teatro de Pompeo y la Curia de Pompeyo.

Cada rincón de ese barrio tenía su encanto, y no dudamos en sentarnos en una de las terrazas para tomar un café

antes de continuar con nuestra visita por la ciudad.

—¿Estás disfrutando del paseo, preciosa? —me preguntó cuando regresábamos hacia donde habíamos dejado la Vespa.

—Sí. —Sonreí—. Esta ciudad siempre fue un lugar que quise conocer.

—Entonces me alegro de ser yo quien te la esté mostrando. —Me besó, y cuando llegamos a la moto subimos y volví a agarrarme a su cintura para seguir disfrutando de aquel agradable paseo.

Recorrimos la Via della Conciliazione y llegamos frente a la Plaza de San Pedro, presidida por la Basílica de San Pedro que no dudé en fotografiar y tomarme algún que otro selfi con ella de fondo.

Nuestra siguiente parada fue el Castillo de Sant'Angelo, a orillas del río Tíber, coronado por una estatua del Arcángel San Miguel.

Paseamos por el puente que cruzaba el río y nos hicimos varias fotos con las mejores vistas de la zona, admirando cada una de las estatuas que lo flanqueaban.

Retomamos el paseo por las calles de Roma y me llevó hasta la Piazza Navona, donde nos sentamos a comer una auténtica pasta italiana en la plaza más bonita de la ciudad, y de uno de esos *gelatos* tan únicos y deliciosos.

Paseamos por la plaza cogidos de la mano, sonriendo, haciéndonos fotos y sin importar que nos vieran, como cualquier otra pareja haría, y durante un momento apoyé la cabeza en su hombro con un suspiro. Elvira tenía razón, no todas las historias eran iguales y tenían que acabar mal, pero el miedo estaba ahí, acechando en las sombras, y más con un hombre como Nico, un importante CEO y codiciado soltero por mujeres de todas las edades, y por las madres que querían un buen matrimonio para sus hijas.

Nico paró delante de una joyería, le miré con el ceño fruncido y vi que observaba algo en el escaparate, pero no sabía qué.

Tiró de mí para entrar, pidió una pulsera y cuando la dependienta la puso ante nosotros, me quedé sin palabras.

Era de oro y tenía varios cristales incrustados en ella en colores verde y azul, me la probé y Nico sacó la tarjeta para pagar y dijo que me la llevaba puesta.

—No tenías que haberte gastado ese dinero en ella —dije cuando salimos.

—Pero quería hacerte un regalo, así que, no hay nada más que hablar. —Me dio un beso en los labios y volvió a entrelazar nuestras manos.

Retomamos el paseo en Vespa y me llevó hasta la Plaza Barberini, una de las más emblemáticas de Roma y famosa por las fuentes de Tritón y de las Abejas, ambas diseñadas por el magnífico Bernini, y por el majestuoso Palacio Barberini, que daba nombre a la plaza.

Nuestra siguiente parada fue en la Villa Borghese, uno de los pocos espacios rodeados de naturaleza de Roma, y perfecto para desconectar del bullicio y el tráfico de la ciudad.

Paseamos entre las arboledas cogidos de la mano, disfrutando del aire puro y el canto de algunos pájaros, de las fuentes, monumentos y esculturas que decoraban aquel magnífico lugar, y entramos en la Galería Borghese, donde se encontraban las maravillosas obras maestras de grandes pintores como Rafael, Tiziano Caravaggio o Rubens.

Su móvil empezó a sonar y sonrió.

—Dime, hermano —contestó—. Sí, paseando por Roma. Ahora iba al barrio del Trastevere. Vale, sí, por mí bien. Nos vemos allí. —Colgó—. Mi hermano y Fran van para allá, dice de cenar los cuatro.

—Vale. —Sonreí.

Volvimos a por la moto y condujo hasta el Trastevere, el barrio más famoso de Roma donde se decía que se encontraban los rincones con más encanto, así como tiendas de artesanía y tabernas con un aire de lo más bohemio.

Estaba atardeciendo y tal vez por eso, el paseo por sus callejuelas adoquinadas se me hizo más bonito y especial. Llegamos a la Basílica de Santa María y nos detuvimos en algunas de esas tiendas donde compré unos bonitos recuerdos para mi familia, y para mí, pues quería algo especial de este viaje, además de las fotos y todos los momentos vividos con Nico, que se quedarían grabados en mi mente.

—Ahí está la parejita. —Me giré al escuchar la voz de Fran.

—Hola. —Sonreí y nos abrazamos cuando llegaron hasta nosotros.

—¿Qué tal el paseo por Roma, cariño? —me preguntó.

—Bien, he disfrutado de cada rincón, y en Vespa que se va mucho mejor que en coche o andando.

—Todavía no hemos terminado la visita, nos quedan algunos lugares por ver —dijo Nico.

—¿Más? Pero si yo creí que ahora cenábamos y volvíamos al hotel.

—Vamos, cuñada, que la noche es joven y no ha hecho más que empezar —comentó David.

Nico no le corrigió por cómo me había llamado, y yo tenía tal estupor en ese momento, que ni siquiera me salieron las palabras.

Fuimos a uno de los restaurantes del Trastevere a cenar y pedimos dos *pizzas* y una botella de vino que nos tomamos mientras ellos nos hablaban de su día de turismo y, al igual que Nico y yo, recorrieron las calles de Roma en Vespa.

—Me he sentido como Audrey Hepburn en su película *Vacaciones en Roma*, toda una diva —dijo Fran tras dar un esorbo a su copa.

—Eso quiere decir que yo he sido tu Gregory Peck. —David arqueó la ceja.

—Obvio, pero tú eres mucho más guapo. —Le hizo un guiño.

—Pues te has ganado un beso. —David cogió ambas mejillas a Fran y le dio un beso en los labios que hizo que mi amigo sonriera.

—A mí empieza a olerme a boda —dije sonriendo.

—¿Boda? —preguntó Fran— Pues si quiere una boda conmigo más vale que se rasque el bolsillo y me compre una bonita alianza de compromiso.

—Mañana buscamos una joyería, no te preocupes. —Sonrió David.

—Y a la vuelta a Córdoba os casáis, como si lo viera. —Rio Nico.

—No lo descarto, hermano —contestó David.

Terminamos de cenar y decidimos subir a la Colina de Gianiloco, desde donde contemplamos el centro de la ciudad con unas vistas increíbles e inmejorables.

Paseamos por allí y nos hicimos fotos los cuatro, solos o por parejas con los monumentos que había, como la preciosa Fontana dell'Acqua Paola.

Y nuestra última visita recorriendo Roma fue a la Iglesia de Santa María in Cosmedin, un templo medieval famoso en todo el mundo por tener en el pórtico la Boca de la Verdad, de la que según cuenta la leyenda, quien meta la mano dentro de la boca no puede mentir, o esta se cerrará atrapando la mano.

—Venga, vamos a probar —dijo David tirando de todos nosotros.

—Que no, que no, que yo no meto ahí la mano ni loco —contestó Fran.

n

—¿Es que piensas decir alguna mentira? —Arqueé la ceja.

—Va, mete la mano, que te pregunto —le pidió David, llevando la mano de mi amigo hacia la boca.

—Como metas mi mano ahí, David, no te dejo meter otra cosa en otro sitio.

ı —Demasiada información, chicos, en serio —dijo Nico, y me eché a reír.

—Solo es una piedra, Fran, no te va a arrancar la mano de un bocado. —Reí.

—Mira qué lista, ¿y por qué no la metes tú, maja? Ven, ven, dame la manita y métesela a la piedra en la boquita. —Fran cogió mi mano y la metió en la boca a pesar de mis intentos por alejarme, pero fueron en vano—. A ver, ¿qué podemos preguntar?

ı

—¿Sientes algo por mi hermano? —Miré a David con los ojos muy abiertos, porque de entre todas las preguntas que podía haber hecho, aquella, sin duda, no la esperaba.

—Cariño —contesté, mientras notaba que me sudaba la mano, y no por miedo a que la boca se cerrara porque eso no era más que una leyenda—. Sí, cariño. —Sonreí.

—¿Deseo, lujuria, pasión…? —preguntó Fran con la ceja arqueada.

—Sí, eso también. —Y todos miramos hacia la boca, que no se cerró—. Listo, no he mentido.

—Tenías los dedos cruzados, seguro. —Resopló David.

—Pero bueno, ¿qué os he hecho yo a vosotros? —Fruncí el ceño.

—Venga, mi turno. —Nico metió la mano—. ¿Quién quiere preguntar?

—Hermano, ¿ves a Lara como algo más que una persona por la que sentir cariño, deseo y lujuria?

—Sí, como mucho más que eso. —Sonrió—. Es una mujer especial, encantadora, increíble y maravillosa.

—Pues a mí esto también me huele a boda —comentó Fran cuando Nico sacó la mano.

Dejamos allí a ese par de locos echando a suertes quién de los dos metía la mano en la boca primero, Nico me miró fijamente mientras me rodeaba con ambos brazos por la cintura, y se inclinó para besarme.

—Así que, te hago sentir deseo, lujuria y pasión —murmuró sin apartar la vista de mí, con ese brillo en deseo que

tantas veces había visto antes.

—Sí. —Tragué saliva.

—Espero que no estés muy cansada esta noche, preciosa, porque voy a hacer que sientas todo eso y más. —Se lanzó a mis labios de nuevo y me besó con avidez.

No era una amenaza por su parte ni mucho menos, lo que acababa de decir era una promesa.

tantas veces había visto antes.

—Sí. —Tragué saliva.

—Espero que no estés muy cansada esta noche, preciosa, porque voy a hacer que sientas todo eso y más. —Se lanzó a mis labios de nuevo y me besó con avidez.

No era una amenaza por su parte ni mucho menos, lo que acababa de decir era una promesa.

Capítulo 28



Esa mañana de lunes después del desayuno fuimos a la entrada del hotel donde nos esperaba la furgoneta que nos llevaría hasta la primera parada donde haríamos la sesión de fotos.

Al igual que el sábado, Nico había alquilado una habitación de hotel para que David y yo pudiéramos cambiarnos y cuando Fran terminó de arreglarme el cabello y el maquillaje, bajamos para ir a la Fontana di Trevi.

Llevaba el vestido rojo con el que cerré el desfile de presentación de la nueva colección, y cuando llegamos a la zona de la *fontana*, muchos de los turistas se quedaron mirando.

—Hoy compites con la fuente, cariño —dijo Fran con una sonrisa—. No me extrañaría que te pidieran un autógrafo.

—Sí, claro, como si yo fuera Shakira o Beyoncé. —Volteé los ojos.

—Tú eres más guapa.

—Vale, todo listo. —Escuché decir a Víctor—. David, Lara, quiero vuestras mejores sonrisas, las miradas más cómplices y que parezcáis una pareja de enamorados.

Sonreí, David me cogió de la mano y se la acercó a los labios para besar el dorso, momento en el que Víctor comenzó a hacer fotos.

La fuente más visitada de Roma ocupaba un lateral de aquella pequeña plaza, era tan impresionante y majestuosa, con esas esculturas que parecían observarte a cada paso que dabas, que no era de extrañar que todos la admirasen.

Era primera hora de la mañana y a pesar de que había algunos turistas, no estaba tan concurrida como era habitual por lo que estábamos teniendo una sesión de fotos de lo más agradable.

David y yo nos sentamos en ella, sonreímos, compartimos miradas cómplices y nos cogimos de la mano para varias de las fotos.

Víctor pidió que David se pusiera de pie a mi lado y, mientras él miraba hacia la fuente, que yo sonriera con los ojos cerrados y como si mi mirada estuviera en el cielo.

Aquella sí fue una bonita foto.

David posó él solo para varias tomas, al igual que yo lo hice después. Incluso Víctor nos pidió que lanzáramos una moneda a la fuente mientras él captaba el momento con varias fotos disparadas en secuencia.

Se decía que quien visitaba la fuente debía lanzar una moneda en ella para así asegurarse que volvería a Roma o dos monedas si quería encontrar el amor.

Cuando lancé la mía no pude evitar mirar por encima del hombro hacia donde estaba Nico, sonreí y escuché a Víctor pedirme que me quedara en esa misma pose y sin perder la sonrisa.

,

—Perfecta, Lara, me encanta esa sonrisa, de verdad —dijo.

Y no dejé de sonreír puesto que tenía a Nico en mi punto de mira, ese hombre que sonreía de medio lado y me observaba con los ojos brillantes.

Las últimas fotos que me hizo a mí fueron sentada en la fuente tocando el agua mientras observaba las estatuas.

Tras acabar esa primera sesión, regresamos al hotel cercano a la *fontana* donde subí a la habitación para cambiarme y que la furgoneta nos llevara hasta la siguiente zona.

Fran me ayudó a ponerme el vestido rosa y negro que lucí en el desfile y, tras comprobar que mi peinado y maquillaje estaban perfectos, regresamos a la calle donde subimos a la furgoneta.

Llegamos y, aunque había algunos turistas, al ver que lo que hacíamos allí era una sesión de fotos por trabajo, no se interponían en el camino para no estropear las tomas, cosa que agradecimos.

David y yo paseamos por la preciosa Via del Babuino y la Via del Corso cogidos de la mano o del brazo, deteniéndonos en algunas de sus tiendas, pastelerías o cafeterías para una nueva foto, hasta que llegamos a la Piazza del Popolo, donde nos tomó varias fotos con las iglesias conocidas como las gemelas de fondo, y es que la iglesia de Santa Maria in Montensanto y la iglesia de Santa Maria dei Miracoli, eran prácticamente idénticas.

, Aquella plaza, al igual que la Plaza de España, era muy cinematográfica ya que había aparecido en algunas películas.

Víctor nos fue pidiendo posar de todas las maneras que se le ocurrían, y la más divertida de ellas fue cuando dijo que podíamos representar la famosa escena del zapatito de cristal de la Cenicienta.

—David, te quiero con una rodilla en el suelo y la otra flexionada, de modo que el pie de Lara repose en ella mientras sujetas su delicado tobillo como si estuvieras abrochándole la hebilla del zapato. Eso sí, no dejes de mirarla y sonreír en ningún momento.

—De acuerdo.

a

—Y tú, Lara, debes mantenerte en equilibrio.

—Eso, no te vayas a partir la crisma, cariño —dijo Fran y me eché a reír.

—Importante que no te caigas, sí. —Rio Víctor—. Quiero que sostengas la tela de la falda con ambas manos, de modo que caiga con cierta gracia hacia los lados y que una parte cubra tu muslo.

—Vale.

—Y te digo lo mismo que a David, mirada fija en él y sonrisa permanente.

—Luego os dejo unas cremas faciales que tengo buenísimas para prevenir las arruguitas de expresión por tanta sonrisa —comentó Fran.

—Qué *guasita* tienes. —Volteé los ojos.

—Encima de que os cuido y me preocupo por vosotros, qué valor. —Resopló.

—Bien, chicos, en posición —dijo Víctor, y David y yo nos colocamos posando tal como había pedido.

No dejamos de mirarnos en ningún momento, incluso él se encargó de decirme algunas bromas para que me riera más y eso dio paso a unas tomas preciosas y divertidas.

Cuando acabamos la sesión, regresamos en la furgoneta al hotel donde nos alojábamos y Nico y David dijeron qu Enrico Mancini les había invitado a comer para hablar con ellos.

—Podéis venir, no hay ningún problema —dijo Nico.

—Mejor nos quedamos, y salimos a comer por la plaza, así compramos algunos regalos más para llevar a mi familia —contesté.

—Como queráis. —Me dio un beso—. Nos vemos esta noche, entonces.

—Sí. —Sonreí.

Se fueron y Fran subió a la *suite* conmigo para que me cambiara de ropa y hacerme una coleta.

—Te veo enamorada —dijo cuando entramos.

—No, no lo estoy. —Fruncí el ceño mientras me iba quitando los zapatos caminando hacia la habitación.

—Y yo he vuelto a ser virgen, no te jode. —Volteó los ojos—. No me mientas, que sabes que te conozco como si fueras yo.

—No me conoces tan bien. —Sonreí.

—Nico te gusta mucho, eso es más que evidente. Si hasta Víctor lo ha notado cuando le miras. ¿Sabes que le ha dicho a Nico que esa sonrisa que te sale solo es cuando le miras a él?

—Veo que es un fotógrafo muy observador —dije mientras Fran me desabrochaba la cremallera.

—Es que es evidente que se te hace agüita en ciertas zonas bajas cuando le miras.

—Qué bruto eres. —Reí—. Me gusta, sí, pero no sé si llamaría estar enamorada a lo que siento —mentí.

—Lo estás, Lara, y no es malo.

Nos miramos a través del reflejo en el espejo y cuando me quité el vestido, deshizo el recogido de mi cabello para cepillarlo y hacerme una coleta alta.

En cuanto acabó, fui a la habitación para ponerme unos pantalones cortos blancos, una camiseta rosa pastel y las deportivas para irnos a la calle.

Caminamos como solíamos hacer a veces, cogida de su brazo, entramos en una *trattoria* y pedimos unos entrantes, pasta carbonara y *gelato* para el postre además de un delicioso y auténtico *cappuccino*.

—Entremos en esa tienda —dijo mientras paseábamos después de comer.

Allí encontramos algunas preciosidades para mi madre y mi hermana, pero también para Alicia, esa mujer a la que estaba cogiendo un gran cariño.

Después de las compras seguimos paseando, tomamos un café en una de las calles más tranquilas cerca del hotel, y regresamos para darnos una ducha y prepararnos para la cena.

—Mañana volvemos a casa —dijo cuando entramos en el hotel.

—Sí, de vuelta a la rutina. —Sonreí.

—Este es un viaje que voy a recordar siempre —suspiró mientras pulsaba el botón de la última planta al entrar en el ascensor—. Creo que yo sí puedo decir, con seguridad y sin equivocarme, que me he enamorado aún más de David. —Me miró y sonreí.

—Y él lo está de ti, Fran. —Le acaricié la mejilla—. No hay más que ver cómo te mira. —Las puertas del ascensor ser abrieron y salimos—. Disfruta de tu última noche en Roma. —Le di un beso antes de ir hacia mi habitación.

—Y tú también, cariño.

Cuando entré en la *suite* empecé a preparar mi maleta, guardé todo menos la ropa que usaría al día siguiente y el pijama, y cuando la tuve lista me preparé el *jacuzzi* para darme un baño.

Necesitaba estar unos minutos a solas y en silencio.

—Sí, de vuelta a la rutina. —Sonreí.

—Este es un viaje que voy a recordar siempre —suspiró mientras pulsaba el botón de la última planta al entrar en el ascensor—. Creo que yo sí puedo decir, con seguridad y sin equivocarme, que me he enamorado aún más de David. —Me miró y sonreí.

—Y él lo está de ti, Fran. —Le acaricié la mejilla—. No hay más que ver cómo te mira. —Las puertas del ascensor ser abrieron y salimos—. Disfruta de tu última noche en Roma. —Le di un beso antes de ir hacia mi habitación.

—Y tú también, cariño.

Cuando entré en la *suite* empecé a preparar mi maleta, guardé todo menos la ropa que usaría al día siguiente y el pijama, y cuando la tuve lista me preparé el *jacuzzi* para darme un baño.

Necesitaba estar unos minutos a solas y en silencio.

Capítulo 29



Acababa de ponerme el pijama cuando llamaron a la puerta, abrí y vi a uno de los empleados del servicio de habitaciones con un carrito lleno de platos, pero yo no había pedido nada.

—El señor Durán llamó esta tarde para pedir que subiéramos la cena a esta hora, señorita —me contestó.

—Oh, vale, pues… gracias.

Asintió, llevó el carrito hasta la mesa junto al ventanal, y se marchó unos segundos después.

Me llegó un mensaje al móvil y sonreí al ver que era Nico.

Nicolás: *Espero que hayan llevado la cena, estoy llegando a hotel, preciosa. Ahora nos vemos.*

No respondí, sabía que no tardaría mucho en aparecer por la puerta así que destapé los platos y se me hizo la boca agua ante el delicioso olor de la comida.

Había ostras, pasta al pesto, carne en salsa con verduras y fresas con un cuenco con chocolate, además de una botella de vino y otra de champán, cada una en una cubitera.

Coloqué las ostras en el centro de la mesa y serví el vino en las copas, momento en el que Nico entró en la *suite*.

—Hola. —Sonreí cuando le vi acercarse.

—Hola, preciosa. —Me rodeó con el brazo por la cintura y me besó—. Espero que la cena sea de tu gusto.

—Sí, aunque me parece que quieres algo conmigo esta noche. —Arqueé la ceja.

—¿Por qué lo dices?

—Ostras —señalé—, afrodisíaco. ¿Fresas con chocolate?, afrodisíaco. Vino y champán, para que pierda la cabeza

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —Se llevó la mano al pecho de modo dramático.

—No sé, ¿tal vez sea porque tienes una bolsa negra sin nombre y sin logotipo alguno en la mano? Eso, mi querido y apuesto señor Durán, solo se ve cuando un hombre compra ciertas cosas en tiendas especializadas.

—Aclárame qué cosas y qué tipo de tiendas.

—Vibradores en un *sex shop*.

—Y tú lo sabes, porque…

—Fran ha comprado alguna vez en una de esas tiendas.

—Muy observadora. —Sonrió y volvió a besarme—. Vamos a cenar —dijo mientras dejaba la bolsa negra en el sofá.

—¿No vas a enseñarme lo que has comprado?

—No, primero vamos a cenar.

Me cogió por la cintura he hizo que me sentara en su regazo, cogió una de las copas para entregármela y tras coger la suya, las hizo chocar a modo de brindis.

—Por nosotros, por esta última noche en Roma, y porque no sea más que el comienzo de algo entre los dos —dijo sin apartar la mirada de la mía.

Tragué saliva antes de beber y no pude decir una sola palabra, ¿qué se respondía a algo así?

Nico cogió una ostra y me la acercó a la boca, la tomé y saboreé, después él se tomó una.

Y así acabamos con el plato, él me daba una y se tomaba otra.

No me dejó levantarme ni siquiera para comer la pasta, sino que también me dio de comer él, lo mismo que ocurrió con la carne y las fresas.

En mi vida había tenido un momento tan íntimo con un hombre, y cuando acabamos sirvió el champán y nos lo tomamos mientras seguíamos hablando de esa comida que había tenido con Enrico Mancini, quien les había dicho que estaba trabajando en dos nuevos perfumes, una versión para hombre y otra para mujer, y nos quería a David y a mí para ser imagen de ambos cuando los lanzara.

Preguntó qué tal había ido mi tarde con Fran y le conté lo que habíamos hecho, terminamos la copa de champán y

volvió a besarme mientras me acariciaba el muslo.

—Hora de ir a la cama, preciosa —dijo mientras me colocaba un mechón de cabello tras la oreja.

Se levantó de la silla llevándome en brazos, cogió la bolsa negra con la que había llegado, y caminó hasta la habitación, lanzando la bolsa sobre la cama para dejarme en el suelo.

Me desnudó mientras me besaba por todo el cuerpo, despacio y con sutileza, hizo que me sentara en la cama y comenzó a quitarse la ropa, mirándome fija e intensamente, como siempre hacía.

En aquel momento me sentí como Adán y Eva en el paraíso, los dos desprovistos de cualquier prenda que nos impidiera sentirnos piel con piel. Nico se acercó y tras apoyar ambas manos en mis rodillas, me separó las piernas mientras me besaba y se arrodilló ante mí.

Lamió uno de mis pezones mientras pellizcaba el otro y me acariciaba el muslo, subiendo y bajando tan despacio que conseguía que me estremeciera con el tacto de la yema de sus dedos.

Cuando sentí el pulgar entre mis piernas, frotando lentamente el clítoris, gemí agarrándome a la ropa de la cama mientras mi cabeza caía ligeramente hacia atrás.

Ese maldito hombre sabía bien cómo y dónde tocar para hacer que me volviera loca de deseo y lujuria por él.

Comenzó a penetrarme con uno de sus dedos, excitándome aún más y llevándome a ese estado en el que nada, salvo él y yo, importaba.

Dejó un camino de besos por mi vientre hasta que noté su lengua entre las piernas, una rápida lamida y gemí presa del placer.

—Dame la bolsa, preciosa —me pidió, la cogí y se la entregué.

Nico sacó una caja alargada y, de ella, un vibrador de silicona rojo. Lo puso en funcionamiento y lo pasó muy despacio entre mis labios vaginales, grité al sentirlo y de nuevo mi cabeza cayó hacia atrás mientras me estremecía de placer.

Lo llevó poco después hacia mi vagina, introduciéndolo y dejándolo allí dentro vibrando mientras con su lengua me torturaba el clítoris sin compasión alguna.

Aquel orgasmo fue jodidamente intenso y brutal.

Retiró el vibrador y sacó un par de pinzas pequeñas unidas por una cadena plateada, lamió un pezón para colocar una de las pinzas y después el otro, y dio un leve tirón a la cadena que me hizo gritar. Sentí una leve punzada de

dolor en ambos pezones, pero también un placer que antes no había experimentado.

Separó un poco más piernas, hizo que me recostara en la cama y cogió otra caja de la bolsa, de la que sacó un succionador de clítoris.

Tas colocarlo en su lugar, lo activó y la vibración que sentía en el centro de mi placer, hizo que comenzara a grita como una loca.

Nico se ayudaba de dos de sus dedos penetrándome con ellos en la vagina para llevarme una vez más al orgasmo.

Y cuando lo consiguió, tiró de la cadenita que unía las pinzas varias veces haciéndome gemir y gritar más mientras terminaba de correrme con el succionador de clítoris en esa zona.

Me colocó de rodillas en la cama, con las piernas separadas, y se situó a mi espalda para penetrarme desde atrás.

Entró fuerte y rápido haciéndome gemir una vez más, comenzó a tirar de la cadenita de las pinzas y al mismo tiempo sus dedos frotaban y jugaban con mi clítoris.

Mi cuerpo se estremecía por completo, ambos nos movíamos al unísono, llevando nuestras caderas al encuentro de las del otro. Enredé mis manos en su cabello mientras seguíamos entregándonos al placer, al deseo de sentirnos, de tenernos, al calor que desprendían nuestros cuerpos y sin dejar de movernos.

Se apoderó de mis labios y además de besos, tanto él como yo acabamos por dar algún que otro mordisquito en el labio inferior del otro, pasando la lengua después por él para dar ese pequeño alivio necesario tras un momento de pasión intensa.

Me volvía loca, y sabía que por mucho que me intentara saciar, nunca quedaba completamente saciada de él, siempre quería y necesitaba más, al igual que le ocurría a Nico.

Dio un tirón un poco más fuerte de la cadenita que unía las pinzas, y el estremecimiento de mi cuerpo me llevó a sentir el orgasmo formándose una vez más en lo más profundo de mi ser.

Nico lo notó y sus embestidas pasaron a ser más y más fuertes, más rápidas, más profundas, contundentes y dominantes, como si de ese modo dijera que me estaba reclamando como suya.

Lo que no sabía él era que así me sentía, suya por completo, de pies a cabeza y en cuerpo y alma, aunque esto no fuera a llevarnos a nada más que sexo.

Hizo que me inclinara hacia adelante, apoyándome con ambas manos en la cama, y mientras se aferraba con fuerza a mis caderas, entrando y saliendo más y más rápido, mis gritos resonaban en la habitación mientras el orgasmo se acercaba hacia nosotros a pasos apresurados.

Noté el momento exacto en el que los dos íbamos a liberar el clímax, me preparé, seguí moviendo mis caderas yendo al encuentro de las suyas, y alcanzamos unos segundos después esa liberación al unísono, el éxtasis de un momento apasionado, sensual y de lo más lujurioso.

Le miré por encima del hombro cuando sostuvo mi barbilla y volvió a besarme. Cerré los ojos y quise que ese instante no acabara, que el beso no llegara a su fin y que Nico y yo no saliéramos de aquella habitación nunca más.

Si pudiera hacer que mi vida se detuviera, elegiría ese momento y ese lugar.

Noté el momento exacto en el que los dos íbamos a liberar el clímax, me preparé, seguí moviendo mis caderas yendo al encuentro de las suyas, y alcanzamos unos segundos después esa liberación al unísono, el éxtasis de un momento apasionado, sensual y de lo más lujurioso.

Le miré por encima del hombro cuando sostuvo mi barbilla y volvió a besarme. Cerré los ojos y quise que ese instante no acabara, que el beso no llegara a su fin y que Nico y yo no saliéramos de aquella habitación nunca más.

Si pudiera hacer que mi vida se detuviera, elegiría ese momento y ese lugar.

Capítulo 30



Salimos temprano del aeropuerto de Roma, llegamos a Sevilla y de ahí Nico me llevó de vuelta a Córdoba, despidiéndonos en mi calle a las cuatro y media de esta tranquila tarde de martes, quedando en hablar y vernos.

Entré en mi casa y tras deshacer el equipaje, me di una ducha rápida y le mandé un mensaje a mi hermana para pedirle que fuera esa noche a cenar a casa de mis padres, quería verlos, enseñarles fotos y darles esos regalitos qu había llevado para ellos.

Quedamos en vernos allí a las ocho y aproveché para lavar toda esa ropa que había llevado al viaje.

Cuando terminé, y mientras me tomaba un té helado viendo los artículos en los que se hablaba del nuevo perfume de Enrico Mancini, se me dibujaba una sonrisa de esas tontas al pensar en Nico.

Quien en ese momento me enviaba un mensaje.

Nicolás: *Buenas tardes, preciosa. ¿Qué tal la vuelta a casa?*

Lara: *Bien, tranquila. Ahora en un rato iré a ver a mis padres y hermana. ¿Qué tal tú?*

Nicolás: *Con trabajo nada más llegar a casa. Jimena me ha enviado un correo con algunas cosas que debía revisar. Creo que esta noche voy a tener pesadillas con los números.*

Lara: *Tómatelo con calma, es lo mejor. Y con café.*

Nicolás: *¿Podría pedirte que vinieras a pasar la noche conmigo? Estoy convencido de que teniéndote en mi cam no tendré pesadillas.*

Lara: *El problema es que ni siquiera dormiríamos, y yo tengo mañana una sesión de fotos a primera hora. Rosa la retrasó hasta mi vuelta de Roma.*

Nicolás: *En ese caso, beberé whisky en vez de café para dormir y no tener pesadillas con los números.*

Lara: *Lo malo es que el whisky consiga que los números te bailen y no cuadre nada. Opto por té helado, como estoy tomando yo. Me voy ya, señor Durán, que le sea leve la noche.*

Nicolás: *Buenas noches, preciosa. Disfruta de la cena con tu familia.*

Sonreí, me acabé el té y llevé el vaso a la cocina, cogí el bolso y las llaves del coche y salí para ir a casa de mis padres.

Cuando llegué me abrió mi madre y, literalmente, me podría haber desgastado la cara a besos.

—Mamá, por Dios. —Reí.

—Ay, mi niña, es que no sabes cuánto te echaba de menos.

—He estado fuera cinco días, no cinco años.

—Una eternidad, cariño, una eternidad. Pero mírate, estás preciosa. —Sonrió acariciándome la mejilla—. Vamos, vamos a la cocina a que te vean tu padre y tu hermana.

Entramos allí y mi padre, al igual que ella, me dio tantos besos como si en vez de cinco días en Roma hubiera pasado la última década perdida en la selva.

Elvira me dio un abrazo y sonrió del modo maternal que solía usar conmigo.

Habían preparado ensaladilla y unas croquetas para la cena con las que a mi hermana y a mí se nos hizo la boca agua. Mientras cenábamos les hablé de la fiesta de presentación del perfume, de las sesiones de fotos que habíamos hecho con esos tres vestidos de noche que llevé en el desfile, y de lo bonita que me había parecido la ciudad.

Cuando vieron las fotos que me había hecho en aquel día conociendo Roma, mi madre me dijo que quería una copia de la que me había hecho Nico sentada en la Vespa, decía que estaba muy natural, sin una pose profesional.

Mi padre fue a la cocina a por el café y unos pasteles mientras les daba a ellas sus regalos, y mi madre en cuanto vio la bola de nieve con el Coliseo dentro, no dudó en ponerla en el mueble del salón.

En cuanto nos tomamos el café, Elvira y yo salimos al porche con un té heleado para una de nuestras charlas de hermanas.

—Entonces con Nico, ¿todo bien? Esa foto que os hicisteis en la colina, dice mucho. —Sonrió.

—¿Y qué dice según tú, hermanita? —Arqueé la ceja.

—Por cómo te mira, que le gustas y mucho.

—Ya te dije que no quiero hacerme ilusiones. De momento estamos bien. Pero basta de hablar de mí, cuéntame. ¿Qué es eso que me dijiste de Alan?

—Su hija vino a una revisión.

—¿Todo bien con el bebé?

—Sí, todo perfecto. —Sonrió—. Cuando terminamos la eco, a ella no se le ocurrió otra cosa que decirle a su padr que podría invitarme a salir. ¿Te lo puedes creer?

—Qué descarada. —Me eché a reír.

—Oye, no tiene gracia. No te imaginas la vergüenza que pasé en ese momento.

—Me puedo hacer una idea, sí. —Sonreí—. ¿Y qué hizo él?

—Invitarme a salir el sábado por la noche. Fuimos a cenar a un bar de mariscos, estuvimos hablando y todo parecía fluir, no nos quedábamos sin temas de conversación. —Sonrió con la mirada brillante—. Es un hombre muy agradable, simpático y respetuoso. No intentó nada que me pudiera incomodar.

—Te brillan los ojitos hermana —dije.

—¿Qué? No, no es verdad.

—Oh, sí, sí que lo es. Te gusta el papá sexy.

—¿Y por qué crees que es sexy?

—¿No lo es? —Arqueé la ceja.

—Sí, muy sexy —suspiró.

—Lo que me lleva de nuevo ese brillo en tus ojos.

—Vale, me gusta, Alan me gusta, ¿contenta?

—Sí. —Sonreí dando palmadas—. ¿Y cuándo volverás a verle? Y no me digas que en la próxima cita que tenga su hija para una revisión, porque sería para matarte, vamos.

—Pronto.

—Pero, pronto, ¿cuándo? Os visteis el sábado, y ya es martes, ¿cuándo es pronto para él? ¿Mañana, el jueves?

—No lo sé, Lara, dijo que me llamaría y voy a esperar, no quiero tampoco darle una impresión de lo que no soy.

—Muy bien, esperaremos entonces. Solo espero que no nos haga tener que esperar demasiado, porque ya sabes lo que dicen, «el que espera, desespera».

e—Madre mía, ¿qué has tomado antes de venir?

—Un té helado. —Me encogí de hombros.

—Quién lo diría. —Rio.

—Lo que es divertido es que yo esté más impaciente por tu segunda cita de lo que lo estás tú misma. ¿Ves eso normal, hermanita?

—Estoy impaciente, pero no te lo quería decir.

—Si sabes que a mí no me engañas.

—Porque eres igual que yo. —Sonrió—. ¿Vas a ver pronto a Nico?

—Quería que fuera a pasar la noche con él, pero mañana tengo una sesión temprano y, si voy…

—No dormís. —Acabó la frase.

—No. —La miré y nos echamos a reír.

Me encantaba tener esos momentos con ella, como cuando aún vivíamos en casa de nuestros padres y nos contábamos confidencias, a pesar de que tuviera diez años más que yo.

Mi madre se unió a nosotras poco después y lo hizo con una tarrina de helado de chocolate y tres cucharas, aquel era nuestro pequeño secreto nocturno desde hacía años, y ella aprovechaba para preguntarnos cómo nos iba en el amor.

Desde luego había cosas que nunca cambiarían, aunque ya no viviéramos en casa con nuestros padres.

—Por cierto, cariño, tu padre y yo estuvimos el sábado por la tarde en el hospital con Alicia —me dijo mi madre.

—¿Sí?

—Sí. Les llevé unas galletitas de esas que venden en la pastelería, con formas de dibujos animados, y quedaron la mar de contentos. Son un amor. Una niña me preguntó por ti, cuando supo que era tu madre. —Sonrió—. Lucía se llamaba. Quería saber cuándo irías a verlos.

—Esa niña y su hermano Darío a mí me enamoraron por completo.

—No me extraña, cariño, ella era para comérsela. Y él, tan preocupado de su hermanita. Qué pena que no tengan unos papás que los cuiden.

—Sí.

Nos quedamos allí las tres charlando un poquito más hasta que mi hermana y yo dimos la noche por terminada, mis padres nos besaron y abrazaron como si no fueran a volver a vernos en la vida, y nos marchamos.

—Recuerda que has dicho que me lo dirás cuando tengas noticias de tu papá sexy —le advertí antes de que subiera a su coche.

—Que sí, pesada. —Rio—. Descansa, anda, que has tenido un viaje largo. Te quiero.

—Y yo. —Me dio un abrazo y la dejé en su coche para ir al mío.

Conduje hasta casa y una vez entré, me puse el pijama y nada más meterme en la cama cerré los ojos agotada, unos segundos después estaba dormida.

—¿Sí?

—Sí. Les llevé unas galletitas de esas que venden en la pastelería, con formas de dibujos animados, y quedaron la mar de contentos. Son un amor. Una niña me preguntó por ti, cuando supo que era tu madre. —Sonrió—. Lucía se llamaba. Quería saber cuándo irías a verlos.

—Esa niña y su hermano Darío a mí me enamoraron por completo.

—No me extraña, cariño, ella era para comérsela. Y él, tan preocupado de su hermanita. Qué pena que no tengan unos papás que los cuiden.

—Sí.

Nos quedamos allí las tres charlando un poquito más hasta que mi hermana y yo dimos la noche por terminada, mis padres nos besaron y abrazaron como si no fueran a volver a vernos en la vida, y nos marchamos.

—Recuerda que has dicho que me lo dirás cuando tengas noticias de tu papá sexy —le advertí antes de que subiera a su coche.

—Que sí, pesada. —Rio—. Descansa, anda, que has tenido un viaje largo. Te quiero.

—Y yo. —Me dio un abrazo y la dejé en su coche para ir al mío.

Conduje hasta casa y una vez entré, me puse el pijama y nada más meterme en la cama cerré los ojos agotada, unos segundos después estaba dormida.

Capítulo 31



La sesión del día anterior había sido larga y un poco agotadora, tanto que, en vez de ser solo unas horas por la mañana, tuve que comer allí un sándwich rápido y seguir después.

Cuando llegué a casa me di una ducha y me metí en la cama sin más, entre el viaje, y eso, estaba sin fuerzas.

Y hoy me tocaba otra sesión, esta vez en las oficinas de la firma Durán, pues Rosa me dijo la tarde anterior que la había llamado Jimena al no localizarme a mí para pedirle que fuera.

Acababa de terminar de vestirme, estaba recogiéndome el pelo en un moño deshecho mientras encendía la televisión para ir a prepararme un café, cuando escuché el nombre de Nico y me giré.

Era un avance de lo que hablarían en la sección del corazón de ese programa matutino de tanta audiencia, y en la pantalla estábamos Nico y yo paseando por Roma, abrazados, sonriendo y mirándonos de esa manera que cada uno miraba al otro.

Se decía que nos veían muy enamorados y todos se preguntaban qué había entre el codiciado soltero y la nueva imagen de su firma.

Empezó a sonar mi móvil y vi que era Fran.

—¿Lo has visto? —preguntó.

—¿Las fotos que nos hicieron a Nico y a mí en Roma? Sí, lo estoy viendo. Pero ¿quién las ha hecho? ¿Es que la prensa no tenía otra cosa que hacer esa mañana de domingo? No sé, seguir a los reyes o algo así.

—Cariño, a la realeza la tiene ya todo el mundo muy vista. Y el soltero de oro cordobés es como un caramelo en la puerta de un colegio. Todas quieren comérselo y ahora deben estar que rabian poque te lo estás comiendo tú.

—Por Dios, si mi madre ve esto… —suspiré, y en ese momento escuché el característico sonido de que me entraba una llamada, y vi que era ella— Me está llamando.

—Pues cógeselo y dile algo que la deje tranquila. Te quiero, petarda.

—Y yo, adiós.

Colgó y me apresuré a responder a mi madre.

—Hola, mamá.

—Buenos días mi niña. ¿Sabíais que os estaban haciendo fotos los de la prensa?

—No mamá, no teníamos ni idea. Lo acabo de ver ahora.

—Bueno, ya sabemos que a veces son un poquito agobiantes y quieren vender más. Tú tranquila, hija, y si hablan, que hablen, ¿sí?

—Y yo que pensé que tendría que ser yo la que te consolara a ti. —Reí—. Gracias, mamá.

—Solo quería ver que estabas bien, y me quedo más tranquila. ¿Tienes trabajo hoy?

—Sí, voy a tomarme un café y voy a las oficinas de Durán para una sesión de fotos.

—Muy bien, mi vida, pues que te vaya bien. Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá.

Colgué y volví a mirar la televisión, pero ya no hablaban de nosotros. Desde luego que no sabía que hubiéramos tenido a la prensa tan pegada a nosotros durante aquel día, pero claro, se camuflaban como los camaleones entre la gente con sus cámaras como si fueran unos turistas más paseando por la ciudad.

Preparé el café y no pude evitar entrar en Internet y buscar mi nombre y el de Nico, y fueron varios artículos los que aparecieron en mi pantalla, todos con fotos nuestras por Roma.

Era impresionante el modo en el que una persona podía convertirse en noticia, en serio.

Después de tomar el café salí de casa para coger el coche e ir a las oficinas, la sesión de fotos era con David y no quería hacerle esperar, ya llevaba un poco de retraso debido al *shock* de la noticia.

Cuando llegué, como siempre, me saludó la chica de la recepción y fui al ascensor para subir a la planta donde, nada más poner un pie en ella, me recibió el barullo de voces y ese ir y venir apresurado de estilistas, modistas y ayudantes de Víctor.

—Ah, aquí está la chica del momento —dijo David al verme—. ¿Lista para unas fotos con el hermano Durán favorito?

—Sí. —Reí.

—Pues venga, corre a cambiarte que tenemos varias tomas que hacer. —Me dio una palmada en el culo y fruncí e ceño—. Lo tienes firme, sí señora.

—Qué descarado eres, igualito que Fran.

—Y soy más atractivo —contestó mientras se colocaba el cuello de la chaqueta hacia arriba, como haría un chico malo con su cazadora de cuero.

,
Fui a mi salita vestuario y no tardó en llegar Lupe para ayudarme.

—Ay, *mija*, qué enamorados se os ve en esas fotos en Roma —dijo con una sonrisa.

—Lupe, no hagas caso de lo que has visto. Nico y yo solo paseábamos como un par de amigos.

—Sí, sí, cogiditos de la mano, abrazados. Disculpa, ¿sí, *miamol*? Pero yo con una amiga no camino así por la calle.

Volteó los ojos haciéndome reír, fui a decir una vez más que no era lo que parecía, pero no me dejó, mientras me abrochaba la cremallera de aquella falda lápiz, volvió a hablar ella.

—Si aceptas un consejo de alguien que luchó con todo su empeño para no sentir nada por una jefa, te diré que no
a te esfuerces, *mija*, el amor siempre es más fuerte.

Sonrió mientras me miraba a través del reflejo del espejo, terminó de ayudarme a vestirme y llamó a las estilistas. Mientras una me maquillaba, la otra me peinaba, y cuando estuve lista salí para ir junto a David, que me esperaba echando un vistazo a la cámara con Víctor.

Ambos sonrieron al verme llegar, y empezamos con las fotos.

Esos primeros cuarenta minutos pasaron rápidos y fui a hacer un cambio de ropa que no nos llevó a Lupe a mí más de cinco minutos.

En total hicimos seis cambios de ropa y para cundo terminamos la sesión, estaba sedienta.

David me dio una botella de agua y la tomé allí, con él y Víctor, viendo algunas de las fotos que habíamos hecho.

Cuando iba a ir a cambiarme para marcharme a casa, vi aparecer a Susana, saliendo del ascensor como si fuera una gran diva.

Altiva, sonriente, con pasos lentos dejando claro que estaba allí como modelo por su talento.

—No le hagas caso. —Miré a David cuando le escuché—. En serio, te diga lo que te diga Susana, no la hagas caso.

Asentí, me aparté de él para ir a cambiarme y ella hizo como que chocaba conmigo sin darse cuenta, pero yo sabía que ella me había visto a mí, al igual que yo a ella.

—Vaya, vaya, la nueva imagen de la firma Durán —dijo mirándome de arriba abajo, y con ese tono de desprecio en la voz—. Aprovecha mientras puedas, pues lo de ser la novedad no dura para siempre.

—Voy a ser la imagen en la próxima colección también, tengo un contrato con la firma.

—Los contratos se pueden romper, te lo digo por experiencia. Y lo que sea que crees que tienes con Nico, también. No te hagas muchas ilusiones, él nunca ha sido hombre de una sola mujer.

—¿Sabes qué pasa, Susana? Que no sabes lo que hay entre Nico y yo, y tampoco es de tu incumbencia.

Comencé a caminar de nuevo y la escuché decir que el tiempo le acabaría dando la razón, pero pasé de ella tal como me había aconsejado David, que la conocía mejor que yo.

Acababa de entrar para cambiarme cuando Lupe abrió la puerta.

—¿Estás bien, *mija*? —me preguntó— He visto a Susana hablando contigo.

—Sí, no te preocupes. —Sonreí—. No le he hecho caso.

—Es lo mejor que puedes hacer, fingir que no existe. —Sonrió acariciándome la mejilla—. Y te diga lo que te diga para herirte, del modo que sea, no le hagas caso.

—Vale.

Me ayudó a cambiarme de ropa y cuando me deshice el recogido para hacerme una coleta alta, salí de allí pensando que vería a Nico, pero no le vi. Le pregunté a David y dijo que esa mañana tenía algunas reuniones, pero le diría que me llamara en cuanto pudiera.

Tras despedirme de todos entré en el ascensor y pensé en enviarle un mensaje, solo para comentarle que la sesión había ido perfecta y teníamos un montón de fotos buenas para elegir las que se usarían para esa nueva campaña,

pero no lo hice.

Salí a la calle y cogí el coche para ir a casa de mis padres, me apetecía comer con ellos y pasar un ratito charlando con mi madre en el porche tomando un café o té helado.

Fran me mandó un mensaje preguntándome si me apetecía salir a cenar con él y David la noche siguiente, y acepté.

pero no lo hice.

Salí a la calle y cogí el coche para ir a casa de mis padres, me apetecía comer con ellos y pasar un ratito charlando con mi madre en el porche tomando un café o té helado.

Fran me mandó un mensaje preguntándome si me apetecía salir a cenar con él y David la noche siguiente, y acepté.

Capítulo 32



Llegué al bar donde había quedado con Fran y David, y los vi en una de las mesas altas que había al fondo.

En cuanto mi mejor amigo me vio, se levantó sonriendo para darme un abrazo.

—Hola —saludé.

—Hola, cariño. Hemos pedido vino y unas raciones —dijo mientras me acercaba a saludar a David.

—Perfecto. Hola, David.

—Hola, preciosa. —Me dio un par de besos.

—Aquí tienes. —Fran me dio una copa de vino blanco cuando me senté en el taburete, y le di un sorbo.

—Qué bueno así fresquito. Verás cuando nos levantemos. —Reí.

—No, no, que este pega menos que aquel que nos tomamos cuando cumplí los veinticuatro. Qué malito me puse.

—Malito dice. —Volteé los ojos—. Fran, eras la niña del exorcista a la mañana siguiente.

—Esa historia no me la has contado —dijo David cogiendo su copa.

—Yo te la cuento, tranquilo. Resulta que aquí el señor, en su veinticuatro cumpleaños, decidió invitarme a cenar y después ir a tomar algo. Pidió un vino que, entre lo dulce y lo fresquito que estaba, acabamos tomándonos tres botellas entre los dos con la cena, porque claro, eran platos de esos de degustación y ponían poquita cantidad.

»Pues cuando nos levantamos de la silla parecía que estuviéramos en una montaña rusa, qué manera de dar vueltas todo. Con el airecillo de la calle se nos fue un poco el mareo, entramos en uno de los locales de moda a tomar una copa y bailar, y lo que iba a ser una, se convirtió en cuatro. Imagínate a la mañana siguiente en su casa, los dos con una resaca en lo alto que no te imaginas, y yo me desperté porque le escuché en el baño descompuesto.

—El vino, que no me sentó muy bien. —Fran se encogió de hombros.

—Claro, claro, las otras cuatro copas de alcohol no tuvieron nada que ver. —Volteé os ojos.

—Por supuesto que no, fue el vino.

—Aquí tenéis, chicos. —El camarero llegó con las raciones y se me hizo la boca agua.

Habían pedido *pescaíto*, calamares y patatas con cuatro salsas.

Mientras cenábamos, David me preguntó qué me había dicho Susana el día anterior cuando llegó para su sesión d fotos, le dije que no tenía importancia, pero insistió en que se lo contara, así que, lo hice.

Fran me escuchaba con atención y vi que de vez en cuando volteaba los ojos, incluso suspiraba. David por su parte no dejaba de negar con la cabeza.

—No sé cómo tiene la poca vergüenza de decir que los contratos se rompen —dijo tras coger un par de patatas—. Ella fue imagen de una de las colecciones, y después de eso le aseguramos quedarse en la firma como modelo par desfiles y sesiones de fotos.

—Yo creo que no es suficiente para ella —comentó Fran—. O sea, quiere toda la atención, la fama de ser imagen oficial, como tú —señaló a David—, y todos los trabajos que eso conlleva.

—Tampoco es que le vaya tan mal, algunas firmas de cosmética con las que trabajó cuando fue imagen de la firm Durán, aún la tienen como modelo oficial.

—Entonces es que quiere lo que ha visto que, según parece, tiene Lara.

—¿Y qué tengo? —pregunté con curiosidad.

—La atención de mi hermano —respondió David, y Fran asintió.

—No tengo la atención de…

—Sí la tienes —me cortaron para decirlo al unísono.

—Aunque así fuera, ella me dijo que Nico no es hombre de una sola mujer.

—Oh, por Dios, qué sabrá ella —David suspiró—. Conozco a mi hermano, sí, es un mujeriego, pero siempre he sabido que el día que se enamore de verdad, no habrá nadie más para él. Es lo que le pasó a mi padre, y de los tres hermanos, Nico es el que más se parece a él en todos los sentidos.

Di un sorbo a mi copa y seguimos cenando mientras charlábamos de cosas más interesantes que Susana, como el fin de semana que estaban planeando ellos para irse a París.

Fran decía que estaba deseando estar en la ciudad del amor con su amorcito, a lo que les dije que esperaba que regresaran con fotos que enseñarme, porque capaces eran de quedarse encerrados en la habitación del hotel todo e tiempo, ambos se echaron a reír.

Cuando terminamos la cena fuimos a un local de copas que no había muy lejos, estaba al final de calle y podíamo ir caminando, por lo que dejamos los coches aparcados donde estaban.

e
Estaba lleno, la gente reía, charlaba y bailaba disfrutando de aquella noche de viernes.

Pararon a David para saludarle y Fran y yo fuimos a la barra a pedir unos *gin-tonics*, me pasó el brazo por los hombros mientras dábamos el primer sorbo, y me di cuenta de que sonreía mirando a su amorcito, como él le llamaba.

a—Estás pillado, ¿eh? —dije.

—¿Qué?

—David, que te tiene loquito.

a—Mucho. —Rio—. No pensé que fuera a darme tan fuerte, en serio, pero… ha pasado.

—Me alegro por ti, hacéis muy buena pareja. —Le vi sonreír, pero noté que algo iba mal—. Oye, ¿qué pasa?

—Pues que me controlo mucho para que no nos vean en público darnos muestras de cariño.

—¿Es porque en ningún momento se ha hablado de su sexualidad?

—Sí. No es un secreto, obviamente en la firma lo saben todos, igual que su madre, pero es su vida privada y la mantiene alejada de la prensa.

—Es normal, ya sabes cómo son en ese medio. Lo que no saben o no pueden constatar, se lo inventan.

—Me siento como Romeo y Julieta, todo tan en secreto.

—Y tú eres Julieta, claro. —Reí.

;
—Obvio, querida —contestó imitando una voz ligeramente femenina—. No, en serio, no me importa, es solo que

no estoy acostumbrado ser un amor secreto.

—Y yo estoy segura de que eso cambiará pronto, ya lo verás.

—Disculpad —dijo David uniéndose a nosotros—. Esto de que me reconozcan a veces es agobiante. ¿No te pasa?
l—me preguntó.

—Sí. —Sonreí.
s

—Anda que no he salido veces con ella y he tenido que beber solo porque me la secuestraban. —Fran volteó los ojos.

—Qué exagerado eres. —Reí.

—Venga, ya soy todo vuestro otra vez. —David nos pasó un brazo a cada uno por los hombros y a mí me dio un beso en la mejilla—. La próxima noche que salgamos los tres, tú y yo deberíamos camuflarnos, como hacen en Hollywood.

—Yo os ayudo, que os iba a dejar que no os reconocerían ni vuestras madres.

—Lo malo es que no nos reconoceríamos ni nosotros mismos, Fran. —Reí.

—Puede ser.

Empezó a sonar una canción que Fran y yo habíamos bailado cientos de noches, y esa no iba a ser una excepción.

Mientras lo hacíamos, David nos miraba apoyado en la barra sin dejar de sonreír.

Cuando acabó y comenzó otra canción, fue David quien vino a bailar conmigo, y debía decir que ese hombre se movía como todo un bailarín profesional de bachata.

Me movía de un lado a otro, me hacía girar inclinándome hacia atrás y no podía evitar reír cuando me incorporaba de nuevo para quedar pegada a su torso.

Acabamos y casi me bebí mi copa entera por el sofocón que tenía de tanto movimiento.

—Ahora vuelvo, voy al baño —les dije, y los dejé allí para que charlaran e hicieran manitas, aunque fuera a escondidas.

Tras refrescarme un poco volví a la sala con ellos, pero nada me hacía imaginar que vería a Nico en ese mismo lugar, en la otra parte de la sala, en compañía de Susana.

Estaban tomando una copa y parecían estar bastante cómodos, los dos, por lo que me quedaba claro que, para él, yo era tan solo una más, tal como había dicho ella.

Llegué hasta donde estaban Fran y David y les dije que me iba a casa, que me acababa de bajar el periodo, una vil mentira, y mi amigo sabía cómo era esa primera noche.

Fran frunció el ceño, pero me dio un beso y un abrazo, al igual que David, antes de que me fuera.

Salí a la calle y noté que me caían algunas lágrimas por las mejillas, esas que retiré rápidamente.

No me había visto, esa era la suerte que tenía, y los chicos tampoco le habían visto a él, de lo contrario la mentira que acababa de decir para irme, no habría surtido efecto.

Caminé hasta donde tenía el coche, me senté y, ahí sí, a solas, apoyé las manos en el volante y empezar a llorar. Desde luego que esa mujer conocía a Nico mucho más que yo, y aunque me dijeran que no hiciera caso a sus palabras, era inevitable no pensar en ellas.

No es hombre de una sola mujer, eso quedaba claro, porque hacía solo unos días que habíamos regresado de un viaje en el que yo, tonta de mí, pensé que habría algo entre nosotros.

Estaban tomando una copa y parecían estar bastante cómodos, los dos, por lo que me quedaba claro que, para él, yo era tan solo una más, tal como había dicho ella.

Llegué hasta donde estaban Fran y David y les dije que me iba a casa, que me acababa de bajar el periodo, una vil mentira, y mi amigo sabía cómo era esa primera noche.

Fran frunció el ceño, pero me dio un beso y un abrazo, al igual que David, antes de que me fuera.

Salí a la calle y noté que me caían algunas lágrimas por las mejillas, esas que retiré rápidamente.

No me había visto, esa era la suerte que tenía, y los chicos tampoco le habían visto a él, de lo contrario la mentira que acababa de decir para irme, no habría surtido efecto.

Caminé hasta donde tenía el coche, me senté y, ahí sí, a solas, apoyé las manos en el volante y empezar a llorar. Desde luego que esa mujer conocía a Nico mucho más que yo, y aunque me dijeran que no hiciera caso a sus palabras, era inevitable no pensar en ellas.

No es hombre de una sola mujer, eso quedaba claro, porque hacía solo unos días que habíamos regresado de un viaje en el que yo, tonta de mí, pensé que habría algo entre nosotros.

Capítulo 33



Había dormido poco, imaginando lo que haría Nico con ella.

Me levanté bastante pronto para ser un sábado, salí a correr por el barrio, me di una ducha cuando regresé, puse una lavadora y acababa de terminar de prepararme el desayuno, ese que iba a tomar en mi pequeño balcón disfrutando del sol, el alegre canto de los pájaros, y revisando la agenda, pues me había enviado Rosa un mensaje.

Rosa: *Buenos días, cielo. Sé que es sábado, pero te dejo por aquí las sesiones de la próxima semana para que las tengas y te organices. Disfruta del fin de semana.*

Solo tenía una sesión en la firma Durán el martes, por lo que no debía preocuparme por si me cruzaba con Susana

Y mientras disfrutaba de la paz y tranquilidad que me ofrecía esa mañana, empezó a sonar mi móvil, Nico me estaba llamando.

No contesté, me limité a silenciar el móvil unos instantes, así como a ponerlo bocabajo para no ver si me llamaba de nuevo, y seguí con mi desayuno.

Para cuando terminé tenía tres llamadas perdidas y un mensaje preguntando si estaba bien, no respondí.

Recogí la mesa, lavé el plato y la taza, encendí una vela aromática, puse música relajante y me senté en el suelo a llenarme de buenas vibras, que falta me hacía.

Tras media hora abrí los ojos y noté que me sentía mucho mejor. Pero seguía teniendo llamadas de Nico y en ese momento, me entraba otra.

—¿Sí? —pregunté con calma.

—Buenos días, preciosa. Por fin te localizo, me estaba preocupando.

—Lo siento, es que anoche puse el móvil en silencio y no me había acordado.

—Mientras estés bien, es lo que importa. Te llamaba para invitarte a comer, podríamos pasar el día en mi casa.

—No puedo, tengo comida familiar en casa de mis padres —mentí.

—¿Una cena, entonces?

—Es que voy a salir con mi hermana, tenemos los planes hechos desde el martes.

Si se dio cuenta de que eran excusas para no verle, no dijo nada, pero es que desde que regresamos de Roma no le había visto, solo hablamos por mensaje o llamada, y cuando por fin le veo, está con ella.

—¿Y si te invito mañana?

—Imposible, dormiré en casa de mi hermana y nos pondremos al día de todo. Otro día ya vamos viendo. Te dejo, voy a vestirme, adiós.

Colgué sin esperar a que se despidiera, tampoco es que me importase, llegado ese momento.

Llamé a mi hermana para ver si tenía planes para esa noche y me dijo que no, que salió a cenar con Alan la noche anterior, por lo que la invité a venirse a casa pidiéndole que cogiera el pijama y ropa para el día siguiente. Quedó en que llegaría a las ocho y media y bajé al súper a comprar bebida, helado, y lo necesario para una cena de esas que le gustaban a mi hermana.

Me pasé toda la mañana y la tarde cocinando, algo que debía admitir que había conseguido que me relajara.

Cuando llegó Elvira sonrió al notar el delicioso aroma que había en toda la casa.

—Dime que eso que huelo es comida mexicana y pastel de chocolate.

—Lo es, lo es. —Reí—. He cocinado para mi hermana favorita.

—Soy tu única hermana, de hecho. —Arqueó la ceja.

Sonreí, y mientas ella iba a dejar la bolsa en su habitación y a ponerse el pijama, al igual que yo ya lo tenía puesto preparé la mesa en el salón para cenar.

Había comprado nachos y su salsa de queso favorita, esos a los que le puse beicon troceado y crujiente por encima, unas quesadillas, tacos de carne y margaritas para beber.

Se unió a mí en la cocina para coger lo que faltaba, y nos sentamos a disfrutar de aquella cena.

—Eres la mejor hermana del mundo —dijo tras comerse un nacho.

—Y tú la segunda mejor hermana. —Reí.

—Bueno, ¿vas a contarme por qué estamos aquí?

—Para cenar, ya te lo dije.

—Además de para cenar, Lara. Tienes una carita, cariño.

—¿Qué carita? No tengo otra.

—¿Ha pasado algo? Con Nico, quiero decir.

—¿Eso es un don que se aprende con la edad, o algo así?

—¿El qué? —preguntó cogiendo otro nacho.

—Lo de adivinar que si estoy rara es por un hombre.

—Ah, eso. Sí. —Cogió el margarita para dar un sorbo—. Cuando tengas mi edad serás una experta analizando. Y ahora cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Pues que soy tonta. Mira que lo de no hacerme ilusiones era como un mantra bastante bueno que tenía, pero infructuoso al parecer —suspiré, y durante la siguiente media hora estuve hablándole de lo ocurrido con Susana.

Cómo la conocí en Roma, el modo en el que me miraba, lo que me dijo en las oficinas la otra mañana, y que después de no haber visto a Nico esos días, lo había encontrado la noche anterior con ella.

—Sé que han tenido algo, es más que evidente por las palabras que ella me dijo y por cómo le miraba en Roma. —Di un sorbo a mi margarita—. Pero verlos anoche cuando conmigo solo ha estado hablando por mensajes o llamadas, fue…

—Ya imagino. —Me acarició la mano—. Pero ¿de verdad no te acercaste a él?

—No, no pude, me quedé como paralizada. Más bien diría que me golpeó la realidad, ella tenía razón y yo lo vi anoche.

—Debiste acercarte a él, que te viera.

—Me ha llamado esta mañana para invitarme a comer, le dije que tenía comida con vosotros, y esta noche,

contigo.

—Por eso me has llamado.

—Y porque no quería beber sola, eso es de borrachas como dice Fran.

—¿Y cómo crees que vamos a acabar las dos con tanto margarita? —Arqueó la ceja—. Sobrias no, ya te lo anticipo.

—Era la idea, por eso he hecho margaritas como si fuera a servirlas en una fiesta.

—Menos mal que mañana no trabajo, no quiero ni imaginar, si tuviera que hacer alguna ecografía. —Volteó los ojos.

—No debería haberme enamorado, ahora lo sé —suspiré.

—Cariño, nadie puede evitar hacerlo, te lo aseguro. Pero debiste hablar con él, o hablarlo ahora antes de que él piense que no quieres verle más.

—Tal vez sea eso lo que tengo que hacer, decirle que lo nuestro debe limitarse a lo profesional. Él como dueño de la firma y yo, como imagen de su nueva colección.

—Lara —me cogió la mano—, estás enamorada de ese hombre y, dejarle, no será más que la razón por la que acabes con el corazón roto. A ver, vamos a plantear una perspectiva diferente. Ella también es modelo de la firma, ¿no?

—Sí.

—Bien, y si lo que viste fue una reunión de trabajo. No sé, tal vez ella vaya a hacer una nueva campaña con ropa de la firma, o estaba hablando con Nico de alguna de las firmas de las que es imagen.

—No lo creo, estoy segura de que ellos anoche…

—¿De verdad piensas que Nicolás Durán es la clase de hombre que se acostaría anoche con una mujer y llamaría a la mañana siguiente a la que ha tenido durante cinco días en Roma como si fuera su pareja? Y no digas nada al respecto —me prohibió levantando el dedo—, porque es lo que se veía en las fotos que publicaron el otro día. No solo para la prensa era algo prácticamente evidente, para los ojos de todos los demás que las vieron, también lo era.

—¿Por qué es tan complicado el amor, hermana? —suspiré.

—No es complicado, cariño, nosotros lo hacemos así a veces. —Sonrió.

Seguimos cenando y bebiendo, dejando a un lado mi drama con Nico, y hablamos sobre su cena con Alan de la noche anterior.

Me dijo que al igual que la primera vez que salieron, fue un hombre de lo más amable y encantador, y que se atrevió a darle un beso rápido en los labios cuando la dejó en su casa.

Miré a mi hermana con los ojos y la boca muy abiertos porque eso sí que era una sorpresa, algo que no esperaba a menos de momento, a fin de cuentas, era la segunda cita y sabía por Elvira que le costaría mucho volver a confiar en un hombre, prueba de ello era la cantidad de años que habían pasado sin que tuviera una cita con alguien.

Y entre lágrimas de risas y margaritas, pastel de chocolate y algún que otro *gin-tonic*, nos dieron las tres y media de la madrugada, momento en el que, mareadas como piojos y borrachas como cubas, caminamos por el pasillo hasta las habitaciones.

—Lara, ¿desde cuándo el pasillo es tan largo? —me preguntó con la lengua de trapo.

—Yo qué sé, hermana, pero me da que voy a ir a gatas, porque me da vueltas todo.

Y así acabamos las dos, gateando hasta las habitaciones para meternos en la cama. Mañana ya sería otro día.

—No es complicado, cariño, nosotros lo hacemos así a veces. —Sonrió.

Seguimos cenando y bebiendo, dejando a un lado mi drama con Nico, y hablamos sobre su cena con Alan de la noche anterior.

Me dijo que al igual que la primera vez que salieron, fue un hombre de lo más amable y encantador, y que se atrevió a darle un beso rápido en los labios cuando la dejó en su casa.

Miré a mi hermana con los ojos y la boca muy abiertos porque eso sí que era una sorpresa, algo que no esperaba al menos de momento, a fin de cuentas, era la segunda cita y sabía por Elvira que le costaría mucho volver a confiar en un hombre, prueba de ello era la cantidad de años que habían pasado sin que tuviera una cita con alguien.

Y entre lágrimas de risas y margaritas, pastel de chocolate y algún que otro *gin-tonic*, nos dieron las tres y media de la madrugada, momento en el que, mareadas como piojos y borrachas como cubas, caminamos por el pasillo hasta las habitaciones.

—Lara, ¿desde cuándo el pasillo es tan largo? —me preguntó con la lengua de trapo.

—Yo qué sé, hermana, pero me da que voy a ir a gatas, porque me da vueltas todo.

Y así acabamos las dos, gateando hasta las habitaciones para meternos en la cama. Mañana ya sería otro día.

Capítulo 34



Tras la noche de excesos que tuvimos Elvira y yo el sábado, nos pasamos el domingo tiradas en el sofá viendo películas. Mi hermana juró no volver a beber más en toda su vida, le dije que yo sería la culpable de que rompiera ese juramento.

El lunes tuve un par de sesiones de fotos, con una firma de cosméticos y con una de joyas, por lo que no tuve tiempo para nada que no fuera el trabajo. Y en ese nada, incluía también a nadie, pues Nico me llamó, pero no se lo cogí.

Después de tomarme el primer café de la mañana, acompañado de una tostada con pavo y aguacate, salí para ir a las oficinas de la firma Durán donde me esperaban para una sesión de fotos con David.

Las que nos hicimos en Roma iban a formar parte de la campaña que Jimena tenía en marcha para promocionar la nueva colección femenina, y había aún algunos de esos trajes con los que todavía no habíamos hecho fotos en el estudio de las oficinas.

Cuando llegué a la planta y vi a todos ir de un lado para el otro, sonreí. Víctor no dejaba de dar órdenes y los estilistas y modistas resoplaban.

Fui hacia mi salita de vestuario, sabía que Lupe no tardaría en unirse a mí, y al pasar por una de las puertas que estaba entreabierta, escuché la voz de Susana, estaba hablando con otra mujer, no sabría decir si era modelo o una de las estilistas, pero me quedé allí escuchando detrás de la puerta en cuanto el nombre de Nico hizo su aparición.

—Está claro que después de la noche del viernes, Nico y yo estamos mejor que nunca. Fuimos a cenar, a tomar una copa y acabamos la noche en su casa.

—Pero las fotos con la modelo nueva en Roma…

—Oh, vamos, olvida eso. Sabes que es como siempre, una estrategia de ventas de la nueva colección. ¿Crees que habría pasado todo el fin de semana conmigo si de verdad estuviera con ella? —Al escuchar aquello fruncí el ceño.

Nico me llamó el sábado para invitarme a ir a su casa, ¿y al decirle que no, la llamó a ella? Eso sí que me parecía lamentable, y no hacía más que confirmarme que yo no era más que otra de sus muchas amantes.

—Por cómo los veía a ellos juntos, te aseguro que pensé que estaban saliendo.

—Pues no, está claro que ella fue solo un capricho y, como te digo, una estrategia de ventas. Yo lo tenía claro desde el principio.

—¿Y entonces vosotros…?

—Estamos como siempre, viéndonos cuando nos apetece. Yo sé que él no es hombre de una sola mujer, pero también sé que cuando se dé cuenta de que yo siempre he estado ahí, recapacitará en esos pensamientos.

—Tú lo que quieres es ser la jefa de todos nosotros y que eche a Jimena. —Sonrió la otra mujer.

—Conseguir eso, sí que será mucho más difícil, pero no imposible.

Ya había escuchado bastante, no quería seguir oyendo la voz de aquella odiosa mujer que, estaba claro, conocía a Nico de tal modo que muy probablemente incluso acabara consiguiendo que echara a de la firma a su mejor amiga y socia.

Cuando entró Lupe estaba lanzando el bolso al sofá con tanta fuerza, que podría haberse desperdigado todo.

—¿Estás bien, *mija*? —me preguntó.

—Perfectamente. —Sonreí—. ¿Me ayudas a cambiarme?

—Claro.

Y así pasaron aquellas cuatro horas; entre cambios de ropa, miradas fulminantes de Susana hacia mí cuando nos cruzábamos por los pasillos, ganas de mandarla lejos y no volver a verla, y de irme a casa rompiendo el contrato con la firma, pero eso último no lo debía de hacer.

No iba a perder un trabajo tan bueno como este por culpa de una mujer que me odiaba y quería hacerme la vida imposible, solo porque el hombre con el que se acostaba se hubiera fijado en mí.

Cuando acabé la sesión, David y yo nos quedamos allí con Víctor echando un vistazo a las fotos, desde luego que ese hombre sabía cómo sacarnos una sonrisa que quedara perfecta en cada imagen.

Era superfácil trabajar con él, todas las órdenes que daba lo hacía de un modo de lo más correcto, y aún no le había escuchado dar una voz más alta que otra si se frustraba por algo.

Realmente era como si no se frustrara por nada, vaya.

Me despedí de ellos y fui a cambiarme de ropa, Lupe me ayudó a quitarme el vestido de cóctel que había usado en esa ocasión, y también me dijo que ella se encargaba de deshacer el recogido y cepillarme el pelo.

—Aunque sonreías de verdad para la cámara, no era una de tus sonrisas, *mija* —me dijo mientras quitaba las horquillas de mi cabello para dejarlo suelto—. Sé que algo te preocupa.

—No es nada, Lupe, de verdad, estoy bien.

—Mi abuela solía decir que no hay mal que mil años dure. Sea lo que sea que te tiene con la cabeza en otra parte, seguro que tiene solución. Solo espera, *mija*, ten paciencia.

Asentí, Lupe me cepilló el cabello y mientras hablábamos, me hizo una trenza.

—Creo que la última vez que mi madre me hizo una trenza, tenía once años.

—Pues te queda muy bien, ya sabes cómo quitarte calor en la casa. —Sonrió.

—Gracias, Lupe. —Le cogí la mano que tenía en mi hombro.

—¿Gracias por qué, *mija*?

—Por la charla —sonreí—, me ha venido bien.

—Cuando necesites otra, ya sabes dónde estoy.

Asentí antes de que se fuera, cogí mi bolso y salí para ir hacia los ascensores, momento en el que vi a Nico en la sala hablando con Víctor, me apresuré a llegar evitando que me viera, pero lo hizo y me llamó.

—Lara, espera —me pidió cuando estaba entrando en el ascensor, y entró él.

—Tengo prisa. —Pulsé el botón de la planta baja.

—¿Qué te pasa? Llevas evitándome desde el sábado que hablamos.

—Bueno, según tengo entendido no es que eso te haya importado mucho, la verdad.

—¿De qué estás hablando?

—Obviamente de que como no acepté tu invitación del sábado, me buscaste un remplazo.

—¿Qué quieres decir?

—No te hagas el tonto que no te pega, ya eres un hombre suficientemente adulto como para que yo tenga que aclararte las cosas.

—Lara, te juro que no sé de qué me hablas.

—Te refresco la memoria. Viernes noche, cena, una copa y acabasteis en su casa. Y como yo el sábado no estaba disponible, la volviste a llamar a ella para pasar el fin de semana juntos en tu casa. Lo que no entiendo es que tuvieras la poca vergüenza de llamarme ayer.

—Lara, sigo sin entender nada —dijo cuando se abrieron las puertas del ascensor, y salí.

—A ver si esto sí lo entiendes. —Me giré evitando que saliera él detrás de mí—. No voy a ser una más de tus amantes, no voy a ser tan idiota como caer en tus encantos otra vez solo porque tú creas que pedirle a la prensa que nos haga unas fotos en plan parejita feliz va a ser una buena estrategia de venta para la firma.

»Jamás he hecho algo así, y mucho menos, me he acostado con alguien por mero interés. Sabía que esto no llegaría a ningún lado, pero en serio, pensé que al menos tendrías el valor de decirme que se había acabado, antes de que me enterara por ella. No vuelvas a buscarme, no quiero saber nada más de ti.

En el momento en el que las puertas del ascensor empezaron a cerrarse, Nico estaba tan absorto en lo que le había dicho, que no hizo por impedirlo.

Yo caminé con decisión hasta la calle y subí al coche para ir a comer con mis padres, quedarme sola en casa solo me serviría para dar más vueltas a un asunto que, ahora me daba cuenta, no merecía la pena.

Se podía quedar con él, allá ella si estaba bien con eso de compartir al hombre con el que tenía algo, lo que fuera, yo jamás podría hacer eso, y ya había pasado por el dramático capítulo de infidelidad en mi vida, no estaba preparara para enfrentarme a uno más.

Cuando mi madre me vio allí sonrió, me dio un abrazo, y supe que en ese momento era todo lo que necesitaba, el calor de mi casa, el cariño de mis padres, y las natillas con galletas que acababa de ver que mi madre había preparado para postre.

—Obviamente de que como no acepté tu invitación del sábado, me buscaste un remplazo.

—¿Qué quieres decir?

—No te hagas el tonto que no te pega, ya eres un hombre suficientemente adulto como para que yo tenga que aclararte las cosas.

—Lara, te juro que no sé de qué me hablas.

—Te refresco la memoria. Viernes noche, cena, una copa y acabasteis en su casa. Y como yo el sábado no estaba disponible, la volviste a llamar a ella para pasar el fin de semana juntos en tu casa. Lo que no entiendo es que tuvieras la poca vergüenza de llamarme ayer.

—Lara, sigo sin entender nada —dijo cuando se abrieron las puertas del ascensor, y salí.

—A ver si esto sí lo entiendes. —Me giré evitando que saliera él detrás de mí—. No voy a ser una más de tus amantes, no voy a ser tan idiota como caer en tus encantos otra vez solo porque tú creas que pedirle a la prensa que nos haga unas fotos en plan parejita feliz va a ser una buena estrategia de venta para la firma.
»Jamás he hecho algo así, y mucho menos, me he acostado con alguien por mero interés. Sabía que esto no llegaría a ningún lado, pero en serio, pensé que al menos tendrías el valor de decirme que se había acabado, antes de que me enterara por ella. No vuelvas a buscarme, no quiero saber nada más de ti.

En el momento en el que las puertas del ascensor empezaron a cerrarse, Nico estaba tan absorto en lo que le había dicho, que no hizo por impedirlo.

Yo caminé con decisión hasta la calle y subí al coche para ir a comer con mis padres, quedarme sola en casa solo me serviría para dar más vueltas a un asunto que, ahora me daba cuenta, no merecía la pena.

Se podía quedar con él, allá ella si estaba bien con eso de compartir al hombre con el que tenía algo, lo que fuera, yo jamás podría hacer eso, y ya había pasado por el dramático capítulo de infidelidad en mi vida, no estaba preparara para enfrentarme a uno más.

Cuando mi madre me vio allí sonrió, me dio un abrazo, y supe que en ese momento era todo lo que necesitaba, el calor de mi casa, el cariño de mis padres, y las natillas con galletas que acababa de ver que mi madre había preparado para postre.

Capítulo 35



Tenía ese miércoles libre, no había sesiones ni nada urgente que Rosa tuviera agendado, así que me levanté con la idea de ir al hospital y saludar a los niños.

Tras una ducha, me puse unos vaqueros blancos cortos con una camiseta en rosa pastel y las deportivas en ambos tonos, recogí mi cabello en una coleta alta, y me tomé un café antes de ir al centro comercial a por algunas cosas para los niños.

Volví a llegar al hospital cargada de bolsas con cuentos, más puzles y juegos.

La enfermera que estaba allí cuando fui con Alicia me reconoció al verme salir del ascensor y sonrió.

—Entre usted y sus padres, van a conseguir que esos niños los quieran más que a los suyos propios —me dijo.

—Por favor, tutéame. —Sonreí—. Y créeme que nunca será suficiente lo que podamos traerles. Al menos, el tiempo que estén aquí que se diviertan leyendo y jugando.

—Eso es verdad.

—Oh, y, por cierto, estos libros juveniles son para los más mayores, ¿se los podrías entregar?

—Puedes dárselos tú, ahora están todos en la sala de juegos viendo la televisión.

—Pues voy para allá.

Asintió y yo fui directa a la sala en la que conocí a los más pequeños, y allí estaban ellos, jugando en grupos, por parejas, coloreando o haciendo puzles, mientras los más mayores, los adolescentes, veían la televisión y al mismo tiempo, estaban pendientes de los niños, al igual que una de las cuidadoras que estaba sentada en una silla vigilándoles.

—¡¡Lara!! —gritó Lucía al verme, se levantó de la mesa en la que estaba haciendo un puzle con Darío, y vino corriendo a verme— Has venido, has venido, ¡has venido! —seguía gritando cuando se me rodeó con sus

pequeños bracitos por la cintura.

—Sí, cariño, he venido.

—Los otros días estuvimos con tus papás. Son muy divertidos.

—¿Verdad que sí?

—Sí. Y las galletas de tu mamá, están buenísimas.

—Dímelo a mí, que de pequeña no me conformaba con una o dos. —Puse cara de terror y ella se echó a reír.

—¿Qué has traído? ¿Es para nosotros?

—Ajá. Ven, vamos con los demás. —Ella asintió con una enorme sonrisa en su preciosa carita, y me acompañó a uno de los sofás que había libre al lado del que ocupaban dos chicas que debían tener unos catorce años.

Fue Lucía quien me presentó a los mayores, les dijo que era modelo y que iría a visitarles cuando pudiera, como hoy, y que había traído regalos para todos.

Saqué primero los cuentos, que me quitaron rápido de las manos para colocarlos en la estantería, después los libros de colorear y por último los puzles.

A los más mayores, que eran en total cuatro chicas y tres chicos, les entregué los libros que había comprado.

—En la librería me han dicho que estos de fantasía están siendo un éxito entre los jóvenes —dije cuando los cogieron.

—Es verdad, hablan muy bien de ellos en las redes —me contestó la mayor de las chicas, Anabel, de dieciséis años.

—Si queréis leer algo en concreto que os guste, por favor, haced una lista y que se la den a Alicia o me la envíen a mí las enfermeras al móvil, estaré encantada de traéroslos o hacer que alguien os los entregue.

—Vale, guay —dijo Kike, que, de los tres chicos, con trece años, era el pequeño.

—Y ahora, traigo una cosita para todas las chicas. —Sonreí—. Espero que os guste.

Cogí la bolsa de la tienda, y comencé a sacar esos pañuelos que había comprado para ellas.

Eran todos en tonos pastel, había de varios colores y dejé que las niñas y las mayores escogieran el que quisieran.

A las más bebés se los pusimos nosotras y cuando acabamos, Lucía me miraba con tristeza.

—¿Qué te pasa, princesita?

—No tengo pañuelo, han escogido todas menos yo —murmuró.

—Hermanita, no te preocupes, ¿quieres que te hagamos uno con mi camiseta? —le dijo Darío, que era un amor de niño y un hermano mayor, increíble.

—No, yo quería uno de esos suaves.

—Lucía, toma, que te doy el mío. —Me giré al escuchar la vocecita de una de las niñas—. Ya me comprará uno mi mami.

—No, Julia, ese es tuyo, lo has escogido tú.

—Lucía —la llamé y vi que tenía sus preciosos ojitos azules brillantes—. No te has quedado sin pañuelo, mi niña —Sonreí—. Es que para ti tengo uno especial. De hecho… —Saqué los dos que había guardado en mi bolso, y cuando ella vio que eran iguales, en rosa y blanco como la ropa que yo llevaba, abrió la boca y los ojos— Uno es para ti y el otro es para mí.

—¡Qué bonito, Lucía! —dijo otra niña.

—¿Me lo pones, Lara?

—Claro que te lo pongo, cariño. —Sonreí, le acaricié la mejilla y le di un beso en la frente.

Le puse el pañuelo, una de las mayores me ayudó a ponérmelo a mí, y cuando los tuvimos todas puesto, le pedí a la cuidadora que nos hiciera unas fotos.

Y fue en ese momento en el que se me ocurrió una idea, tal vez era algo loco, pero estaba segura de que a la persona, o más bien, personas, en las que pensé para que me ayudaran a llevarla a cabo, estarían encantadas.

Le mandé un mensaje a mi hermana para invitarla a comer y aceptó, así que le dije que estaría en la clínica a la una y media, cuando cerraba.

Mientras estaba allí, con todos los niños y los mayores entretenidos, la pequeña Lucía se quedó a mi lado coloreando y Darío se sentó a mi lado.

—No ha dejado de hablar de ti, ni de tus padres, desde que os conocimos —me dijo.

—¿En serio?

—Sí —asintió—. Le caíste bien, y esto que has hecho hoy… No va a dormir en lo que queda de semana. —Sonrió.

—Eres un buen hermano mayor, Darío, Lucía tiene mucha suerte.

—Pero nadie nos adopta, y ella ve a los demás niños cuando vienen sus padres y se pone triste. Sonríe más desde que te conoce.

—¿Me dejas hacerte una promesa?

—Si no la puedes cumplir, no. Mis padres nos dijeron que no iban a dejarnos nunca, y se fueron al cielo.

—Cariño, eso es algo que nadie puede evitar. —Le cogí la mano entre las mías y vi que quería llorar, pero como él era el hermano mayor, no lo hacía, así que le pasé mis pulgares por sus ojitos—. Os cuidan desde ahí arriba, y desde aquí, yo te prometo que haré que Lucía sonría más. Vendré siempre que pueda, de verdad.

—Vale.

Sonreí, y le vi volver con su hermana a la mesa y seguir coloreando. Estaba sensible esos días, por Nico, por lo que había pasado con él, y el estar con estos niños me dejaba esos sentimientos a flor de piel que me dejaban mucho más sensible aún.

Me despedí de todos asegurándoles que volvería otro día, Lucía me abrazó fuerte y me dio uno de esos besos sonoros y sonrió cuando se apartó.

—Adiós, Lara.

—Adiós, mi niña.

Las enfermeras estaban allí esperando para llevar a todos a sus habitaciones y servirles la comida, y sonreían, algunas incluso tenían los ojos brillantes como si estuvieran a punto de que se les escapasen algunas lagrimillas.

Subí al coche y llamé a Fran, le comenté lo que había pensado y no solo me dijo que contara con él, sino que lo estaba deseando.

Llegué a la clínica y vi a Elvira cerrando, aparqué y me uní a ella que me recibió con un fuerte abrazo.

—Qué carita tienes. —Me acarició la mejilla—. ¿Ha pasado algo más?

—Sí —suspiré mientras caminábamos hacia el bar que había allí cerca—. Ahora te cuento. Y algo más que quiero comentarte.

—Vale.

Las dos horas de comida las pasamos así, desahogándome por lo que el día anterior escuché de boca de Susana, llorando porque seguía teniendo sentimientos por Nico, y ella consolándome, diciendo que estaba segura de que todo acabaría arreglándose.

Le pregunté por Alan y la sonrisa que se le dibujó me lo dijo todo. Ese hombre le gustaba de verdad, y por cómo hablaba de él, y de su hija, no me quedaba duda de que acabaría habiendo algo entre ellos.

También hablé con ella sobre esa idea que tenía en mente, sonrió y me dijo que no solo me ayudaría, sino que estaría encantada de hacerlo.

Tras el café la acompañé de vuelta a la clínica y nos despedimos con un abrazo, quedamos en ir hablando y en vernos, y sus últimas palabras me sorprendieron.

—Alan quiere conocerte. —Sonrió.

—Uy, eso es que va en serio la cosa.

—Solo quiere conocer a mi hermana pequeña, creo que es porque Paula sabe que eres modelo, te sigue en redes y quiere un autógrafo.

—Ya. —Sonreí—. Bueno, pues organiza algo para los tres y me vas diciendo, ¿sí?

—Vale. Y, Lara.

—Dime.

—No te preocupes por Nico, si él no es el hombre con el que debes estar, ya llegará el que te vea como la princesa de sus sueños y de su reino.

—¿Y le dirás que me dedique esa canción de OBK? —Reí.

—No me des ideas, que capaz soy de decírselo. Y en la radio, además, para que lo escuche todo el mundo.

—Madre mía, Elvira, que eso lo hacían en tu época adolescente.

—No me acabas de llamar vieja, ¿verdad? Ni pleistocénica ni nada de eso. —Arqueó la ceja.

—No, no, Dios me libre.

—Más te vale. Nos vemos, cariño.

Subí al coche y me fui para casa, quería dar más forma a esa idea que se me había pasado por la cabeza y que sabía que al final llevaría a cabo.

—No, no, Dios me libre.

—Más te vale. Nos vemos, cariño.

Subí al coche y me fui para casa, quería dar más forma a esa idea que se me había pasado por la cabeza y que sabía que al final llevaría a cabo.

Capítulo 36



Viernes, y acababa la semana con una sesión de fotos para una firma de lencería.

La fotógrafa con la que trabajaban ellos desde hacía años era un encanto, y al igual que con Víctor, daba gusto posar, puesto que muchas de las veces me pedía que improvisara, que lo hiciera como yo quisiera y de ese modo quedaban unas fotos más naturales.

—Han quedado perfectas, Lara —me dijo con una amplia sonrisa—. No digas nada, pero eres mi modelo favorita —murmuró.

—No será para tanto, Romina. —Sonreí.

—Sí, sí, te lo digo yo. Hay otros modelos que les pido que hagan lo que quieran, y están como pollos sin cabeza, perdidos y posando como si de verdad les diera indicaciones.

—Hay gente que prefiere que les den indicaciones. —Me encogí de hombros—. Me voy, que he quedado para comer con…

—¿Ese hombre tan guapo que lleva esperando diez minutos? —preguntó mientras echaba un vistazo a la puerta, y vi que era Nico.

—Pues no —fruncí el ceño—, y no sé qué hace aquí.

—Está claro, cielo, ha venido a buscarte. Hacéis muy buena pareja.

—Vistes las fotos —suspiré.

—Yo, y toda España. Y me atrevería a decir que las vieron en el mundo enero.

—Adiós, Romina.

—Adiós. —Sonrió.

Caminé hacia la salida donde estaba Nico, luciendo uno de los elegantes trajes de su firma en color gris con una camisa blanca y sin corbata, y cuando me acerqué a él se apartó del marco de la puerta.

—Hola, preciosa. —Sonrió.

—¿Qué haces aquí? Te dije que no quería que volvieras a buscarme. ¿Y cómo sabías…? Rosa —dije a sabiendas de que le habría preguntado a ella.

—Tenemos que hablar.

—No hay nada de lo que hablar.

—¿Qué pasa, Lara? —Me cogió del brazo evitando que siguiera andando— No sé qué he hecho, o qué crees que he hecho, necesito que hablemos.

—Acostarte con ella, con Susana —contesté mirándole fijamente a los ojos, y él los abrió, como si le sorprendiera —. Eso has hecho.

Hice que me soltara y continué andando hasta la salida del edificio. Necesitaba alejarme de él, poner tanta distancia como me fuera posible, pero no lo conseguí.

—No me acosté con ella. —Entrelazó nuestras manos e hizo que girara para quedar frente a él—. Lara, no me he acostado con nadie desde que te conozco.

—No es eso lo que va contando ella.

—Vamos a tomar un café, por favor. Vamos a hablar de esto.

—No quiero hablar contigo, Nico, me queda claro que soy…

—Por favor, Lara, necesito que me digas qué es lo que va contando Susana.

—Está bien. —Accedí—. Pero no voy a creer nada de lo que me digas ni querré verte.

—Vale, será como tú quieras que sea.

Fuimos a una cafetería que había al lado, pedimos un par de cafés y cuando nos los trajeron, no esperé a que volviera a preguntar, le conté lo que ella me había dicho en las oficinas el día que David nos vio juntos, y lo que estuvo hablando con otra mujer en la sala donde se preparaba para una sesión.

No me interrumpió ni una vez, eso sí, su cara lo decía todo. Estaba molesto y sin duda era porque me había enterado de lo que hacía, de su juego a dos bandas.

—Es mentira —dijo cuando terminé de hablar—. No estuve con ella ese fin de semana.

—Pero el viernes sí, yo os vi juntos por la noche.

—¿Y por qué no te acercaste a mí? Solo nos vimos porque tenía que hablar con ella para una sesión conjunta de mi firma y una de joyas con la que ella trabaja. Cenamos y después sí, fuimos a tomar algo, pero nada más. Lara, hace mucho que no tengo nada con ella.

—Pero lo has tenido.

—Sí, y admito que no debí traspasar la barrera, ella trabaja para mí.

—Y conmigo has vuelto a romperla.

—El sábado estuve con Jimena preparando algunas reuniones. Al decirme que no podíamos vernos la llamé y pasamos toda la tarde y parte de la noche en mi casa, el domingo estuve solo.

—Me da igual, Nico, no voy a creer nada de lo que me digas.

—Entonces pregúntale a Jimena. Pregúntale a ella y verás que digo la verdad.

—No voy a llamar a Jimena para preguntarle.

—Entonces lo hago yo. —Sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y tras marcar, puso el manos libres.

—Dime —respondió Jimena al otro lado de la línea.

—Jimena, ¿qué hice el sábado durante toda la tarde? —le preguntó.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo así?

—Tú contéstame, Jimena.

—Estuvimos los dos en tu casa preparando reuniones. En serio, Nico, ¿estás en el hospital por algún golpe? No me asustes, joder.

—Estoy con Lara, escuchó a Susana decir que pasó el fin de semana conmigo.

—Hija de… —suspiró—. No voy a perder mi tiempo en hablar de esa mujer. Lara, ¿me escuchas, cielo?

—Sí —respondí, mortificándome.

—No hagas caso de lo que diga esa mujer, miente más que habla.

—Vale.

—Jimena, no voy a volver a la oficina hoy.

—Después de esto, lo suponía. Paso la reunión de esta tarde al lunes, no te preocupes.

—Gracias.

Colgó y tras guardar el móvil de nuevo en su bolsillo, me cogió ambas manos por encima de la mesa.

—Preciosa, cuando tengas dudas sobre algo que hayas oído, ven a hablar conmigo.

—La escuché muy segura de lo que decía. Ella…

—No me importa, Lara —me interrumpió—. Ella no me importa, tú sí. Y no eres ni una más, ni te usé para una maldita estrategia de *marketing* para vender más. ¿Aceptas que te invite a comer? Por favor —me pidió cuando abrí la boca, dispuesta a decir que no.

—Siento no haber acudido a ti para verificar lo que dijo. David me advirtió, me pidió que no hiciera caso de lo que ella pudiera decir, pero…

—Créeme, sé cómo es Susana y sí, puede ser muy convincente cuando se lo propone.

—¿Dónde quieres invitarme a comer?

—¿Solos en mi casa? Prometo ser bueno —dijo llevándose la mano al pecho, sobre el corazón.

—Más te vale que seas bueno de verdad. —Sonreí.

—Eso dependerá de ti. —Me hizo un guiño.

Noté que me sonrojaba y acabé colocándome un mechón de cabello tras la oreja mientras apartaba la mirada.

No iba a mentir diciendo que no seguía sintiendo algo por él, pues mis sentimientos no habían cambiado en absoluto, solo que no quería mostrar más de lo estrictamente necesario.

Eso que sentía por Nico era lo que me había llevado a pasarlo mal por las palabras, inventadas, ahora lo sabía, de una mujer que no dejaba lugar a duda que quería estar con él, sin importar a quién hiciera daño en el camino para conseguir su objetivo.

Nico pagó los cafés, me acompañó al coche y tras ir a por el suyo, fuimos a su casa a comer.

Y de verdad que no iba con la intención de nada más que no fuera eso, comer con él, pero en el momento en el que Nico me besó y acarició la mejilla, todo lo que nos rodeaba pasó a un segundo plano, como ya era costumbre entre nosotros, y acabamos envueltos por el deseo que ambos sentíamos.

Inevitable, como siempre, no acabar dejándonos llevar.

Eso que sentía por Nico era lo que me había llevado a pasarlo mal por las palabras, inventadas, ahora lo sabía, de una mujer que no dejaba lugar a duda que quería estar con él, sin importar a quién hiciera daño en el camino para conseguir su objetivo.

Nico pagó los cafés, me acompañó al coche y tras ir a por el suyo, fuimos a su casa a comer.

Y de verdad que no iba con la intención de nada más que no fuera eso, comer con él, pero en el momento en el que Nico me besó y acarició la mejilla, todo lo que nos rodeaba pasó a un segundo plano, como ya era costumbre entre nosotros, y acabamos envueltos por el deseo que ambos sentíamos.

Inevitable, como siempre, no acabar dejándonos llevar.

Capítulo 37



Elvira me había escrito esa mañana para preguntarme si tenía planes para cenar, y a pesar de que era sábado no lo tenía, salvo quedarme en casa descansando.

Pero como Alan quería conocerme, le había propuesto a mi hermana que fuera hoy, así que acepté una invitación a cenar con ellos.

Cuando llegué al restaurante asiático donde me había citado ella, entré y una camarera me acompañó a la mesa donde me estaban esperando.

Mi hermana sonrió al verme, y yo me quedé gratamente impresionada al ver al hombre con el que estaba sentada, ese que, cuando se puso en pie, pude comprobar que era tan alto como Nico.

Rubio, con los ojos marrones, y una bonita y sincera sonrisa.

—Espero no llegar tarde —dije abrazando a mi hermana.

—No, cariño, nos acabábamos de sentar. Lara, él es Alan. —Sonrió mientras le señalaba—. Alan, ella es mi hermana pequeña.

—Encantada de conocerte, Alan. —Le tendí la mano.

—El placer es mío, tu hermana no deja de hablar de ti. Lara esto, Lara aquello.

—Uy, todo mentira, seguro. —Reí.

—No lo creo. ¿Vino? —preguntó cuando nos sentamos.

—Sí, por favor —respondí, y me llenó la copa—. Me ha dicho Elvira que os conocisteis en la clínica. —Di un sorbo a mi copa.

—Sí, pero porque llevé a mi hija, yo no necesito revisiones ginecológicas.

—Sí, sí, eso lo sé. —Reí—. Felicidades, vas a ser abuelo.

—Gracias. —Sonrió y se le notaba que estaba feliz con esa noticia.

—Un abuelo muy joven, eso sí.

—Sí, jamás pensé que mi hija me haría abuelo a los cuarenta y cinco, cuarenta y seis, pero. —Se encogió de hombros—. Si ha llegado ahora, es bienvenido.

—No muchos padres se lo tomarían así. —Dejé la copa y cogí la carta, al igual que ellos.

—Ciertamente fue una sorpresa, una noticia que no esperaba siendo ella tan joven, empezando la universidad. Pero no iba a hacer como ese chico, es mi niña y no se me pasó por la cabeza dejarla tirada en ningún momento.

—Y eso dice mucho de ti. —Sonreí.

Él asintió a modo de agradecimiento y tras elegir lo que pediríamos para la cena, seguimos hablando.

Tal como me había dicho mi hermana, era un hombre encantador, simpático y amable, y con él me sentí como si nos conociéramos de toda la vida. La conversación entre los tres fue de lo más fluida y no hubo ni un solo momento en el que nos quedásemos en silencio, y tampoco faltaron las risas.

Después de la cena, Alan propuso ir a tomar una copa, y como no había llevado el coche, sino que pedí un taxi para ir hasta allí, volvería de igual modo a casa, así que las dos aceptamos esa copa encantadas.

Fuimos a un local cercano, estaba bastante bien y yo había ido con Fran alguna que otra vez. Pedimos *gin-tonic* para nosotras y whisky para él, y nos quedamos allí en la barra charlando y bailando.

Alan le dijo algo al oído a mi hermana y ella asintió, momento en el que le vi alejarse para ir al cuarto de baño.

—Es simpático —le dije tras dejar mi copa en la barra—. Y hacéis muy buena pareja. Me gusta ese hombre para ti, hermana. —Pasé el brazo por sus hombros.

—Ha estado viniendo a verme todos los días cuando cerraba la clínica, y cenamos juntos anoche, fue cuando me dijo que quedáramos hoy contigo. ¿De verdad crees que es un buen hombre?

—¿Acaso necesitas mi aprobación, Elvira?

—No es eso, es que… —suspiró— No quiero volver a equivocarme, Lara.

—A ver, hermana, ¿qué nos ha dicho siempre mamá desde que te divorciaste?

—Que nos podríamos equivocar muchas veces hasta encontrar al idóneo.

—Ahí lo tienes. Y sí, te puedes equivocar si decides estar con él, o no, pero no lo sabrás si no lo intentas. Y yo de ti, lo intentaba. —Sonreí—. ¿No has visto cómo está pendiente de ti todo el tiempo? Eso por no hablar de cómo te mira. Le tienes en el bote. Y a la hija ya te la ganaste también, así que, tienes medio camino hecho.

—Ay, Lara, que, si al final esto fuera enserio, me iba a convertir en madrastra y abuelastra con treinta y seis años.

—Y yo en tía y tía abuela con veintiséis. —Reí—. Por no hablar de mamá, que estaría encantada de ser abuela por partida doble.

—Ostras —se echó a reír—. Mamá sería abuela y bisabuela al mismo tiempo.

No pudimos parar de reír en pensar lo que diría mi madre ante esa noticia, y así nos encontró Alan cuando regresó que sonreía al vernos.

Seguimos disfrutando de la noche, pedimos otra copa y tal vez esa segunda no debería haberla pedido. Empecé a sentirme mal, fui a refrescarme al baño, pero no me noté mejor.

—Elvira, me voy a casa —dije cuando regresé.

—¿Qué te pasa, cariño? Tienes mala cara.

—Creo que algo no me ha sentado bien.

—¿Has venido en coche? ¿Quieres que te lleve y me quede contigo? —Me pasó la mano por la espalda.

—No, tranquila, vine en taxi y me iré así. —Sonreí, y le di un beso—. Nos vemos. Alan, ha sido un placer conocerte. —Le di un abrazo.

—Lara, mejor te llevamos nosotros —ofreció él.

—No, de verdad, no quiero estropear vuestra noche. En cuanto llegue a casa me meto en la cama. Mañana te llamo, hermana. —La abracé.

Salí del local y esa leve brisa de la noche hizo que cerrara un instante los ojos. Me sentía bastante mareada y por un momento creí que incluso acabaría vomitando, me apoyé en una pared tras haber caminado un poco, cuando me recuperé un poco del mareo, me incorporé para buscar un taxi, pero la tranquilidad duró poco pues el mareo regresó.

—¿Estás bien? —Miré hacia dónde venía la voz y vi a un chico de unos treinta años a mi lado.

—Solo un poco mareada, ¿podrías pararme un…? —Me pesaban los párpados y sentía que no podía apenas hablar.

—¿Un taxi? —preguntó— ¿Quieres que pare un taxi? —tan solo asentí— Claro, espera aquí.

Le vi ir hacia la carretera, y poco después me pareció que levantaba la mano. Cuando vi que caminaba de vuelta hacia a mí, sabía que me estaba diciendo algo porque veía sus labios moverse, pero no podía escuchar nada.

Se acercó, seguía viendo cómo se movían sus labios, yo intentaba decirle que no podía escucharle, pero me notaba todo el cuerpo pesado.

Cuando me cogió para ayudarme a ir hacia el taxi, sentí que el marero iba a más y más, tanto, que los párpados pesaban y apenas podía mantener los ojos abiertos.

Intentaba hablar y no podía, y lo único que escuchaba en ese momento era el latido acelerado de mi corazón. Sentí que me fallaban las piernas y, en un segundo, todo se volvió completamente negro.

—¿Estás bien? —Miré hacia dónde venía la voz y vi a un chico de unos treinta años a mi lado.

—Solo un poco mareada, ¿podrías pararme un…? —Me pesaban los párpados y sentía que no podía apenas hablar.

—¿Un taxi? —preguntó— ¿Quieres que pare un taxi? —tan solo asentí— Claro, espera aquí.

Le vi ir hacia la carretera, y poco después me pareció que levantaba la mano. Cuando vi que caminaba de vuelta hacia a mí, sabía que me estaba diciendo algo porque veía sus labios moverse, pero no podía escuchar nada.

Se acercó, seguía viendo cómo se movían sus labios, yo intentaba decirle que no podía escucharle, pero me notaba todo el cuerpo pesado.

Cuando me cogió para ayudarme a ir hacia el taxi, sentí que el marero iba a más y más, tanto, que los párpados pesaban y apenas podía mantener los ojos abiertos.

Intentaba hablar y no podía, y lo único que escuchaba en ese momento era el latido acelerado de mi corazón. Sentí que me fallaban las piernas y, en un segundo, todo se volvió completamente negro.

Capítulo 38



Me desperté con un dolor de cabeza de esos que auguraban una resaca de mil demonios, notaba unos pinchazos fuertísimos en las sienes y los párpados pesados, no tendría que haberme tomado aquellas últimas copas.

Abrí los ojos poco a poco y no distinguí el lugar en el que estaba. Era una habitación, pero, ni era la mía, ni la de la casa de Nico.

No recordaba mucho de lo que había pasado después de despedirme de mi hermana y Alan, ¿tal vez Nico me vio y acabamos en un hotel? Porque esto tenía toda la pinta de ser un hotel.

Y estaba en ropa en interior, seguro que había sido eso lo que pasó.

Me incorporé, eché un vistazo, pero no vi ropa de Nico, tampoco escuché la ducha, pero quizás había ido a por café o… No sé.

Cuando miré hacia el lado vacío de la cama vi un móvil y un pequeño papel doblado al lado, lo abrí y leí: «Mira e vídeo».

Fruncí el ceño, pero cogí el móvil y tras encenderlo, vi la pantalla en negro y lista para reproducir un vídeo.

Pulsé, y unos segundos después apareció la imagen.

En ella estaba yo en esa cama con un hombre, uno al que no se le veía el rostro en ningún momento. Me desnudaba y besaba el cuerpo y sentí unas terribles náuseas en ese momento.

¿Quién era ese hombre? ¿Cómo había acabado allí con él? No podía creérmelo, de verdad que no, y cada segundo que pasaba me ponía peor.

La imagen se acababa con ese hombre quitándome las braguitas, y entonces escuché una voz distorsionada hablando en el vídeo:

—*Si no quieres ver tu carrera arruinada, aléjate de Nicolás Durán*.

En ese momento me pareció que todo cobraba sentido, que aquello, fuera lo que fuera que me había pasado al igual que la grabación de ese vídeo, tenía que ser cosa de Susana.

Estaba llorando y no sabía qué hacer, dónde ir o a quién llamar, hasta que pensé en mi hermana, busqué mi móvil en el bolso que estaba tirado en el suelo junto al resto de mi ropa, y la llamé.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Elvira. —Seguía llorando—. Necesito que nos veamos en la clínica, por favor.

—¿Qué pasa, Lara? —Escuché ruido, se estaba levantando de la cama seguramente.

—¿Es tu hermana? —La voz de Alan me llegó un poco más baja, por lo que supuse que habían pasado la noche juntos.

—Lo siento, no sabía que estabas con él —sollocé.

—Lara, dime qué pasa que me estás asustando, por favor.

—Nos vemos en la clínica, quiero… quiero que me revises.

—Vale, estaré allí en quince minutos, ¿sí?

—Vale.

Colgué, me apresuré a vestirme y salí de aquella habitación y del hotel en busca de un taxi.

Paré al primero que vi, le di la dirección de la clínica de mi hermana e hice todo el camino llorando y secándome las lágrimas. Me temblaban las manos, me costaba respirar y estaba asustada. ¿Qué me habrían hecho?

Cuando llegué a la clínica vi que Elvira llegaba con Alan, él iba vestido como la noche anterior por lo que confirmaba el hecho de que habían dormido juntos.

—Lara, cariño, ¿qué pasa? —Me cogió ambas mejillas.

—Mejor os lo cuento dentro —sollocé, y ella asintió.

Nada más entrar fuimos a la consulta, les dije que no recordaba nada de lo que pasó después de que saliera del local, cómo y dónde me había despertado, y les enseñé el vídeo.

Mi hermana se llevó la mano a la boca y empezó a llorar, me miró, me abrazó, y cuando escucharon la voz distorsionada con aquel claro mensaje, fue Alan quien habló.

—¿Qué tienes con ese hombre?

—Lara es la imagen de su firma, y bueno…

—Vale, me hago una idea.

—Elvira, quiero que me hagas una revisión, quiero saber si…

—Vamos, quítate la ropa y ve a la camilla —me cortó y asentí.

Me temblaba todo, estaba nerviosa y sentía que se me iba a salir el corazón del pecho por el modo en el que latía, no podía ser que eso me estuviera pasando a mí.

Elvira hizo una exploración y tras unos minutos, me miró con alivio antes de hablar.

—No hay signos de que te hayan forzado.

—Entonces, ¿qué hicieron?

—Asustarte —contestó Alan, que estaba allí con nosotras, a mi lado y sin verme nada, obviamente—. Han querido asustarte, hacerte creer que anoche te acostaste con alguien para que dejes a ese hombre. Tienes que denunciar, Lara.

—Pero no me acuerdo de nada —sollocé de nuevo—. No sé qué pasó después de dejaros.

—Tuvieron que ponerte algo en la copa. ¿Perdiste en algún momento de vista alguna de ellas? —me preguntó.

—No, yo… Espera, sí, cuando fuiste al baño, mientras hablaba con Elvira tenía la copa en la barra, detrás de mí, pero si alguien se hubiera acercado, lo habría notado.

—O no, es gente es muy rápida. Tenemos que ir al hospital, que te hagan una analítica y con eso, y el vídeo, vamos a poner la denuncia. Yo te acompaño —me dijo Alan, y asentí.

Después de volver a vestirme, salimos de la clínica con un informe que había hecho mi hermana indicando que no tenía síntomas de haber sido forzada, y me llevaron al hospital donde trabajaba un médico amigo de Alan.

Nos atendieron rápido, hizo unos análisis de sangre y confirmó que me habían drogado, por eso no recordaba nada de lo que pasó.

De ahí fuimos a comisaría y con todas las pruebas, puse una denuncia sin poder decir quién había sido la persona que había hecho aquello porque no sabía quién era el tipo del vídeo y tampoco se le veía la cara.

Alan dijo que estaría muy pendiente de todo este asunto como mi abogado que era, y tanto él como mi hermana me aconsejaron hablarlo con Nico.

—Dado que quien te amenaza lo hace para que te alejes de él, es mejor que se lo digas, y cuanto antes —dijo Alan mientras conducía de camino a mi casa.

—Cariño, ¿quién puede querer que dejes a Nico? —preguntó Elvia.

—Una de las modelos de la firma, Nico tuvo algo con ella. Pero, aun así, no es una voz de mujer la que se escucha en el vídeo, y no puedo estar segura de que ella hiciera esto.

—Bueno, tú ahora debes estar tranquila. Y habla con él, dile lo que ha pasado, enséñale el vídeo y que sepa a lo que os enfrentáis —me aconsejó Alan cuando paró delante de mi edificio—. Y, sobre todo, llámame si necesitas algo, no importa la hora, ¿vale? Soy tu abogado.

—Gracias. —Sonreí—. Elvira, no les cuentes nada a papá y a mamá.

—No lo haré, solo espero que ese vídeo no salga a la luz antes de que podamos hablar con ellos.

—Yo también lo espero —suspiré y bajé del coche despidiéndome de ellos.

Cuando entré en casa le mandé un mensaje a Nico diciéndole que necesitaba hablar con él y fui a darme una ducha. Necesitaba quitarme esa sensación fea que tenía y no sentirme sucia y usada, pues era así como me sentía en ese momento.

De ahí fuimos a comisaría y con todas las pruebas, puse una denuncia sin poder decir quién había sido la persona que había hecho aquello porque no sabía quién era el tipo del vídeo y tampoco se le veía la cara.

Alan dijo que estaría muy pendiente de todo este asunto como mi abogado que era, y tanto él como mi hermana me aconsejaron hablarlo con Nico.

—Dado que quien te amenaza lo hace para que te alejes de él, es mejor que se lo digas, y cuanto antes —dijo Alan mientras conducía de camino a mi casa.

—Cariño, ¿quién puede querer que dejes a Nico? —preguntó Elvia.

—Una de las modelos de la firma, Nico tuvo algo con ella. Pero, aun así, no es una voz de mujer la que se escucha en el vídeo, y no puedo estar segura de que ella hiciera esto.

—Bueno, tú ahora debes estar tranquila. Y habla con él, dile lo que ha pasado, enséñale el vídeo y que sepa a lo que os enfrentáis —me aconsejó Alan cuando paró delante de mi edificio—. Y, sobre todo, llámame si necesitas algo, no importa la hora, ¿vale? Soy tu abogado.

—Gracias. —Sonreí—. Elvira, no les cuentes nada a papá y a mamá.

—No lo haré, solo espero que ese vídeo no salga a la luz antes de que podamos hablar con ellos.

—Yo también lo espero —suspiré y bajé del coche despidiéndome de ellos.

Cuando entré en casa le mandé un mensaje a Nico diciéndole que necesitaba hablar con él y fui a darme una ducha. Necesitaba quitarme esa sensación fea que tenía y no sentirme sucia y usada, pues era así como me sentía en ese momento.

Capítulo 39



Nico no me había contestado al mensaje, tampoco me había llamado, así que no podía quedarme en casa esperando más tiempo.

Cogí el coche y fui hacia su casa, esperando que estuviera allí, para poder hablar con él sobre ese asunto.

Cuando llegué pulse el botón que había junto a la puerta para que me abriera, y por suerte lo hizo, lo que me dejó un poco más tranquila.

Aparqué y fui hacia la entrada, esa que encontré entreabierta. Caminé por el pasillo hasta llegar al salón y lo encontré allí, usando un chándal y bebiendo un vaso de whisky, la botella medio vacía estaba en la mesa, a pesar de que no eran más que las doce de la mañana.

—Nico —le llamé, se giró, y por primera vez vi odio en sus ojos.

—¿A qué has venido?

—Te mandé un mensaje, como no respondiste…

—¿No te dice nada eso?

—Yo solo necesito hablar contigo, Nico.

—De qué, Lara, ¿del vídeo que me han enviado donde estabas con otro?

—¿Qué? —Apenas me salía la voz, y se me abrieron tanto los ojos que creí que se me saldrían.

—Vaya, veo que querías ocultarlo. ¿Es una especie de venganza o algo así, por pensar que estuve con Susana?

—No, no, Nico, yo no… yo…

—No intentes inventar una excusa creíble, porque no creeré una mierda de lo que me digas. —Dejó el vaso con

fuerza sobre la mesa y vino hacia mí—. Sigues sin creerme, a pesar de que Jimena te dijo la verdad.

—Nico, te juro que no es lo que crees. —Se me hacía un mundo hablar, estaba a punto de llorar.

—Jamás pensé que fueras esa clase de mujer. —Se cernió sobre mí, y como era tan alto tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarle—. Tienes un contrato con mi firma, pero nada más, no hay nada ni habrá nada más que nos relacione. De verdad que no puedo creer que me hayas hecho esto, Lara.

—No he hecho nada, Nico, tienes que creerme.

—¿Creerte? ¿Igual que tú me creíste a mí? De todas las venganzas posibles que alguien podría hacer contra otra persona, esta es la peor.

—No he hecho nada, Nico, es lo que intento decirte. —Comencé a llorar.

—¿Quieres que piense que es un montaje o algo así? Porque he visto demasiadas veces tu cuerpo desnudo para saber que la mujer de ese vídeo, eres tú —dijo con asco mientras me miraba fijamente—. Y pensar que… —Cerró los ojos con rabia, respiró hondo y cuando volvió a mirarme, quise morirme, lo hacía con tanto odio en su mirada que me estaba rompiendo el alma en pedazos— Vete, Lara —dijo girándose para coger la botella, de la que bebió directamente—. Vete y no vuelvas a buscarme para nada. Como ya he dicho, entre nosotros solo habrá una relación de trabajo a partir de ahora.

—Te estás equivocando, Nico —sollocé.

—Señor Durán. —Me miró por encima del hombro con el rostro serio y duro.

Me quedé allí paralizada mirándole, notando el modo en el que el corazón se me hacía pedazos. Asentí, y sin decir una sola palabra más, salí de su casa llorando.

Subí al coche y no paré de llorar mientras conducía, sin un rumbo fijo hasta que me encontré parada en el salón de Fran.

Llamé al telefonillo, me abrió y cuando me vio parada en su puerta, llorando y temblando como un flan, frunció el ceño.

—Lara, ¿qué pasa?

—Se acabó —sollocé entrando, y él me abrazó.

—Por Dios, estás temblando. Ven, vamos a sentarnos en el sofá y me cuentas.

Y lo hice, le conté todo lo que había pasado desde que desperté esa mañana en una habitación que no era la mía, l que vi, le enseñé el vídeo y le dije lo del hospital y la denuncia, y cuando llegué al momento de habérselo querido contar a Nico, y lo que había pasado en su casa, no podía creérselo.

Escuché el telefonillo y fue a abrir, me dijo que era David que iba a comer allí con él. Me sequé las mejillas para que no me viera hecha una mierda, pues así me sentía, y cuando entró en el salón frunció el ceño, al igual que había hecho Fran.

Acabé contándoselo a él también, y sin que les dijera nada de mis sospechas, ambos dijeron que seguro que era cosa de Susana.

—Esa mujer es mala, no, lo siguiente a eso —dijo David—. Y mi hermano es gilipollas por pensar siquiera que tú harías algo así. Voy a hablar con él.

—No, David, no lo hagas —le pedí.

—Por supuesto que lo voy a hacer, no pienso permitir que pierda a la mujer de la que sé que está enamorado por culpa de una puta mentira orquestada por una bruja. —Se puso en pie y con el móvil en la mano, marcó el número de Nico—. Hermano, escúchame. Te estás equivocando con Lara —dijo, y desde ese momento lo único que se le oía decir que le escuchara, hasta que se quedó mirando el móvil—. Me ha colgado. No quiere que le hable de ti.

—Era de suponer. —Sonreí con tristeza mientras seguía llorando—. No has visto el odio con el que me miraba, y todo porque piensa que esto lo he hecho en venganza porque sigo pensando que estuvo con ella ese fin de semana

—Es mi hermano, pero desde luego que a idiota no le gana nadie. Se va a arrepentir de esto, lo sé, y cuando se dé cuenta de lo gilipollas que ha sido, será tarde.

—Vamos, vamos a comer que tengo una lasaña en el horno que os vais a chupar los dedos —dijo Fran poniéndose en pie.

—Yo me voy a casa. —Me levanté mientras me secaba las mejillas.

—Tú eres tonta si te piensas que hoy vamos a dejarte sola. —Fran me puso ambas manos en los hombros—. Te vas a quedar a comer, vamos a tomar café y a ver una peli, y luego, si quieres, nos emborrachamos antes de irnos a dormir. Pero de esta casa no te mueves hasta mañana después del desayuno.

—Fran —protesté.

—Así me llamo, sí. Vamos, a la mesa.

—De verdad, no quiero molestar, de haber sabido que tenías planes con David, no hubiera venido.

o

—Otra tonta como mi hermano —David resopló—. A ver si voy a tener que llevarte en brazos hasta la mesa.

—No tenía que haber venido.

—¿Y qué pretendías, quedarte sola en casa muerta del asco? Por encima de mi cadáver. —Fran me cogió de la mano y me llevó hasta la mesa.

En el fondo agradecía que me fueran a mantener distraída los dos, estando sola acabaría volviéndome loca.

ı

›

.

e

a

—Otra tonta como mi hermano —David resopló—. A ver si voy a tener que llevarte en brazos hasta la mesa.

—No tenía que haber venido.

—¿Y qué pretendías, quedarte sola en casa muerta del asco? Por encima de mi cadáver. —Fran me cogió de la mano y me llevó hasta la mesa.

En el fondo agradecía que me fueran a mantener distraída los dos, estando sola acabaría volviéndome loca.

Capítulo 40



Habían pasado cuatro días desde que fui a casa de Nico, en ese tiempo no nos habíamos visto ni siquiera por las oficinas.

David me dijo que había hablado con él y que le contó lo que yo le había dicho, la verdad de los hechos y de que alguien me había drogado para llevarme a ese hotel. Le dijo que sospechaba de Susana y Nico apenas mostró interés por eso.

Le agradecí que quisiera ayudarme e interceder por mí ante su hermano, pero que sabía que no iba a creer nada de lo que le dijera.

Alicia también estuvo al tanto de todo, fue el propio David quien se lo contó y, cuando la tarde anterior estuve en el hospital visitando a los niños, me invitó a tomar un café y decirme que no me preocupara, que estaba segura de que todo se arreglaría y que su hijo se acabaría dando cuenta de lo estúpidamente que se había portado conmigo.

Y esa mañana de jueves tenía una sesión de fotos en la firma, donde David me dijo que estaría conmigo todo el tiempo.

Entré en la sala y en cuanto me vio, se acercó a darme un abrazo y un beso en la frente.

—¿Cómo está mi modelo favorita? —preguntó con una amplia sonrisa.

—Está, que ya es mucho. —Sonreí débilmente.

—Tienes ojeras, no estás durmiendo bien.

—No mucho, pero porque todo este asunto me tiene preocupada. El no saber quién me drogó y que sea algo que pueda pasarle a cualquiera —suspiré.

—Se arreglará, ya verás como sí. —Volvió a besarme en la frente—. ¿El abogado te ha dicho algo nuevo?

—No, pero sé que no lo deja, quiere averiguarlo tanto como yo.

En ese momento miré hacia donde estaba Víctor y vi que Nico estaba allí con Susana. Él tenía el rostro serio, me observaba con la misma rabia de hacía unos días, y se notaba que no era muy fan de mi presencia en ese instante.

Ella, en cambio, sonreía con una mirada fría y malévola que dejaba claro que estaba disfrutando de su victoria. Tampoco me extrañaría que el propio Nico se hubiera acostado con ella solo para hacerme daño en una especie de revancha por seguir creyendo en lo que vio en ese vídeo y que pasó después de que se cortara.

Vi a Susana llamar la atención de Nico, cogiendo su mentón con una mano al tiempo que pasaba la uña de la otra por la tela de su camisa, sonreía mientras le hablaba y él acabó asintiendo.

Se fue poco después hacia Víctor para hablar con él, y yo dejé a David allí para ir a vestirme.

Eso sí, aproveché el momento en el que pasaba por al lado de ella, que estaba sola y mirando su móvil, para advertirle al oído.

—Te voy a desenmascarar, te juro que voy a descubrir la verdad y pagarás lo que me has hecho.

—No sé de qué me hablas, niña —contestó con desprecio mirándome por encima del hombro.

—Sí, sí lo sabes, y cuando todo el mundo sepa lo que has hecho, no volverás a tener trabajo en esta firma.

Fui hacia mi vestuario y antes de que llegara Lupe, llamé a Alan.

—Buenos días, Lara, iba a llamarte ahora —dijo al descolgar.

—¿Tienes noticias? —pregunté con la esperanza de que su amigo juez consiguiera que le dejaran ver el registro del hotel donde desperté esa mañana, así como las cámaras de seguridad.

—Sí, las mejores. —Noté que sonreía—. De las imágenes no hemos sacado apenas nada, solo se te ve a ti la cara, al hombre que cargaba contigo en brazos, que es el mismo del vídeo, no se le ve. Pero tenemos algo en el registro, la habitación está a nombre de Susana Hidalgo. Hizo reserva *on-line* y el pago fue cargado a su tarjeta del mismo modo. ¿Te suena ese nombre?

—Por el apellido no, porque usa uno más artístico como modelo, pero el nombre, sí. Si es la persona que creo, que tenemos que hacer algo.

—Lo haremos, solo dame lo necesario para pillar a esa mujer y que pague por lo que ha hecho.

—Te llamo luego —dije cuando se abrió la puerta y vi entrar a Lupe—. Gracias por todo, Alan.

—Para eso están los amigos, chiquilla. —Sonrió.

Colgué, Lupe me ayudó a vestirme, las estilistas entraron cuando estuve lista y me dejaron perfecta para esa sesión de fotos con David.

Cuando regresé a la sala no vi a Susana, pero Nico sí que estaba allí, junto a Víctor, comprobando que su hermano y yo seguíamos las indicaciones que nos daba para que las fotos quedaran perfectas, como siempre.

En uno de los últimos cambios de vestuario, cuando Lupe salió, entró Nico y me quedé paralizada.

—Por el bien de la firma, vamos a procurar tratarnos con cordialidad —me dijo.

—Por supuesto —no dije nada más.

—David vino a hablar conmigo.

—No me interesa lo que te dijera. —Pasé por su lado para abrir la puerta y salir, si él no quiso saber nada de mí, yo tampoco quería saber nada—. Lo que sea que halasteis es cosa de hermanos. Me vuelvo al trabajo.

Llegué a la sala y David frunció el ceño al ver que su hermano llegaba solo unos segundos después.

—¿Te ha dicho algo? —me preguntó.

—No le he dejado hablar.

—Ah. —Sonrió.

—He llamado a Alan, y tenía noticias. ¿Te parece bien si después vamos a comer con Fran? Me gustaría hablar con vosotros sobre algo que he pensado.

—Claro, ahora le mando un mensaje para que nos espere en la cafetería de su calle. Pero ¿está todo bien? ¿Son buenas noticias?

—Sí, y no, pero llevo pensando toda la mañana en lo que quiero hacer, y si sale bien, serán buenísimas noticias.

—Empiezas a darme miedo. —Rio.

—No eres tú quien debería tenerlo.

—Chicos, ¿seguimos? —preguntó Víctor.

—Sí —respondimos al unísono.

Continuamos con la sesión de fotos y cada vez que Víctor nos pedía a David y a mí que le mirásemos, sentía los ojos de Nico puestos en mí.

De vez en cuando le miraba, y a pesar de lo mucho que me dolía estar así con él, y el modo en el que me había tratado al no creerme a mí, pero sí en el vídeo que había visto, seguía sintiendo algo fuerte por ese hombre.

Algo que debía dejar a un lado en ese momento y con lo que tenía en mente, quería poder hacer lo que había pensado con la ayuda de David y Fran, y esperaba que de verdad saliera todo bien, que no fallara nada de lo que iba a pedirles que hicieran y que pronto quedara ese asunto resuelto.

—Sí —respondimos al unísono.

Continuamos con la sesión de fotos y cada vez que Víctor nos pedía a David y a mí que le mirásemos, sentía los ojos de Nico puestos en mí.

De vez en cuando le miraba, y a pesar de lo mucho que me dolía estar así con él, y el modo en el que me había tratado al no creerme a mí, pero sí en el vídeo que había visto, seguía sintiendo algo fuerte por ese hombre.

Algo que debía dejar a un lado en ese momento y con lo que tenía en mente, quería poder hacer lo que había pensado con la ayuda de David y Fran, y esperaba que de verdad saliera todo bien, que no fallara nada de lo que iba a pedirles que hicieran y que pronto quedara ese asunto resuelto.

Capítulo 41



Después de haber pasado la tarde del jueves con Fran y David planeando cómo hacer lo que quería para desenmascarar a Susana, hablamos sobre esa idea que se me pasó por la cabeza y que no dudé en llevar a cabo el viernes por la tarde con su ayuda.

Incluso mis padres, Alicia, mi hermana, Alan y su hija Paula, que resultó ser una chica encantadora, se unieron a nosotros en el hospital.

Había comprado disfraces para todos los niños y adolescentes del hospital, y nos presentamos allí después de comer para sorprenderles. Fran y todos sus empleados se encargaron de maquillarles y dejarles realmente espectaculares, e hicimos una sesión de fotos con ellos en el jardín que tenían acondicionado que quedaron preciosas, parecían unos auténticos modelos.

Los padres que iban a visitarles por las tardes se divirtieron de lo lindo con nosotros, incluso alguno se animó a que le pintaran la cara y posaron para esas fotos con sus pequeños, unas fotos que le había pedido a Romina, a modo de favor, que hiciera.

No lo dudó cuando le dije para quiénes eran esas fotos, puesto que sabía que hacía tiempo perdió a una prima por esa enfermedad.

Lucía y Darío no se apartaban de mí, eran mi princesa y mi pirata favoritos, y cuando miraba a mi madre, ella sonreía emocionada.

Aquella fue sin duda una de las mejores tardes de mi vida, y sentía que a esos niños y adolescentes que pasaban sus días allí, les había alegrado la estancia un poquito más.

Y ahora sí había llegado mi momento, ese en el que esperaba obtener unos resultados de los más positivos y que todo saliera a pedir de boca.

Estaba esperando a Fran y David en el local donde los había citado, encargándome de que todo el mundo supiera por boca de David que yo estaría en ese lugar y que iría con Nico, una mentira que obviamente necesitaba que Susana y su entorno de chismosos supiera.

Había pedido una copa y disfrutaba de ella tranquilamente en la barra, observando a mi alrededor para ver si la veía a ella, porque de verdad que esperaba que apareciera.

Fran me mandó un mensaje y me dijo que entraban ya, lo que quería decir que ella acababa de hacerlo.

Di un sorbo a mi copa, hice lo posible porque ella me viera bien, y cuando lo hizo, mientras yo disimulaba, se acercó flechada a mí.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí —dijo cuando llegó donde yo estaba.

—Con la de locales que hay, que estés tú aquí, no debe ser una coincidencia —contesté dejando la copa en la barra, y no tardé en ver a Fran y David colocarse detrás de ella de modo que no los viera.

—Pues no, no es una coincidencia. Creí que te había quedado claro que no te interpusieras entre Nico y yo.

—¿Me dijiste eso?

—En las oficinas te dejé claro que él no es hombre de una sola mujer, por no hablar de que está conmigo.

—Cuando le conocí no me habló de ninguna relación.

—Porque es algo que ocurre cuando a ambos nos apetece. De todos modos, creí que con mi mensaje te lo dejaba mucho más claro.

—¿Qué mensaje? —Fruncí el ceño.

—Lo sabes de sobra, el vídeo en el que se te ve en actitud poco decorosa con un hombre. ¿No te quedó suficientemente claro que tenías que alejarte de Nico o arruinaría tu carrera?

—¿Tú hiciste que me drogaran y me llevaran a ese hotel?

—Sí, yo fui yo. Y también le envíe el vídeo a Nico. Haría cualquier cosa con tal de que te alejaras de él.

—¿Es que no pensaste que podrían haberme hecho algo? ¿Qué clase de mujer hace eso, Susana? ¿Qué persona en su sano juicio le pediría a alguien que drogara a una mujer para abusar de ella sin su consentimiento?

—Una que siempre ha tenido lo que ha querido, no iba a permitir que me relegaran al olvido por ti, por tu maldita llegada a la firma como un capricho más de Nico. Pero te aseguro que conseguirle a él no me será difícil. Sé cómo es, sé lo que le gusta, lo que necesita, y tú no eres nada más que un inconveniente que pronto dejará de molestar. Cuando ese vídeo vea la luz, dirás adiós a tu carrera. Por no hablar de Nico. Más vale que no vuelvas a buscarle

nunca.

—La que no tiene que volver a buscarme nunca, eres tú —dijo Nico a su espalda, y cuando miramos las dos, le vimos girarse—. Eres la peor persona que he tenido la desgracia de conocer, Susana. No quiero volver a verte por las oficinas, no quiero que vuelvas a buscar trabajo en mi firma, y me voy a encargar personalmente de que te quedes sin los contratos con las firmas con las que colabora la firma Durán.

—Nico. —Se acercó a él.

—Y prepárate, porque no solo voy a hundir tu carrera, Susana, sino que mis abogados te harán pedazos en los juzgados.

—No me amenaces, Nico. Sabes que puedo contar cosas…

—¿Qué cosas? ¿Que hemos follado en locales de intercambio de parejas? —contestó, y miré a Fran y a David que estaban allí. Mi mejor amigo se quedó con los ojos tan abiertos como yo— Cuéntalo, siempre será tu palabra contra la mía. En cambio, yo sí tengo pruebas de tus métodos para conseguir trabajos para los que nadie contaría contigo. Antes de que acabe la próxima semana, no tendrás carrera y nadie querrá contratarte. Ahora vete, no quiero volver a tener nada que ver contigo en mi vida.

—Te vas a arrepentir, Nico, te juro que los dos os vais a arrepentir. —Nos señaló a ambos y se fue mirándome con esa rabia de otras veces.

En el momento en el que se marchó, Nico me miró, se acercó y acabó abrazándome.

—Siento haber dudado de ti, preciosa —me dijo.

—¿Qué haces aquí?

—Yo le llamé —contestó David—. Le pedí que viniera porque tenía que ver algo importante.

—Pero hablamos de que íbamos a grabar esta conversación. —Fruncí el ceño.

—Y está grabada, cariño. —Sonrió Fran.

—Lo que yo quería era que mi hermano lo viese y oyese con sus propios ojos y oídos. Y ha dado resultado. Susana es historia. Con lo que tenemos, tu abogado conseguirá una buena pena para ella.

—¿Qué abogado? —preguntó Nico frunciendo el ceño.

—Uno con el que sale mi hermana.

—Tengo abogados que pueden encargarse de esto.

—Que se encarguen de tus asuntos —dije mientras hacía que se apartara de mí—. Sé arreglármelas sola.

—No lo dudo, pero…

—Me voy a casa —le corté, pues si me quedaba un segundo más allí con él sabía que estaría perdida.

Fran y David asintieron mientras sonreían, dejando que me marchara. Ni siquiera había dado un par de pasos cuando noté la mano de Nico entrelazando la mía, y me estremecí.

—Lara, espera. —Me giré para mirarle—. Lo siento, no tenía que haber dado por sentado que lo de ese vídeo era real.

—Pero lo hiciste. Cuando yo creí en las palabras de Susana sobre el fin de semana, me pediste que si volvía a pasar algo así hablara contigo. Tú ni siquiera me diste el beneficio de la duda, y es lo que más me duele, ni siquiera el hecho de que me tratases como si no fuera nada para ti.

No dijo nada, y yo me limité a caminar hacia la salida para irme a casa. Ya había conseguido lo que iba buscando, la confesión de Susana era suficiente para añadirla a mi denuncia y que Alan consiguiera que la juzgaran por lo que había me había hecho.

—Tengo abogados que pueden encargarse de esto.

—Que se encarguen de tus asuntos —dije mientras hacía que se apartara de mí—. Sé arreglármelas sola.

—No lo dudo, pero…

—Me voy a casa —le corté, pues si me quedaba un segundo más allí con él sabía que estaría perdida.

Fran y David asintieron mientras sonreían, dejando que me marchara. Ni siquiera había dado un par de pasos cuando noté la mano de Nico entrelazando la mía, y me estremecí.

—Lara, espera. —Me giré para mirarle—. Lo siento, no tenía que haber dado por sentado que lo de ese vídeo era real.

—Pero lo hiciste. Cuando yo creí en las palabras de Susana sobre el fin de semana, me pediste que si volvía a pasar algo así hablara contigo. Tú ni siquiera me diste el beneficio de la duda, y es lo que más me duele, ni siquiera el hecho de que me tratases como si no fuera nada para ti.

No dijo nada, y yo me limité a caminar hacia la salida para irme a casa. Ya había conseguido lo que iba buscando, la confesión de Susana era suficiente para añadirla a mi denuncia y que Alan consiguiera que la juzgaran por lo que había me había hecho.

Capítulo 42



Hacía apenas una hora que me había levantado, y ya iba por mi segundo café de la mañana, me encantaba tomarlo sentada en mi pequeño balconcito disfrutando del sol y las vistas de mi querida Córdoba.

Mi hermana me había enviado un mensaje preguntando cómo había ido la noche anterior. Les conté a ella y a Alan lo que había planeado con Fran y David y estaban deseando tener noticias, así que le mandé un audio con lo que pasó y quedé en llamarles después, por el momento ese domingo pensaba tomármelo con calma y de relax.

No iba a permitir que nada ni nadie perturbara mi paz en un día como ese, ya veríamos qué pasaría al siguiente.

Acababa de terminarme el café cuando llamaron al telefonillo, y a pesar de que no esperaba visitas, tal vez fueran los chicos que venían a ver cómo estaba después de lo vivido la noche anterior.

Para mi sorpresa fue la voz de Nico la que escuché al otro lado.

—Ábreme, por favor.

Sabía que no debería hacerlo, no necesitaba volver a verle y que me recordara lo que aún sentía por él, porque quería olvidarlo, era lo mejor dado que ya nos habíamos hecho daño el uno al otro, aunque hubiera sido por culpa de una tercera persona.

Acabé abriendo para que subiera y fui a la cocina a prepararme otro café, el tercero en lo que iba de mañana.

—Hola, preciosa. —Le escuché saludarme y cerré los ojos cogiendo aire antes de girarme y verle.

Cuando lo hice, vi que tenía un bonito ramo de flores en la mano.

—¿Qué haces aquí, Nico?

—Traigo flores.

—Eso ya lo veo —suspiré—. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

Dejó las flores en la mesa auxiliar que tenía en la cocina y se sentó en una de las sillas, observándome mientras le preparaba el café.

Cuando se lo dejé delante, regresé a por mi taza poniendo un poco de distancia entre nosotros.

—¿Qué quieres, Nico? No tengo mucho tiempo, en un rato me voy.

—Solo quería pedirte perdón.

—Eso ya lo hiciste anoche, y aunque no lo creas, te perdono. —Me miró con sorpresa—. Sí, te perdono porque yo también creí en las palabras de esa mujer cuando la escuché. Pero me sigue doliendo que no me dejaras hablar cuando fui a tu casa. Esa mañana me desperté en una habitación que no conocía y sin recordar qué fue lo último que hice o me pasó la noche anterior, vi un vídeo en el que un hombre al que no conocía de nada estaba besándome y desnudándome con un fin que estaba claro.

»Creí que había abusado de mí esa noche, creí que me había hecho cualquier cosa sin que yo lo consintiera, y no te haces una idea del alivio que sentí cuando mi hermana me dijo que no había síntomas de abuso. Lo que sí había eran restos de droga en mi sangre. Fui a decírtelo esa mañana porque al escuchar lo que decía la voz del vídeo pensé en Susana, y quería hablar de eso contigo —estaba llorando y no podía parar.

»Te necesitaba, Nico, en la peor mañana de mi vida, después de que un hombre me tocara sin mi consentimiento, necesitaba un mísero abrazo del hombre que… —Cerré los ojos y me giré, dejando la taza en la encima y apoyando ambas manos en ella.

Había estado a punto de decirle que le amaba, pero no quería hacerlo, no podía confesar aquello porque ya me sentía bastante vulnerable.

—Preciosa —susurró y noté que se pegaba a mi espalda, llevando ambas manos sobre las mías y entrelazándolas —. Lo siento mucho, de verdad. Cuando recibí ese vídeo me enfadé, me sentí engañado y con tanta rabia dentro que no quería escuchar nada de lo que tuvieras que decirme. Me dolió ver a otro besándote y tocándote, me dolió porque te amo, Lara. —Me estremecí ante esas palabras.

»Juro que te amo más de lo que nunca pensé que amaría a alguien. Esa mañana quise romper algo, golpear a alguien, y descargar toda la rabia que tenía. Cuando te vi en mi casa, cuando te vi llorar se me partió el corazón, pero pensé que eran lágrimas de mentira, que solo me habías engañado.

—No me dejaste hablar, y solo quería decirte que no podía recordar nada y que me habían drogado —sollocé.

—Lo siento, amor. —Me abrazó mientras escondía su rostro en mi cuello—. Si pudiera volver a esa mañana, preciosa, te juro que lo haría, te abrazaría y habría ido yo mismo a buscar a Susana. Por favor, perdóname, Lara, perdóname por haber sido tan gilipollas como me dijo David.

—No podemos volver atrás, eso pasó y estará siempre ahí. —Lloré con el alma rota en mil pedazos—. Ni siquiera debería seguir trabajando en tu firma.

—No. —Hizo que me girara para mirarme a los ojos—. Que no se te pase por la cabeza irte de Durán, Lara, no voy a dejar que lo hagas.

—Verte solo me haría más daño, saber que no puedo… —Cerré los ojos y me quedé callada.

—Que no puedes qué, Lara. Dímelo, preciosa.

—Olvídalo. Quiero acabar con el contrato que tenemos.

—No, no vamos a acabar nada. No vas a dejar de ser la imagen de Durán. Es más, te ofrezco otro contrato.

—Nico.

—Uno de por vida, y no solo con mi firma.

—¿De qué estás hablando? —sollocé.

—De que quiero que te cases conmigo, Lara, que seas mi esposa, que seas mi compañera de vida y en la firma, como mi madre lo fue de mi padre hasta su muerte. Cásate conmigo, deja que te ame cada día de tu vida como lo hago ahora.

—Te has vuelto loco.

—No, solo sé que te amo, preciosa, que quiero estar contigo el resto de mi vida, y que si no me caso contigo me arrepentiré cada maldito segundo de mi existencia por haber perdido a la mujer que amo desde el primer momento que la vi. Dime que sí, Lara, dime que aceptas, que te casarás conmigo, y juro que haré lo que sea que me pidas para hacerte feliz hasta el último día de mi vida.

No podía dejar de llorar, porque de todas las maneras posibles que alguna vez hubiera imaginado cómo me pediría matrimonio el hombre del que me enamorara perdidamente, aquella no era una de ellas, pero sin duda había sido la más bonita y sincera que él podría haberme hecho.

Me miraba fijamente esperando una respuesta mientras secaba las lágrimas que caían sin control por mis mejillas, sentía la yema de sus pulgares retirándolas mientras me observaba, y era como si pudiera escucharle pensar, pedirme en silencio que le dijera que sí, que le aceptara como mi marido y compañero de vida.

Cerré los ojos cuando apoyó la frente en la mía, podía sentir su aliento cálido en mi rostro y cuando me dio un

beso suave en los labios, lloré aún más.

—Dime que sí, Lara, por favor, permite a este tonto amarte siempre.

beso suave en los labios, lloré aún más.

—Dime que sí, Lara, por favor, permite a este tonto amarte siempre.

Capítulo 43



Dos meses después…

—Estás preciosa, Lara —dijo Fran cuando acabó de peinarme—. Toda una princesa de cuento. —Sonrió.

—Y cierto príncipe estará encantado de que llegues cuanto antes —comentó David.

—¿Tu hermano ya está allí?

—Cuñada, es el novio, la tradición dice que debe llegar antes que la novia. Por supuesto que está allí con mi madre, evitando que le dé un infarto.

—Lara, hija, ¿nos vamos? —preguntó mi madre.

—Sí, sí, ya estoy lista. —Cogí el ramo de flores—. ¿Y papá?

—Esperando fuera con Alan. —Sonrió, y yo lo hice también.

Desde que mi hermana les había presentado a mis padres a Alan y a Paula, ambos se habían convertido en dos miembros más de nuestra familia, al igual que el bebé que estaba en camino y que mi madre había prometido que iba a malcriar.

Nico también fue bien recibido en casa de mis padres, aquel mismo domingo que me pidió que me casara con él, los invitamos a comer para darles la noticia.

Aunque debía admitir que a Nico le había dicho que sí, pero con una petición en particular que debía cumplir antes de que acabara el año, y para eso quedaban apenas unos meses.

—Vamos, cuñada, antes de que mi madre pierda la paciencia con su adorado hijo mayor, e intente ahogarlo en la pila bautismal de la iglesia.

—Mira que eres bruto, amor —dijo Fran volteando los ojos.

Antes de salir de la que había sido mi habitación durante años en la casa de mis padres, donde había pasado la última noche de soltera tal como mandaba la tradición, puesto que una semana después de prometernos Nico me pidió que me mudara con él, me eché un vistazo en el espejo. Fran tenía razón, parecía una princesa.

El vestido era un diseño exclusivo de la firma Durán, uno que encontré entre los bocetos de Nico una mañana en su despacho, y que, a pesar de ser para un vestido de gala, yo pedí a sus modistas que lo confeccionaran para mí.

A él no le dije cómo iba a ser el vestido, ni siquiera le conté que era uno de sus bocetos descartados en una vieja carpeta, quería que fuera una sorpresa.

Blanco, entallado y con escote en forma de corazón, confeccionado en seda y con varias capas sobre la falda saliendo desde la cintura del vestido con un cinturón con un broche en forma de flor en el centro, que hacía las veces de cola y que se podía quitar cuando necesitara más libertad de movimientos.

Fran me había maquillado con tonos marrones y rosas, y el cabello lo había recogido en un lateral con varias trenzas. Me veía realmente hermosa.

Salimos de casa y en la calle nos esperaban mi padre, Alan, Elvira y Paula. La hija de mi cuñado era un encanto de niña, guapísima, y le tenía un cariño a mi hermana que a veces la llamaba mamá y Elvira volteaba los ojos.

Pero le gustaba que lo hiciera, de eso no tenía duda.

—Madre mía, estás preciosa, tía Lara —me dijo Paula dándome un abrazo, pues a mí me llamaba tía, al igual que a mis padres los llamaba abuelos—. Pareces salida de un cuento.

—Muchas gracias, cariño. Tú estás guapísima, ese color rosa pastel, te sienta genial. Y mira qué barriguita más mona.

—Si estamos listos, será mejor que vayamos ya a la iglesia —dijo mi hermana, y asentí.

Mi padre sonrió al tiempo que me abría la puerta trasera del coche de Alan, se subió conmigo y los demás fueron al coche de David.

Durante el camino mi padre me llevó cogida de la mano todo el tiempo, dándome pequeños apretones a modo de consuelo, hasta que Alan paró en la puerta de la iglesia y bajó dejándonos unos minutos a solas.

—¿Lista?

—Sí. —Sonreí.

—Es un buen hombre, se le ve cuando te mira lo mucho que te ama. Espero que seas muy feliz, cariño, tanto como lo somos tu madre y yo.

—Yo también lo espero, papá. —Sonreí.

Abrió la puerta y tras salir, me ayudó a bajar. En cuanto puse un pie en la calle, escuché una vocecita que gritaba mi nombre y sonreí al ver a mi pequeña Lucía corriendo.

—Hola, mi niña. —Me agaché para abrazarla—. Pero qué guapa estás con ese vestido blanco y el pañuelo a juego

—¿De verdad? Nico nos mandó los trajes. Mira a Darío, Alicia dice que parece un hombrecito.

—Y es verdad, está guapísimo también. —Sonreí al verle, con un traje y pajarita, como iría vestido Nico—. ¿Estáis preparados?

—Sí, ya tenemos las cestas con los pétalos. —Rio ella, y ver esa sonrisita, me daba la vida.

Mi niña estaba superando poco a poco esa enfermedad, y los médicos nos habían dicho que, en unos meses, podría abandonar el hospital por fin.

—Vamos, chicos, venid conmigo —les dijo mi madre, que cogió la mano de Lucía y los llevó hasta la puerta de la iglesia.

Todos fuimos hacia allí, y cuando llegamos, mi padre me ofreció su brazo para que me agarrara mejor.

Sonreí, entramos, y caminé acompañada de la música hasta el altar donde un guapísimo Nico me miraba con los ojos y la boca abierta. Sin duda había conseguido mi objetivo de sorprenderle con un diseño suyo.

—¿De dónde sacaste ese diseño? —preguntó cuando mi padre me dejó con él.

—Lo encontré en una vieja carpeta en tu despacho, y me enamoré nada más verlo. —Sonreí.

—No lo habría podido terminar de diseñar mejor de lo que tú lo has hecho, es perfecto, cariño.

El cura nos pidió permiso para comenzar la ceremonia, y tras asentir, empezó a hablar.

Nico y yo estuvimos cogidos de la mano todo el tiempo, mirándonos de vez en cuando, sonriéndonos de lo más cómplices, y cuando al fin nos hizo la gran pregunta, los dos contestamos convencidos de lo que queríamos.

—Nicolás, ¿quieres a Lara como tu legítima esposa, y prometes amarla y serle fiel, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero.

—Y tú, Lara, ¿quieres a Nicolás como tu legítimo esposo, y prometes amarle y serle fiel, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero.

—Por el poder que se me ha concedido por la iglesia, yo os declaro, marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Nico me atrajo hacia él y me dio un beso de esos que hacía que todo mi ser se estremeciera.

Entre vítores y aplausos de nuestras familias, amigos y conocidos, salimos hacia la calle cogidos de la mano y subimos al coche de Alan para que nos llevara al hotel donde celebraríamos el banquete, a ese en el que nos conocimos meses atrás.

Y mientras los invitados disfrutaban de un cóctel, nosotros estuvimos posando para las fotos que Víctor nos hacía para recuerdo de este gran día.

—Deberíamos hacer una colección para novias, jefe —dijo Víctor—. Estoy seguro de que sería un éxito. Y más cuando sepan que el vestido de novia de Lara es diseño de la firma Durán.

—Pues no es mala idea, la verdad —contesté—. Plantéatelo, que yo estaré encantada de ayudarte con los diseños.

—¿Ahora quieres ser mi competencia? No me lo puedo creer —Nico suspiró, le di un leve golpecito en el pecho y acabamos riéndonos.

Tras las fotos nos unimos al resto de invitados, brindamos con ellos, saludamos a nuestros conocidos dándoles las gracias por asistir y acompañarnos en un día tan especial como este, y pasamos al salón donde disfrutaríamos de una deliciosa comida.

—Tengo algo que decirte —me dijo Nico antes de que sirvieran el postre.

—¿Qué pasa?

—Es sobre lo que me pediste cuando nos prometimos.

—¿Lo has conseguido?

—Sí, podemos hacerlo, solo tenemos que asegurarnos de que es lo que ellos también quieren.

—Si no fuera así, ¿no podríamos?

—No, no podemos obligarlos. ¿Quieres que hablemos con ellos?

—Sí, sí, por favor.

—Vamos. —Sonrió mientras se ponía de pie, ofreciéndome la mano para ayudarme a levantarme.

Nuestras familias nos miraron sin entender nada, hasta que nos acercamos a la mesa donde estaban sentados los dos hermanitos con mi hermana, Alan y Paula.

—¿Lo estáis pasando bien, chicos? —les preguntó Nico, poniéndose en cuclillas delante de Lucía.

—Sí, mira, me he comido todo. ¿Verdad que sí, Paula? —le dijo a ella, que sonrió al tiempo que asentía.

—Eso está muy bien, princesita. —Me agaché a darle un beso—. Nico y yo queríamos hablar con vosotros. —Miré a Darío.

—Ahora que eres su mujer, ¿no vendrás a vernos al hospital? —me preguntó Lucía con esa vocecita tan tierna.

—Claro que seguiré yendo a veros, cariño. No se me ocurriría no ir.

—Ni a mí impedirle que lo haga —añadió Nico—. Y por eso queríamos hablar con vosotros. Veréis, cuando le pedí a Lara que se casara conmigo, me dijo que sí, pero con una condición, una que espero que vosotros me ayudéis a conseguir.

—¿Qué es? —Quiso saber Darío.

—Lara me dijo que le gustaría ser vuestra mamá, y que yo fuera vuestro papá. Ella os quiere mucho, y yo ya lo hago, por eso estos dos meses pasé más tiempo con vosotros.

—¿Quieres ser nuestra mami? —preguntó Lucía cogiéndome la mano.

—Si vosotros me dejáis que lo sea, sí, princesita, quiero serlo —contesté emocionada al verla a ella con los ojos vidriosos.

—Darío, ¿lo has oído?

—Sí, Lucía, lo he oído.

—Entonces qué me decís, ¿os gustaría que fuéramos vuestros papás? —preguntó Nico.

Darío miró a su hermanita, que ya estaba llorando mientras asentía y se retiraba las lágrimas de las mejillas con una de sus pequeñas manitas. Me partía el corazón verla así, yo también noté unas lágrimas caer por mis mejillas y las sequé antes de retirar las suyas.

—Darío, yo sí quiero que lo sean —le dijo ella a su hermano mayor.

—¿De verdad queréis adoptarnos? Nadie quería a dos hermanos, y menos a una niña enferma.

—Se está curando, los médicos han dicho que ya solo es cuestión de tiempo. Y toda esa gente que no ha querido a dos niños como vosotros, no saben lo que se pierden —contestó Nico—. De hombre a hombre, Darío, te prometo que os vamos a cuidar y a querer siempre.

—Pero ¿y si alguna vez tenéis vuestros propios hijos?

—Vosotros siempre seréis nuestros hijos —le aseguró—, y no os dejaremos de querer si alguna vez tenemos otros hijos.

—Hermano, por favor, yo quiero que Lara sea mi mami —le pidió llorando, y vi que Darío se secaba las mejillas y los ojos; estaba llorando, pero no quería hacerlo delante de todos.

—Oye, que llorar no es de cobardes ni de débiles —le dije acariciándole la mejilla—. Siempre has cuidado de ella, y nosotros queremos que nos dejes cuidaros a los dos. Queremos daros un hogar, Darío.

—Por favor. —Lloró Lucía.

—Vale, yo también quiero que Lara sea nuestra mamá —contestó con lágrimas en los ojos, y Nico le cogió en brazos, al mismo tiempo que yo cogía a Lucía.

—¿Puedo llamaros mami, y papi?

—Por supuesto que puedes, princesita. —Lloré con ella.

—¡Abuela Alicia! —la llamó gritando— ¡Van a ser nuestros papis!

Todos empezaron a aplaudir, y tanto mi suegra, como mi madre, comenzaron a llorar. Ellas y mi padre vinieron a la mesa, nos abrazaron y felicitaron, besaron a los niños y les dijeron que siempre iban a quererlos.

No podía ser más feliz en un día como este, en el que me casaba con el hombre al que amaba y me convertía en madre, y por partida doble.

Epílogo



Diez años después…

Si tuviera que describir mi vida en esos últimos diez años con una sola palabra, sin duda sería, felicidad.

Sí, porque eso es lo que sentía desde que me casé con Nico, y Darío y Lucía dijeron que querían ser nuestros hijos

Darío era un hombre ya, tenía dieciocho años y la clara convicción de que quería hacer la carrera de gestión y dirección de empresas, para ocupar algún día el lugar de su padre en la firma.

Lucía, mi preciosa niña, ya era una jovencita con una bonita melena rubia que nos encargábamos de cepillar cada noche antes de que se fuera a dormir. Por muy mayor que fuera ya, eso no había cambiado desde que los llevamos a casa, dos meses después de nuestra boda.

Su enfermedad se fue, y lo hizo para siempre, aunque todos los años acudíamos a una revisión para comprobar que no se le reprodujera.

Se convirtió en la princesa de Nico, a quien adoraba, y cada vez que nos escuchaba hablar de chicos, la miraba con esa cara que lo decía todo, aunque luego se echaba a reír al escucharla decir que no quería tener novio hasta dentro de unos años, que ella quería ser modelo, como yo, que aún me dedicaba a ello, además de ayudar a Nico con la firma.

Porque sí, creamos una primera colección de novias a la que siguieron muchas más y todas y cada una de ellas fueron un rotundo éxito.

Cuatro años después de casarnos nació nuestro hijo, Lucas, nombre que llevaba por ese tío al que tanto quiso su padre.

Con seis años era un amor de niño, siempre detrás de Darío para que jugara con él o le leyera algún cuento poniendo esas voces de pirata que siendo pequeño ponía cuando leía a su hermana.

Y hablando de hermana, la mía también se casó, hacía ya nueve años, con Alan, ese abogado que llegó a su vida

para ponerla patas arriba, y convertirla en madre y abuela al mismo tiempo.

Paula tuvo una niña preciosa a la que llamó Elena, y a sus nueve años era toda una mujercita. Mis padres las querían a las dos como esa nieta y bisnieta a las que consintieron desde que se unieron a la familia, y al igual que mis tres hijos, las querían con locura, igual que al hijo que mi hermana y Alan tuvieron, hacía ya ocho años, y a quien llamaron Alex.

Mi sobrina Paula, a sus veintiocho años, seguía siendo madre soltera y una de las mejores abogadas de todo Córdoba. Muchos eran los bufetes que querían contratarla, pero ella tenía el suyo propio, y no quería unirse a otros.

Fran y David también formaron su propia familia. Cuando el modelo más famoso de la firma Durán habló abiertamente de su sexualidad, se formó un gran revuelo y fueron muchas las mujeres que lamentaron que no estuviera disponible.

;.

Se casaron hacía ya seis años y desde hacía cinco, su pequeña, Miriam, a la que adoptaron cuando tenía dos, formaba parte de nuestra gran familia.

Al igual que mis padres, mi suegra Alicia estaba encantada con ella y con todos los demás niños de la familia.

; Ella seguía organizando las galas benéficas para conseguir fondos para el ala de oncología infantil del hospital, y tanto mi madre, como mi hermana, Paula y yo, la ayudábamos a organizarlas y ponerlas en marcha.

Ni un solo año había faltado Nico a esas galas, siempre acompañándome y donando algún diseño exclusivo que confeccionaban solo para ser donado y comprado por alguien que estuviera dispuesto a pagar el precio más alto con tal de tener una pieza única y exclusiva de la firma Durán.

Y no, no me he olvidado de cierta mujer a la que no nombrábamos en ninguna de nuestras reuniones familiares, esa que fue condenada por haber hecho que un hombre me drogara y me llevara contra mi voluntad, abusando en cierto modo de mí.

Susana desapareció de nuestras vidas para siempre, no cumplió condena al no tener antecedentes, pero la obligaron a pagarme una indemnización, que obviamente no me quedé, sino que doné a la asociación de Alicia pues no necesitaba ese dinero, y su carrera acabó en ese mismo momento al saberse lo que había hecho.

Mi amiga Alexandra pasó a ser una de las modelos con la que la firma de Nico contaba siempre, consiguiéndole esos contratos que habían rescindido con Susana.

Se acabó casando con un diseñador de joyas hacía ya seis años, y tenían una hija de tres que era una auténtica preciosidad, como su madre.

—Mamá, te está buscando la abuela Minerva —me dijo Darío, quien iba disfrazado de pirata, como no podía ser de otro modo.

a—Gracias, hijo.

No solo era guapo, casi tanto como su padre, aunque no compartieran la misma sangre, sino que era más alto que cualquier otro chico de dieciocho años.

Fui hacia donde estaban mi madre y mi suegra catalogando un último objeto que acababan de recibir con la ayuda de Paula, que iba vestida de Cenicienta.

—¿Me buscabas, mamá? —pregunté.

—Ay, sí, cariño. A ver, ¿tú qué opinas? —Me enseñó una pulsera de oro blanco con algunas piedras de ónix negr incrustadas— ¿En cuánto podemos sacar esto como precio inicial?

—Mamá, esto es un diseño único, carísimo y exclusivo que he visto antes. Dime que no lo ha traído ella.

—Hola, Lara. —Me giré al escuchar la voz de una mujer a la que, si bien conocía de la televisión, al igual que su voz, nunca la había visto en persona.

—Michelle.

—Sé que hace tiempo tú hiciste lo mismo —sonrió—, y pensé que donándolo hacía mucho más que si lo vendía.

—¿Estoy viendo bien? —preguntó Rosa, que aún seguía siendo mi agente además de ayudante de Jimena, la socia de Nico, con quien acababa de llegar.

—Rosa, Michelle ha venido a donar una pulsera, la pulsera, a decir verdad.

—Oh, Dios mío. ¿También te pidió que se la devolvieras?

—Sí —respondió sonriendo—, pero no pensaba hacerlo.

—Hiciste bien. Demasiado le has aguantado durante ocho años.

—Lara, yo quería disculparme.

—¿Por qué tendrías que disculparte tú? Fue él quien me engañó y me dejó, y a ti te usó como hizo conmigo para conseguir sus propios beneficios.

—Te confieso que venía con miedo de que no quisieras verme o hablar conmigo.

—Ay, chiquilla, estás en el lugar correcto —dijo mi madre—. Esto es algo así como el club de los corazones rotos. A la que no han dejado, han engañado.

—Pero también puede que encuentres a alguien que te robe el corazón, como hicieron Nico y Lara hace ya varios años, en este mismo lugar.

—¿Qué dices de robos, madre? —preguntó Nico.

—Pues eso, hijo, que Lara te robó el corazón a ti, tú se lo robaste a ella, y mira ahora, qué pareja más bonita hacéis, y qué hijos más guapos tenéis.

Nico me miró con la ceja arqueada, entrelazó nuestras manos y me llevó hacia un lado para hablar.

—Así que, ¿te robé el corazón la primera noche que nos vimos? —Curioseó.

—No diría yo que fue aquella noche…

—Estás mintiendo. —Sonrió—. Tú sí me lo robaste, y de qué manera.

—Tanto que te las ingeniaste para contratarme como imagen de tu nueva colección.

—Y lo volvería a hacer, preciosa. —Me acarició la mejilla—. Con tal de llegar a este momento, volvería a pasar por todo lo que pasamos aquel verano.

—¿Todo?

—Todo, tanto lo bueno como lo malo, porque lo bueno hizo que te amara, y lo malo, que ese amor me llevara a luchar por ti y superar aquel bache. Te amo, cariño —dijo mirándome fijamente.

—Yo también te amo, Nico, y quiero que hagas una cosa esta noche.

—Dime, lo que sea, lo haré.

—Róbame el corazón —pedí sonriendo.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
Twitter: @ChicasTribu